

Selecta

*Karma,
¿por qué
me odias?*



Daniel de la Peña

Karma, ¿por qué me odias?

Daniel de la Peña

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Prólogo

Pensaréis que soy un tanto drástica al afirmar que el karma me odia. Lo sé, pero es lo que pensaba y, seguramente, también era un poco *protá de culebrones*. No es que me fuera la marcha o que disfrutara con los traspies de la vida, que hay gente que exprime esos momentos de flaqueza para hacerse la víctima y aún encima gozan de ello. A mí lo que me pasa es que el karma me tiene una tirria inmensa. O, si no, que alguien me explique por qué yo las decepciones amorosas no me las comía de una en una, sino de par en par, así: bien servidita. O por qué cuando estaba a punto de alcanzar mi sueño se fue por el retrete. ¿Os he convencido ya? ¿Aún no?

Pues no abandones el avión y te animo a que te acomodes. Te vas a reír, eso sí que te lo puedo adelantar. Así que te invito a que averigües por ti misma por qué el puñetero karma me odia tanto. Más que yo a las dietas, al pavo *light* o a los capítulos de la temporada final de *Juego de Tronos*. Que ya es decir...

Cotilleos

Seguramente os estaréis preguntando qué hacía yo encerrada en el retrete del baño de mujeres de una de las editoriales más destacadas del país. No es que me enclaustrara allí por gusto, aunque casi hice voto de silencio para que no me descubrieran.

La respuesta era muy sencilla; me habían citado para reunirme con mi editora, la correctora ortotipográfica y la diseñadora de la portada de mi ¡primera novela! Sí, iba a publicar mi primer libro de la mano de una gran editorial. No podía estar más contenta, llevaba más de dos meses trabajando con ellos y estaba todo casi listo. La reunión consistía en corregir algunos fallos de ortografía, de expresión y elegir la portada adecuada. ¡Había disfrutado tanto del proceso que me daba pena que llegara a su fin! Aunque después tocaba lo mejor: comunicarlo a mis pocos seguidores de Instagram, recibir el libro en casa y comenzar un romance con él, tocarlo, olerlo, acariciar sus páginas. ¡Cien por cien excitante! Bueno, ¡qué me voy por los cerros de Úbeda!... Había llegado con unos minutos de adelanto y, siempre que estoy nerviosa, me entran ganas de orinar, no puedo evitarlo. Así que busqué un baño para aliviarme. Cuando entré no había nadie, abrí la puerta de uno de los retretes, la cerré con cuidado y me senté sobre la taza. A los pocos segundos de terminar, sin haberme subido las bragas, escuché que se abría la puerta del baño y el sonido de unos tacones accediendo. Pude distinguir dos voces femeninas. Claro, Alba. ¡Estabas en el baño de mujeres!, ¡qué aguda eres! Yo quedé muda y apenas pude moverme, no sabía muy bien el porqué de mi comportamiento. Cualquiera persona normal y corriente hubiese terminado de hacer sus cosas, subido su ropa íntima, el pantalón y hubiese salido del retrete para lavarse las manos. No, yo no. Ya te darás cuenta de que intento ser normal, pero pocas veces lo consigo a mis treinta años.

Las dos mujeres hablaban con rapidez, casi susurrando, pero podía entender algunas de las frases que decían. Apoyé mi oreja en la puerta del retrete para escuchar mejor. Menuda escena, menos mal que nadie podía verme. ¡Lo que hace una por marujear!

«Espero que no nos monte un numerito», dijo una de ellas. «Si lo monta que lo monte, tiene que respetar las decisiones de los demás», respondió la otra con aires de grandeza.

¡Madre mía! ¡Qué culebrón! La cosa se ponía interesante y cada vez hablaban más bajo. Me apoyé aún más en la puerta.

—Lidia, a mí no me sentaría bien...

—Bueno, nena. Eso ya no es cosa nuestra. ¿A qué hora llega?

—Nos han puesto la reunión con Alba dentro de diez minutos.

Me aparté de la puerta y tragué saliva. Alba era yo y la reunión dentro de diez minutos la tenían conmigo. Sentí un micromareo y me apoyé en una de las paredes del habitáculo. ¿Qué pasaba? ¿Por qué iba a montar un numerito? ¿Iban a retrasar el lanzamiento de la novela? ¿Quizás pretendían cambiar mi estilo? Comenzaba a dolerme el trasero porque ya llevaba un buen rato sentada en la taza. Tenía que saber más. Entonces una duda me asaltó: ¿y si no querían mi libro? Intenté calmarme y pensé que eso era casi imposible, ya había firmado el contrato. Seguramente sería alguna corrección o un cambio de estilo en la portada.

Solo había una forma de salir de dudas, pegar el oído a la puerta. Estaban lavándose las manos, podía escuchar el agua salir del grifo y bailar con los dedos.

—Nena, vamos preparando todo.

—Lidia, te veo muy tranquila. ¿Tú sabes por qué hemos citado a Alba?

Mis latidos se aceleraron. ¿Por qué? ¿Por qué?!

—Por el capítulo que hay que suprimir, ¿no? Tampoco veo tanto drama.

—No, por eso no.

—Ah, ¿no? Nena, cuéntame.

—La hemos citado porque el director...

¡¡¡¡¡ZUUUUUUUUUUUUUUUM!!!!!!

En ese momento, la calificada como «Nena» encendió el secador de manos y no pude escuchar nada más. A los pocos segundos, oí que sus taconeos se dirigían hacia la puerta y ambas salían del baño. Para rematar, la tal Lidia soltó como frase de despedida «¡Joder, menudo *show!*».

No sabía qué hacer. Terminé de vestirme y suspiré. Tenía ganas de salir corriendo. Quizás podía llamar a mi editora, decirle que me encontraba mal y que no podía asistir a la reunión. Aunque había muchas posibilidades de que me la encontrara por alguno de los pasillos al intentar huir. Intenté calmarme, recordé un artículo que había leído en internet sobre cómo mantener la calma haciendo respiraciones profundas. Lo intenté y os aseguro una cosa, un baño público no es el lugar idóneo para hacer respiraciones profundas.

Decidí no dar importancia a lo que había escuchado e ir a la reunión tal y como estaba acordado.

Pero antes de contarte lo que pasó, me gustaría que regresáramos tres meses atrás para que sepáis cómo llegué hasta allí. Ya habrá tiempo para que te asombres con lo surrealista que fue todo.

Buena suerte

3 meses antes...

—¿Diga? —respondí a la llamada con cierta cautela al comprobar que la recibía de un *número desconocido*.

—Buenos días, ¿Alba Conde? —preguntó una voz femenina.

—Buenos días... —respondí con tono de aburrimiento. Estaba harta de las llamadas de compañías de teléfono ofreciendo sus servicios—. Mira, no estoy interesada en ninguna de tus tarifas. Ni en la de gigas ilimitados ni en la de televisión por la red... Es más, me sé tan bien todas tus promociones que casi podrías contratarme para trabajar con vosotros.

—No te llamo de ninguna compañía de telecomunicaciones... —dijo la voz femenina entre risas.

—Ah, ¿no?

—No. Soy Miriam Moreno. Te llamo de Agua Ediciones. Hemos leído el manuscrito que nos enviaste y lo queremos incluir en nuestra colección.

¡Caray! De repente me inundó una sensación de felicidad y olvidé hasta mi metedura de pata. Una de las editoriales más importantes de España quería publicar mi libro... Eso había dicho, ¿no?

—¿De verdad?

—Claro. Nos ha gustado mucho la novela, su trama y los personajes.

—¡Qué maravilla, Miriam! Gracias, gracias, ¡muchas gracias!

—Gracias a ti por enviarnos tu propuesta. La hemos valorado y ha sido aceptada para que se publique este verano.

—¡Pero si no queda nada! No me lo puedo creer.

—Si te parece bien, voy a enviarte el contrato por *email*, lo lees y cuando lo firmes nos lo devuelves. Una vez que lleguemos a un acuerdo, una de las editoras se pondrá en contacto contigo para corregir el manuscrito e ir avanzando.

—¡Me parece perfecto! —exclamé con excesiva sinceridad.

—Es todo un gusto contar con tu talento en nuestra editorial. A lo largo de la mañana te llegará el contrato a tu correo. Si tienes cualquier duda, llámame y lo hablamos. Guárdate mi número.

—Claro, claro... Muchas gracias, Miriam.

—Estamos en contacto, Alba. Un abrazo —se despidió con cordialidad.

—Un abrazo —me limité a repetir. No quería que nada sonara mal. Así que, después de mi traspie, al pensar que era una publicista de telefonía móvil y de fibra, decidí andar de puntillas.

Colgué. Respiré profundo, sonreí y di un salto acompañado de un gran grito de alegría. Estaba en medio de la Gran Vía de Madrid. La gente me miró sorprendida, pero no me importó. ¡Iban a publicar mi primer libro! ¡Agua Ediciones quería apostar por mi novela! Tenía que llamar a Javi y a Oli para contarles todo. Mi carrera como escritora comenzaba a despegar. Tenía la adrenalina disparada y el corazón me bombeaba con tanta fuerza que podía escuchar los latidos. Sé que soy una exagerada, pero estos momentos tan mágicos se recuerdan mejor cuando uno los magnifica.

Entonces, en medio de ese mar de ilusión, recordé que tenía una cita importante dentro de media hora. Mi euforia se evaporó y recibí un bofetón emocional cuando tuve presente que iba a volver a ver a Pedro. Mierda, Pedro..., mi debilidad. Hacía un par de semanas que había roto nuestra relación. Me dejó porque, según él, se había enamorado de otra. De una chica más joven, interesante y que hacía mejor el amor... Eso no lo digo yo. Fue él quien me lo confesó cuando estaba cortando conmigo. Menudo cabrón insensible, egoísta y pretencioso... y, aun así, seguía encoñada de él. Del cabrón de Pedro.

El día anterior me había mandado un wasap porque quería verme. Afirmó que era importante. Yo, haciendo caso omiso a la opinión de mis amigos, respondí aceptando su cita. Quedamos en vernos a las once de la mañana del día siguiente en una cafetería que nos encantaba en Malasaña. ¿Qué querría? Aún tenía casi todas sus cosas en mi piso, tal vez pretendía recuperarlas. Yo no las había tocado, era incapaz de hacerlo. Me daba miedo agitar los recuerdos al mover sus pertenencias. Ojos que no ven, corazón que no siente. Pues yo hice lo mismo al no cambiar nada de donde estaba, como si no hubiese pasado nada. Como si no me hubiese humillado al dejarme de esa forma tan cutre. Aunque para cutre yo, que me limité a asentir mientras él soltaba cuanto quería a su nuevo amor. Después, cuando se fue, lloré desconsoladamente. Pedro había sido capaz de romper dos años de relación en tres minutos. Y yo fui hasta casi comprensiva, tenía un pico de oro y era capaz de convencer a cualquiera con sus argumentos por muy descabellados que fuesen. Si a eso le sumas que estaba prendada de él, mi nivel de sumisión era tal que solo me faltó disculparme por haber sido tan «mala pareja».

Llegué con veinte minutos de adelanto. Me gusta ser puntual, aunque muy poca gente comparta esta virtud. Pedí un té verde y me limité a repasar una y otra vez el mensaje que Pedro me había mandado.

Hola, Alba, ¿cómo estás? Me gustaría verte, no me preguntes el motivo. Si tú también tienes ganas de que nos veamos, quedamos mañana a las once de la mañana donde tú quieras. Siempre has tenido buen gusto. Un beso.

Desmenucé cada palabra como si fuera un código secreto con mensajes subliminales y segundas intenciones. ¿Qué querría? No es que Pedro fuese mi primer amor. Es más, a mis treinta años

podía presumir de dos relaciones serias y varios rollos, pero él sabía cómo jugar conmigo para mantenerme interesada.

Por fin hizo su aparición triunfal, estaba guapísimo con unos vaqueros apretados y desgastados, una camiseta blanca y una cazadora vaquera a juego con los pantalones. Su media melena despeinada le daba un aspecto de niño malo y sus ojos verdes fueron como dos proyectiles cuando se cruzaron con los míos. Tragué saliva y dudé de si había hecho bien al venir a la cita. Lo saludé y sonrió al verme. ¡Otro disparo! Di un sorbo al té, que estaba ardiendo, pero, por no quedar en ridículo si lo escupía, decidí tragarlo con cierta dignidad mientras me abrasaba la garganta.

—Alba, ¡estás radiante! —Me dio dos besos—. Echaba en falta tu preciosa melena rubia, tus ojos color miel y tus mejillas sonrojadas.

—Gracias, Pedro. Tú también estás muy guapo —le devolví el cumplido.

Sonrió de nuevo, se sentó a mi lado y pidió un café americano a la camarera. Se le notaba diferente, parecía nervioso. Le miré a los ojos y evité el contacto.

—Alba, tengo que pedirte disculpas —dijo sin avisar.

—¿Tú? ¿Pidiendo disculpas? —me sorprendí. Esa actitud no era propia de él—. No entiendo nada.

—Estos días sin ti han parecido siglos. Si te he fallado te pido perdón de la única forma que sé, abriendo las puertas de mi corazón para cuando decidas volver.

—Pedro..., es la letra de una canción de Chayanne... —dije sin comprender lo que pasaba.

—Sí, sí... Ya sabes cómo soy... Cuando no sé cómo expresarme, la música habla por mí. —Seguía nervioso—. Joder, Alba, que te extraño, porque vive en mí tu recuerdo.

—Y ahora, Ricky Martín... Oye, ¿me vas a decir para qué hemos quedado o vas a seguir con tu recital de baladas latinas?

Por un momento pensé que se estaba riendo de mí con tanta canción de desamor. Pedro apoyó su mano sobre la mía y esta vez me miró a los ojos sin apartar la mirada.

—Quiero volver contigo. Sé que metí la pata. Me dejé llevar por el morbo de comenzar una ardiente y fogosa relación con otra mujer más joven y atractiva, pero en estas dos semanas sin ti me he dado cuenta de que eres la mujer de mi vida. Quiero que me des otra oportunidad. ¡Que demos a nuestro amor otra oportunidad!

—Pedro...

—Piénsalo, cariño —me interrumpió—. Nuestra conexión es brutal. Sé que tú me quieres. Yo te he echado en falta. Quiero volver a nuestro piso y hacer el amor contigo todos los días. Puede que me equivocara, pero gracias a mi error me he dado cuenta de lo mucho que te quiero.

Joder, tenía una labia increíble. Tiraba por los suelos todos mis repliques y yo estaba deseando volver con él. Pero no quería ponérselo tan fácil.

—¿Qué pasa con la chica de la que te habías enamorado?

—Ella ya es pasado —afirmó.

—Vale, me has convencido. Volvamos.

No quería ponérselo tan fácil, ¡sino superfácil, chupado, facilísimo! Mi corazón me pedía que le diera otra oportunidad, quizás esa vez fuera diferente. Atención, *spoiler*: ¡tenía que haberle puesto una mordaza a mi corazón!

Durante nuestro encuentro concretamos que aquel mismo día regresaría a casa para quedarse a vivir. Además, yo haría borrón y cuenta nueva y perdonaría su aventura amorosa. A cambio, él sería fiel y más atento en nuestra relación. Podéis calificarme de tonta, ingenua o crédula, pero ¿quién no ha sido una pringada por amor? Pues nada, que en el amor se aprende a base de hostias. Aunque también podemos aprender a repartirlas nosotras; tiempo al tiempo.

Estuvimos cerca de dos horas charlando en la cafetería, le di las llaves de mi piso para que se hiciera una copia y acordamos en vernos por la tarde. Yo había quedado con Javi y Oli para comer. Bueno y también para contarles todo lo que había sucedido en mi cita con Pedro, estaban expectantes desde el día anterior que les comunicué que quería volver a verme.

—Eres una auténtica paleta —espetó Javi—. Este tío hace contigo lo que le da la gana.

—No es cierto —me defendí.

Nos habían servido los platos combinados en aquel restaurante tan moderno al que Javi se había empeñado en ir. Llevaba abierto unas semanas y el lugar era muy sofisticado. La carta para el mediodía estaba compuesta por originales platos combinados. Yo me pedí un *mix* de ensalada con pasas y miel acompañada de pechugas de pollo a la plancha.

—Claro que es cierto, cariño —insistió. Estaba metido en su papel de *profesor Javier*—. El muy cerdo te deja, se va con otra y te rompe el corazón. Ahora que tú estás un poco mejor y comienzas a sacarlo de tu mente, te pide volver y le abres la puerta de par en par. ¡Bravo, Alba!

—Puede que haya cambiado —repliqué. Engullí un trozo de pollo y miré desesperadamente a mi amiga—. ¿Tú que piensas, Oli?

—¡Uy! Esa pregunta es muy complicada. —Se puso nerviosa. Oli huía de las responsabilidades e intentaba no mojarse en los temas peliagudos.

—¡No es complicada en absoluto! —exclamó Javi—. Dile qué narices piensas.

Oli me miró con cara de preocupación. Yo asentí haciéndole saber que respetaba su opinión y que seguro que sabía decir con delicadeza su punto de vista. Mi amiga tragó saliva y comenzó con su explicación.

—Vamos a ver... —Suspiró—. Por un lado, creo que es un cerdo. No tuvo en cuenta tus sentimientos y te dejó sin dudarlo.

—Entonces, ¿crees que me he equivocado al darle otra oportunidad?

—No, no digo eso. Por otro lado, estoy convencida de que la gente puede cambiar y tal vez Pedro se haya dado cuenta de que te quiere a ti y a nadie más.

—Puede ser... —susurré.

—Pero... —me interrumpió— segundas partes nunca fueron buenas.

—Oli, hija. ¡Vete a freír churros! —Javi gritó desesperado—. No se te puede pedir la opinión.

—Es que no lo tengo claro, chicos. Creo que lo mejor que puedes hacer es darle tiempo al

tiempo. Prueba unas semanas, tampoco te ha pedido matrimonio. Si ves que Pedro ha cambiado sigue con él y, si no lo hace, le das carpetazo.

—Ves, ese sí que es un buen consejo —apuntó Javi—. Aunque yo creo que tu chico es un poco gay.

—A ti todos los tíos te parecen gais —apunté.

—Sí, pero tu novio más.

Los tres estallamos en risas. El tema le vino perfecto a Javi, porque nos confesó que su insistencia por ir a comer a ese restaurante era por el joven y guapo camarero que estaba en la barra. Lo había visto en Instagram y hablando con él por mensajes privados le confesó que trabajaba allí. Javi era un chico atractivo, moreno, masculino, con la barba retocada y corpulento, pero no gordo. Tenía veintisiete años y volvía locos a muchos hombres fuera y dentro del armario. Creo que su punto fuerte y el más sexy era su exuberante seguridad en sí mismo, eso gustaba a todos. Uno de los personajes de mi novela estaba inspirado en sus aventuras amorosas. ¡Mi novela! No les había dicho nada.

—¡Ayyyyyyyyyyyyy! —grité.

—¿Qué pasa? —exclamó mi amigo.

—Me ha llamado esta mañana una editora de Agua Ediciones y me ha dicho que van a publicar mi novela.

—¡Felicidades, Alba! —dijo Oli dando pequeños golpes con las palmas de las manos simulando diminutos aplausos.

—¡No me jodas, cariño! ¡Es maravilloso!

—Casi no podía creérmelo. Les ha encantado la trama, los personajes y quieren publicarla para verano.

—Eso es dentro de cuatro meses —señaló Javi—. Sabía que ibas a triunfar.

—A mí me encantó cuando la leí. Es una historia muy divertida y romántica —añadió Oli, que había sido la primera en leerla para que me diera su opinión antes de enviarla a alguna editorial.

Abracé a mis amigos y brindamos con vino para celebrarlo. Javi vio al camarero de Instagram y le saludó. Este le sonrió y le lanzó un beso.

—Deja de ligar, estamos celebrando la publicación del libro de Alba —le riñó Oli. No era incompatible que ligara con festejar mi éxito, pero creo que en el fondo le daba envidia la seguridad de Javi.

—Oye, ¿y qué vas a hacer con tu trabajo? —preguntó sin dejar de mirar al joven camarero.

—No te entiendo —respondí confusa.

—Ahora que vas a ser una escritora famosa tendrás que dejar tu trabajo en la oficina, ¿no?

—Creo que es un poco precipitado.

—Alba, si una gran editorial apuesta por tu libro es porque ven potencial. Necesitarás tiempo para hacer las correcciones que te digan, para la promoción del libro, las firmas... —explicó con desconocimiento del tema. Pero todo lo que decía el *profesor Javier* parecía real y con

fundamento. Supiera o no de lo que estaba hablando.

Oli le dio la razón. Los dos supusieron que mi trabajo como secretaria en una oficina de abogados iba a impedir que me dedicara completamente a que mi libro fuera un gran éxito.

—¡Vas a ser la nueva Marian Keyes! —exclamó Javi—. ¡Vas a ser la nueva puta Marian Keyes!

—Alba, creo que te tienes que despedir de tu trabajo para dedicarte a lo que más te gusta.

—Yo opino que se os va la pinza. —Aunque poco a poco la idea de dejar mi empleo me parecía de lo más apetecible.

—Eres una hormiguita, tienes dinero ahorrado para poder mantenerte unos meses —afirmó Javi.

—Tienes razón —dije en voz baja. Ya me habían convencido.

—Tu libro es bueno. Yo lo he leído, hablo con criterio. Apuesta por él —me animó Oli.

—Joder con la indecisa, ¡qué buena eres dando ánimos! —se sorprendió nuestro amigo.

—Puedo dudar mucho. Pero, cuando algo lo veo claro, me lanzo con los ojos cerrados.

—¡Ok, chicos! Hago cuentas y, si me dan para tener un colchón hasta que cobre los derechos de autor, me despido.

Al finalizar la comida habíamos bebido tanto vino que cada uno se llevó una cosa a casa. Javi, al camarero adicto a las redes sociales, que no dejaba de hacerle ojitos hasta que salieron del restaurante juntos. Oli, cuando va borracha, le da por robar cosas y se metió al bolso una de las copas. Días después nos contó que de camino a casa se cayó en la calle y su botín se hizo añicos. Y yo..., yo me llevé un señor despido porque le envié un wasap a mi jefe diciéndole que se metiera mi trabajo por donde le cupiese, porque iba a ser la nueva puta Marian Keyes.

La reunión

Tres meses después, me encontraba en el aseo de chicas de Agua Editorial con una ansiedad horrorosa por lo que había escuchado unos minutos antes. Según dijeron las dos cotorras con tacones, yo iba a montar un numerito por algo que desconocía. Abrí el grifo del lavabo, mojé las palmas de mis manos y las restregué con delicadeza sobre mi cara. Necesitaba sofocar el estrés que sentía en ese momento. Miré mi móvil y solo quedaban cinco minutos para que comenzara la reunión.

—Alba, no pasa nada... —dije en voz baja para intentar tranquilizarme.

Cuando me dispuse a salir del baño, escuché de nuevo el taconeo acercándose a la puerta. «No puede ser», pensé. Sí, claro que podía ser y así fue. Entró otra vez una de las dos cotorras.

—Nena, me meo como una loca. Ahora voy —le informó a su compañera mientras entraba al baño.

Fue todo delicadeza.

Al verme dentro, abrió los ojos como platos y frenó en seco. Me miró con incredulidad, no había ni la menor duda: me reconoció.

—¿De dónde has salido? —preguntó tartamudeando.

Señalé el retrete que había sido mi fortaleza. No fui capaz de pronunciar ni una sola palabra.

—Pues qué quieres que te diga. Casi mejor que te hayas enterado así que no en medio de la reunión con todo el equipo y el director puteándote.

—En realidad —me acerqué a ella y me rasqué la cabeza—, no he escuchado todo. Solo sé que me voy a cabrear por algo y que voy a montar un *show*, pero no sé por qué me voy a enfadar tanto.

—¡Joder, qué peso me has quitado de encima! Ya me veía comiéndome una buena bronca porque nos habíamos ido de la lengua. —Respiró aliviada.

—Pero ¿qué van a decirme?

—Nena, es mejor que te enteres en la reunión. Hazme caso —mintió.

—Acabas de decirme que preferías que me hubiese enterado por vosotras...

—¡Uy, qué tarde es! —Miró su reloj y puso voz de cínica—. Me voy a preparar todo que llego tarde.

Volví a quedarme sola en el baño con una angustia descomunal. Lo único que me reconfortaba es que la *mamarracha* no pudo orinar y seguro que iba a tener serios problemas por intentar

contenerse durante la reunión.

Sacudí mi cuerpo como si una descarga eléctrica me azotara renovando mi energía y salí en dirección a la sala de reuniones en la que me habían citado. Mientras llegaba canté mentalmente *Viva la vida*, de *Coldplay* para intentar no pensar en nada y rebajar mis nervios. La sala tenía una pared frontal de cristal y, a través de ella, vi que había más gente de la que esperaba. Al acceder me recibió Miriam, que puso cara de circunstancia. También estaban las dos cotorras del baño, un hombre, que desconocía quién era, y el director del sello editorial, que me lo habían presentado hacía unos meses durante la primera reunión de contacto. Todos me saludaron con excesiva cordialidad y Miriam me pidió que me sentara. La mujer con la que me encontré en el baño sonrió, con aires de superioridad al conocer la información que yo ignoraba. Pero yo tenía otra información que los demás no sabían: que ella tenía que ir al baño a evacuar. Decidí tomarme una pequeña venganza por mostrarse tan antipática conmigo. En la mesa había varios vasos y botellines de agua. Cogí un vaso, destapé un botellín y vertí con delicadeza el agua. Poco a poco para que se escuchara el sonido del agua golpear contra ella misma. La miré de nuevo y cruzó las piernas. Sonreí, quizás fue la última vez que sonreí en aquella sala.

—Alba, te hemos llamado porque queremos hablar contigo... —dijo Miriam.

—Sobre la portada y las nuevas correcciones, ¿no? —pregunté.

—No. Ya no —sentenció.

—¿Ya no?

—Alba, vamos a echar atrás tu novela —dijo serio el director.

—¿Qué significa eso?

—Que no vamos a publicar tu libro —respondió con más crudeza.

—No lo entiendo, ¿por qué? —quise saber.

—Lo hemos estado hablado y hemos llegado a la conclusión de que no podemos trabajar con tu manuscrito. No has hecho las correcciones que te pedimos y se distancia de nuestro estilo —explicó Miriam sin mirarme a los ojos. Sabía que eso no era cierto.

—¿Cómo que no? Pero si me dijiste que os encantaba el libro, ¡que era bueno! —le recriminé entre lágrimas.

—A partir de hoy el contrato se rompe. Dejamos libre tu manuscrito para que lo presentes a otras editoriales. Toda la información te llegará por *email* —dijo el director—. Agradecemos tu trabajo con nosotros, pero el resultado no es el que buscábamos —se despidió y salió de la sala. Era el hombre de hielo.

—Lo siento, Alba. A veces no depende de nosotras. Son decisiones que se toman desde arriba. —Miriam trató de consolarme—. Tu libro es bueno, seguro que otra editorial quiere publicarlo.

No entendía nada. Era mucha información en apenas un minuto y se contradecía sin ningún sentido. Primero, decían que el manuscrito era una maravilla. Después, que no era apto para ellos y ahora Miriam lo ensalzaba de nuevo. No entendía nada de lo que estaba pasando.

—He dejado mi trabajo porque ibais a publicar mi libro —me lamenté.

—Nena, nadie te pidió que hicieras eso —apuntó la cotorra meona.

—Lidia, cállate —le ordenó Miriam. Apoyó sus manos sobre mis hombros, me miró con ternura y sonrió—. Mueve el manuscrito.

—No entiendo nada, Miriam. Habíamos firmado el contrato, pensé que eso obligaba a ambas partes a cumplir lo pactado.

—El contrato dice que, si no cumples las condiciones para que el manuscrito sea idóneo para su publicación, se puede romper —anotó Lidia. Parecía disfrutar.

Miriam abrió la puerta de la sala y me cogió del brazo. Me acompañó hasta la puerta de salida de la editorial. Antes de mancharme llorando como una niña pequeña, me detuvo y me dio un abrazo.

—Te llamaré la semana que viene —me susurró al oído—. Tu libro es bueno. El manuscrito es perfecto y has hecho todo lo que te hemos pedido.

—Entonces, puedo reclamar legalmente —le dije en voz baja.

—Puedes hacerlo, pero es absurdo publicar con una editorial que no quiere apostar por tu trabajo. Puede retrasar años el lanzamiento, hacerte una tirada ridícula o no mover tu obra.

—Y ¿qué hago ahora?

—Ten paciencia. Muévelo en otras editoriales y quedamos dentro de una semana.

Sonó el teléfono de Miriam y me dijo que tenía que descolgar. Sonríó con ternura. Se despidió y entró en el edificio. Comencé a caminar por la calle, sin saber muy bien a dónde ir. No podía dejar de llorar. Parecía una broma de mal gusto. Todas mis ilusiones se fueron a tomar viento. No tenía trabajo ni iban a publicarme mi libro. Llamé a Pedro a su teléfono, pero no lo cogió. Miré la hora en la pantalla del móvil, eran las doce del mediodía. Javi salía dentro de una hora de la universidad. Trabajaba como profesor de Filosofía y los jueves tenía su última clase de once a una. Opté por ir a verle sin avisar. Javi sabría qué hacer. Entonces alguien me llamó en voz alta.

—Alba, ¿eres tú? —dijo una voz masculina.

Una voz que conocía bien. Que regresaba del pasado. No estaba preparada para tantos sobresaltos durante esa misma mañana. Me di la vuelta poco a poco. Si era él me desmayaba. Si era él me desmayaba.

Sí, era él.

Removiendo el pasado

¿De verdad? ¿Tú? ¿Ahora? ¿Aquí? ¿Por qué? Estaba desarmada, indefensa, casi sin fuerzas y con el ánimo destrozado. Me limité a sonreír, siempre le había vuelto loco mi sonrisa.

—Alba, ¡cuánto tiempo!

—Hola, Nacho...

No pude retener las lágrimas. Estaba rota y, al volver a ver a Nacho, mi primer amor, me derrumbé. Lo abracé, como cuando calmaba mis miedos hacía años, y lloré desconsoladamente.

—¿Qué te pasa? —preguntó con preocupación.

Fui incapaz de responder. Solo lloraba. Él me abrazó con cariño. Me propuso ir a tomar algo a una terraza de alguna cafetería para que le contara qué me sucedía una vez que me hubiese tranquilizado. Sonreí al escuchar su ofrecimiento y accedí. Fuimos a un bar que estaba cerca de donde habíamos coincidido. Al principio me dio un poco de apuro porque se encontraba muy próximo a la editorial y no quería que me vieran llorando. Pero después pensé que no les debía nada y que no tenía que justificar lo que hacía. Nos sentamos afuera. Hacía un día fabuloso, brillaba el sol y la terraza era preciosa. Con sillas y mesas de madera y rodeadas de macetas con flores de colores. Si no me hubiesen rechazado el manuscrito, me habría parado a disfrutar del olor primaveral de las plantas. Aun así, lo saboreé un poco. Pedimos dos cortados con hielo. Casi no podía creer que Nacho, el chico por el que casi pierdo la cabeza hacía unos años, estuviese consolándome y tomando un café conmigo.

—¿Has vuelto a Madrid? —pregunté sin pensar—. ¿Qué haces aquí?

—Sí, llevo unas semanas en la ciudad. Pensé en llamarte..., pero... —Se puso nervioso—. Alba, ¿qué te pasa? ¿Por qué lloras?

—Porque soy idiota. —Sequé mis lágrimas con las manos—. He dejado mi trabajo porque iban a publicar mi libro...

—¡Van a publicarte! —me cortó con efusividad y sonriendo.

—No. He dicho «iban». Ya no les parece un buen libro y han roto el contrato.

—¿Por qué?

—No sé. No lo entiendo... Acaban de decírmelo en una reunión breve y surrealista. Todavía no me lo creo. Pasa algo raro...

—No te des mal. Seguro que otra editorial lo quiere —intentó animarme—. ¿O te lo han

bloqueado?

—No —respiré aliviada. No había barajado esa opción—. Han dicho que rompían el contrato. De hecho, me han animado a presentarlo a otras editoriales.

—¡Pues que le den a Agua Ediciones!

—¿Cómo sabes que es esa editorial? —pregunté confusa—. No te he dicho cuál era.

—Alba, estabas al lado del edificio de la editorial —sonrió con aires de suficiencia y me desarmó de nuevo—. Es lo más lógico.

—Pues no te equivocas. Ellos son los que me han dejado tirada sin libro y sin trabajo.

—Si no has cambiado, seguro que tienes unos ahorrillos para ir tirando mientras encuentras otro sello que te la publique.

Asentí con vergüenza al recordar lo bien que me conocía Nacho. Me sentía desnuda a su lado, frágil, vulnerable. Pero cuando me tocaba podía resurgir como el ave Fénix. Si notaba su respiración cerca de la mía, embravecía y ahuyentaba mis miedos. Si me besaba, me hacía tan fuerte que podía dar una paliza al mismísimo Hulk... O a las dos cotorras del baño que habían disfrutado de lo lindo al verme llorar porque no me publicaban. Pero la realidad era que ya no estaba con Nacho. El pasado nos separó y mi seguridad y fortaleza se marcharon con él cuando se fue. No sabía si lo había superado. De lo que sí estaba segura era de que me dolía recordar nuestros momentos de felicidad. Tampoco podía desmentir si aún lo amaba, no me permitía ni siquiera rozar esas emociones. Prefería evitarlas cuando brotaban y no ahondar en el dolor. Lo anhelaba mucho. Volver a verlo había sacudido mis sentimientos y parecía como si no hubiesen pasado los años. Estaba igual. Seguía presumiendo de su cabellera rubia... al estilo de Thor... Sí, la cosa va de superhéroes. Me encantaba su mentón masculino y reflejarme en sus ojos grises. Decidí volver al presente y mirar a Nacho como lo que era en ese momento, un amigo. Muy guapo, eso sí, pero solo amigos.

—No me has respondido, ¿qué haces en Madrid?

—He vuelto. —Se encogió de hombros—. Después de trabajar cuatro años en Barcelona, he decidido independizarme y montar mi propio negocio. En Madrid tengo varios clientes.

—¡Te felicito! —exclamé—. Ser agente literario por tu propia cuenta siempre fue tu sueño. Eres muy bueno.

—¡Gracias, Alba! La literatura nos unió...

—Y también nos separó. —Sonó muy contundente—. Perdona, no quería ser grosera.

—Tienes razón. Y todo el derecho a decirlo...

—¡No te preocupes, Nacho! Han pasado tres..., cuatro años. Es algo que tengo muy superado —mentí y sonreí con disimulo.

—Me alegra verte sonreír. Menudo susto me he llevado antes al verte llorar. —Me cogió de la mano.

Mi corazón se aceleró. Noté una descarga de energía que me advertía del peligro de volver a sentir cosas que estaban aletargadas si iniciaba contacto físico con Nacho. Rápidamente, aparté la

mano.

—Pues, si vas a trabajar con editoriales de aquí, te aconsejo que no lo hagas con Agua Ediciones... No son de fiar —desvié el tema.

—Pensaba hacerles una visita, pero visto cómo se las gastan se me han quitado las ganas.

—No lo hagas o te harán llorar —bromeé. Le miré a sus hermosos ojos ceniza—. Gracias por animarme y tomarte un café conmigo.

—Alba, sabes que eres muy importante para mí. Me alegra que nos hayamos encontrado.

Si era tan importante para ti, ¿por qué te fuiste? ¡Ah, sí! Ya lo recuerdo. Porque te ofrecieron un puesto de trabajo en una gran editorial en Barcelona como agente literario de escritores de renombre. Entiendo que no rechazaras el trabajo, jamás hubiese consentido que lo hicieras. Ese era tu sueño y tenías que apostar por él. Lo que no comprendo es que yo no formara parte. Te fuiste sin más, rompiste tres años de relación por culpa de un trabajo y unos cientos de kilómetros. Yo te hubiese esperado, hubiera vivido entre Madrid y Barcelona... Yo hubiera... Pero ¿qué es *el hubiera*? Yo te diré lo que es: algo que no existe porque nunca me pediste que lo hiciera. Te fuiste solo con tus sueños a Barcelona y dejaste en Madrid lo que te sobraba. ¿Me equivoco? O quizás no quisiste ser egoísta al pedirme que me fuera contigo. Que dejara mi vida, a mis amigos, trabajo y familiares por fugarme junto a ti. No sé, Nacho..., jamás diste ninguna explicación. Me dijiste que tenías un trabajo nuevo en otra ciudad y que querías empezar de cero... Esa fue tu justificación. Puede que lo fuera para ti, pero a mí me dejaste con un mar de dudas a las que nunca encontré respuesta. Tuve que rehacer mi vida, sabiendo que tú estabas viviendo la tuya y yo no formaba parte de ella. Tal vez era el momento de pedir explicaciones.

—Alba, tengo que irme. He quedado con un cliente dentro de diez minutos y si me retraso no llegaré a la cita. Déjame tu móvil. —Lo cogió y añadió su número—. Ponme un wasap para agregarte y quedamos otro día con más calma para recordar viejos tiempos y tomar unas cervezas. ¿Todavía te gusta?

—Claro, tonto. —Le di un golpe en el hombro. Me avergoncé al darme cuenta de mi actitud servicial con él, pero no me importó—. Me encanta la cerveza. Quedamos cuando quieras.

—Este fin de semana estoy en Madrid, con la mudanza voy y vengo. Si puedes, nos vemos. — Se levantó de la silla y se detuvo para mirarme a los ojos—. ¿Estás bien?

—Sí. Gracias..., me ha venido de maravilla charlar contigo.

Me dio un beso en la mejilla y se fue. Ese beso fue electrificante... Di un sorbo al café y suspiré. Escribí un wasap a Nacho para que tuviera mi contacto. Cerré los ojos y sonreí. Un sonido me avisó de que me había devuelto el mensaje.

Me ha encantado volver a verte... Estabas muy guapa.

Reunión de urgencia

Como no podía ser de otra forma, llamé a Javi para quedar en casa de Oli y contarles todo lo que me había pasado aquella mañana surrealista. Mi amiga ya estaba informada de que íbamos hacía su casa. Le mandé un wasap muy específico.

Cariño, el profesor Javier y yo vamos a tu casa. Reunión URGENTE. Pide comida china.

Cogí un autobús para ir hasta casa de Oli. Hasta ese momento era asidua de desplazarme en taxi, pero, como no tenía trabajo ni una editorial que publicara mi libro, decidí optar por un medio de transporte más económico. Fui en autobús. Por suerte, no tardó mucho en llegar a la parada. Estaba repleto de gente. Con el calor que hacía y el olor a *persona que no sabe lo que es ducharse* casi me mareo. Sonó mi móvil. Lo llevaba en la mano, miré la pantalla para saber quién llamaba y ¡era Miriam! Mi pulso se aceleró. ¿Qué pasaba aquel día? ¿Se había confabulado el mundo para que me diese un infarto? Quizás llamaba para decirme que la reunión de antes había sido una broma de cámara oculta para algún programa de la televisión. Pero como imaginaréis, no fue así. Aunque dejó abierta una nueva puerta, una nueva ilusión.

—Diga.

—¿Alba? Soy Miriam Moreno —respondió casi jadeando—. ¿Cómo estás?

—Imagínate... Destrozada.

—Lo sé, cielo. He salido de la editorial ahora. Me voy a casa corriendo a comer y salgo de viaje todo el fin de semana. Volveré el martes, si quieres quedamos para tomar algo y te cuento.

—Pero ¿aún tienes que contarme más? —pregunté con sorpresa.

—Alba, que no te cuenten mierdas —dijo seria—. Tu novela es buena. Yo aposté por ella y sé de su potencial. Tengo contactos que pueden publicarla en otras editoriales.

Un torrente de adrenalina bailó en mi cuerpo. ¡No estaba todo perdido! Quería gritar de felicidad. ¡Mi libro era bueno! Pero, entonces, ¿por qué rompieron el contrato?

—Miriam, me has alegrado el día. Estaba acojonada... —le confesé feliz—. Hay una cosa que no entiendo. Si la novela tiene potencial, ¿por qué la ha rechazado Agua Ediciones?

—¡Uffffff! Es largo de contar... Te prometo que te cuento todo el martes. Tengo prisa.

—Perfecto. Espero tu llamada.

—Claro, cielo. Te llamo por la mañana y quedamos.

—¡Miriam!

—Dime —respondió antes de colgar.

—Gracias por ayudarme.

—No, estoy avergonzada con lo que han hecho contigo y quiero hacer justicia. Alba. Sé que te voy a dejar peor de lo que estabas, pero no te fies de nadie.

—Pues sí, me dejas un poco confusa —bromeé.

—No te preocupes. Tu libro se va a publicar y Agua Ediciones se arrepentirá cuando vea que eres número uno en ventas. Nos vemos la semana que viene, cielo.

—Muy bien, Miriam. Un abrazo.

No sabía si había sido una conversación esperanzadora, de venganza o si me la había imaginado. Miré el móvil y vi reflejada la llamada que había recibido de mi exeditora. Sonreí. Tenía su apoyo y confiaba en ella. El altavoz del autobús anunció que la próxima parada era en la que debía bajar. Guardé el teléfono en mi bolsillo e intenté retener toda la conversación que había mantenido con Miriam para reproducirla lo más fiel posible a mis amigos. Me molesté al recordar que Pedro no había devuelto mi llamada. No trabajaba ni tenía nada que hacer. Su actitud cada vez era más descuidada y estaba volviendo a los andares de siempre. La diferencia con las veces anteriores que había sido tan egoísta es que yo me estaba saturando y casi a punto de mandarlo a tomar viento fresco. Bajé del autobús y anduve unos metros hasta casa de Oli. ¡Iban a alucinar con tanto sobresalto!

—¡Denúncialos! —exclamó Javi cabreado—. Es ilegal lo que han hecho. No pueden romper el contrato así por las buenas.

—Tiene razón —le apoyó Oli—. Has hecho todas las correcciones que te han pedido.

—Es una tontería —les dije con cierta calma—. Imaginaos por un momento que los denuncio y gano. ¿Qué trato pensáis que le darían a mi libro? Seguro que me hacen una tirada ridícula o que retrasan la publicación meses o años.

—¡Qué cabrones! —masculló Javi.

—¿Qué vas a hacer? —quiso saber Oli.

—Miriam me ha dicho que pasa algo. La semana que viene me llamará y quedaremos para que me cuente todo y... ¡quiere ayudarme a encontrar una editorial que me publique! Tiene contactos.

—¡Qué bien! —Oli dio saltos de alegría.

—¿Te fías de ella? Porque si no recuerdo mal esa mujer trabaja en la misma editorial que te ha puesto de patitas en la calle. Ve con cuidado.

—La noté dolida. Miriam no quería que rechazaran mi libro. Me fio, pero seguiré tu consejo e iré con cautela.

Estábamos sentados sobre el suelo de parqué del salón de Oli. Siempre que pedíamos comida oriental, comíamos sobre cojines que tirábamos al suelo y nos apoyábamos en una pequeña mesita

que acompañaba a los sofás. Me puse nerviosa al recordar el reencuentro con mi ex. Tenía un poco de miedo a la reacción de Javi al contarles lo encantador que había sido. Seguro que me acusaba de facilona o de no ser objetiva con él. Y tenía razón, no era nada objetiva cuando se trataba de Nacho.

—He vuelto a ver a Nacho...

Reinó el silencio. Mi amigo me miró con cara de asombro. Enseguida cambió su rostro y se puso serio.

—¿Qué Nacho? ¿Tu Nacho? —preguntó molesto.

—Sí, mi Nacho —afirmé con contundencia—. ¿Qué otro Nacho va a ser?

—No quiero saber nada sobre *ese* Nacho —sentenció cruzándose de brazos.

Oli nos miraba como si estuviese en un partido de pádel. Pelota va, pelota viene. No sabía a quién nos referíamos. Lógico y normal, conocíamos a Olivia desde hacía un año y nunca le nombré a mi exnovio. Siempre me había tentado hablarle de él, pero tenía miedo de empezar y no acabar nunca.

—O me decís quién es el tal Nacho o voy a pensar que Javi odia la comida mexicana.

—Un tío que le rompió el corazón a Alba —dijo sin anestesia—. ¿Sabes que todos nos enamoramos tanto de *alguien* que le permitimos hacer con nosotros lo que le dé la gana? Pues ese es Nacho. La debilidad de Alba.

—No había oído hablar de él...

—Te resumo, porque si no se hará eterna esta conversación. —Puso los ojos en blanco. Ahora hablaba el profesor que llevaba dentro y no nuestro amigo—. Alba y Nacho se cocieron en una librería. ¡Oh, qué romántico! Los dos preguntaron por el mismo libro...

—*Perdona si te llamo amor...* —anoté orgullosa. Lo había leído unas cien veces.

—Se miraron, hablaron, fueron a la casa de él, follaron como gatos en celo y se enamoraron. —Javi gesticulaba con desenfreno y cierto toque irónico—. Salieron durante tres años. Cuando Alba quiso dar un paso más serio en su relación y proponerle irse a vivir juntos, Nacho hizo justo lo contrario...

—¿Se lo propuso él a Alba? —preguntó Oli con inocencia.

—Sí, hija, sí... y por eso están aún juntos —dijo con sarcasmo—. ¡No! Le ofrecieron a Nacho un trabajo en Barcelona y él aceptó. Rompió con nuestra amiga y destrozó su corazón.

—Lo siento, cariño. —Oli me abrazó—. ¿Cómo estás?

—Ya bien... Han pasado cuatro años, aunque en el momento fue duro...

—Y ¿por qué no quiso mantener una relación a distancia? No creo que fuera motivo suficiente para cortar... Quizás si hubieseis llevado poco tiempo saliendo, pero no si llevabais tres años.

—Dijo que quería empezar de cero, pero nunca me lo creí... —confesé.

—Porque es gay —sentenció Javi.

—¡Para ti todos son gais! Algún día acertarás con alguno —bromeó Oli y le dio un empujón.

—¡Eso espero! Y a poder ser que esté bueno y que no sea ninguno de vuestros ex. —Le

devolvió el golpe con ternura.

Me levanté del suelo y fui a la nevera para coger unas latas de cerveza. Pregunté a mis amigos si querían otra y asintieron. El salón de Oli se compartía con la cocina y una barra americana que dividía las estancias. Sonreí al pensar en Nacho, quizás por la ilusión de volver a verlo o por la propuesta de quedar el fin de semana.

—Quiere que nos veamos otra vez —les dije mientras alcanzaban las bebidas—. Me ha propuesto quedar en un par de días.

—Te has negado, ¿verdad? —Javi frunció el ceño.

Me encogí de hombros y solté una carcajada. Quería volver a verlo, respirar su aroma, conversar con él y saber qué había hecho durante todos estos años. Necesitaba escuchar que me echaba en falta y que seguía enamorado de mí.

—Si juegas con fuego te quemarás, Alba —me regañó mi amigo.

—No pasa nada porque tome algo con el chaval y se pongan al día —me apoyó Oli.

—No conoces a Nacho, es un embaucador. Guapo, viril, interesante..., pero narcisista y prepotente.

—¡Voy a quedar con él! —exclamé convencida.

—¡Muy bien! Yo también lo haría. —Oli dio un trago a la lata—. Demuéstrale que se equivocó al marcharse sin ti.

—No tienes nada que demostrar. —Javi me miró a los ojos—. Eres mi mejor amiga y la persona más alucinante, generosa y divertida que conozco. Así que olvídate de Nacho y valórate un poco más. Además, tú ya tienes novio.

Me levanté de nuevo. Sacudí mi cuerpo y me incliné para abrazar a Javi. No me decía muchos cumplidos y sus palabras me habían llegado al alma. Siempre solía ser sarcástico y sacaba a relucir nuestros defectos, desterrando los puntos buenos.

—Gracias por lo que has dicho. Casi me haces llorar —bromeé—. ¿Novio? A veces se me olvida que lo tengo porque nunca está cuando lo necesito. Esta mañana cuando me han dicho que no me publicaban, lo he llamado y no me ha cogido el teléfono. Pero lo más fuerte es que —miré la pantalla del móvil para ver la hora— son las dos de la tarde y ¡no sé nada de él! Así que te haré caso. Voy a valorarme más y, como Nacho sí que ha estado antes para consolarme, quedaré este fin de semana con él. Te guste o no.

—Oye, a mí no te me pongas como una *mamarracha histérica*. Que yo te digo todo esto porque no quiero que te hagan daño.

—Lo sé, Javi. Te lo agradezco.

—Y ¿qué hace en Madrid? —preguntó Oli.

Javi chasqueó la lengua. Le supo malo que se le hubiese escapado esa pregunta.

—Se ha montado su empresa de representación de escritores y ha vuelto porque sus clientes son de aquí —expliqué.

—¿Representa escritores? —dijo Oli en voz baja—. ¡Pues que te represente a ti!

—Claro. Y ya le das las llaves de tu piso, el código de tu tarjeta y la contraseña de tu cuenta de Netflix... —ironizó nuestro amigo—. No mezcles amor y trabajo.

—Tienes razón. Prefiero no hacerlo, no es buena idea. Además, solo voy a tomar unas cañas con él.

O eso pensaba... ¡Miento! Jamás pensé solo eso. Mis fantasías iban desde tirarle la cerveza en medio del bar, beber de su cuerpo y que me hiciese suya allí mismo hasta que me confesara que me amaba en secreto y no podía vivir sin mí. La realidad fue más surrealista.

¿Probamos un juego nuevo?

Sus manos recorrían mis brazos mientras yo cabalgaba entre sus piernas. Apenas gemía, mi movimiento era lento y repetitivo. Estaba sentada sobre Pedro, en el sofá de nuestra casa. Su erección era firme y notaba su pene duro dentro de mí. Pasó sus manos a mis pechos y rozó mis pezones. Busqué su mirada, pero tenía los ojos cerrados. Ahí estábamos los dos, practicando sexo. Lo llamo así porque ni hacíamos el amor ni follábamos. Parecíamos robots programados para echar un polvo rápido. Sin sentimientos, sin pasión... Con la dosis justa de placer para que no fuera tediosa la práctica. Cerré los ojos y decidí dar rienda suelta a mi imaginación. Primero pensé en Mario Casas... ¡Ufffff! No tardé en encenderme. Aceleré mis movimientos. Y de repente dibujé en mi mente la cara de Nacho, su mentón, sus ojos... Sentí calor, fuerza, placer... Fantasé con sus manos recorriendo mi cuerpo y su boca mordiendo el lóbulo de mi oreja. Noté cómo mis pezones se endurecían y tuve que mordirme el labio para no enloquecer. Estaba muy excitada, realmente caliente, me sentía poderosa al imaginarme fundida a Nacho. Dejé soltar un gemido, pero no fue suficiente. Necesitaba liberar más energía o acabaría gritando el nombre de mi ex debido al morbo de mi fantasía. Entonces, sin pensarlo, propiné un bofetón a Pedro.

—¿Qué haces?! —preguntó sorprendido.

—No lo sé. Perdona, me he dejado llevar. ¿Te he hecho daño?

Pedro sonrió. Intenté adivinar el porqué de su alegría, pero no se me ocurrió nada. La vergüenza por mi comportamiento pasional me nubló.

—Me ha pillado por sorpresa, pero me ha gustado —afirmó—. ¡Dame otra!

—¿Qué?

—Sí, joder. Vuelve a sacudirme —pidió.

—No creo que pueda. Ha sido la emoción del momento.

—Pues muévete como lo estabas haciendo y repite todo de la misma forma para que llegues al clímax y te pongas tan pasional.

Acarició mis pechos y movió su cintura para que notara su miembro. Cerré los ojos y pensé en Nacho de nuevo. Sonreí, me parecía excitante poder fantasear con él. Comencé a dejarme llevar, a sentir el calor que me había inundado hacía unos segundos... Estaba pasándolo realmente bien cuando...

—Alba, me voy... No pares, me voy...

Y se acabó la fiesta. Casi lo preferí porque la idea de propinarle otra bofetada no me seducía en absoluto. Es más, aluciné al saber que a él sí. Pero así era Pedro..., siempre me dejaba con la boca abierta. Sin palabras.

Aquella tarde, después de comer con mis amigos, llegué a casa dispuesta a recriminarle a Pedro su falta de apoyo y que no se hubiese preocupado por mí sabiendo que tenía una reunión con la editorial. Al entrar lo vi tumbado en el sofá, con su cara de niño bueno, que de eso poco tenía, y me sonrió. Se interesó por la reunión, hizo un gesto para que me sentara a su lado y después de escuchar toda mi historia (excepto el encuentro con Nacho) me dijo unas palabras de aliento y se puso juguetón. Se salió con la suya, no le cayó bronca, no me dio ninguna explicación de su ausencia y como muestra de su arrepentimiento terminamos practicando sexo. Tenía que poner fin a aquella relación. Pedro me caía bien, pero ya no le amaba y sospechaba que ni me atraía. Y que conste que volver a ver a Nacho no tenía nada que ver con aquella decisión. Nuestra relación ya estaba tocando fondo.

—Me ha gustado mucho lo que has hecho —confesó—. Ha sido sexy.

—¿Sexy? Pero si te he dado una bofetada.

—No. La bofetada en sí no. Me ha gustado tu pasión, que te atrevieras a probar cosas nuevas.

—Pedro, tenemos que hablar. —Quizás no fuese el mejor momento. Estaba medio desnuda en el sofá encima de él.

—Tendríamos que hacer un trío —propuso.

—¿Dos tíos y tú? —pregunté molesta.

—No tiene por qué. Me da igual si somos dos tíos y tú.

Entonces me imaginé con Pedro y Nacho en la cama, dándonos placer y me estremecí. Demasiado morbo para mi mente. Suspiré, sacudí mi pelo con las manos para refrescarme la nuca y apoyé mis manos sobre sus hombros.

—Nunca he hecho un trío —dije con timidez.

—Creo que los dos sabemos que a nuestra relación le hace falta un poco de emoción. Quizás sea la chispa que nos una.

—Déjame pensarlo —le pedí. No me parecía tan descabellado. Pero me temía que era porque ya no sentía amor hacía Pedro. De lo contrario, la propuesta del trío hubiese sido rechazada.

—Te respeto y te quiero. Así que haremos lo que tú decidas —sonrió.

Me pareció irresistible en ese momento, al verlo desnudo, tan guapo, apasionado y comprensivo. Pensé que lo mejor era no precipitarme. Había sido un día de sentimientos muy revueltos y no quería equivocarme al tomar una decisión. Así que decidí posponer lo del trío y lo de dejar a Pedro. Lo que mantuve fue mi quedada con Nacho. Iba seguro. En cuanto me vestí, fui al baño y le mandé un wasap.

Nos vemos el sábado por la tarde. Ya dirás dónde.

El italiano de la bicicleta

El viernes por la mañana Oli decidió aprovechar su día libre. Trabajaba como dependienta en una tienda de perfumes orgánicos y adoraba su trabajo. Le encantaba aconsejar a la gente cuál era el aroma que más le favorecía y el idóneo para su tipo de piel. Era una experta en aceites, aguas de colonia y cremas. Salió de su piso dispuesta a realizar unas compras que había pospuesto por el exceso de trabajo y por nuestra quedada en su casa del día anterior. Fue en metro hasta el centro de la ciudad para visitar una de sus tiendas favoritas de Madrid. Un establecimiento pequeño en el barrio de Chueca que regentaba una pareja de chicos y vendía las telas más *vintage* y glamurosas de los alrededores. A Oli le encanta coser y diseñar pajaritas y corbatas que, después de fotografiarlas, las subía a sus redes sociales para venderlas. La verdad es que tenían mucho éxito, siempre la animábamos a que creara su propia marca de complementos textiles. Pero las dudas y los miedos la frenaban y nunca daba el paso. Aun así, Oli disfrutaba seleccionando telas, confeccionándolas y dando rienda suelta a su imaginación.

Después de casi una hora de cháchara con los dueños de la tienda y otra hora viendo y comprando telas, quiso ir a una terraza a tomar un té. Tenía todo programado, para ser tan indecisa se lo montaba bien a la hora de organizarse. Pasó por un callejón estrecho, de edificios antiguos para acceder a la calle donde estaba la cafetería que sería su siguiente parada. Olía a limpio, cerró los ojos y se imaginó en las calles del casco antiguo de su Zaragoza natal. Cada día la echaba en falta, era una ciudad que adoraba, pero no podía regresar. Oli era una mujer de contradicciones. Soltó un suspiro y abrió los ojos. Miró al cielo y sonrió. Se sentía a gusto en su nuevo hogar. Tenía un trabajo que le fascinaba, buenos amigos y la libertad de hacer lo que ella quisiera sin que nadie le dijera nada. En Madrid su pasado era un secreto. Solo era eso: algo que esconder y a lo que no tenía que enfrentarse. Nadie la juzgaba. No había culpa.

Un hombre alto y guapo cruzaba el callejón en dirección opuesta. Llevaba una bici de color verde, no iba montado, la empujaba con las manos. Oli lo miró de reajo y quedó anonadada por su belleza. Era apuesto, moreno, de piel oscura. Parecía unos diez años mayor que ella, que tenía treinta años. Así que le echó unos cuarenta. Él sonrió cuando cruzaron las miradas. Oli le devolvió el gesto y miró rápidamente al frente para no desvelar que aquel hombre le parecía muy atractivo. Entonces notó un tirón en su brazo derecho y se volvió asustada. Respiró aliviada al darse cuenta de que la bolsa donde guardaba las telas que acababa de comprar se había

enganchado con el manillar de la bicicleta del hombre sexy. Nadie la estaba empujando, solo había sido un descuido. La bolsa, como era de papel, se rasgó y las telas cayeron al suelo. El hombre se disculpó, Oli se agachó para recoger su compra y este hizo lo mismo.

—Disculpe, señorita. —Su acento no era español—. ¡Qué torpe soy!

—No pasa nada. —Restó importancia, aunque estaba un poco molesta porque algunas de las telas se habían manchado con el polvo del suelo. Disimuló, no quería ser antipática delante de aquel caballero—. Las lavo y quedan como nuevas.

—Si se han estropeado puedo pagárselas —se ofreció. ¡Su acento era italiano!

—No hace falta, de verdad. Es muy amable, pero con un poco de agua quedarán perfectas.

El italiano se puso en pie y ofreció su mano a mi amiga para ayudarla a levantarse. A Oli le pareció un gesto muy cortés y aceptó el ofrecimiento. Se puso nerviosa al notar su mano fuerte y grande.

—Me disculpo de nuevo por mi torpeza...

—Me voy a sentir mal con tanta disculpa —bromeó Oli—. Otro día me invitas a un té y solucionado —dijo sin pensar. Se sorprendió ante su atrevimiento.

—Yo tengo tiempo ahora y siempre es agradable conversar con una chica tan linda como tú.

Oli sintió un micromareo al escuchar el piropo del italiano. Sonrió como una boba. Tenía todo el día para hacer lo que le diera la gana, aunque en su agenda diaria sus planes eran diferentes. Ir al museo, comer un sándwich en El Retiro y pasar la tarde leyendo tumbada en el césped. Aquel hombre le gustaba y su acento le pareció irresistible. Pensó que modificar un poco su *planning* tampoco era para tanto. Además, iba a tomar un té, ¿qué más daba que lo hiciera sola o con el italiano?

—Justo ahora iba a tomar uno. Si quieres lo hacemos juntos. —Se felicitó a sí misma por su arrojito.

—Invito yo. Si quieres puedes dejar las telas en la cesta de mi bici.

Fueron a la terraza que tanto le gusta a mi amiga y pidieron dos infusiones de *rooibos* con canela y hielo. El italiano era muy simpático, se mostraba cercano, como si se conocieran desde hacía mucho tiempo y eso le fascinó a Oli. A ella solían gustarle hombres de más edad de la suya, si no, sentía que hablaba con niños inmaduros. Aunque esos gustos fueron los que le hicieron salir corriendo de Zaragoza. Olivia era una chica llamativa, tenía el pelo rojo y largo como el ardiente fuego, los ojos azules y grandes, la piel clara y, aunque era de complexión delgada, podía presumir de unos voluminosos pechos. Era normal que fuese el oscuro objeto de deseo de muchos hombres.

—Llevamos un rato hablando y no te he preguntado por tu nombre —dijo el italiano.

—Olivia, pero todo el mundo me llama Oli. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Fabio. Soy del sur de Italia, aunque llevo más de diez años en Madrid.

—Yo soy de Zaragoza, me mudé hace un año.

—Olivia, ¿no te parece fascinante? —Se acercó a ella.

—¿Qué? —preguntó sorprendida.

—Una zaragozana y un italiano tomando café en Madrid. ¡Eso es cosa del destino! —dijo entre risas.

—No creo mucho en el destino. Creo más en las casualidades...

—Pues, si esto es una casualidad, es muy linda.

Oli tragó saliva. Quiso besar a Fabio, pero se moría de miedo. Miedo a no ser correspondida y aún más si resultaba serlo. No había sido muy suertuda en el amor. Dio un trago a su infusión, como si se tratase de un vaso de ron, y pensó que ya era hora de volver a sentirse deseada. Si se arriesgaba a enamorarse de Fabio, por lo menos era muy atractivo.

—Voy a comprar algo de picar para comer en El Retiro, tumbarme en la hierba y pasar la tarde leyendo.

—Es un buen plan... —señaló Fabio.

—¿Te apuntas? —Su corazón se aceleró. Deseó que dijera que sí... o, bueno..., que se negara... No, ¡no! Que su respuesta fuera un sí. Oli estaba muy nerviosa y el segundo en que el italiano tardó en contestar se le hizo eterno.

—Me gusta la pasta, la naturaleza y suelo leer a Walter Riso.

—¿Eso significa que te animas?

—De lo contrario estaría loco.

Estamos muy orgullosas de ti

Disfrutaba de una bola de helado se sabor a pitufo sobre un cono de galleta y de una acelerada charla con Javi. Digo acelerada porque habíamos quedado con mis tías, o *las Maris*, como las llama mi amigo, y nos retrasamos al pedir unos cucuruchos que sofocaran nuestro calor. Había mucha gente haciendo cola en la heladería, pero era la mejor de Gran Vía.

—¿Vas a quedar con Nacho mañana?

—Sí. A las seis y media en el Starbucks por el que hemos pasado hace un minuto —afirmé feliz.

—¡Buah! No entiendo por qué le gusta a la gente el café de ese antro... ¡Sabe a cualquier cosa menos a café! —protestó—. Además, ¿no ibais a tomar unas cervezas?

—No sé... me ha dicho de quedar allí. Quizás solo para ubicarnos y después vayamos a otro sitio.

—Y tú le has obedecido como su perrita fiel.

—No sigas por ahí... —me quejé y le di un codazo—. Lo veo solo como un amigo.

¡Mentira! Había tenido tres orgasmos pensando en él. Estaba claro que lo veía como algo más que un amigo. Pero me repateaba darle la razón a Javi.

—Lo que tú digas... Ahora lo consultamos con las Maris a ver qué opinan.

—¡Ni se te ocurra decirles nada de Nacho a mis tías! O no te avisaré más cuando quede con ellas.

—No, que me lo paso genial. Ok, ni lo nombraré.

Sabía que privarle de mis quedadas con mis tías María y Mari Cruz era sinónimo de castigo para Javi. Las adoraba. Tenían una relación fantástica y no era de extrañar porque las Maris, la combinación de mis dos tías, era una mezcla sumamente divertida. María era hermana de mi padre, se caracterizaba por ser una mujer optimista, vital, siempre aprendiendo y adicta a las nuevas tecnologías. Mari Cruz, era prima de mi padre y de mi tía María, disfrutaba vistiendo ropa moderna, contando batallitas del pasado y decorando su casa continuamente. Ambas eran primas y amigas desde la infancia, las dos tenían cincuenta y cinco años y eran inseparables. Solía quedar con ellas todos los viernes por la tarde para contarnos qué tal nos había ido en la semana. Javi era un fiel asiduo a nuestras citas desde que vino por primera vez hacía más de diez años y disfrutó de lo lindo con las historias de Mari Cruz. Yo también las quería con locura y fueron un gran apoyo cuando Nacho me dejó. Sus consejos y el pack de diez clases de yoga que me regalaron fueron

vitales para comenzar a olvidar a mi ex.

—También viene mi madre, así que mantente calladito, ¿vale?

—¡Me encanta tu madre! —exclamó emocionado—. Está tan loca como tus tías. Alba, ¡me chifla tu familia!

Sonreí. Tenía razón, mi familia era maravillosa. Cada uno tenía su alterado mundo interior, por decirlo de alguna forma, pero eran cariñosos, comprensivos y siempre me apoyaban. Mi madre disfrutaba ayudando a los demás. Era adicta a las telenovelas turcas y se apasionaba al hablar de sus protagonistas, ¡era una fuente inagotable de inspiración para mis libros! Teníamos muy buena relación y, aunque me había independizado bastante joven, nos veíamos todas las semanas y hablábamos por teléfono casi a diario. ¡Ah! Y odiaba a Nacho. No es que le tuviese un poco de pelusilla, no podía ni oír hablar de él. Seguramente porque mi madre, mejor que nadie, sabía lo mal que lo había pasado yo con la ruptura.

Llegamos a la nuestra cafetería de los viernes. Un lugar precioso y muy cuco con una decoración retro que les fascinaba a las Maris. Mis tías nos esperaban sentadas en la terraza, con sus *gin- tonic* y su media docena de churros. Lo sé, mejor no preguntar...

—¿No es un poco pronto para beber? —pregunté entre risas.

—Son las siete de la tarde y corre una brisa maravillosa, es el momento perfecto —dijo María.

—Además, tú no tienes edad para echarnos la bronca... Así que no cambies los papeles; nosotras somos las que te reñimos —bromeó Mari Cruz.

—¿Y los churros? —insistí.

—Pues, hija, están buenísimos con un *gin- tonic*, ¿quieres probarlos?

—Ni loca —me negué sacando la lengua a modo de burla.

—Pues tú te lo pierdes —dijo Javi—. Yo voy a pedir lo mismo que vosotras.

—¡Eres el mejor! —exclamaron a coro las Maris.

Se levantaron para darnos dos besos a cada uno y un abrazo. Nos dijeron que mi madre llegaría un poco más tarde porque estaba haciendo unas compras y se había retrasado. Mi madre nunca era puntual, así que no nos sorprendimos. Javi pidió otro *gin- tonic* y dos churros. Yo fui más convencional y me decanté por una caña y un torrezno. Ese era mi capricho del día. Todos los días me daba un capricho y así siempre eran un poco especiales. Podía ir sola al cine a ver una película romántica de las que solo me gustaban a mí, ir a pasear al parque, comprarme un libro o pedirme un torrezno... Fue un consejo que me regalaron mis tías. «Si te das un capricho a diario siempre tendrás algo por lo que ser agradecida. Nosotras nos lo damos desde hace años y es fabuloso», me dijeron. Y la verdad es que la idea era muy buena. Desde aquel momento la puse en práctica. Como ya te he dicho antes las Maris molaban y mucho.

Me preguntaron por la reunión del día anterior con la editorial y si ya sabía cuál iba a ser la portada del libro. Les conté todo lo que sucedió, solté algunas lágrimas. No eran de tristeza, ya no. En un solo día la pena se había convertido en rabia. Pero había esperanza, Miriam iba a ayudarme. Las Maris desecharon la parte mala. Aseguraron que Agua Ediciones no era una buena

editorial para mi novela y que iba a conseguir otra que fuera más seria y formal.

—Y si no, te lo financiamos nosotras —bromeó Mari Cruz.

—O hacemos una campaña de *crowdfunding* que está de moda y solucionado... —añadió María.

Estallamos en risas. Era complicado no olvidar los problemas con ellas y, lo más importante, siempre ponían luz en la oscuridad. Javi insistió en que tenía que probar el *gin- tonic* con un trozo de churro. Aseguraba que estaba muy rico. Cedí a su petición y di un sorbo a la bebida acompañándola de una porción de churro. Me resultó asqueroso, pero disimulé y les dije que estaba sabroso. Simplemente lo hice para que se callara. Puede ser muy intenso cuando algo le gusta y le llevas la contraria, así que pensé que lo mejor que podía hacer era darle la razón, como a los tontos.

—Y tú, julandrón, ¿cómo vas de amores? —quiso saber Mari Cruz.

—Yo no me enamoro —dijo Javi con aires de suficiencia—. Yo rompo corazones. Hace unos meses conocí a un camarero muy mono, me lo tiré y cada uno para su casa. Así es más cómodo. Nos hemos visto varias veces, pero solo para placer. Si no hay amor no hay dolor. Si solo hay sexo, disfruto como un poseso. —Ese era su lema y siempre lo llevaba a cabo. Nada de enamoramientos, solo sexo sin compromiso.

Ya le habían traicionado hace muchos años y no se fiaba de entregar su corazón a nadie. Sufrió mucho y no se veía capaz de volver a pasarlo tan mal. El sexo le daba placer, seguridad y no arriesgaba nada. Siempre lo hacía con protección; en el pene y en el corazón. Ese podía ser otro de sus lemas, aunque jamás lo diría en público.

—Pues me da pena por ti, Javi. Eres un chico muy guapo e interesante y te sentaría genial compartir tu vida con alguien —dijo María.

—Estoy muy bien así, chicas. Soltero y entero.

Reímos los cuatro. Mi amigo podía decir lo que quisiera y tal vez él creyera que su discurso de *latin lover* era cierto. Pero, en el fondo, yo sabía que se moría de ganas por conocer a alguien y tener algo más que sexo. El miedo le impedía enamorarse y se conformaba con relaciones superficiales.

—Pues si buscas una relación seria dímelo y dejo a mi marido por ti —bromeó mi madre que nos sorprendió al llegar—. Y si no, os comparto.

Mi madre quería a Javi como a un hijo. Nos habíamos criado juntos, siempre quedábamos para jugar en casa del uno o del otro y después, cuando fuimos creciendo, para hablar de chicos. Era mi mejor amigo y uno más de la familia.

—Por ti cruzaría la acera de nuevo y sería el terror de las chicas —continuó con la guasa.

—No te hagas el inocente que te has liado con más de una —señalé riendo.

—Pero solo por probar... —se defendió.

—¿Has intimado con mujeres? ¡Eso no lo sabía yo! —exclamó Mari Cruz. Y le vino una duda que tenía que resolver. Nos señaló a Javi y a mí—. Vosotros dos... os habéis...

—¿Enrollado? —terminé la frase—. Sí, pero fue hace mucho tiempo y por experimentar, cuando estábamos en el instituto. Imagínate si nos gustó que nunca más volvimos a hacerlo.

—Yo no hablo de mi vida íntima. Así que ni confirmo ni desmiento la información —dijo Javi en tono irónico.

—¡Pero es que nadie va a darme dos besos?! —exclamó mi madre—. ¡Menudo recibimiento más soso!

Nos levantamos los cuatro y la abrazamos. Estaba radiante con su melena rubia, su piel morena y un vestido ibicenco holgado que le favorecía. Nos parecíamos mucho, nadie podía negar que éramos madre e hija. Se dejó caer en una de las sillas y pidió una cerveza bien fría. Me preguntó por la reunión con la editorial y vuelta al drama; lágrimas, voz de despechada de telenovela, lamentos por haber dejado mi trabajo...

—Cariño, estamos muy orgullosas de ti —dijo mi madre con dulzura—. Has sido muy valiente al apostar por tus sueños. Sabes que cuentas con nuestro apoyo.

—¡Eso mismo le he dicho yo! —Javi quiso anotarse un tanto delante de mi familia. Aunque en realidad siempre estaba cuando lo necesitaba.

—Lo sé, mamá. Pero me ha dolido que rompieran el contrato basándose en una explicación tan pobre.

—¡En una mentira! —señalaron las Maris.

—No te preocupes. —Mi madre me cogió de la mano—. Seguro que te publica una mejor.

Suspiré. Quise creerlo... Era duro tener que volver a buscar una editorial después de pensar que mi libro iba a verlo en todas las librerías dentro de un mes y que al final lo rechazaran. Una lágrima resbaló por mi mejilla.

—¡Han sido unos hijos de puta! —maldije.

—¡Oh, Alba! Esa boca... —dijo María.

—Necesitaba decirlo. Se han portado fatal... No tuvieron en cuenta mis sentimientos y me dieron una patada.

—Alba tiene algo de razón —me defendió Javi—. Un poco hijos de puta sí que han sido.

—¡Qué expresión tan machista! —se ofendió Mari Cruz—. ¿Por qué no decimos hijos de puto o de chaperero?

Mi madre me abrazó y besó mi moflete derecho. Me sentí reconfortada con su calor. Necesitaba protección y ella era perfecta para dármela.

—Ten paciencia, hija. Tu libro se publicará. Miriam te ayudará.

—Y si no, se lo pides mañana a Nacho —soltó Javi.

Mis tías y mi madre se volvieron hacía mí. Yo lancé una mirada asesina a mi amigo. ¡Bocazas! Comenzaba el juicio y yo estaba sentada en el banquillo de los acusados. El testigo y chivato era Javier Martínez. Las juezas, las Maris y Chus, es decir, mis tías y mi madre.

—¡Ni se te ocurra llamarlo! —ordenó mi madre.

—No... yo no... —no sabía qué decir.

—No lo hagas, que de la llamada se pasa a la vídeollamada y de eso al sexo telefónico por *cam* —explicó Mari Cruz—. Y así otra vez te tendrá en su poder.

—Dame tu móvil y borro su número —propuso María.

Cada palabra que decían resonaba en mi mente como un martillazo. Sabía que no tenían mucha simpatía hacia mi ex, pero yo quería volver a quedar con él para resolver algunos temas pendientes. Me agobié por sus exigencias. Intenté morderme la lengua. Sabía que lo mejor que podía hacer era callarme, asentir y no decir ni pío. Claro está, que no pude quedarme en silencio.

—¡No voy a llamarle! Voy a quedar con él en persona —grazné como una cotorra—. Y a ti — señalé a Javi—, te voy a cortar los huev...

—¡No le digas nada al chico! —saltó María—. Nos lo ha contado porque sabe que es una mala idea.

—Pues os guste o no lo voy a ver —me crucé de brazos—. Ya soy mayorcita para...

—Que te hagan daño —me interrumpió mi madre—. Eres mayorcita y un poco masoquista, por no decir otra cosa. Nacho te fastidió la vida y ahora que te has recuperado, ¿vas a quedar con él? ¿Para qué? ¿Para vengarte y propinarle una bofetada? Porque si no, no lo entiendo.

—No. Quiero que me explique algunas cosas que aún no comprendo... —protesté.

—Cariño, el pasado es mejor dejarlo en el pasado —me aconsejó Mari Cruz—. Nadie te puede prohibir que quedes con él, pero si juegas con fuego es muy probable que te quemes.

—¡También le dije eso, lo del fuego! —exclamó mi amigo.

—Haz caso a Javier, es muy sabio —dijo María.

—¡Haré lo que me dé la gana! —grité al borde de un ataque de nervios.

Hasta yo misma me asusté de mi reacción. Todos enmudecieron y dieron un sorbo a sus bebidas. Me sentí avergonzada de mi pataleta.

—Lo siento, me he sentido atacada y he reaccionado mal. Os pido disculpas.

—Alba, haz lo que quieras. Pero aprende de tus errores, Nacho no es de fiar... Entiendo que pretendas que se justifique por lo que hizo. Lo entiendo, hija. Pero no te hace falta. Tú vales más que unas palabras absurdas que ya no arreglan nada.

—Además, creo que sus justificaciones llegan unos cuatro años tarde. —Javi siempre tan oportuno.

—No voy a anular la cita. Me lo debe —sentenció.

Después de nuestra quedada familiar y de intentar sin éxito desviar el regreso de Nacho como asunto principal, Javi y yo regresamos paseando a casa. Éramos vecinos, al independizarnos nos fuimos a vivir juntos. Pero, debido a su ajetreada vida sexual y a que yo comencé a salir con Pedro, se mudó al piso de arriba que estaba libre. Vivíamos cerca de Chueca, en el corazón de la ciudad. Javi venía de una familia con alto poder adquisitivo y yo podía costear el alquiler gracias a mi trabajo y a la ayuda ocasional de mi familia. Y, en ese momento, gracias a mis ahorros. Sabía que tanto Javi como mis tías y mi madre tenían razón, pero no quería dejar pasar la oportunidad de que Nacho me aclarara por qué se fue sin pensárselo dos veces. Eso no era una locura, era

justicia. La cita era obligatoria.

El portal

Le eché en cara a Javi que dijera a mi familia que al día siguiente iba a quedar con Nacho. Él se hizo el sueco y mintió al decir que se le había escapado sin querer. Aunque casi agradecí que lo hiciese, no quería cargar con el peso de la mentira con mi madre y mis tías. Ya me estaba resultando bastante complicado no decirle nada a Pedro. El móvil de Javi echaba humo y no paraba de recibir mensajes.

—¿Quién te acosa? —pregunté con interés.

—El camarero sexy. —Me mostró la pantalla para demostrarme que era con él con quién mantenía la conversación virtual.

—¿Qué quiere?

—Dice que me espera en la puerta de casa...

—¿Por qué? —Me sorprendí. Javi no solía quedar dos veces en la misma semana con el mismo chico. Y, si mis cuentas no fallaban, con ese día ya eran tres.

—Porque me echa en falta. —Se encogió de hombros—. Es que sé dar lo que la gente quiere.

—Ya lo has fastidiado... con lo romántico que estaba sonando.

—¡Qué le den a lo romántico! Prefiero el...

—Sexo sin compromiso. Ya lo sé... Aunque si este chico es interesante podrías conocerlo mejor, ¿no crees? —le propuse aun sabiendo su respuesta.

—Nunca se sabe. —Y me dejó alucinada con su comentario.

Sonreí. Le cogí del brazo y apoyé mi cara en su hombro. Javi era un chico fantástico y se merecía volver a sentirse deseado y amado.

—Oye, ¿sabes algo de Oli? No ha dado señales de vida en todo el día —le dije extrañada.

—Era su día libre. Se habrá vuelto loca cosiendo pajaritas o leyendo en el parque.

—Mañana por la mañana la llamaré.

Llegando a nuestro portal vimos la figura de un chico que esperaba apoyado en la pared. Mostró una preciosa sonrisa al vernos. Era el amante-camarero de Javi. Tenía el pelo corto y moreno, unos seis años menos que mi amigo y de complexión delgada. Dio unos pasos hacia nosotros y nos saludó.

—Has sido muy puntual —dijo Javi.

—No sabía que venías acompañado. Si molesto puedo volver más tarde.

—No. Soy Alba, amiga y vecina de Javi. Vivo en el piso de abajo. —Le di dos besos.

—Encantado. Me llamo Joss.

—Y yo soy Javi y te voy a dar de lo lindo esta noche —bromeó.

Joss se puso rojo como un tomate y bajó la mirada. Quise echarle un cable para que superara el mal trago que le había hecho pasar mi amigo.

—No le hagas caso. Sé que es un fantasma y seguro que se te pone en plan tontorrón y cariñoso. Perro ladrador, poco mordedor.

El chaval soltó una carcajada y miró con dulzura a Javi.

—Por lo menos yo no grito como una loca cuando llego al orgasmo —me atacó—. Que te escucho berrear desde mi piso.

—Y yo a ti cantar a todo volumen a Mariah Carey cuando estás en la ducha...

—Creo que no quiero saber más intimidades... —dijo Joss entre risas.

Javi me propuso subir con ellos a tomar unos vinos y ver algo en Netflix. Me negué. Estaba agotada, la semana había sido desesperante y necesitaba fuerzas para mi quedada con Nacho dentro de unas horas. Suspiré al recordarlo. Subimos a nuestros pisos por las escaleras. Al llegar al primero, donde yo vivía, nos detuvimos.

—Mañana desayunamos juntos. Sube a mi casa sobre las once o bajo y le cuento a Pedro tu cita secreta —susurró Javi.

—Gracias a ti ya no es tan secreta.

—Lo sé —soltó una carcajada—. Descansa, cariño. Recuerda... a las once nos vemos.

—¡Vale! No hagáis mucho ruido —le dije mientras subían las escaleras.

Entré en casa y vi a Pedro entretenido con la televisión. Sentí que era una boba por mantenerlo. No tenía trabajo y no hacía nada por encontrar un empleo. Me entraron ganas de subir a casa de Javi y dejarlo ahí tirado. Me saludó sin levantarse y preguntó por mis tías y mi madre. Le respondí brevemente que estaban bien y fui hacia el dormitorio.

—¡Alba!

—¡Dime! —grité.

—¿Quieres echar un polvo?

¡Qué romántico era el canalla! Escuché risas desde el piso de arriba. Miré la hora, solo eran las diez de la noche. No me lo pensé dos veces. Fui a la cocina, abrí la nevera, cogí una botella de vino y me dirigí hacia la puerta.

—¿Dónde vas?

—A casa de Javi.

—¿No quieres un poco de *mueve mueve*?

—Adiós.

—Vale, amor. Te quiero.

Nota mental: ¡corta con Pedro de una vez!

Una mañana sin igual

Sonó el timbre. Me levanté sobresaltada del sofá para contestar al telefonillo. Tardé unos segundos en darme cuenta de que no estaba en mi casa, sino en la de Javi. Después de tomar unas copas de vino, charlar, marujear y ver una película, me quedé dormida en su salón. Mi amigo me dijo desde el baño que abriera a Oli. Me estiré con rapidez e hice lo que me pidió. La voz de Oli sonaba diferente al responder por el telefonillo; vibrante, con energía y vitalidad. Le abrí la puerta del portal y le dejé la de casa entreabierta para que entrara al llegar al segundo piso.

Joss apareció en el salón en ropa interior. Vamos, con un bóxer amarillo como única vestimenta. Me saludó con ternura. Era un cielo de chico, educado, con conversación y respetuoso. Me encantaba como pareja para Javi. Le devolví el saludo y fuimos a la cocina para preparar café.

—Entonces, ¿vas a hacerlo hoy? —me preguntó.

¿El qué? ¿Quedar con mi ex? ¿Tirármelo? ¿Mudarme con Javi para evitar a Pedro? No sabía muy bien a qué se refería. Lo miré confusa.

—¿Vas a dejar a tu novio hoy?

—No sé, primero dame un poco de cafeína y luego lo decido.

—Anoche estabas muy convencida de hacerlo. Lo pusiste fino. Dijiste que era un cerdo, vago, aburrido... y que ya no lo querías.

¡Caray, lo que hace el vino y un poco de rencor! Pero los borrachos nunca mienten y sabía que todos esos calificativos definían muy bien a Pedro.

—Sí, tienes razón. Pero hoy va a ser un día muy intenso así que puede que lo posponga para mañana o pasado.

—¿Seguro? —sonrió.

—Tengo que dejarlo —asentí.

—¿A quién vas a dejar?! —preguntó Oli con asombro, que justo entraba en la cocina.

—¿Adivina? —bromeé.

—A Pedro —la sacó de dudas Joss.

—¿Qué me he perdido? —dijo confusa—. Y ¿quién es este chico?

—Es Joss, lo conocimos hace unos meses en el restaurante donde comimos. Es el novio de Javi.

—No es mi novio —Javi se defendió al aparecer con una toalla enroscada en el torso y el cuerpo húmedo—. Nos estamos conociendo. —Dio un beso en los labios a Joss.

—Tú siempre tan divina, ¿no podías venir vestido ya? —le increpé riendo.

—Quería pasar antes para ver si estabais hablando de mí. Y no he fallado.

Comenzamos a reír. Joss se avergonzó y el tono de su cara se volvió rojizo. No sabía muy bien si era por la respuesta de Javi al dar por hecho que no eran novios o al darse cuenta de que ellos eran los únicos que estaban semidesnudos en la cocina.

—¡He traído bollos! —exclamó Oli contenta.

—Y ¿a esta qué le pasa que está tan risueña? —quise saber.

—No tengo ni idea... Me ha escrito un wasap diciendo que tenía algo que contarnos, le he dicho que estabas aquí y que se pasara. Así que mientras me visto preparad el desayuno y abrimos el club de marujas anónimas.

Los chicos fueron a vestirse, yo preparé una cafetera y una jarrita con leche fría. Oli dispuso la repostería en una bandeja y llevamos todo al salón. La notaba feliz, renovada e ilusionada. Me costó no preguntarle qué era lo que tenía que contarnos, pero respeté su decisión de decírnoslo a todos al mismo tiempo. Una vez vestidos y sentados en el sofá, nos servimos el café y los bollos. Nuestra amiga se levantó y nos miró dichosa como una niña pequeña el día de Reyes.

—¡Ay, Oli! Me estás asustando —dijo Javi—. Te has fumado algo.

—No... Ayer conocía a alguien... —confesó.

—¡Cuenta, cuenta! —exclamó Joss emocionado.

Nos volvimos sorprendidos hacía él. Se encogió de hombros y se justificó afirmando que era un fiel defensor del amor.

—A ver. No te dejes ningún detalle —le pidió Javi.

—¿Quién? ¿Dónde? —pregunté intrigada.

—Ayer por la mañana cuando fui a comprar telas para mis pajaritas y corbatas, en un callejón me crucé con un hombre atractivo.

—¿Y te lo tiraste allí mismo? —bromeó nuestro amigo.

—No, ¿cómo voy a hacer eso? —replicó molesta—. Llevaba una bici y con el manillar tiró mi compra. Me pidió disculpas, nos miramos a los ojos y pasamos todo el día juntos. Fuimos a tomar un té, después al Retiro y por la noche cenamos en una terraza.

—¿Y luego? —insistió Javi.

—Me acompañó a casa y quedamos en vernos hoy.

—¡Qué bonito! —Suspiré—. Ya no quedan hombres así... ¿Cómo es?

—Es un poco mayor que yo. Guapo, masculino, cortés y muy culto. ¡Es italiano!

—¿Cómo en *Perdona si te llamo amor*! —celebré—. Italiano y maduro.

—Se llama Fabio y hemos conectado muy bien. Parece como si nos conociéramos desde hace tiempo. —Dio un sorbo a su taza de café—. Me gusta mucho.

—No puedes decir eso con propiedad cuando aún no te lo has tirado... —le recriminó Javi medio en serio medio en broma.

—Hay cosas más importantes que el sexo —se defendió Oli.

—Sí, cantidad de cosas... —ironizó.

—Puede que te dé envidia porque Oli se atreva a entregarse a una relación seria —le acusé enfadada por el poco tacto que estaba teniendo con nuestra amiga.

Se puso en pie y adoptó posición de malo de película. Se había ofendido. Había dado justo en el clavo con mi comentario y no le hizo nada de gracia que lo soltara delante de su conquista.

—¡Uy, sí... me muero de envidia! Sobre todo si puedo follar con quién me dé la gana cada día. —Y continuó con su poca delicadeza.

Joss se levantó, se excusó diciendo que se le había hecho tarde y tenía que marcharse. Se despidió de todos y se fue. Miré a Javi enojada y lo abronqué. No tenía derecho a decir esas cosas delante de su amigo, amante, novio o lo que fuera. Y aún más sabiendo que Joss sentía algo hacía él.

—Baja antes de que se vaya y pídele disculpas. Y después subes y se las pides a Olivia. Ellos no tienen la culpa de que tú tengas algún trauma con las relaciones sentimentales —le ordené.

—A mí me da igual que me las pidas o no. Ya soy mayor como para que me afecten tus comentarios inmaduros e incoherentes, pero coincido con Alba y te has pasado con el chaval —dijo Oli sentada en el sofá y ligeramente molesta con Javi.

Javi se disculpó con Oli y nos dio un beso a cada una antes de bajar corriendo las escaleras del edificio y llamar a gritos al joven camarero. Lo encontró casi en la salida del portal con los ojos vidriosos.

—¡Joss! No te vayas. Perdóname. No quería referirme a ti como si fueras un juguete o un polvo.

—No pasa nada. Creo que estamos en diferente sintonía —dijo serio—. La culpa es mía por pensar que por vernos varias semanas podíamos empezar a conocernos mejor. Tú no eres así.

—¡No! A veces vendo esa imagen de mí, pero créeme cuando digo que me chiflaría conocerte más —Javi se abrió ante Joss.

—¿Qué te chiflaría? —repitió entre risas.

—Sí, utilizo palabras divertidas para restar seriedad o compromiso a lo que digo. —Javi se acercó más. Estaban tan cerca que podían respirar del mismo aire—. Me acojona enamorarme y suelto estas gilipolleces... y tacos... y puedo ser un capullo. Lo sé. Pero contigo es diferente.

—¿Por qué?

—Porque eres bueno, cariñoso, atento, sensible y porque me volviste a llamar después de nuestro primer polvo.

Joss soltó una carcajada y se mordió el labio. Apoyó su frente sobre la de Javi.

—Tú también me gustas. Al escucharte hablar así pensé que era un tonto por haberme ilusionado contigo. Ya sabes que mucha gente solo busca follar y nada más. A mí eso no me va nada.

—Te advierto que soy muy orgulloso, pero si tienes paciencia me gustaría intentar tener una relación contigo —dijo Javi en voz baja.

—Qué cursi suena todo esto —bromeó Joss. Sus labios se rozaban.

Oli y yo habíamos bajado de puntillas por las escaleras para ver cómo se resolvía el conflicto. Nos miramos y sonreímos cómplices al comprobar que todo había salido bastante bien. ¡Javi fue valiente y expresó lo que sentía! Teníamos que celebrarlo, eso no pasaba todos los días.

—¡Iros a follar a un hotel! —les gritó un vecino que salía a tirar la basura y con su desafortunado comentario rompió la magia del momento.

—¡¡¡¡¡Envidioso!!!! —lo acusó Oli defendiendo a nuestros amigos. Porque sí, Joss ya formaba parte de nuestra pandilla de marujas.

Mosquito que va hacia la luz

Tenía tantos consejos, recomendaciones y propuestas de cómo debía de comportarme con Nacho que la cabeza me iba a estallar. Javi me recomendó que fuera fría y le dijese que no paraba de acostarme con tíos guapos, millonarios y exitosos. Oli me dijo que no hablara mucho y dejara que fuese él quien contara todos los detalles de su vida. Mi madre me llamó para comprobar si seguía con la idea de verme con mi ex y, al saber que mi respuesta era afirmativa, me aconsejó que lo mandara a la mierda nada más verlo. Y Pedro... no sabía nada, le dije que me iba a tomar unas cañas con unas amigas del instituto que hacía años que no veía. No mentía del todo al decirle que iba a quedar con alguien del pasado. Aunque dudo que me prestara atención, estaba absorto viendo vídeos en YouTube.

Caminaba a paso ligero por las anchas aceras del centro de Madrid. Llegaba con tiempo. A medida que me acercaba a la cafetería en la que nos habíamos citado, mi ritmo cardiaco se aceleraba. Dar un paso más que me aproximara a Nacho significaba un vuelco más en mi corazón. Una leve sacudida que me llenaba de nervios. Me repetí mentalmente que no iba a pasar nada, solo tomaríamos unas cervezas y nos pondríamos al día. Unos metros antes de llegar a mi destino, lo vi mirando su móvil. ¡Madre mía! ¡Estaba imponente con unos vaqueros cortos ajustados y una camisa de flores con varios botones desabrochados! Intenté no desmayarme en ese momento y recordé otro de los consejos de las Maris: «Cuando te sientas insegura mírate en el espejo y recuerda lo guapa que eres y lo mucho que vales». Miré mi reflejo en el cristal del escaparate de una tienda y sonreí. Me vi radiante con mi metro setenta de altura, mi falda azul, mi camiseta blanca con la frase *girls power* y mi melena rubia suelta. Recuperé la confianza y mi poder femenino. Comenzaba la fiesta. Había ido con la intención de averiguar por qué me dejó hace cuatro años e iba a conseguir que me lo contara.

Nacho se dio cuenta de mi presencia, levantó sus gafas de sol con la mano, mostrando sus preciosos ojos grises y sonrió. Todo se fue a la mierda. Mi seguridad, mi *girl power* y mi sed de respuestas. Me sentí como el mosquito que se dirige a la luz. Preparado para recibir una buena descarga eléctrica. Sin protección y sin armas. Él las tenía todas y yo cargaba la munición, solo pedí que no disparase.

Te debo cien disculpas

Su sonrisa, su voz, sus movimientos... Me había vuelto a seducir con sus encantos. Fuimos paseando hasta La Plaza Mayor y nos sentamos en una terraza para disfrutar de unas cervezas bien frías a la sombra de las gruesas paredes que rodeaban el lugar. Habíamos hablado de temas superficiales, como que llevaba dos semanas en Madrid, que la empresa le estaba funcionando bastante bien y que ya representaba a varios escritores con fama. Por el momento seguí el consejo de Oli y lo dejé parlotear a él. Estaba diferente, no solo porque los cuatro años que no nos habíamos visto se le notaban levemente en su rostro, se asomaba alguna arruguilla y en su recortada barba se avistaban varias canas. Algo normal a sus treinta y cuatro años y que le sentaba de maravilla. Hubo un momento que quedé hipnotizada por su boca y sentí que me llamaba para probarla. Humedeció sus labios con la lengua y solté un suspiro. Nacho se dio cuenta de mi gemido y sacó la artillería pesada.

—Alba, no has cambiado nada. Estás igual de guapa que hace unos años o, incluso, aún más.

—Gracias. Tú también estás genial —le devolví el cumplido.

—¿Tienes novio? —disparó a bocajarro.

—Sí..., bueno no...

—¿No lo sabes? —Frunció el ceño y soltó una carcajada.

—Claro que lo sé... Me veo con un chico, pero no es nada serio —mentí y di un trago a la jarra de cerveza—. Y tú, ¿tienes novia?

—No —suspiró mientras se inclinaba hacia mí—. Es difícil que las demás estén a tu altura.

Su comentario lejos de halagarme me molestó. ¿Quién se había creído que era para dejarme plantada hacía años y ahora venirme con estas chorradas? Puse en marcha el plan de mi madre ¡DEFENDERME!

—Nacho, ¿me tomas por tonta? —dije seria.

—¿Disculpa? —preguntó confuso.

—¿Disculpa? —repetí con sarcasmo—. ¿Por qué debería de disculparte? Dímelo. Quizás por romperme el corazón hace cuatro años y largarte a Barcelona sin darme ni una sola explicación. Puede que también te disculpes por no haberme llamado ni una sola vez para saber cómo estaba. O por venirme, después de tanto tiempo, con que las demás no están a mi altura. —Me levanté y derramé varias lágrimas—. Pensaba que sería capaz de venir en son de paz a tomar unas cañas

contigo, pero soy humana y tengo sentimientos... Esto no ha sido una buena idea.

Nacho se levantó y me pidió que me sentara. Me miró fijamente y parecía que sus ojos me suplicaban que no me fuera. Le hice caso. Saqué un pañuelo de mi bolso e intenté limpiarme las lágrimas sin estropear el maquillaje.

—Alba, tienes razón. Te debo cien disculpas. Hace cuatro años era más inmaduro. Tuve que elegir entre cambiar de ciudad y conseguir el trabajo de mis sueños o quedarme aquí con la mujer que más he querido.

—Nadie te dio a elegir —susurré—. Podíamos haber continuado la relación a distancia o mudarme contigo.

—No quería ser egoísta. No podía pedirte que dejaras todo y te vinieras a Barcelona conmigo. No era justo.

—Lo que no fue justo fue dejarme sin motivos —le recriminé.

—Barajé todas las opciones y pensé que lo mejor era romper. Si manteníamos la relación a distancia, con el tiempo nos hubiésemos cansado causándonos dolor. Si te hubieses venido conmigo, yo me habría sentido muy mal al no poder atenderte porque mi trabajo me exigía mucha dedicación... No supe qué hacer... pensé que lo mejor era romper y marcharme sin decir nada. Tal vez, si me odiabas por cómo me había comportado, era más fácil para ti olvidarme y rehacer tu vida.

Jamás se me pasó por la cabeza aquella justificación. No sabía si abofetearlo delante de todo el mundo o darle un abrazo. Opté por no hacer ni una cosa ni la otra.

—Puede que yo también tuviese derecho a decidir, ¿no crees? Para mí fue más doloroso no saber por qué rompiste que odiarte. Nunca te odié y al pensar en tu partida siempre me señalé como la culpable.

—Cariño, no tuviste culpa de nada. —Me cogió de la mano—. Fui un imbécil al pensar que si me detestabas pasarías antes de página. Te pido disculpas. Con el tiempo me arrepentí de mi decisión, pero no me atreví a llamarte porque me daba miedo tu reacción. No sabía cómo ibas a actuar, ni si querías saber de mí. Al verte el otro día llorando en la calle, sentí la necesidad de abrazarte y consolarte. Como si no hubiese pasado el tiempo.

—¡Joder, Nacho! Podías haberme mandado un wasap o un email. Es la opción más cobarde, pero hubiese ayudado. Bueno, la más cobarde fue no decir nada.

—No quería hacerte más daño. No sabía si tenías pareja, si me odiabas... Te veía en las redes sociales, pero fui incapaz de escribirte. Me aterrorizaba que no respondieras. Preferí dejarlo así.

Tragué saliva. Me arrepentí de haber asistido a nuestra cita, ¡de haberme ilusionado con nuestro reencuentro!

—¿Qué estamos haciendo aquí? —pregunté indignada.

—No te entiendo.

—Si preferiste no hacer nada, ¿por qué quisiste volver a quedar?

—Porque al verte de nuevo cambió todo —confesó y mojó las bragas (no literalmente)—. Se

removieron sentimientos y me atrajiste como un imán. Sentí que te debía una justificación. Que tenía que volver a saber de ti, a compartir parte de nuestro camino, a...

Se calló y me miró a los ojos. Suspiré. No sabía muy bien si preguntar o no.

—¿A qué?

—A besarte.

Pasó sus grandes manos a mi cara y la rodeó con sus dedos que rozaron mi pelo. Noté su aliento junto al mío. Mis latidos se aceleraron y vino a mi mente la última vez que nos besamos. Era tan lejana y estaba tan borrosa que apenas la recordaba con nitidez. Decidí que era el momento de crear nuevos recuerdos. Cerré los ojos y noté sus labios abrazando los míos. Introdujo su lengua para jugar con la mía, que la recibió con efusividad. Me aparté suavemente para no quedar atrapada en aquel beso. Nacho sonrió y acarició mi barbilla.

—¿Qué significa esto? —pregunté confusa. Me había encantado, pero no podía evitar estar a la defensiva. Quizás porque ni yo misma me creía lo que estaba sucediendo.

—Lo que siempre ha significado. Que me vuelves loco.

Me gustaba su espontaneidad. Creo que él no era consciente de lo que provocaban aquellas palabras en mí.

—Mira, Nacho. No puedes aparecer ahora con esto.

—Ah, ¿no? ¿Por qué?

—Porque tú sí que me vas a volver loca a mí. Te vas, me dejas sin dar...

—Ninguna explicación. Eso ya lo hemos hablado —me cortó y me desarmó—. —No puedes besarme y decirme que te vuelvo loco. No, eso no está bien.

—¿Dónde está el problema? —preguntó con falsa inocencia.

Estaba entrando en su juego. Su sonrisa, sus preguntas-trampas, su aroma, sus ojos en mí... Sabía que le funcionaba. Yo me estaba dando cuenta de su táctica, pero era incapaz de desviar su maniobra.

—En que te fuiste de mi lado —le acusé.

—Pero, ahora estoy aquí, ¿no? —Tocaba escuchar su alegato ganador—. Alba, me confundí en el pasado, lo sé y lo lamento. Eso ya no se puede cambiar, pero tal y como lo veo yo podemos hacer tres cosas. Nos bebemos las cervezas, nos despedimos y nos vamos cada uno por nuestro camino. O pedimos otra ronda y seguimos charlando como amigos. O, la más interesante, pago lo que hemos pedido y nos vamos a un hotel a hacer el amor.

«No vayas al hotel, no vayas al hotel, ¡no vayas al hotel!», me repetí mentalmente antes de sufrir un leve mareo al notar toda la adrenalina bailando en mi cuerpo. Mi mente fantaseó que recorría el cuerpo de Nacho con mis dedos y cabalgaba encima de él. Intenté alejar esos pensamientos tan sugerentes. Debía hacerme respetar y no ponérselo fácil. Eso fue lo que debía, otra cosa fue lo que hice.

—Paga y vamos al hotel.

No pares

Oli estaba disfrutando de lo lindo de su cita con el apuesto italiano. Habían quedado en un restaurante vegetariano para picar algo a eso de las ocho y media de la tarde. Las dos estábamos emocionadas con nuestras respectivas citas y acordamos contarnos todos los detalles al día siguiente. Fabio había sido puntual y eso le encantaba a mi amiga. Llevaba un vaquero claro, una camisa azul que le sentaba de maravilla y unos zapatos marrones. Ella escogió un vestido holgado y corto de color amarillo para deslumbrar a su pretendiente. Olivia comenzaba a ilusionarse con el italiano y eso le generaba serias dudas. Ya había sufrido por un hombre mayor y perdió de una forma cruel y estrepitosa en el juego. Al ver a Fabio esperándola en la puerta del restaurante, tuvo el presentimiento de que no se parecía en nada a su anterior amante y podía estar tranquila. Intentó no comparar una relación con otra puesto que no tenían nada que ver.

Pidieron dos copas de vino tinto y una ensalada para compartir. Oli se llenaba enseguida, pero animó a su acompañante a que pidiera más comida si se quedaba con hambre. Él respondió con una sonrisa y le dijo que le parecía perfecto lo que habían pedido.

—¿Te gusta Madrid? —preguntó a mi amiga.

—Me encanta... Había venido muchas veces antes de mudarme y siempre tuve claro que viviría una temporada aquí. Además, he hecho buenos amigos en poco tiempo.

—¡Lo celebro! A mí también me apasiona esta ciudad llena de cultura, arte y parques... Aunque su gastronomía me sedujo aún más —señaló entre risas.

Oli le acompañó con una pequeña carcajada. Se sentía muy a gusto a su lado. Quiso saber más cosas sobre aquel hombre tan amable y atento.

—¿Por qué viniste aquí?

—¡Por trabajo! —exclamó con simpatía y levantó las manos—. Me ofrecieron un puesto como crítico gastronómico en una revista digital y quise venir a probar las maravillas de España. Además, al igual que tú, no era la primera vez que visitaba Madrid y siempre me había fascinado.

—¡Eres crítico gastronómico! —Oli se asombró con alegría—. ¡Qué interesante! No me lo habías dicho.

—Ayer preferí oírte hablar sobre lo mucho que te gusta diseñar complementos.... —confesó Fabio con ternura—. Me encantan las mujeres apasionadas.

—Pues entonces yo te voy a gustar mucho —Olivia soltó una risotada.

—Eso no lo dudo.

Mi amiga sonrió ante el comentario del italiano. Nadie la había tratado como él, con tanta delicadeza y amor. Y eso que solo se conocían desde hacía unos días.

—No quedan muchos hombres como tú.

—¿Con bicicleta verde? —bromeó. Fabio sabía perfectamente a qué se refería, pero no quería perder la oportunidad de hacer reír a Olivia.

—No, tonto... Tan afectuosos y zalameros.

—Yo creo que sí que hay muchos hombres así... —dijo con modestia.

—Pues entonces solo me he cruzado con capullos.

—Aunque te suene mal, te diré que lo celebro.

—Ah, ¿sí? —se extrañó.

—Sí. Porque de no ser así no nos hubiéramos encontrado.

—No leas más novelas de amor italianas o me vas a mal acostumbrar con estas frases. —Oli se sonrojó.

Después de degustar la ensalada y pagar la cuenta, decidieron ir a tomar un té a otro lugar. Él caminaba a su lado. No la cogió de la mano ni pasó su brazo sobre su hombro. A Oli le hubiese encantado, aunque no se atrevió a pedírselo. Se sentaron en una terraza con pocas mesas, pero repleta de gente tomando copas. Corría una leve brisa que sofocaba el calor del recién estrenado verano. Ocuparon la única mesa libre del lugar y pidieron una infusión y un café solo.

—Sería incapaz de dormir si tomo ahora algo de cafeína. Son casi las once de la noche —dijo Olivia.

—No me afecta en absoluto. Como buen italiano el café forma parte de mí —bromeó.

«Que coja fuerzas», pensó Oli, porque esa noche iba a ser una auténtica fiera con él.

—No te he preguntado por qué viniste tú a Madrid —señaló Fabio.

—Creo que sí... —Oli se hizo la despistada.

—No. Te he preguntado si te gustaba la ciudad, pero no por qué te mudaste. —Fabio notó incómoda a mi amiga—. Pero si no quieres hablar del tema no pasa nada.

—Salí huyendo de Zaragoza. Metí la pata y pensé que lo mejor era comenzar de cero...

—Pues, ¡brindemos por los nuevos comienzos! —exclamó el italiano. Prefirió respetar a Olivia y no insistir.

Después del café y una acalorada charla sobre música, cine y política (donde coincidían en casi todo: les gustaba el jazz, las películas de Woody Allen y las ideas liberales), Fabio acompañó a Olivia hasta su casa en un taxi. Oli se bajó del vehículo y le dio las gracias por la velada. Estaba deseando que él se insinuara y le propusiera subir a su piso. Él le dijo que lo había pasado de maravilla y que mañana la llamaría. Mi amiga se extrañó ante la ausencia de una proposición de sexo pasional y decidió tomar ella las riendas.

—Si quieres puedo abrir una botella de vino y nos la tomamos en mi piso —sugirió con picardía.

—Tendrá que ser para otra noche. Mañana madrugo.

—Ah..., vale. —Oli se sintió ridícula.

—Mañana te llamo. —Le dio un beso en los labios y le indicó al taxista a dónde tenía que llevarlo.

Olivia vio cómo se alejaba el coche y se preguntó por qué Fabio se había negado a su propuesta. Era viernes y pasaban de las doce de la noche, no le pareció que fuese tarde. ¿Había dicho o hecho algo que le hubiese incomodado al italiano? Y cuando iba a entrar en su tormenta de conjeturas e hipótesis de qué podía haberle molestado a Fabio, recibió un wasap de él.

Cariño, lo he pasado de maravilla. Disculpa que no me haya quedado contigo, pero mañana tengo una reunión importante y quiero estar al cien por cien. ¡Me encantas! Prometo compensártelo.

Oli respiró aliviada. Ya había solucionado su ansiedad. Ahora solo le quedaba rebajar su nivel de excitación. Sabía perfectamente cuáles eran los ingredientes perfectos para hacerlo; la foto de wasap de Fabio, un poco de imaginación y su consolador.

Me vuelves loca, loquita

Abrió la puerta de la habitación del hotel mientras Nacho devoraba mi cuello con sus labios pasionales. Todo era tan familiar y a la vez tan diferente que decidí no dar rienda suelta a mis pensamientos y preferí desatar todo mi deseo hacía él. Ya estábamos en la habitación, desnudándonos con prisa y comiéndonos como fieras, así que no tenía nada más que pensar. Me apoyó contra la pared y nuestras miradas se cruzaron. Sonrió con picardía, nos besamos..., su fragancia se fundió con la mía. Levantó mis brazos para quitarme la camiseta y acto seguido desabroché su camisa con ansia. ¡Teníamos muchas ganas de volver a ser uno! Sabíamos lo que nos excitaba y daba placer. Noté su pene sobre mi muslo y movió su cintura para que lo sintiese. Sacó un preservativo del bolsillo de su pantalón antes de quitárselo, dejó caer su bóxer al suelo y lo contemplé totalmente desnudo delante de mí. Los años lo habían tratado bien. Acaricié sus pectorales con mis manos y me incliné para morderle uno de sus pezones. Sabía que eso le encantaba. Soltó un leve gemido y me abrazó con fuerza. Me quité el sujetador para rozar mi cuerpo con el suyo. Nacho bajó su mano hasta mi tanga. Después de frotar con delicadeza, bajó la falda y mi ropa interior. No sabía cómo habíamos llegado hasta aquella situación, los dos sin nada y frente a frente. Abrió el plástico que envolvía el preservativo y se lo puso. Rozó su miembro hasta que me lo metió. Me sorprendí. No es que no lo deseara. Estaba impaciente, pero me hubiese gustado jugar un poco más antes de pasar al coito en sí. Me agarró del culo y comenzó a sacudir con pasión. Pasé mis brazos a su espalda y la agarré. Me miró y puso una de sus manos en la pared, la otra no la soltó de mi trasero. Sus movimientos cada vez fueron más bruscos y placenteros, pero a su vez un poco precipitados. Quería pedirle que fuera con más calma, aunque el placer que sentía hizo imposible que le pidiera que fuese más sosegado en sus investidas. Noté su miembro más duro dentro de mí, sus sacudidas cada vez eran más salvajes y un gemido masculino me avisó de que estaba a punto de llegar al clímax. Intenté acompañarlo en su momento de subidón y, aunque gocé, no llegué al orgasmo como él. Apoyó las dos manos contra la pared y su frente con la mía. Soltó una carcajada y suspiró.

—Ha sido increíble... —dijo jadeando—. ¿Te ha gustado?

—Me he quedado a medias... —No quise mentir—. No esperaba que terminaras tan pronto.

—¡Uffffff! Es que tenía muchas ganas de tenerte entre mis brazos —confesó sonriendo.

—Yo me he quedado con unas cuantas aún...

—Eso tiene solución.

Me cogió de la mano y me tumbó sobre la cama. Fue al baño para asearse y quitarse el condón usado. Lo seguí con la mirada cuando volvió a la habitación, abrió la nevera del minibar, se metió un cubito de hielo en la boca durante unos segundos y después lo dejó en uno de los vasos que había sobre la mesa. Me miró travieso y dijo: «Prepárate para gozar». Me abrió las piernas y pasó su lengua fría sobre mis partes. Solté un gemido. Disfruté como hacía tiempo que no lo hacía de un morboso sexo oral gracias a la pasión desenfrenada de Nacho. Antes de llegar al orgasmo grité:

—Me vuelves loca, loquita.

Después nos regalamos una ducha templada y compartida. Él enjabonó mi cuerpo y yo el suyo. Tuve que contenerme para no volver a encenderme. Pasaban de las diez de la noche y no quería levantar sospechas en casa si llegaba tarde. Si Pedro me hacía muchas preguntas seguro que yo cantaba como un ruiseñor. No sabía mentir.

—¿Quieres que vayamos a picar algo después de vestirnos? —propuso.

—Claro. El buen sexo siempre me da hambre —bromeé y con mi respuesta deseché la idea de volver antes de las doce a casa.

—Y luego podemos volver aquí y seguimos con lo que hemos comenzado, ¿qué te parece?

—Complicado. No puedo quedarme a dormir contigo, Nacho.

Salí de la ducha y cogí una toalla para secarme. Estaba dividida porque, por una parte, deseaba quedarme con él y seguir haciendo el amor durante toda la noche y, por otra, quería volver a casa para hablar con Pedro y cortar nuestra relación. Nunca había engañado a nadie, aunque no me sentía mal. Era como si no le hubiese traicionado, quizás me sentía así porque ya no lo amaba. Nacho cogió otra toalla y secó su perfecto cuerpo.

—¿Te espera tu novio?

—No tengo novio. Ya te lo he dicho antes, es solo un amigo.

—Eso no es típico en ti —bromeó, pero siguió con su interrogatorio—. ¿verdad?

—Es complicado, Nacho —protesté mientras me vestía—. Es una relación que viene y va. No es sana.

—¿Y por qué sigues con él?

—Pues no lo sé.

—¿No lo sabes? —levantó una ceja al igual que un detective resolviendo un caso de triple asesinato.

—¡Por pena! Ya lo he dicho. Me da pena, pero sé que tengo que cortar con él. Además, es un egoísta y un capullo. Así que yo no he hecho nada malo.

—Nadie ha dicho que hayas hecho algo malo. —Rodeó mi cintura con sus brazos y me pegó a su cuerpo desnudo—. Eres una mujer sensata y sé perfectamente que si tuvieras una relación seria jamás te hubieses acostado conmigo.

Sonreí. Dijo justo lo que necesitaba oír y calmó mis remordimientos. Aunque Pedro me había engañado hacía unos meses con otra chica, no era de las que pagaba con la misma moneda. Ya no

lo quería. No me daba un vuelco el corazón al pensar en él. Tampoco ayudaba que se pasara todo el día tumbado en el sofá viendo vídeos en internet y preocupándose solo por satisfacer sus necesidades.

Salimos del hotel y fuimos a tomar unas tapas a un bar que estaba cerca. Nos sentamos en unas banquetas y un tonel de madera nos sirvió de mesa. Bebimos cerveza fría y compartimos huevos rotos con jamón. ¡Todo muy sano!

—Parece que no haya pasado el tiempo. Tú, yo, Madrid y una terraza de verano... —soltó.

—Te he echado en falta. Esta ciudad estaba vacía sin ti.

—Yo también te he extrañado. —Me cogió de la mano—. Aunque nuestro reencuentro ha sido apoteósico.

—Más bien ha sido electrizante. Has sido fugaz como un rayo —bromeé. Con Nacho era siempre así; pasaba de la emoción a la risa en un segundo.

—Es que me pones mucho —se defendió sonriendo—. Eres un ángel.

—Pues este ángel se va volando. —Miré la hora en el móvil—. Si no, tendrá serios problemas.

—¿Eres Cenicienta que te vas a las doce de la noche? No olvides tu zapato de cristal.

—Prefiero no olvidar otra cosa...

Me levanté de la banqueta para acercarme a él. Puse mis manos sobre sus hombros y le besé con pasión. Él me abrazó.

—Estos zapatos son carísimos, así que paso de perderlos —susurré—. Y prefiero besarte de nuevo por si acaso no vuelvo a ver al príncipe.

—Eso ha sido un golpe bajo —dijo sonriendo—. Aunque me lo merezco.

—Intento aprender y además me encanta cómo besas.

—Creo que me estoy perdiendo... No estás enfadada, ¿no?

—No, tonto. Después de nuestro encuentro he pasado página, pero quería fastidiarte un poco antes de irme.

—Lo que me fastidia es que no te vengas conmigo al hotel. Hemos pagado la noche entera.

—Iría de buena gana..., pero hoy no puedo.

—Lo entiendo. ¿Volveremos a quedar?

Le di un beso. Dejé dos billetes de diez euros sobre el barril para que Nacho pagara lo que habíamos tomado y me dispuse a hacer mi despedida estelar. Di unos pasos para marcharme y lo miré caminando de espaldas.

—Tienes mi número. Llámame cuando quieras —dije con voz sexy.

Y cuando me volví para mirar al frente y dejar fulminado a Nacho, me tragué una farola que no vi por querer hacerme la interesante y por *mamarracha*. No fue muy fuerte el golpe ni doloroso, lo justo para hacer el ridículo. Lo miré de reojo y vi cómo hizo un gesto para venir a preguntarme si estaba bien. Me hice la divina y actué como si no hubiese pasado nada. Era eso o gritar que él había eyaculado precozmente para disfrazar mi tortazo con el suyo, pero decidí marcharme con aires de *top model*. Eso sí, de las que se han caído del escenario y se han comido una buena torta.

Si es que una no puede ir de divina cuando no lo es, para eso hay que hacer un máster o te sale rana.

Llegué al portal de casa con el ego dolorido. El golpe físico había sido mínimo, pero yo recordaba la situación como una escena de comedia de cine mudo; exagerada. Subiendo las escaleras recibí un mensaje de Nacho.

¿Has ido a casa o a urgencias? Te has marchado tan rápido que no he podido hacer nada. Y tampoco era plan que te persiguiera.

Lo leí y solté una carcajada. Respondí con picardía, al igual que su wasap.

El zapato no me lo he dejado, pero los dientes casi sí. Los príncipes solo nos distraéis y nos metemos tortas por vosotros... ja ja ja ja... Sabes que es broma. Lo he pasado muy bien contigo. Ha merecido la pena hasta el tortazo.

No tardó en contestar.

Ya tengo ganas de verte. El próximo día ya me daré yo contra la farola... Buenas noches.

Me emocioné. Nacho estaba de nuevo en mi vida, habíamos hecho el amor y estábamos escribiéndonos mensajes como dos adolescentes. Mi primer impulso fue subir a casa de Javi y contarle todo lo que había pasado. Subí corriendo las escaleras, pero me detuve cuando llegué a mi puerta. Tenía que ser justa y hablar con Pedro. Ya tendría tiempo de hablar con mis amigos. Suspiré, me armé de valor y abrí la puerta. Las luces estaban apagadas. Llamé a Pedro, pero no respondió. No estaba. Me extrañé porque a esas horas solía estar en el sofá vagueando, bueno como siempre. Pensé que era un tanto a mi favor que no supiese a qué hora había regresado a casa, así que no lo llamé. Estaba cansada, fui al dormitorio, me desvestí y caí rendida en la cama.

A la mañana siguiente, cuando me desperté Pedro no estaba en casa. Escuché sonar mi móvil y lo desbloqueé para saber quién me escribía. Tenía dos mensajes con el mismo texto. Uno era de Javi y otro de Olivia y los dos decían.

¡¡¡¡TENEMOS QUE HABLAR!!!!

No te merece

Una hora después, estaba sentada en el sofá del salón de Javi mientras contemplaba el ir y venir de mis amigos. Oli caminaba de un lado a lado de la habitación. Javi se acercó y se sentó a mi lado.

—¿Vais a decirme qué pasa? —pregunté intrigada—. ¿Para qué hemos hecho una reunión de urgencia?

—Toma tu café —Javi me dio una taza—. ¿Quieres que te eche un poco de whisky?

—Son las diez de la mañana. No quiero alcohol.

—Lo vas a necesitar —dijo Oli con voz de confidente de telenovela.

—¿Tú lo sabes? —Javi la miró extrañada—. ¿También lo has visto?

Oli se sentó al lado de nuestro amigo. Dio un sorbo a su café y lo miró fijamente.

—¿Qué has visto tú? —le preguntó sorprendida.

—¿Y tú? —respondió él.

Me levanté y la poca paciencia que me quedaba a esas horas de la mañana se evaporó.

—¿De qué va esto? Me escribís los dos el mismo mensaje con el texto idéntico y ahora venís con este misterio —dije molesta.

—¿Qué mensaje le has enviado? —preguntó Javi a Oli.

—Le he dicho que teníamos que hablar. ¿Y tú?

—También. Porque me he enterado de una cosa que afecta directamente a Alba.

—¡Sí! Y yo.

Los miraba perpleja cómo compartían su información y cómo me habían dejado fuera de la charla. Di un grito y les pedí que me explicaran para qué habíamos quedado.

—Ayer por la noche me metí en una *app* para ligar donde tengo un perfil y... —comenzó Javi.

—¡Yo también! —exclamó Oli—. En Tinder.

—Yo en *Grindr*...

—¡Por favor! Me vais a volver loca, ¿qué pasó? —les pedí.

—¡Vi que Pedro tenía un perfil y estaba conectado! —dijeron a la vez.

—¿Tú viste a Pedro en Tinder? Pero si estaba conectado en *Grindr*, que es una aplicación de citas entre chicos gays —aclaró Javi lo que ya sabíamos todos.

—Sí, lo vi. Y, entre otras cosas, en su perfil pone que busca «sexo para ya» —Olivia me enseñó

el perfil de Pedro en la *app*.

—Así que le da a todo... —susurró Javi—. ¡Sabía que era gay!

—¡Qué cabrón! —exclamé y me senté en el sofá.

Tardé unos segundos en asimilar que Pedro tenía varios perfiles en distintas aplicaciones para ligar, ¡hasta en las de su mismo sexo! Oli y Javi lo vieron y me escribieron para contármelo. Lo que no sabían es que cada uno lo había descubierto en una diferente. En ese instante me sentí muy tonta. Seguro que no era la primera vez que lo hacía. Eso explicaba por qué no había dormido en casa. Y yo fui tan imbécil de dejar plantado a Nacho en el hotel para ir a hablar con él. Ya no iba a aguantar ni un minuto más sus faltas de respeto y sus abusos. En cuanto regresara cortaría con ese impresentable y lo pondría de patitas en la calle. Que se fuera de mi vida y bien lejos. Comencé a reír y mis amigos me miraron con asombro.

—Soy gilipollas... —dije susurrando entre risas.

—No, cariño... simplemente estabas enamorada... —me consoló Oli.

—Ni eso... Ya no siento nada por él, pero supongo que prefería estar con Pedro antes que sola. He pasado por alto muchas de sus impertinencias, pero esta vez se ha pasado.

—¡Vamos y lo echamos de tu casa! Le tiramos la ropa por la ventana, como en las películas —propuso Javi.

—No está en casa... ¡A saber dónde y con quién está!

—No hay prisa. —Javi sonrió con cara de pícaro—. Desayunamos, charlamos un rato y cuando llegue bajamos los tres y que se vaya. Te acompañaremos por si te arrepientes o te embauca con sus mentiras.

—No. Ya no. Y menos después de privarme de hacer el amor otra vez con Nacho por su culpa... —solté sin pensar.

—¿De qué? —preguntó mi amigo.

Sonó el móvil de Oli. Los tres nos giramos hacia la mesita de madera que estaba ubicada delante del sofá, donde vibraba el teléfono. Llamaba una tal Violeta. Olivia se levantó y colgó. No era la primera vez que llamaba esa mujer y no respondía.

—¿Por qué nunca descuelgas cuando llama Violeta? —quiso saber Javi.

—No quiero hablar con ella... —resopló Oli.

—¿Quién es? —insistió. Le di un codazo a Javi para que respetara la intimidad de nuestra amiga—. ¿Qué pasa? No me gustan los secretos.

—No pasa nada. Si Oli no quiere contarnos quién la llama y por qué no responde, no es de nuestra incumbencia. —Sonó más a reproche que a un intento de defensa.

—Es mi hermana... No le cojo el teléfono porque forma parte de un pasado que no quiero traer al presente.

—¡Hija, cuánto misterio! —protestó Javi—. Ni que fuera esto *La casa de las flores*... No preguntaré más.

—Lo prefiero —respondió seria.

Oli se sentó e hizo un esfuerzo por no derramar las lágrimas que humedecían sus ojos. Estaba nerviosa, así que sonreí y la abracé.

—Cuando quieras hablar estaré encantada de escucharte —le dije con cariño.

Javi se unió al abrazo. No dijo nada, porque sabía que si abría la boca metería la pata con algún comentario desafortunado. Prefirió quedarse callado y acertó con su elección. Hasta que...

—¿Qué pasó ayer con Nacho? —la curiosidad le pudo más.

Sonreí al recordarlo y me mordí el labio.

—¡Madre mía! —exclamó al ver mi gesto—. Habéis follado.

—¡Cuenta! —pidió Oli.

—Vale, pero si no me juzgáis —les dije.

—Perfecto —asintió Olivia.

—No prometo nada. —Javi puso los ojos en blanco.

—Fuimos a tomar unas cañas y se puso tierno. Me dijo que no había nadie como yo. Entonces le pedí explicaciones de nuestra ruptura. Me confesó que prefirió dejarme de ese modo tan cruel porque pensaba que si le odiaba sería más sencillo para mí olvidarme de él.

—¡Vaya mentira más cutre! —soltó Javi.

—Después la cosa se puso caliente —ignoré el comentario de mi amigo y seguí con mi explicación—, nos besamos ¡Ufffff! Echaba en falta su boca... y nos fuimos a un hotel.

—¡Lo sabía! —Se puso en pie y me señaló—. ¡A follar toda la noche!

—Pues no, listo. Solo lo hicimos una vez porque me sentía mal y quise cortar con Pedro antes de seguir haciendo más cosas... Pero el muy capullo no estaba en casa y ahora sé por qué.

—¿Qué tal fue vuestro encuentro en el hotel? —preguntó Oli.

—Apasionado... Brutal... No tardó nada en correrse, pero luego se metió un cubito en la boca y estuvo un buen rato dándome placer ahí abajo —confesé satisfecha.

—¡Qué suerte! —exclamó Olivia con demasiada sinceridad.

—No me digas que tu cita fue mal...

—Fue perfecta. Hasta que llegamos a mi casa y salió corriendo en un taxi. Le propuse subir a tomar una copa de vino, pero dijo que tenía que madrugar.

—¡Seguro que es...!

—¡No es gay! —Oli cortó a Javi.

—¿Cómo te sentiste? —me interesé.

—Pues en ese momento más caliente que una estufa —dijo entre risas—. Pero después me envié un mensaje disculpándose y asegurando que me lo compensaría.

—No le des importancia... —la apoyé—. Puede que estuviese nervioso o que tuviera que levantarse temprano, tal y como te dijo. Parece un buen tío, ¿no?

—Lo conozco de hace poco, pero parece legal.

—¡Pues no lo pienses más! Que eres muy paranoica y si algo me pone nervioso son las locas del coño como tú —la acusó Javi y fue al dormitorio—. Vamos a desayunar a un bar y después

echamos al novio promiscuo de Alba.

Le confesé a mi amigo que prefería no tomar nada fuera porque tenía que ahorrar. Estaba llevando un ritmo de gastos muy acelerado y mis ingresos eran de cero euros al mes. Javi insistió en invitarnos. Oli me miró y se encogió de hombros. Se puso en pie y gritó:

—¡Pero esto no compensa lo capullo que eres a veces con nosotras!

Salió de su dormitorio a medio vestir, con un *short* desgastado y el cuerpo al descubierto. Nos miró y sonrió.

—Un poco sí que lo compensa... ¡Os quiero un montón!

—¿Te has echado whisky en tu café? —pregunté sorprendida. Hacía siglos que Javi no me decía que me quería.

—No..., es que Joss me ha dicho que tengo que ser más cariñoso con vosotras porque sois maravillosas.

—¡Ay, me estás asustando con tanto piropo! —bromeé.

—Tu novio sí que es maravilloso —dijo Oli.

Me levanté y fui corriendo hacia Javi para darle un beso en la mejilla.

—Y tú más por hacerle caso —susurré.

Vete, olvida mi nombre...

Pedro estaba en casa. Mientras desayunábamos Oli, Javi y yo en una terraza, Pedro me llamó para informarme que había dormido en casa de un amigo y que regresaba en diez minutos. Se me cerró el estómago al escuchar su voz y al reprimirme todo lo que quería decirle. ¿Cómo podía haber sido tan desconsiderado y desleal después de su desliz anterior? Prometió tratarme con amor y ser fiel. Y ahora se dedicaba a ligar con chicos y chicas a través de aplicaciones. Estaba claro que jamás me había respetado. Bebí mi café con leche de trago y me sentó como una patada al estómago. No sé por qué lo hice, supongo que por los nervios. Esperé a que mis amigos terminaran sus tostadas y bebidas y fuimos los tres a desenmascarar al que era mi pareja. Si podía llamarlo así.

Antes de abrir la puerta de mi casa, solté un suspiro. Javi me cogió de la mano y apretó con fuerza. Se fueron los miedos y las dudas. Ese gesto me devolvió la seguridad. Entramos al salón, ni rastro de Pedro. Quizás llegamos antes que él. Entonces escuché la ducha y di por hecho que estaba en el baño. Me volví hacia mis amigos para decirles que iba a pedirle que saliera para hablar. Entonces Javi y Oli abrieron los ojos como platos. Me di la vuelta y vi a Pedro desnudo delante de nosotros.

—¡Joder! ¡Qué susto! —exclamó.

—¿Qué haces desnudo? —pregunté alarmada.

—Iba a ducharme... —Se tapó sus partes con las manos.

—Vístete. Tenemos que hablar.

Antes de que pudiese girarme y reír con mis amigos por ver a Pedro en pelotas, preguntó.

—¿De qué?

—Pedro, vístete y ahora te cuento.

—¡No! ¿Qué pasa? —insistió.

—Es mejor que te pongas algo de ropa.

—¡Que no, coño! Hablemos ahora...

—Como esto está resultando ser un bucle desesperante, te lo voy a decir yo —intervino Javi sacando pecho—. Ahora mismo te vistes, como ha dicho Alba, y te vas de su casa. Sabemos que tienes varios perfiles en *apps* de ligar y que buscas sexo...

—No sé de qué estáis hablando... —mintió el muy cobarde.

—De esto —Oli le mostró su perfil en la pantalla de su móvil.

—Ese no soy yo.

—Mira o te vistes y te vas o te saco a leches —Javi se puso brabucón.

—Pedro, por favor, vístete y te marchas —le pedí cabreada.

—Y no mientas. Claro que eres tú —dijo Olivia.

—Sí, soy yo. Lo admito. Pero solo me metí por curiosidad...

—¿A este también? —Javi le mostro su perfil en *Grindr*—. Si que eres curioso...

—¡Te reviento la cara! —exclamó.

Pedro se abalanzó sobre sobre Javier para intentar propinarle un puñetazo. Javier se apartó y lo sujetó del brazo. Abrió los ojos al comprobar el gran tamaño de su pene y lo llevó hasta la puerta. Javi le ordenó que se fuera. Le dijo que esperase fuera mientras iba a por algo de ropa para que se tapase. Pedro dio un grito y saltó sobre la espalda de Javi. Oli comenzó a gritar horrorizada. Yo no sabía si ponerme a sacudir a Pedro o grabar un vídeo con mi móvil para subirlo a las redes. La escena era dantesca. Pedro sin nada de ropa enganchado a la espalda de Javi y este dándole bofetadas. Javi le exigió varias veces que bajara, Pedro se negó. Javi se hartó y cambió de estrategia. Agarró a Pedro de los brazos y salió al portal. Bajó las escaleras cargando a mi ex, porque en ese momento ya era expareja mía, y salió a la calle. Lo soltó de los brazos y lo empujó para dejarlo sobre el suelo. Pedro quedó en medio de la calle desnudo. Javi comenzó a gritar para llamar la atención de la gente que pasaba por ahí. Pedro se puso rojo, insultó a mi amigo y se tapó de nuevo sus partes con las manos. Dio unos pasos hacia Javi y, antes de que pudiese decir nada, grité desde el balcón.

—¡Asqueroso! Llevas meses poniéndome los cuernos y tirándote a todo lo que se ponía por delante. Te he dado infinidad de oportunidades y me pagas engañándome en internet.

—¡Porque eres una puta aburrida de mierda! —exclamó dolido.

Javi le dio una bofetada en la cara y le aconsejó que cuidara su lenguaje. Oli arrojó desde la ventana la ropa de Pedro. Pantalones, camisetas, zapatos, bóxer... y ¡un vestido! Javi sonrió al contemplar la escena. Disfrutó de lo lindo al verlo desnudo en medio del paseo, observado por decenas de ojos e intentando coger la ropa que Olivia tiraba desde el primer piso. Por fin Pedro recibía de su propia medicina, por fin se sentía humillado, tal y como me hizo sentir a mí al despreciarme con sus infidelidades.

—Deja en paz a mi amiga y, si alguna vez la has querido, respétala y ni se te ocurra volver a molestarla —le advirtió.

La gente rodeó a Pedro y Javi. Sonaron risas. Pedro se sintió impotente, había sido descubierto y no podía volver a seducirme con su palabrería barata. Supo que ya formaba parte de mi pasado, así que se resignó e intentó hacer una salida discreta. Aunque eso ya era imposible.

—¡Pedro vete, olvida mi nombre y no vuelvas más! —me sentí liberada al gritar aquellas palabras—. Javi, sube y por favor, ¡coge mi vestido negro! Que lo ha tirado Oli sin querer.

Conclusiones

Aquel sábado, después de despachar a Pedro de mi casa, Oli y Javi se quedaron conmigo para asegurarse de que estaba bien. Preparé una ensalada y un poco de queso. Descorché una botella de vino y comenzó el debate.

—Ahora entiendo que te costara dejar a ese pringado —dijo Javi y lo miramos sorprendidas—. Tiene un pollón descomunal. A mí también me hubiese dado pena despedirme de semejante manguera.

Estallamos en risas. Olivia se atragantó con la lechuga que tenía en la boca y bebió un poco de vino para recomponerse.

—Llega un momento en que el tamaño del paquete es lo de menos —resoplé con tristeza—. Sobre todo cuando lo va compartiendo con el resto del *ciber* mundo.

—Aluciné cuando lo vi en *Tinder* —señaló Oli.

—Imaginaos la cara que se me puso al encontrarme su perfil en *Grindr*... —Javi forzó su mueca de sorpresa.

—Si los dos tenéis pareja, ¿qué hacíais conectados un viernes por la noche en *apps* para ligar? —pregunté con picardía.

Enmudecieron. No se esperaban mi pregunta y la respuesta les daba bastante vergüenza. Oli fue la primera en confesar. Después de despedirse del italiano y de su negativa a dormir con ella, Olivia se masturbó pensando en él. Más tarde, pensó o, mejor dicho, mal pensó que Fabio podía estar ligando en internet y por eso no se había quedado a dormir. Los celos la llevaron a *Tinder* y por suerte no encontró a su chico, pero sí a Pedro. No estaba orgullosa de haberlo hecho, pero sintió la necesidad de comprobar que su nueva conquista no estaba buscando más romances. Javi quiso confirmar que Joss había borrado su perfil en *Grindr* y después de cerciorarse que así fue, borró el suyo. No antes de toparse con el de mi ex.

—Estoy orgulloso de ti. Te has atrevido a mandarle a tomar viento fresco. —Javi me pasó el brazo por el hombro y me dio un beso—. Espero que tu recién estrenada seguridad no tenga nada que ver con tu noche de pasión con Nacho.

¡Qué bien me conocía el muy bribón! Claro que mi subida de autoestima era por Nacho. Él provocaba eso en mí. Me hacía fuerte y carismática. Gozaba de más confianza cuando estaba a su lado. Solo tenía un punto débil: él. Así que era una peligrosa arma de doble filo. Javi lo sabía y no

iba a pasar por alto recordármelo.

—No salgas de un fuego para entrar en otro.

—Nacho no tiene nada que ver con esto —dijo Oli con sinceridad. La pobre estaba más perdida que un afilado de *Vox* en la cabalgata del orgullo gay.

—Quizás un poco... —Cerré los ojos esperando la bronca del siglo por parte de mi amigo.

—¡No me lo creo! ¿Me estás dando la razón en el tema de Nacho? Voy a llamar a las Maris y a tu madre para contárselo. —No bromeaba, estaba emocionado.

—No vas a llamar a nadie —dije riendo—. Admito que Nacho influye en mí como nadie más es capaz de hacerlo. Pero ahora ha sido de ayuda, ¿no?

—Cariño, la idea es que lo hagas por ti misma. No por la falsa sensación de seguridad que te da Nacho —señaló con sarcasmo.

—Demos una tregua a Alba —me apoyó Oli—. Lleva una semana llena de emociones y lo de hace unos minutos ha sido muy *heavy*. Ha dado un buen paso al reconocer que Nacho la condiciona y eso es importante.

—¿Qué me condicione es importante? —pregunté confusa.

—No. El paso que has dado es importante —aclaró y soltó una carcajada.

—Chicas, ¿qué os parece si después de comer nos echamos una siesta, luego os invito al cine y más tarde salimos a bailar y a tomar unas copas?

—Lo necesito. —Suspiré y pensé que tenía los mejores amigos del mundo.

—¡Me apunto! —Oli levantó los brazos y se puso a bailar.

No tenía casi dinero, ni editorial que publicara mi libro, ni novio. Pero sí unas ganas tremendas de hacer que aquella noche fuese memorable. Y lo conseguimos. Comenzó a cambiar mi suerte. Conocí a Guille.

Bésame

Sonó el despertador. Me levanté agotada y con una resaca monumental. Miré el móvil, eran las nueve de la mañana. ¿Para qué narices había puesto tan temprano la alarma un domingo? Aunque para mí todos los días eran domingo... Sin trabajo ni obligaciones y con el calorcito de verano, las vacaciones se habían instalado en mi rutina. Apagué el despertador y volví a tumbarme. Entonces noté que algo se movía en mi cama y abrí los ojos de nuevo. Estiré la mano para comprobar si había alguien conmigo..., pero estaba sola. La cama volvió a moverse y escuché un ladrido. Me incorporé con rapidez y vino directo a mí un cachorro de dálmata. Mi corazón se aceleró del susto, pero al recibir sus cariñosos lametazos me relajé. ¿Qué hacía un perro en mi dormitorio? ¿Estaba en mi dormitorio? Sí, reconocí mi cómoda, el armario, la silla de madera con la ropa encima... Acaricié al cachorro que se mostraba efusivo al verme. No paraba de regalarme besos y se movía con rapidez. La muñeca derecha me picaba una barbaridad y cuando fui a rascarme noté un plástico pegado. ¡Joder! Me había hecho un tatuaje. Suspiré al no distinguir qué me había pintado en mi piel. Deseé que no fuese alguna palabra mal sonante o un dibujo ridículo. Quité el plástico y vi medio corazón de color rojo. Sonreí. ¡Me encantaba! Respiré aliviada. ¿Qué había sucedido la noche anterior? Fui al baño para lavarme la cara. Llevaba un tanga y un sujetador, el cachorrillo me siguió. Me miré en el espejo, tenía un aspecto espantoso, como si me hubiese corrido la mayor de las juergas. Todo indicaba que así había sido. Salí en dirección a la cocina para tomar zumo fresco. Al pasar por el salón vi a Oli durmiendo en mi sofá. Estaba espatarrada y semidesnuda. El dálmata al ver a mi amiga fue corriendo y saltó sobre ella para despertarla. Oli pegó un grito y se sentó en el sofá de la inercia. Tardó unos segundos en asimilar dónde estaba y se alegró al ver al cachorro.

—¡Lolo! ¡Qué guapo eres! —exclamó y lo cogió en brazos.

—¿Lolo? ¿Sabes su nombre? —pregunté confusa.

—Claro. ¿Cómo voy a olvidarme de esta monada?

La verdad es que era muy cuco y cariñoso. El pequeñajo colmó de besos a Oli.

—¿De quién es?

—Tuyo —sonrió.

—¿Qué? ¿Cómo que mío? —pregunté en estado de *shock*.

—Alba, lo rescataste cuando regresábamos a tu casa. Lo habían abandonado en un contenedor

de basura, oímos sus ladridos y lo salvaste.

El perrito parecía que tuviese unos siete u ocho meses. La verdad es que siempre quise tener perro y desde que me independicé nunca lo había hecho. Me senté en el sofá al lado de Oli. Lolo saltó de sus brazos a los míos y continuó con su festival de besos. Tenía otra pregunta para mi amiga.

—Y ¿esto? —Levanté la muñeca y le mostré mi tatuaje.

—¿Tan borracha ibas que no recuerdas nada?

—Necesito que alguien me refresque la memoria...

—Te lo hiciste con el chico que conociste.

—¿Qué chico?

—Sí, ese muchacho alto, guapete, de nuestra edad más o menos... Guille.

Al escuchar su nombre algo se accionó en mi cabeza y vinieron todos los recuerdos de la noche anterior. Me levanté del sofá de un brinco y fui al dormitorio en busca de mi móvil. Lo cogí de la mesita de noche y busqué en los mensajes de wasap. Ahí estaba, lo recordaba perfectamente...

Guille, soyyyy Albbaaa y no ABBAA eso es un grrupoh de música. ESstas muy bueno ooo a verrr siiii quedamos otra vezzz.

Me dolió ver tantas faltas de ortografía en tan poco espacio. Aunque más me dolió que Guille pensara que era una desesperada o una loca por mandarle aquel wasap. Él no respondió, estaba la confirmación de que lo había leído, pero no obtuve respuesta. Fui derrotada al salón en busca de Lolo y Oli.

—¡Mierda! La he cagado... —Le tiré el móvil a mi amiga para que viera mi desastroso mensaje —. Seguro que piensa que estoy mal de la chota.

—A mí me pareció muy majo y tú le gustabas...

—Ah, ¿sí? —me sorprendí y meneé mi melena rubia como una adolescente.

—Si no, dudo mucho de que se hubiese hecho el mismo tatuaje que tú en el brazo izquierdo —Y soltó aquella bomba informativa como quien da los buenos días.

Toqué mi tatuaje con la mano y recordé la escena. Los dos en el estudio, sentados y charlando mientras nos tatuaban un corazón partido que, si acercábamos nuestros brazos, se unían en uno.

—Dime que no me casé con él —bromeé.

—Claro que no. Pero estuvo muy atento y congeniasteis al momento —Oli gritó al ver la pantalla de mi móvil—. ¡Está grabando un audio!

—¿Guille?

—¡Sí!

—¿Qué dice? —me puse muy nerviosa. Era obvio que Olivia no lo sabía.

—No lo sé, aún no ha respondido. Toma —me pasó el teléfono como si estuviese a punto de estallar.

Mensaje recibido. Era una nota de voz. Dudé en darle al *play*. Cerré los ojos y la reproduje.

—Buenos días, Alba. ¿Qué tal estás? —Su voz era masculina y sexy—. Para ser escritora creo que tienes que repasar la ortografía. —Soltó una carcajada—. No te preocupes que puedo darte unas clases para enseñarte... Bromas aparte, tú también me gustaste mucho y me encantaría tomar un café contigo para conocerte mejor.

¡Madre mía! ¡Madre mía! El adonis con el que me topé anoche, nos hicimos el mismo tatuaje y al que mandé un mensaje absurdo y nivel preescolar ¡quería volver a verme! Di un salto y solté un grito de victoria. Recordaba cómo lo había conocido. Resulta que, después de ver una película de peor calidad que el wasap que envíe a Guille, fuimos a tomar unas copas a un *pub* sobre las doce de la noche. Javi había quedado con Joss y nosotras nos dejamos llevar por la música pop que sonaba en el lugar. Cuando fui a pedir otra copa, un chico alto y guapo me sonrió. Me sentía pletórica, guapa y segura de mí misma después de haber mandado a tomar viento a Pedro y también por los dos cubatas que había bebido. Decidí responder al gesto amable del chaval y le devolví la sonrisa acompañada de un gesto de mi mano derecha que le indicó que se acercara. Él me hizo caso y cuando lo tuve delante de mí me resultó irresistible. Se presentó y dijo que se llamaba Guille. Yo hice lo mismo. Comenzamos a charlar y a beber. A beber y a charlar. No recuerdo muy bien nuestras conversaciones, pero sí sus apetecibles labios que me decían «bésame, pruébame», sus preciosos ojos marrones y su mentón varonil. Durante toda la noche quise que me besara, pero fui incapaz de pedírselo. Después, mi siguiente recuerdo era en el estudio de tatuaje. No sé muy bien por qué fuimos ni el motivo del corazón compartido... Había lagunas temporales que no era capaz de traer a mi memoria.

—¿Qué le respondo? —pregunté a Oli.

—No sé... Actúa con naturalidad... —me aconsejó mientras se mordía las uñas. Parecía más nerviosa que yo.

—¿Le propongo quedar?

—No. Mejor dile que tú también tienes ganas de verlo. Deja el anzuelo a ver si pica...

—Vale.

Grabé un mensaje de voz haciéndole saber que yo sentía lo mismo. Al momento llegó otro audio de Guille.

—Esta tarde la tengo libre, te invito a unos refrescos. Nada de alcohol, que ya nos bebimos todo ayer. Podemos vernos a eso de las seis por el centro, ¿qué te parece?

Contuve mi emoción para responderle que me parecía perfecto y pedirle que me mandara la ubicación de donde nos íbamos a citar. Tiré el teléfono al sofá y salté ilusionada. Oli me abrazó y Lolo saltó con nosotras. Indiqué a mi amiga que iba a la cocina a coger zumo y le pregunté si quería un poco. Oli asintió y se quedó en el salón con el perro.

Abrí la nevera, cogí la caja de néctar de mango y lo serví en dos vasos. Intenté hacer memoria para saber qué más había pasado aquella noche. No recordaba a qué se dedicaba Guille, ni dónde vivía... No estaba segura de si nos habíamos liado. Aunque regresé a casa con Olivia, así que lo

más probable es que no hubiésemos hecho nada. Nada íntimo porque como mínimo compartíamos tatuaje. Sonreí al pensar en las locuras que había cometido en una noche. Yo no era de las que adoptaba perros, me presentaba a desconocidos, me tatuaba corazones partidos o mandaba wasaps indescifrables... Quizás cambiar un poco podía sentarme bien.

Caí en la cuenta de que faltaba uno de los tres mosqueteros. ¿Dónde estaba Javi? Fui al salón con los dos vasos repletos de zumo. Estaban fresquitos y su olor tropical me sentó bien al estómago, como un bálsamo contra la resaca.

—¿Y Javi?

—Lo perdimos durante la noche —Oli se encogió de hombros y agarró el vaso. Lo miró con deseo y bebió hasta casi no dejar nada.

—¿Tú viniste al estudio de tatuaje? —pregunté con curiosidad.

—Yo os di la idea... Os dije que hacíais una pareja maravillosa y os animé a compartir un tatuaje romántico.

—No me jodas... —dije en voz baja.

—¿No te gusta?

—Me encanta, pero me sorprende que fuera tan impulsiva —le confesé.

—Oye y ¿qué vas a hacer con Nacho?

¡Nacho! Lo había olvidado. Mi corazón dio un vuelco. De repente, sentí como si le hubiese traicionado, aunque en realidad no era así...

—Oli, con Guille no me líe ni hice nada raro, ¿no?

—Mujer, os habéis tatuado un corazón a medias... creo que algo sí que hicisteis...

—Además de eso, ¿no pasó nada más?

—No, solo que dos almas gemelas se conocieron. —Mi amiga no pudo ser más sincera—. Os pasasteis toda la noche hablando sin parar. No hubo sexo ni besos...

—¡Uffffff! Menos mal... —dije aliviada—. Entonces con Nacho seguiré igual.

Tampoco habíamos acordado nada en concreto; ni fidelidad, ni exclusividad... solo vivimos un reencuentro pasional y teníamos unas ganas locas de volver a vernos. Pero quería dar otra oportunidad a Nacho. Su regreso a Madrid era el momento perfecto para continuar con nuestra relación. Él lo deseaba, así me lo demostró la noche que hicimos el amor, y yo también.

—Entonces... ¿para qué vas a quedar con Guille? —Oli estaba un poco toca narices.

—Hija, es muy pronto para hacer preguntas tan complejas. Solo voy a quedar a charlar con un chico...

—Que está buenísimo y te hace suspirar cada vez que te mira a los ojos —acabó la frase por mí.

—No responderé a nada más sin no viene mi abogado. —Y de esa forma tan poco original di el tema por zanjado—. Mañana iré al veterinario para saber si el perro tiene chip o dueño.

—No creo que lo tenga... Lo encontramos a las tantas de la madrugada en un contenedor.

—Prefiero comprobarlo antes de tomar una decisión —le informé.

—Si lo han abandonado, ¿te lo quedarás?

—¿Por qué no? Pero tendrás la custodia compartida conmigo.

Oli saltó del sofá y volvió a abrazarme. La idea de adoptar al dálmata la hacía muy feliz. Sonó mi teléfono. Supuse que quién llamaba era Javi para saber dónde estábamos. No fue así. Nacho llamaba.

Descuelga

Me puse cardiaca. No estaba segura de si debía descolgar o no. Nacho y yo no estábamos juntos ni nos habíamos jurado fidelidad. Hacía años sí, pero ya no. Además, no había hecho nada con Guille. No tenía por qué estar nerviosa. Cogí el teléfono y miré a mi amiga, que hizo un gesto para que descolgara.

—¿Diga?

—Hola, Alba. ¿Qué tal? —saludó con seguridad.

—Bien, ¿y tú?

—Mejor, ahora que escucho tu voz.

Puse cara de tonta.

—¿Quieres que tomemos unas cervezas esta tarde? Podemos hablar de tu libro, que no me has contado nada... Si quieres vamos a algún parque donde no haya farolas —bromeó.

—No puedo —maldije—. Esta tarde he quedado con... unos amigos. Si quieres podemos vernos mañana.

—Mañana voy a Barcelona unos días para terminar con la mudanza. Qué pena, cariño. Tenía muchas ganas de verte y hacerte mía.

La oferta sonaba muy tentadora. Incluso, pensé en anular la cita que ya tenía fijada y quedar con Nacho. Pero quise hacerme la interesante y, además, tenía curiosidad por conocer mejor a Guille.

—No me digas eso que me pongo mala —suspiré.

—¿Quedamos cuando vuelva? —propuso Nacho con ternura.

—Me parece perfecto, Guille —solté sin pensar.

Olivia me miró y abrió los ojos con sorpresa.

—¿Guille? Creo que me has confundido con tu novio... ¿Así se llama? —Su tono era divertido.

—Ya no tengo novio... Te dije que no era nada serio. —Quise desviar el tema y le seguí la corriente dejándole pensar que Guille era mi anterior novio para camuflar mi metedura de pata—. Ayer corté con él.

—Ummm..., entonces eres toda para mí...

—Lo negociamos a tu vuelta —jugué.

—Claro. Un beso, cariño.

—Un beso.

Miré a Oli y comenzamos a reír. Había salido airosa de mi torpeza, pero tenía que comenzar a sentar la cabeza. El amor de mi vida era Nacho, eso estaba claro. No podía volver a perderlo. El destino lo había puesto de nuevo en mi camino para darnos una nueva oportunidad y yo tenía que aprovecharla. Y lo intenté, prometo que lo intenté... pero el destino puede ser muy caprichoso o yo muy gilipollas al no entender ninguno de los mensajes que me mandaba.

Miradas que hablan

Aquella mañana calurosa de domingo, Javi se despertó solo en su dormitorio. Fue hasta la cocina para prepararse una taza de café y sonrió al recordar nuestra salida nocturna. No tenía resaca ni le dolía la cabeza, apenas había bebido alcohol. Bailó con nosotras mientras esperaba a Joss y, cuando llegó su novio, porque ya podía presumir de tener una relación estable, se despidió y se fue a casa para hacer el amor con su chico. Disfrutó de dos horas de sexo ardiente cargado de complicidad y cariño. Nunca había gozado tanto como fundiéndose con Joss. Quizás en el pasado, pero ese tema no quería volver a removerlo. Prefería centrarse en su relación actual. Comprobó, como él sospechaba, que el sexo con sentimientos le llenaba más que el casual o con desconocidos. Después de tanto ejercicio los dos se tumbaron en la cama y hablaron hasta casi amanecer. Se sintió dichoso y, aunque el calor no perdonaba, las ganas de abrazar a Joss eran incontrolables. El sonido de la tostadora le avisó de que ya estaban listas sus tostadas y le trajo de nuevo a la realidad. Volvió a sonreír al recordar la preciosa imagen de Joss en la puerta de su casa cuando se marchaba, bañado por los rallos débiles del sol al amanecer que entraban por la ventana del portal. Se fue sobre las siete de la mañana porque tenía una comida familiar y quería llegar pronto a su casa para descansar y estar presentable. Javi se estaba enamorando. Le daba miedo llegar a sentir más y que la relación se terminara. En solo unas semanas, Joss se estaba convirtiendo en alguien importante para él y eso le acojonaba sobremanera. Mezcló el café con un chorro de leche y miró por la ventana. Tenía que superar sus miedos, sus inseguridades y dedicarse a disfrutar del momento. Joss le hacía feliz y eso era lo que debía valorar. No conseguía nada atormentándose con un supuesto futuro que quizás nunca se diera. En el pasado le habían hecho daño, se había entregado a otro chico y le había roto el corazón, pero eso era el pasado... No podía vivir bebiendo de recuerdos que lo torturaban y le provocaban una sed terrible de soledad. Dio un sorbo a su café y dibujo de nuevo una generosa sonrisa en su rostro. Estaba orgullo de haber dado el paso de iniciar una relación con Joss. Era normal que los miedos se asomaran para incordiar después de haberlos tenido tanto tiempo como compañeros. Pero estaba decidido a dejarse llevar por el corazón, a ser valiente y a amar sin medidas si se daba la oportunidad. ¡Ah! Y a dejarse amar, también.

Después de tomar su café, se vistió y bajó a la calle para comprar pan y algún libro que leer, ya que tenía el día libre. Se dirigió a una cafetería que le encantaba, estaba cerca de nuestro bloque,

y vendía prensa y libros. Le apetecía algo de género negro, misterio o un asesinato que resolver. La película que habíamos visto la tarde anterior había sido espantosa y quería resetear su memoria cultural. Llevaba unas sandalias azules, bermudas a juego, una camiseta básica blanca y unas gafas de sol tipo aviador. Estaba guapo y lo sabía. Cuando llegó a la cafetería se dirigió a la zona de libros, ojeó unos cuantos títulos y se decantó por el último de Javier Castillo. Los anteriores le habían gustado mucho y estaba seguro de que sería la lectura perfecta para refrescar aquel día de calor. Se puso en la fila para pagar. Dentro de la cafetería estaban ubicadas mesas redondas de hierro pintadas de distintos colores, al igual que las sillas. Le resultaba simpático el lugar y lo frecuentaba con asiduidad. Echó un vistazo a las personas que estaban sentadas tomando algo. Vio a una madre con su hija de unos diez años disfrutando de una napolitana de chocolate y un batido. Una pareja compartía churros y café... y ¡Zaaas! En otra mesa vio a un chico guapo que lo miraba fijamente. Javi se sorprendió, incluso se puso nervioso al notar su mirada fija en él. Giró la cara para mirar a otro lado y esquivar los ojos de aquel *chulazo* moreno y con cuerpo de gimnasio que llevaba una camiseta ajustada de tirantes. No pudo evitarlo, miró de reojo para comprobar si el chico continuaba observándolo y así fue. En otra ocasión, Javi le hubiese sonreído para iniciar contacto y charlar, pero no buscaba que eso pasara porque quería respetar a Joss. Mi amigo apartó la mirada y se centró en el libro que llevaba. Lo abrió, le dio la vuelta y releyó la contraportada. Cuando llegó al dependiente, le pidió una *baguette* y pagó. Al salir de la cafetería el chico guapo lo estaba esperando en la puerta. Le sonrió y se presentó.

—Me llamo Juan —puso voz de interesante.

—Yo soy Javi... er.

—Encantado. He notado que nuestras miradas se cruzaban mucho.

—Quizás ha tenido que ver que no me quitaras los ojos de encima —bromeó Javi.

—Es que me has resultado arrebatador. Has entrado y me has deslumbrado—señaló Juan.

—¡Qué horterada! ¿Eso te funciona para ligar? —dijo Javi con tono divertido.

—¡Pues estás muy bueno y me has puesto a cien! ¿Mejor así? —Juan soltó una carcajada.

—Ya me has subido el ego...

—Si quieres podemos tomar un café a ver si podemos subir algo más... —propuso Juan.

—No te andas por las ramas. —A Javi le resultó muy tentadora la oferta. El chico le parecía muy atractivo y jovial, pero sabía que ese café era el prelude de un revolcón y no tenía intención de engañar a Joss.

—No. Cuando alguien me gusta voy al grano.

—Siento decirte que tengo novio, así que voy a tener que rechazar tu oferta.

—Solo te he propuesto un café. No he dicho nada más.

—No me he caído de un árbol y sé cómo va esto porque me han entrado muchas veces. Además, acabas de decir que te pongo a cien... Me siento halagado, pero no voy a hacer nada contigo.

Juan sonrió y Javi quedó hipnotizado por su apetecible boca. No era la primera vez que alguien se le insinuaba y terminaban en su casa follando como conejos. El sexo casual y con protección

siempre había sido muy morboso para mi amigo y le encantaba contarnos todos los detalles de sus encuentros fugaces y superficiales. Pero esta vez era diferente. Pensó en Joss y se mantuvo firme en su negativa.

—Si cambias de idea búscame en *Grindr*... —dijo Juan antes de marcharse.

Javi continuó su camino de vuelta a casa. Se sintió intimidado y por un momento dudó de la fidelidad de Joss, de lo ridículo que se sentiría si él rechazaba a chicos atractivos mientras su novio se acostaba con otros a escondidas. Intentó no seguir dando alas a esos pensamientos destructivos y jugueteó con el móvil. Antes de cruzar la calle, se dio la vuelta. Juan seguía en la puerta de la cafetería mirándolo. Al comprobar que mi amigo se había girado lo saludó. Javi apresuró su paso y se alejó de la tentación.

Conociendo a Guille

Caminaba con paso apresurado por la Gran Vía, se podía decir que en verano aquella avenida era mi segundo hogar... y en invierno también. Me encantaba pasear sin prisa y perderme entre la gente. Adoraba mirar los escaparates y entrar a las tiendas para comprar algún complemento mientras me refrescaba con el aire acondicionado de los locales. Podía pasar horas mirando zapatos, bolsos y cinturones... Y, por si eso fuera poco, mi siguiente parada siempre solía ser alguna de las gigantescas librerías ubicadas en el corazón de la ciudad. Si entraba en una, podía pasar la tarde entera ojeando libros. Pero aquel domingo no tenía tiempo para detenerme en mis tiendas favoritas, había quedado con Guille en La Puerta del Sol. Mi teléfono sonó, miré la pantalla y vi que me llamaba Javi. Me puse mis auriculares *bluetooth* y descolgué.

—¡Hombre! Pero si llama el desaparecido... —bromeé.

—Yo no desaparecí. Quizás tu estado de embriaguez borrara mi despedida y los dos besos que te di antes de marcharme —se defendió.

—¿Me escuchas bien? —Ignoré su recriminación.

—Sí, perfectamente. ¿Por qué? —preguntó extrañado.

—Hacía tiempo que no utilizaba mis cascos *bluetooth* y los llevo puestos —le expliqué.

—Pues sí, cariño. Te escucho muy bien. ¿Dónde estás? He bajado a tu piso y no me has abierto.

—He quedado con...

—¡Nacho! Ya veo la calma que te estás tomando con tu ex —me acusó con firmeza.

—No, Javi. No he quedado con Nacho. —Puse los ojos en blanco.

—¿Con las Maris? Me apunto.

—¡No! Déjame hablar, por favor —dije atacada de los nervios.

—¿Qué irascible estás! —soltó ofendido.

—He quedado con un chico que conocí ayer por la noche.

—¡Madre mía! Yo me he echado novio y he salido del mercado, pero no sé cuándo te he pasado el legado de folladora máxima. Primero con Pedro, después con Nacho y ahora con... ¿Cómo se llama?

—Guille y no voy a follar con él. Solo vamos a tomar unos refrescos.

Llegué a nuestro punto de encuentro. Habíamos quedado al lado de la estatua del Oso del Madroño. Guille no estaba, así que esperé mientras hablaba con Javi. O, mejor dicho, mientras

Javi me ponía de los nervios.

—Eso dijiste con Nacho. ¿Tengo que recordártelo? Porque recuerdo perfectamente cómo aseguraste que solo tomarías unas cervezas con él y no harías nada más. Y después bien que te comió todo *el toto* en el hotel.

—Sí que se nota que tienes novio —dije enfadada—, porque ya hablas como una *mamarracha* envidiosa. Te fastidia que conozca a chicos interesantes e intime con ellos. —Me arrepentí de aquellas palabras en cuanto las dejé libres. Javi y yo nos habíamos criado juntos y nuestras discusiones eran muy parecidas a las que suelen tener los hermanos; irracionales, tontas y sin venir a cuento.

—Para nada. Que sepas que el sexo con Joss es maravilloso y que esta mañana un tío alto y guapo se me ha insinuado. Así que no te tengo nada de envidia.

—Oye, Javi. Esta conversación es más propia de adolescentes que de gente madura como nosotros... —Mi paciencia se estaba agotando—. ¿Has llamado para tocarme las narices?

—He llamado para preocuparme por ti.

—Pues me estás poniendo muy nerviosa —lo acusé.

—Mira, guapa. Vas a pagar tu mala leche con otro. Yo solo quería quedar contigo para tomar algo y contarte lo que me ha sucedido antes con el chico de la cafetería. Pero ya veo que prefieres quedar con el tal Guille y tener una noche de pasión con él. —Se hizo la víctima.

Menos mal que no tenía a Javi delante mío porque si no le hubiese hecho tragar su teléfono móvil. Cuando estaba nervioso o algo no salía como él quería, se ponía insoportable y la única forma que sabía para descargar toda esa energía que le producía su ansiedad era incordiando a los demás. En esta ocasión, yo fui su objetivo.

—Me llamas preguntando dónde estoy. Te lo explico. Me acusas de ser la folladora máxima y ¿ahora me vienes con chantaje emocional? Vete con tu novio o con quién te dé la gana que yo tengo una cita. No es ni con Pedro ni con Nacho. He quedado con Guille, un chico guapo, simpático e interesante y si me apetece me lo follaré. A ver si te desbanco del pódium de los adictos al sexo —respondí con un cabreo mayúsculo.

Entonces me di la vuelta y vi que Guille estaba detrás de mí. Seguramente había escuchado todo lo que había dicho. Él me saludó con timidez, puede que estuviese asustado al oírme soltar sapos y culebras por la boca. Sonreí nerviosa y susurré una última frase a Javi antes de colgar: «Cuando llegue a casa te mato».

Me disculpé por lo que había dicho, antes de que pensara que era una posible colaboradora de programas de prensa rosa, con la vena hinchada, los ataques de ira y la retahíla de palabras mal sonantes. Le expliqué que el motivo de mi enfado fue un amigo toca narices que se aburría un domingo por la tarde. Guille fue generoso conmigo, soltó una carcajada y yo le acompañé muy a gusto. La risa puede ser terapéutica y en aquel instante me ayudó a soltar la vergüenza que sentía. Propuso ir a tomar unos *frappes* de fruta a una terraza. Me pareció una idea fabulosa y se lo hice saber. Llevaba unas sandalias marrones, un pantalón corto vaquero y una camiseta holgada de

Love Of Lesbian. Yo me había puesto un vestido rosa con un cinturón amarillo y unas sandalias a juego. Guille era un tío atractivo. Me recordaba a esos hombres que están imponentes sin arreglar, que su belleza destaca, aunque estén recién levantados. Su pelo corto y castaño combinaba con sus ojos marrones, llevaba barba de dos o tres días y sus labios eran gruesos. Cuando llegamos a la terraza, movió una de las sillas para que yo me sentara. Me sorprendí por su gesto. Pedimos dos *frappes* de sandía y fresa. Me miró a los ojos y me puse nerviosa.

—Tengo que hacerte una pregunta, ¿de verdad compites por el pódium de los adictos a sexo? —preguntó entre risas.

Et voila. Había escuchado toda la conversación y eso incluía mi vacilada de acostarme con él si surgía la ocasión. Pensé que lo mejor que podía hacer era tomármelo con un poco de humor.

—Ya no. Lo intenté, pero hay mucho salido suelto por ahí... —bromeé—. Perdóname, mi amigo me estaba poniendo cardíaca y he soltado la primera locura que se me ha ocurrido —volví a disculparme.

—No pasa nada. Tampoco creo que fuera tan terrible que nos acostáramos...

Abrí los ojos como platos. Él se puso nervioso porque no quiso decir exactamente aquella frase, su intención fue la de restar importancia a lo que había dicho yo y no pensó que iba a sonar de esa forma.

—No, no..., no estoy diciendo que quiera acostarme contigo..., tampoco que no quiera... —tartamudeó.

—Mejor cambiamos de tema y evitamos momentos incómodos como este —le eché un capote sonriendo.

Guille me devolvió la sonrisa. Le pregunté a qué se dedicaba. Me contó que era diseñador de portadas de revistas y libros. Además, estaba aprendiendo a diseñar aplicaciones para móviles. Me gustó la pasión que demostraba al hablar de su trabajo.

—¿Qué pasó con tu libro? Al final no me lo contaste. —Me sorprendió su pregunta.

—¿Cómo sabes lo de mi libro?

—Anoche, cuando te sonreí en el *pub* y me indicaste que me acercara, lo primero que me dijiste es que me invitabas a un cubata para olvidar tu mala experiencia con tu libro... Me dejaste intrigado, pero no volvimos a hablar sobre ese asunto.

—Estoy un poco saturada con esta historia... —Suspiré con tristeza.

—Cuéntamelo, quizás pueda ayudarte. Diseño portadas de libros para una gran editorial y tengo contactos.

Sentí un pequeño pellizco en el estómago. Me alegró su ofrecimiento y su preocupación. Hice un esfuerzo por no soltar ni una lágrima mientras le relataba mi desafortunada experiencia con Agua Ediciones.

—¡Lo siento! Qué poca consideración han tenido contigo y qué falta de profesionalidad —afirmó.

—Mi editora..., perdona, mi anterior editora me ha propuesto quedar el martes porque sostiene

que mi novela es buena y quiere ayudarme a colocarla en otra editorial.

—¿Cómo se llama tu editora? —preguntó con interés.

—Miriam Moreno.

—¡Miriam es una mujer maravillosa! La conozco desde hace tiempo. Seguro que te ayuda. Si quieres mándame por *mail* tu manuscrito e intento moverlo.

—¿De verdad? No quiero molestarte con...

—Alba, no es molestia. Te lo estoy pidiendo yo —dijo con cariño.

—¡No sabes lo mucho que te lo agradezco! —exclamé feliz.

Guille me facilitó su correo electrónico y le mandé una copia de mi manuscrito desde mi cuenta de Dropbox. Cuando lo recibió, abrió el pdf y leyó las primeras páginas. Soltó unas cuantas carcajadas y, después de leer en voz alta el primer capítulo, me sonrió.

—Es muy buena —afirmó—. Es irónica, amena y la protagonista cae bien desde el primer momento. No será difícil colocarla.

Al escuchar sus palabras, salté de mi silla y lo abracé. Guille se echó a reír y yo lo acompañé. Me encantaba su mentón cuando reía, era sexy. Aproveché que estaba cerca de su piel para embriagarme con su aroma masculino. Solté un suspiro y miré su boca. Desvié mi mirada para no dejarme engatusar por sus labios. Volví a sentarme en mi silla.

—¡Gracias! Me has animado mucho.

—Ya lo he visto —bromeó—. Pero créeme cuando te digo que es muy extraño que Agua Ediciones haya dejado escapar tu libro. No tiene mucho sentido.

Guille me propuso ir a comprar unos perritos calientes a un puesto ambulante que estaba cerca para comérmolos mientras dábamos un paseo. Me aseguró que eran deliciosos. Tardamos pocos minutos en llegar.

—¿Qué quieres tomar? —me preguntó con galantería.

Miré la carta que estaba colgada en la pared frontal del habitáculo de comida rápida.

—Quiero un perrito con cebolla frita, pepinillo y tomate y otro perrito solo con el pan.

—¡Vaya! Sí que tienes hambre —soltó Guille sorprendido.

—No. Me acabo de acordar de que tengo a Lolo en casa.

—Supongo que Lolo es un perro...

—Sí. Lo encontramos anoche en un contenedor de basura y lo rescatamos. No tengo comida para él así que le llevaré la salchicha. No vivo lejos, puede que cuando llegue a casa aún esté caliente.

—Si quieres te acompaño y le damos la cena entre los dos.

Asentí. Un mar de emociones me inundó. ¡Guille quería venir a mi casa! ¿Qué significaba su propuesta? Mi corazón latió con fuerza. Intenté no dejarme llevar por los nervios y no dar importancia a su ofrecimiento. Me costó. Me costó mucho, porque aquel chico de treinta y cuatro años tan guapo y atento me hacía vibrar. Oli aseguraba que entre Guille y yo existía una conexión especial y yo comenzaba a sospecharlo. Me hacía sentir bien. No sabía muy bien si era porque se

interesaba por mis gustos, trabajo o inquietudes... o porque no era vanidoso ni engreído. Con él todo parecía natural..., nada se forzaba. Me dejaba llevar y eso era maravilloso. Hacía tiempo que nadie me hacía sentir así.

Caminamos hacia mi casa mientras devorábamos los perritos. ¡Estaban muy ricos! Intenté mostrarme recatada para quedar bien delante de Guille, pero una de las rodajas de tomate resbaló del pan y cayó en mi vestido regalándome una preciosa mancha. Nunca se me daba bien ir de divina, ¿cuándo iba a aprenderlo? Guille se echó a reír y volvió a restar importancia a mi torpeza. Me ofreció que mordiera de su perrito, insistió en que lo probara porque lo había pedido con una salsa de quesos que le encantaba. Di un bocado y me supo muy fuerte, pero le dije que me había parecido muy rico. Abrí el botellín de agua y di un sorbo para quitarme el sabor a queso de la boca.

—Me has engañado. No te ha gustado nada —dijo entre risas.

—Está asqueroso —señalé y le di un golpe suave con mi codo en su espalda.

—Así no habrá peligro de que me beses, porque mi boca sabe a esta asquerosa crema de queso —bromeó—. Por eso la he pedido.

—Es un buen repelente —seguí con el juego—. Se me han quitado las ganas de besarte. —
¡Mierda! ¿Por qué dije eso?

—Bueno, me consuela saber que por lo menos las has tenido... —Volvió a reír.

Tenía que cambiar de conversación o me veía en quince minutos follando como salvajes en la cama de mi dormitorio. No es que no quisiera, pero había decidido darme otra oportunidad con Nacho. Así que el sexo con Guille estaba prohibido. ¡Ufffff! Eso era más tentador.

—¿Qué hacías solo en el *pub*? —pregunté.

—No estaba solo. Salí con unos amigos, pero tú me secuestraste.

—Lo siento...

—¿Por qué? Lo pasé genial y te conocí. Tendría que darte las gracias por haberme llamado e invitado a un cubata.

—¡Me caes genial! —dije sin pensar.

—Tú a mí también.

Llegamos a mi portal. Subimos hasta el primero y entramos en casa. Lolo nos saludó feliz, cogí un plato y desmenucé la salchicha con el pan. Llené un cuenco de cerámica de agua y le serví la bebida y la comida. Abrí la nevera, agarré dos cervezas bien frías y le di una a Guille. Fuimos al salón, subí la persiana del balcón, salimos y nos apoyamos en la barandilla. Contemplamos a la gente que paseaba por la calle. Guille bebió de la lata y vi el tatuaje del medio corazón en su muñeca.

—Anoche se nos fue la pinza... —susurré.

—¿Por qué?

—Nos tatuamos un corazón compartido. Nunca me había hecho un tatuaje.

—A mí me parece muy bonito. No voy a decir que no fuese un poco loco, pero en la vida

hay que atreverse a hacer locuras.

—Últimamente estoy haciendo demasiadas locuras. Dejé mi trabajo para apostar por mi carrera literaria, eché desnudo a mi novio de mi casa porque me ponía los cuernos, recojo perros de los contenedores y me tatúo corazones con desconocidos... —Omití algunos detalles, como acostarme con mi ex.

—Lo de desconocido me ha dolido —dijo con tono guasón—, pero no puedo negar que apenas nos conocíamos cuando fuimos al estudio de tatuaje.

—Y ahora tampoco... —se me escapó.

—Sí, pero siento algo especial contigo.

Me emocioné al escuchar aquella frase. Fantaseé con empujarlo hacia adentro y tirarlo al sofá para desnudarlo y cabalgar sobre él. ¡Caray, aquel verano mis hormonas estaban revolucionadas!

—Eres una tía muy guay —soltó y el encanto se fue a la mierda.

Una tía muy guay... ¿Qué significaba eso? ¿Que éramos colegas? He de admitir que esas palabras fueron como una bofetada en mi cara. Di un trago a la cerveza y lo miré de reojo. Guille sonrió. Sin lugar a dudas, se percató de mi desencanto con su comentario.

—Eres más que una tía guay. Eres simpática, torpe, impulsiva, divertida...

—Sí, esa soy yo. —Levanté la lata con la mano.

—Eres guapa, sexy, tienes una nariz respingona que me atrae, una voz preciosa y un talento innato.

¡Joder! Ahora sí que me había desarmado. Tragué saliva y lo miré a los ojos. Guille volvió a sonreír. ¡Canalla, cómo sabía usar las curvas de su boca para volverme loca! Acercó su nariz a mi nariz, su boca a mi boca... Cerré los ojos y esperé a que nuestros labios colisionaran. Esperé, esperé y esperé..., pero nada colisionó. Abrí los ojos y vi a Guille apoyado de nuevo en la barandilla.

—Alba, lo he pasado de maravilla. Tengo que irme —dijo con dulzura.

—Claro... —No sabía muy bien qué había pasado. Estábamos a punto de besarnos, pero se echó atrás—. ¿Va todo bien?

—Sí. Pero son cerca de las diez y mañana trabajo.

Entramos al salón, Guille acarició a Lolo y se despidió. Quedamos en escribirnos para vernos otro día. Guille estaba distinto, lo disimulaba, pero algo pasaba.

—No vamos a volver a quedar, ¿me equivoco? —dije antes de que se marchara.

—¿Por qué dices eso? —Se acercó a mí y me cogió de la mano.

—Casi nos besamos, pero te has echado atrás. Lo entiendo, es muy pronto y no nos conocemos. Lo que me cuesta comprender es la prisa que te ha entrado por largarte.

—Me gustas. Llevo pensando en ti desde que nos conocimos y eso no suele pasarme. Yo soy un tío responsable, serio... y la pizca de locura que me diste anoche y hoy es adictiva.

—Me he perdido, ¿eso es bueno o malo?

—Eso es maravilloso...

—¿Pero?

—Es complicado.

Rozó sus labios con los míos. Suspiré. Pasó sus manos a mi trasero y apretó. Abrió su boca para fundirse con la mía. Respiré de él. Separó nuestras bocas y dio un paso atrás.

—¡No puedo! —exclamó.

—¿Tan mal beso? —pregunté sorprendida.

—No, no es por ti.

—¿Qué pasa, Guille?

—Tengo novia —soltó como una patada en mi estómago.

¡Mierda! Siempre me gustaban los sinvergüenzas. No podía ser todo tan perfecto, tan idílico... Tenía que haber tongo por algún lado. Y claro que lo había, ¡tenía novia! ¡No! Me había hecho un tatuaje a medias con un chico que ya tenía pareja. ¡Eso tenía que estar prohibido por ley! Quise gritarle, empujarle e insultarle.

—Vete —dije en voz baja.

—Alba, yo puedo...

—Cállate y vete —le ordené.

Él bajó la mirada y avanzó hasta la puerta. Antes de marcharse soltó un «lo siento». Cerré la puerta, me apoyé en ella y derramé dos o tres lágrimas. ¿Cómo podía pasarme siempre lo mismo? Javi tenía razón en que jugar con fuego era peligroso. Cerré los ojos y dibujé sin querer la cara de Guille; sus ojos, sus labios, su barba, su mentón... Me mordí los labios y deseé borrar aquella imagen de mi mente. No podía negar que lo deseaba, pero tenía novia y era absurdo intentar cualquier cosa con él. La puerta sonó. Alguien llamaba con ansia. Abrí con energía. Y ahí estaba Guille, delante de mí, serio y con sus ojos clavados en los míos. ¡Qué morbo! Entró, cerró la puerta y me besó sin decir nada. Apoyó sus manos en mis mejillas. Me aparté.

—Esto no está bien —dije poco convencida—. Tienes novia...

—Puede que esto sea una locura, pero te aseguro que merece la pena.

Se quitó la camiseta y solté un suspiro. Si quedaban algunas dudas para entregarme a él, se fueron al suelo con su ropa. Desabrochó su pantalón y lo dejó caer. Levanté los brazos y me subió el vestido para encontrarnos el uno al otro en ropa interior. Nos abrazamos, noté su cuerpo caliente. Me preguntó dónde estaba el dormitorio, le indiqué la ubicación. Me cogió en brazos y me llevó hasta la cama donde me tendió. Se puso encima de mí y comenzó a besar todo mi cuerpo. Me estremecí. Bajó mi tanga y besó mi sexo. Estuvo un rato jugando con él para que yo disfrutara. Y lo hice. Abrí el cajón y le di un preservativo. Se lo puso y antes de penetrarme desabrochó mi sujetador y, al dejar mis senos libres, lamió mis pezones. Me penetró despacio. Comenzó con un balanceo suave y placentero. Me miró a los ojos y mordió mi labio inferior. Poco a poco fue moviéndose con mayor velocidad. Arañé su espalda al notar sus investidas. Llegué al orgasmo antes de que él lo hiciera. Estaba disfrutando como hacía tiempo que no lo hacía. Guille se centró en darme placer. Sus sacudidas fueron más salvajes y sus gemidos también, fui incapaz de

controlar mis ansias y le pedí más. Guille apoyó los brazos en la cama y aceleró sus movimientos. Acaricié con mis dedos sus trabajados pectorales y deslicé mis manos hasta su culo. Me besó y susurró que estaba a punto de correrse. Disfruté de sus investidas mientras él llegaba al clímax y yo saboreaba un segundo orgasmo. Cayó exhausto al lado mío y me miró. De nuevo, su sonrisa me enloqueció.

Y ¿y ahora qué?

Guille se duchó después de nuestro encuentro sexual. Tuve la necesidad de meterme con él porque me sentía sucia, como si hubiese hecho algo que estaba mal, pero evité otro momento erótico para que no pasara nada más. Me puse una camiseta y un pantalón corto. Salió del baño con la toalla enroscada en su torso, decenas de gotas de agua resbalaban por su espalda y pecho mientras entraba al dormitorio. Me senté sobre la cama para no tirarme encima de él y beber de su cuerpo.

—Y, ¿ahora qué? —pregunté con preocupación.

—¿A qué te refieres? —Tiró la toalla a una silla y buscó su ropa interior.

—¿Qué vamos a hacer? Tienes novia y nos hemos acostado... —subí mi tono de voz, pero sin que llegara a ser agresivo.

—No lo sé. Esto es nuevo para mí. Te prometo que soy un chico fiel. —Me miró fijamente y sonrió—. Tú lo has cambiado todo.

—¿Yo?, ¿Ahora resulta que soy yo la culpable de lo que ha pasado? —dije ofendida.

Guille encontró su bóxer y se lo puso. Se sentó a mi lado y pasó su mano sobre mi hombro.

—No es culpa de nadie. Me gustas. Apenas te conozco y me vuelves loco... Jamás me he permitido la licencia de dejarme llevar y por una vez en mi vida me he atrevido —afirmó feliz.

—Me parece muy bien. Pero no es tan sencillo..., tienes novia.

—La dejo —afirmó sin dudar.

Me agobié. Quizás otra persona se hubiese sentido halagada al escogerla y dejar a su novia, pero era demasiada responsabilidad. Guille me gustaba... ¿Cómo no iba a gustarme? Si era un hombre guapo, interesante, atractivo, que follaba de escándalo y sacaba lo mejor de mí... Pero la locura que habíamos cometido pasaba a un nivel superior si abandonaba a su pareja por alguien que había conocido el día anterior.

—¿Estás loco? ¡No puedes hacer eso! No sabes si somos compatibles o si tengo novio.

—Primero, he engañado a mi chica..., por lo tanto, ya no estoy tan enamorado al permitirlo. Segundo, creo que mi relación lleva un tiempo de capa caída y tú no serías la responsable de romper con ella, si es eso lo que te preocupa. No soy tan inconsciente de dejar a mi novia porque me guste una mujer que casi es una desconocida, pero he de reconocer que nuestro *affair* me ha abierto los ojos... Quizás debía de haber cortado antes de acostarme con otra persona... En mi

defensa diré que ni en mis mejores sueños pensé que encontraría a alguien como tú. Y tercero, sé que no tienes novio porque antes has dicho que lo echaste de tu casa.

La explicación de Guille me resultó convincente. Su relación actual agonizaba y muestra de ello fue nuestro encuentro amoroso. También me sonaba a excusa mala, así que decidí no fiarme del todo. Algo tenía que aprender después de toparme con tanto mentiroso. Aunque Guille parecía sincero, pero tenía que protegerme. Cerré los ojos y casi no pude creerme lo que estaba a punto de decir. Quizás fuera madurez o gilipollez, pero pensé que en ese momento era lo más sensato.

—No te precipites. No tienes por qué romper con tu novia, si lo haces ahora me sentiré terriblemente culpable. Si quieres podemos seguir conociéndonos y si ves que tu relación no te llena y lo nuestro va a más, entonces tomas una decisión.

No había ninguna duda. Fue gilipollez. ¿Cómo pude ponerle tan en bandeja la situación perfecta para que él no tuviera ninguna responsabilidad y yo cientos de quebraderos de cabeza?

—¿Estás segura? —preguntó mirándome a los ojos y algo confundido.

—No. Pero creo que es lo mejor que podemos hacer. Has sido honesto conmigo, antes de que pasara nada serio me has dicho la verdad... Me gustas y quiero seguir conociéndote.

—Y yo a ti... No sé cómo explicarlo. Tengo la sensación como si nos conociéramos desde hace tiempo... Es extraño. No me había sucedido con nadie, ni con...

Le puse mi dedo índice sobre sus labios para impedir que pronunciara el nombre de su novia. No quería saberlo, de esta forma los remordimientos serían más moderados. Si no sabía cómo se llamaba, no existiría la tentación de buscar su perfil en redes sociales. Si iba a dar el paso de conocer mejor a Guille, tenía que tomar ciertas precauciones y no poner nombre ni rostro a la chica que engañaba conmigo, esa fue la primera regla. La segunda iba a ser documentarme mejor que una periodista de investigación sobre en qué punto estaba su relación y qué intenciones tenía conmigo.

Me duché, no pude evitarlo, tenía que quitarme esa sensación de culpa. Nos vestimos y tomamos otra cerveza en el balcón del salón.

—Llevamos tres años juntos. Es guapa, lista, ambiciosa... Te prometo que la admiro. Nos llevamos fenomenal. El problema está en que ya no discutimos, ni reímos, ni bromeamos... Simplemente nos llevamos bien —se encogió de hombros—. Somos más amigos que amantes y la rutina nos ha impedido darnos cuenta de que nuestra relación es más fraternal que de amor o pasión. Creo que ni yo era consciente de todo esto hasta que te conocí.

—Llega un momento en que es más importante estar con alguien afín y que el amor sea más racional que gozar solo de pasión desmedida y sexo salvaje. —¡Y eso lo decía yo! Aunque mi intención era restar importancia a lo que estaba contando. Ser comprensiva.

—Estoy de acuerdo, pero no estamos en ese punto. Ya no. —Suspiró con desasosiego—. No hay complicidad en la relación. Hacemos todo como si estuviéramos programados; por el día nos vemos lo justo y, aunque trabajamos para la misma empresa, cada uno está en un departamento diferente y no coincidimos. Al principio, cuando salíamos de trabajar, nos contábamos todo lo que

habíamos hecho en nuestra jornada laboral. Ahora, llegamos a casa y vemos algo en Netflix sin decirnos nada. Echamos el polvo de los viernes por la noche, quedamos con las mismas personas cuando salimos a comer, cenar, tomar un *brunch*... ¡Ufffff, me estoy agobiando!

Respiré aliviada al comprobar que yo no era la única responsable de la decisión que había tomado hacía unos minutos y empaticé con él. Le di un beso y pasé mis manos sobre sus hombros.

—Gracias por compartirlo conmigo. Eres un encanto.

Bajó sus manos hasta posarlas en mi cintura.

—Y tú eres...

—¿Guay? —bromeé.

—No. Eres maravillosa. —Mostró de nuevo su sonrisa y me besó.

Antes de que volviéramos a encender la chispa del deseo, entramos al salón y Guille me dijo que tenía que marcharse. Su novia había estado fuera de la ciudad el fin de semana y regresaba en una hora. Quería esperarla en su casa y si se quedaba más tiempo llegaría tarde. Nos besamos como adolescentes en celo antes de que se marchara.

Acaricié mi boca con los dedos y solté un suspiro. No sabía muy bien dónde me estaba metiendo o quizás sí y eso era lo que me más seducía. En una relación prohibida con un hombre misterioso, guapo y atractivo. El morbo estaba presente, pero si algo me atraía como un imán era Guille. Su forma de tocarme, de reír, de hacer el amor, su mirada traviesa... Algunos trenes pasan solo una vez y había decidido subirme a este, aunque no estuviese libre del todo. Aunque corriera peligro de descarrilar.

Paz

Bajé con Lolo a la calle para dar un paseo y que hiciera sus cosas. El perrito a pesar de su temprana edad parecía que estaba educado, porque no se orinaba en casa y esperaba a salir a la calle para hacer sus necesidades. Eso sí, tiraba como un loco para ir a los árboles y olfatearlos, saludaba a todas las personas que se cruzaban por el camino y ladraba a los perros más grandes que frecuentaban las aceras. Después de dar una vuelta de media hora regresamos a mi piso. Subiendo las escaleras del portal vi que alguien esperaba en mi puerta. No puede evitar dibujar una sonrisa en mi cara.

—¿Vienes a disculparte? —dije riendo.

—Sé que he sido un capullo, así que no me martirices —suplicó Javi que sujetaba una bolsa de un restaurante de comida para llevar—. Llevo un rato llamando y pensaba que no querías abrirme.

—¿Qué llevas? Si no me gusta te vas a tu casa —bromeé.

—Ensalada y arroz con... ¡Joder!

Lolo, que se había soltado de la correa al subir por las escaleras, vio a Javi y saltó sobre él para saludarlo. Javi se asustó y comenzó a gritar como si le estuviese atacando un tigre de Bengala. Sujeté a Lolo y lo até para que cesara su efusiva presentación.

—¿Qué haces con un perro?

—Anda, miedica. Pasa y te cuento. —Abrí la puerta y le invité a entrar con un gesto.

Preparamos la mesa, puse la ensalada en un bol de cristal y el arroz con verduras en otro. Le di un plato a Javi y nos servimos la comida. Descorché una botella de vino y le conté a mi amigo toda la historia de Guille. Además de cómo habíamos rescatado a Lolo la noche anterior. El cachorro estaba sentado delante de nosotros esperando a que le diéramos algo que pudiese engullir, porque Lolo no comía. Lolo engullía. Le di un trozo de tomate y se lo zampó en un segundo.

—Alba, tengo que hacerme un excel con tus conquistas, porque ya me pierdo —ironizó Javi—. Está claro que Pedro ya no pinta nada, pero entre Nacho y Guille, ¿con cuál te quedas?

—A ver... Guille tiene novia y está a dos bandas...

—Sí, pero porque se lo has pedido tú. Él quería dejar a su novia y tú le has dicho que no lo haga —señaló el *profesor Javier*.

—Ya. No quería que se precipitara y que después se arrepintiera de su decisión.

—O quizás te viste reflejada...

—No te entiendo.

—Como tú no estás segura de lo que quieres porque Nacho ha sido el amor de tu vida durante años y Guille ha conectado contigo de una forma brutal, prefieres ver por dónde van las cosas antes de decidir.

¡Qué cabrón! Me conocía mejor que yo. Tal vez no lo hubiese hecho tanto por el interés de Guille sino por el mío propio. No podía exigirle que dejara a su novia cuando yo era incapaz de rechazar a Nacho.

—Puede ser... —susurré pensativa—. Pero aun así era muy precipitado que dejara a su chica.

—Ahí te doy la razón. Aunque, si el muchacho no siente nada y sabe que su relación no le hace feliz, lo mejor que puede hacer es cortar.

—Yo necesito tiempo para pensar qué hacer... —Resoplé.

—Pues te vas a hinchar a follar —señaló entre risas.

Sonreí con picardía. Los dos me atraían sobremanera y la idea de fundirme con uno de ellos me ponía la piel de gallina. Sabía que tarde o temprano tendría que decidir con quién me quedaba, pero tampoco tenía ninguna prisa.

—Guille no sabe nada de Nacho —confesé avergonzada.

—No hace falta. No sois novios ni os habéis prometido exclusividad. Así que tú calladita o ¿piensas que él no se follará a su novia?

—Tienes razón...

—Esta mañana se me ha presentado un *chulazo* en la cafetería de abajo, la que vende libros y revistas.

Ya estaba acostumbrada a que Javi cambiase de tema sin avisar. Siempre lo hacía, sobre todo cuando una conversación llevaba un rato sin girar en torno a él.

—Dime que no has hecho nada con él.

—Nada de nada. ¡Soy oficialmente un novio fiel! —levantó los brazos.

—Felicidades. —Y los remordimientos vinieron a mí otra vez al oír el adjetivo *fiel*.

—El tío estaba buenísimo, tenía los brazos musculados, era rudo, guapo... y me esperó en la puerta del local para entrarme, pero yo no le hice ni caso...

—¿Cuándo coges las vacaciones? —pregunté sin prestar atención a su historia y a la aburrida y exagerada descripción del tipo que le había tirado los trastos.

—Ya estoy de vacaciones, el viernes pasado fue el último día que trabajé. Tenía que impartir un curso de verano, pero ya se ha terminado. ¿Por qué?

—Necesito salir unos días de la ciudad y desconectar. Podemos ir a algún sitio en plan barato..., no sé..., a un *camping*, apartamento...

—Me parece buena idea.

—Entre el disgusto de la editorial y los vaivenes amorosos me voy a volver loca.

—¿Y qué vas a hacer con Lolo? —Señaló al perro.

—Mañana voy al veterinario para saber si tiene dueño. Si no es así lo adoptaré. Es tan guapo y bueno... —Acaricié el lomo del animal—. Seguro que si buscamos en internet hay cientos de sitios que admiten mascotas.

—¡No pienso hacer de niñera! —bromeó Javi.

—Eso haberlo pensado antes de salir con un chaval tan joven... —dije entre risas y con cariño.

—Joss es maravilloso. En serio, es listo, guapo, responsable...

—Y seguramente mucho más maduro que tú —rematé—. Me alegra que hayas sentado la cabeza con un chico así.

—A mí también —confesó sonriendo.

—¿Quién iba a decir que...?

De repente alguien llamó a la puerta con prisa. Los golpes eran continuos y desesperados. Javi y yo nos miramos desconcertados. Me levanté de un salto al escuchar la voz quebrada de Olivia llamarme tras de la puerta. Corrí hacia la entrada y abrí. Oli tenía las manos manchadas de sangre y la cara descompuesta. Al verme cambió su expresión y forzó una sonrisa. Detrás de mi amiga había alguien que no reconocí, pero no pude apartar la mirada de sus manos ensangrentadas. Me asusté. Me asusté mucho.

—Menos mal que estás en casa. Necesito tu ayuda.

Encantada de conocerte

Después del susto inicial al abrir la puerta de mi casa y ver a Olivia con tanta sangre en sus manos que parecía una víctima de *La matanza de Texas* o, mejor dicho, una de las asesinas del *film*, todo fue a mejor. Mi corazón suavizó sus latidos al comprobar que la sangre no era suya, sino de Fabio, su novio italiano, que se había *hostiado* contra una farola y se había golpeado en la nariz. ¡Bienvenido al club de los comefarolas, Fabio! Estaban paseando cerca de nuestro bloque cuando el apuesto italiano se dio contra la farola, Oli se asustó y decidió venir a casa para detener la hemorragia de su chico.

—La próxima vez que te presentes en plan *Carrie*, llámanos antes por teléfono para avisarnos. Te aseguro que nos hemos acojonado al verte con las manos ensangrentadas —la reprendió Javi, que todavía no se había repuesto del susto.

—Lo siento. Cuando vi que Fabio sangraba me puse muy nerviosa e intenté teparle la nariz con las manos, pero fue complicado. Así que vinimos a toda prisa. ¡No sabía que hacer!

—Habéis hecho bien, cariño —le dije con dulzura—. No quiero ni imaginar lo asustada que estabas al ver a tu novio desangrarse.

Oli abrió los ojos y tragó saliva. Entonces me di cuenta de que había metido la pata y, a juzgar por la cara de mi amiga, la había metido hasta el fondo. Llevaban muy poco tiempo conociéndose y no habían formalizado la relación. Fabio, que estaba sentado en el sofá con la cabeza hacia atrás y un pañuelo de papel tapando su nariz, había escuchado nuestra conversación.

—Fabio es mi amigo... —Oli se puso nerviosa y se le escapó una risa floja—. No somos novios... ¿a que no, Fabio?

—A mí no me importaría... —dijo el italiano con voz *sexy* e intentando mirar a Oli a los ojos.

Mi amiga se movía con rapidez hasta que escuchó el comentario de Fabio. Se detuvo, se echó el pelo hacia atrás y se acercó hasta a él. Sonrió y se inclinó.

—¿Qué has dicho? —preguntó confusa. Quería asegurarse de que había escuchado bien.

—Que no me importaría tener un romance contigo. —¡Qué hombre! Todo lo que decía sonaba descaradamente sensual y romántico.

—A mí tampoco —susurró.

—Pues ya estamos saliendo juntos. Me considero un gran afortunado —dijo el hombre que casi se había partido la nariz.

Olivia estuvo tentada de saltar sobre él y llenarle de besos, pero supo que no era buena idea porque podía lastimar a su novio. Dio pequeños saltos alrededor de Fabio y se volvió hacia nosotros para comunicarnos su nuevo estado sentimental.

—Hija, ni que te hubiese pedido matrimonio —dijo Javi con poca delicadeza—. Además, no tienes por qué contárnoslo, ¡lo hemos presenciado!

—No le hagas caso. —Hice una mueca de burla hacía nuestro amigo—. ¡Felicidades, cariño! Ahora que parece que Fabio está mejor, ¿por qué no nos lo presentas en condiciones?

Fabio se puso en pie y se quitó el pañuelo al comprobar que ya no sangraba. Por suerte, el torrente rojo se había detenido. Cogió de la mano a Oli y se presentó.

—Soy Fabio, amante y novio de la belleza de vuestra amiga. Es un gusto conoceros.

—Encantada de conocerte, Fabio. Yo soy Alba y este zoquete es nuestro mejor amigo, Javier.

—Mucho gusto, Javier.

—Llámame Javi. Ahora eres de nuestro club, así que hay confianza, Fabi.

—No me emociona que abrevien mi nombre... —señaló Fabio.

—Claro que sí, Fabi. —Javi le dio un golpe cariñoso sobre la espalda. Estaba convencido de que a todo el mundo le gustaba que le acortaran su nombre. Según él sonaba más glamuroso.

Fabio puso los ojos en blanco y tomó la decisión acertada: ignorar las chorradas de Javier. Le pregunté al italiano si se encontraba mejor. Él nos dijo que le dolía la nariz, pero no tanto como hacía un rato. Fui a la cocina a buscar un par de copas para servirles un poco de vino a nuestros invitados sorpresa. Preparé un tentempié con unas latas de conserva y repartimos la ensalada y el arroz para los cuatro.

—Alba se ha tirado a Izar —disparó Javi sin avisar.

Le lancé una mirada asesina por bocazas y sonreí porque había se había confundido.

—¿Quién es Izar? —preguntó Oli confusa.

—Vas de listo y siempre te equivocas —le recriminé a Javi—. Quiso decir a Guille.

—Hija, es que ya me lio con tanto hombre con el que...

—¿Quieres dejar de repetir eso?! —exclamé molesta—. Es tremendamente machista. Si un hombre se acuesta con muchas mujeres, resulta que es un galán o un casanova. Sin embargo, si una mujer o un gay —maticé y miré a los ojos a Javi— hace lo mismo es una guarra o una zorra. Me irrita mucho que en pleno siglo XXI sigan existiendo esas calificaciones sexistas.

¡Por fin! Ya lo había dicho. Me quedé estupendamente después de vomitar toda la rabia que me causaba el dichoso tema. Sabía que Javi no pensaba que yo era una fresca por acostarme con distintos hombres, él me apoyaba y me respetaba. Sabía que lo hacía para fastidiarme, pero la broma ya me había cansado.

—Tienes razón —señaló Olivia.

—Joder, no quería que pensaras eso, Alba —dijo avergonzado—. Solo estaba bromeando. Yo nunca pensaría que tú eres una golfa...

—Lo sé. Me he saturado. No quería sonar brusca y sé que no piensas eso —dije con

comprensión y nos dimos un abrazo.

—¡Hay mucha pasión en vuestra amistad! —apuntó Fabio sonriendo.

—Demasiada... —bromeé.

—¿Te has acostado con Guille? —Oli volvió al tema central.

Dibujé una sonrisa en mi rostro y les conté toda la historia. No me dejé nada en el aire; ni mis dos orgasmos, ni a su novia, ni seguir viéndonos a escondidas, ni mi intención de seguir viendo a Nacho.

—Tú no te aburres —dijo Fabio.

—¿Por qué? —pregunté al tiempo que daba un sorbo a mi copa.

—Porque una relación ya suele ser complicada y te exige mucho..., así que imagínate dos.

Mierda. No había pensado en eso. ¿Cómo iba a mantener los dos romances en secreto hasta que decidiera por quién iba a decantarme? Nacho había sido el amor de mi vida, pero no dudó en abandonarme hacía unos años para perseguir sus sueños. ¿Quién podía asegurarme que no volvería a hacer lo mismo? Y Guille era guapo, cariñoso y nadie podía negar que entre nosotros existía una química maravillosa, pero tenía novia y apenas lo conocía. Solo sabía de él que era un tipo encantador y que follaba de miedo. Bueno, eso y que había puesto una bonita cornamenta a su chica conmigo.

—Necesito más vino —pedí desesperada.

Eres tío

Javi me acompañó a la clínica veterinaria del barrio, estaba de vacaciones y tenía mucho tiempo libre. Joss trabajaba todo el día en el restaurante y no se verían hasta la noche. Después de esperar un cuarto de hora en la recepción de la clínica, el veterinario nos invitó a pasar a la consulta. Lolo había olfateado todo, le encantaba olisquear cualquier cosa que se cruzara por su camino: plantas, muebles, otros perros... Parecía que siempre estaba investigando o recopilando información con su hocico, como si fuese un agente del CSI. Al entrar en la consulta miré al dalmata y me enamoré un poco más de él. ¡Era adorable! Quise largarme de allí, ¿y si tenía dueño y debía de desprenderme de Lolo? Llevaba solo unos días con el perro, los suficientes para cogerle cariño. Pero sabía que lo más sensato era comprobar si estaba perdido o si lo habían abandonado. Le conté al veterinario cómo nos habíamos encontrado a Lolo en el contenedor. Él nos informó que mucha gente compra un perro porque se encaprichan o para satisfacer las necesidades de sus hijos y cuando crecen los cachorros o la familia se va de vacaciones los abandonan porque les molesta. Se me encogió el corazón al escuchar la triste realidad. El veterinario buscó el chip de identificación de Lolo, pero no encontró nada. No había forma de identificarlo y aseguró que lo habían abandonado. Me agaché, miré a Lolo y lo abracé. Pedí al veterinario que hiciera una ficha al animal porque quería adoptarlo. Salí de la clínica con una sonrisa de oreja a oreja. ¡Había adoptado a Lolo! ¡Quería presentárselo a mis padres, mis tías y a toda mi familia! Lolo salió un poco escocido, le habían puesto una vacuna y para que olvidara el escozor del pinchazo le regalaron una chuche.

Miré a Javi y le dije:

—¡Ya eres tío!

Fuimos a una terraza a tomar un café y unos bollos. Javi había buceado en internet buscando sitios a los que escaparnos unos días.

—Podemos ir a Valencia o a Vinarós... Son unas horas en coche y si vamos a un *camping* no será muy caro.

—¡Maravilloso! —celebré y le di un trozo de napolitana a Lolo—. Se lo decimos a Oli y que nos diga los días que no trabaja para irnos los tres.

—No le des dulces al perro o se quedará ciego —me reprendió el *profesor Javier*.

—¡Joder! Tienes razón... No me acordaba que el azúcar es malo para ellos.

—Y respecto a irnos los tres... Supongo que a Oli le gustará que venga Fabio. Y a mí me encantaría que viniese Joss.

—¿Y yo qué hago con dos parejitas de vacaciones?

—Tú tráete a Guille y a Nacho... —dijo entre risas.

Le hice una mueca expresando que su broma no me había hecho nada de gracia. Pensé que era injusto que me negara a que viniesen con sus respectivas parejas por el simple hecho de que yo estuviese soltera.

—Yo iré con Lolo y si os ponéis en plan empalagoso nos marcharemos a dar una vuelta, ¿a que sí, Lolito? —Acaricié al perro que esperaba con ansia que le diera más napolitana.

—Oye, que Joss y yo no somos pesados o de esos pelmas que están todo el rato abrazados y besándose —se defendió—. Eso díselo a Oli y al italiano. Que, por cierto, el tío está muy bueno para la edad que tiene.

—Sí que es atractivo —asentí—. Aunque verle sangrar por la nariz le restó puntos. Pero cuando se lavó, aunque la tuviera colorada, estaba muy guapo.

—Joss me comentó que este fin de semana libra, así que si Oli puede escaparse reservo un *camping* en Vinarós. Es un pueblo precioso.

—A mí me encanta, ¿recuerdas lo bien que lo pasamos hace dos años? —solté una carcajada.

—¿Cómo voy a olvidarlo? ¡Casi nos detienen! Es lo que pasa cuando te bañas en la playa desnudo y a las tantas de la madrugada...

—Y con unas copas de más —añadí.

—Menos mal que ahora somos personas maduras y civilizadas... Eso quedó en el pasado y no volveremos a hacerlo.

—Yo no prometo nada —bromeé.

¿Puedes quedar?

El martes comenzó tranquilo, como otro día de verano en el que no tenía nada más que hacer que pasear al perro y tumbarme en el sofá viendo vídeos de YouTube... Me entró un escalofrío, ¡Me estaba convirtiendo en Pedro! Me vestí con una falda corta amarilla y una camiseta de tirantes azul y fui a dar una vuelta con Lolo. No sabía nada sobre cómo iba el tema de las vacaciones improvisadas porque Javi había pasado la noche con su novio y todavía no había dado señales de vida. Eran las diez de la mañana y tampoco quería subir a cortarles el rollo.

Decidí caminar por la Gran Vía y mirar escaparates. Lolo era el compañero perfecto para no gastar. No admiten la entrada de perros en muchos locales y de esta forma me entretuve mirando artículos preciosos, pero no me gasté ni un euro porque no permitían acceder con mascotas. Cuando estaba ojeando desde la calle las últimas novedades literarias de La casa del libro, una de las dependientas me saludó y me indicó que podía pasar acompañada de Lolo. ¡Admitían perros! Casi me desmayo de la sensación de felicidad. Dos de mis grandes amores, Lolo y las librerías, podía disfrutarlas al mismo tiempo. Quise besar a aquella dependienta, pero me limité a darle las gracias por la información y su amabilidad. Parte del dinero que había ahorrado en las tiendas de moda lo gasté comprando varios libros de comedia romántica. Dejé los remordimientos a un lado y pensé que era la forma más justa de agradecer a la librería que me dejara compartir mis dos pasiones. Al final solo me hice con dos libros y me hicieron descuento al ser socia. Tampoco fue para tanto. Y me regalaron un marcapáginas.

Al salir de la tienda, sonó mi teléfono. Miré la pantalla. Mi corazón dio un vuelco al ver quién llamaba. Descolgué.

—Hola, Miriam. ¿Qué tal? —respondí.

—Bien, cariño. ¿Y tú? Ya he vuelto a Madrid y tengo novedades.

—¿Son buenas? —pregunté con miedo.

—¡Maravillosas! Hay una editorial interesada en tu manuscrito.

Me detuve e intenté no dejarme llevar por la emoción. Pero ¿cómo lo hacía?, ¿cómo frenaba mis ansias de recorrer la Gran Vía dando saltos de felicidad?

—¡Gracias, Miriam! No sé cómo agradecértelo.

—Alba, te lo debía después de lo sucedido con mi editorial... Mañana tengo el día libre, ¿puedes quedar?

—¡Claro! Dime dónde y cuándo.

—Si no recuerdo mal, tú vives por Chueca... Hay un italiano que me vuelve loca y que voy menos de lo que me gustaría...

—¡Sí! Sé cuál es... ¡Loreto's! —Me encantaba ese lugar y su risotto de algas.

—¡Perfecto! Nos vemos a la una del mediodía allí.

—Miriam, de nuevo ¡muchas gracias!

—Si sale bien vas a flipar, pero mañana te cuento todo. Y no se me olvida que tengo que darte una explicación de por qué rechazaron tu libro, así que resérvame dos o tres horas porque tengo mucho que explicarte.

—¿Me tomo una tila? —dije medio en broma medio en serio.

—No, porque te ha salido la jugada perfecta. Mejor de lo que podías soñar. Eso sí, anula todos tus planes para este verano porque vas a tener que trabajar duro a partir de mañana. Te dejo, cariño. Nos vemos en el restaurante. Un beso.

—Un beso.

Necesitaba gritar de alegría. Miré a mi alrededor. La gente caminaba a sus anchas, me dio vergüenza ponerme a berrear como una loca. ¡Bah, qué más daba! Solté un grito de felicidad que asustó hasta al pobre Lolo. Una editorial quería publicar mi libro y, por lo que había dicho Miriam, tenía que ser mejor que Agua Ediciones. Tenía que celebrarlo, tomar unas birras y gastar cientos de euros en ropa para calmar mis nervios. Fui a casa corriendo. Subí hasta el piso de Javi y aporreé la puerta con tanta fuerza que casi la derribo. Mi amigo abrió y me miró con asombro.

—¿Estás loca?, ¿qué pasa?, ¿te estás meando?

—Me ha llamado Miriam —dije mientras entraba con Lolo.

—¿Quién es Miriam? Y sabes que en mi piso la única perra que entra soy yo —me recordó mirando al dálmata.

Ignoré su ridícula norma y fui hasta la nevera para coger una cerveza.

—Miriam es mi editora y me ha dicho que otra editorial quiere publicar mi libro.

—¡Felicidades! —Javi me abrazó. Acto seguido me miró a los ojos y se puso en plan detective —. ¿Cómo ha conseguido que una editorial quiera publicarte si no ha pasado ni una semana desde que te dejaron colgada?

—Javi, no seas aguafiestas —protesté—. He quedado a comer con ella mañana y me contará todo.

—Ándate con mil ojos.

—Lo haré. Aunque creo que debe de ser muy bueno. Miriam estaba emocionada y me ha dejado caer que es una gran editorial. —Le pasé una lata de cerveza.

—Ni loca. No he desayunado y si me tomo ahora una birra me sentará fatal.

—Son las doce y media. —Miré el reloj de la pared de su cocina.

—Estoy de vacaciones. Joss se ha ido hace un cuarto de hora a trabajar y hemos estado ocupados foll...

—¡No hace falta que digas nada más! —dije entre risas. Estaba feliz. Por primera vez en varios días me sentía afortunada—. Javi, espero que esta vez salga bien lo del libro.

Javi sonrió y supo que era el momento de despachar su sentido de la desconfianza y apoyarme. Pasó su brazo por mi hombro y me dio un beso en la mejilla.

—Ya verás cómo la *mamarracha* de tu editora ha colocado tu novela en una editorial cojonuda y tú vuelves a ser la nueva puta Mariam...

—¡No! —le corté sonriendo—. Prefiero ser yo misma.

Una comida muy ilustrativa

Buceé en el perfil de Instagram de Guille mientras esperaba a Miriam en la puerta de Loreto's. Había llegado con tiempo para intentar tranquilizar mis nervios, estaba deseosa por saber todo lo que tenía que contarme mi exeditora. Guille me había mandado varios wasaps a lo largo de la mañana proponiéndome quedar para cenar. Dudé en aceptar su propuesta. Tenía ganas de verlo, pero que tuviese novia estaba empezando a pesarme más de lo que había supuesto hacía unos días. Me sentía culpable, como si yo fuese la infiel en aquella relación. Sabía que esa sensación era ridícula, ya que yo no tenía pareja ni conocía a la de Guille. Al final me mandó una foto suya con una camiseta verde que le sentaba de fábula y medio subida, dejando ver su apetecible ombligo, y accedí. Aquel día tenía gasto doble: el de la comida con Miriam y la cena con mi amante. ¿Debía de llamarlo así? No era mi novio, ni mi amigo..., lo más justo era que recibiera ese calificativo. Su Instagram estaba cuidado con fotos de libros, paisajes y otras en las que él era el protagonista. Todas estaban hechas con mucho gusto, midiendo el encuadre, la luz, utilizando filtros atractivos... ¡Me encantó su cuenta! Sonreí al ver a Guille en una de las fotos con la cara pintada de amarillo.

—Cualquiera diría que te acabas de enamorar. Esa sonrisa es de amor puro —dijo Miriam como saludo.

Me sorprendí al verla porque el móvil o, mejor dicho, el perfil de Guille me había secuestrado de la realidad. Cerré la aplicación con prisa y la saludé.

—¡Qué susto me has dado! No te he visto llegar. —Me puse roja.

—Muy entretenida debías estar... —bromeó con picardía.

—Un poco sí... —Mostré una sonrisa picarona y me tentó enseñarle el perfil de mi amante. Lo bauticé como mi amante.

—Pues entramos, pedimos lo que queremos comer y dos *gin-tonics*, te cuento todo y después hablamos de amores —sentenció.

Hicimos todo como dijo Miriam. Al entrar, un camarero nos llevó hasta la mesa que habíamos reservado. Después de ojear la carta, nos decantamos por una ensalada tropical para el centro, un risotto de algas y una pizza cuatro quesos. Todo para compartir. Antes de que se marchara el camarero, Miriam pidió que nos trajera dos *gin-tonics*.

—Los vas a necesitar —dijo volviéndose hacia mí.

—¿Los dos? —pregunté sorprendida.

—No. Uno para ti y otro para mí, no seas acaparadora —dijo entre risas.

El camarero nos sirvió las bebidas. Cogí mi copa y di un sorbo.

—Ayer por la mañana me llamó una amiga editora a la que le había pasado tu manuscrito la semana pasada. Me dijo que le había encantado, lo leyó en dos días y ha decidido publicarlo —soltó feliz—. Bueno, Alicia es editora jefa y pocas veces decide algo con tanta contundencia. Pero sus palabras fueron: «Me he enamorado de esta historia. Tengo que publicarla».

—¡Qué maravilla! —exclamé sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

—Primero me preguntó por qué era tan tonta de no publicarla en mi editorial y, después de contarle el motivo, me pidió que os preparara una reunión para que os conocáis y habléis del contrato, del libro, fechas de publicación...

—¡Gracias, Miriam! —salté a sus brazos y solté un suspiro.

—Todavía no te he contado lo mejor... —Hizo un silencio eterno.

—¿Qué?

—Vas a publicar con ¡Penguin Random House!

Sufrí un microinfarto y me recuperé al momento. Siempre había soñado publicar con un sello tan importante. ¡Tenía cientos de libros de aquel grupo editorial y admiraba a muchos de sus escritores y escritoras! Y ahora yo iba a formar parte de aquella familia literaria. No podía creérmelo.

—¡Madre mía! Me entran ganas de comerte la boca —bromeé, pero dudé si hacerlo o no.

Miriam comenzó a reír y me abrazó.

—Te lo mereces, cariño. Ya te dije que tu libro era muy bueno y lo que te habían hecho no era justo.

—Creo que ya no me importa lo que hizo Agua Ediciones... —Derramé unas lágrimas, pero de pura alegría.

—Tienes que saberlo. Da un buen sorbo a tu *gin-tonic*, por favor.

Le hice caso y di un trago bastante generoso. Jamás hubiese imaginado lo que Miriam estaba a punto de contarme. Era tan surrealista que se parecía más a una trama de *Gossip Girl* que a la realidad.

—Tu manuscrito no se descartó porque no cumplieras plazos, calidad o porque no se ajustara a lo que te habían pedido. Tampoco porque no fuese bueno. Tu manuscrito se rechazó porque, al poco tiempo de que firmaras el contrato con nosotros, se le ofreció a la editorial un libro similar de una escritora con más nombre que tú.

—No lo entiendo. ¿Qué tiene que ver con que rechazan el mío?

—Alba, sabes que Agua Ediciones no es un gran sello editorial y que no va a publicar dos novelas parecidas. Habían seleccionado la tuya, pero, como se les ofreció un libro similar de una escritora más famosa, optaron por el de la famosa y no dudaron el rechazar el tuyo sin valorar la calidad o la competencia de la obra —me confesó mirándome a los ojos.

El camarero nos trajo dos platos pequeños y la ensalada tropical.

—¿Por qué no publicaron las dos novelas?

—Porque la tuya hubiese eclipsado la de la escritora popular. Tu libro es cien veces mejor. Agua Ediciones quería retrasar tu lanzamiento y al final hacer una tirada ridícula y cero promoción, pero les convencí para que rompieran el contrato. No me parecía justo. Sabía que si lo anulaban yo podría colocarte la obra en otro sello. Lo que nunca pensé fue que fuera en Random —sonrió satisfecha.

—No sé cómo agradeceréte, Miriam. —Suspiré.

—Aún queda lo más fuerte y por lo que quería contarte todo esto —me advirtió seria.

—Creo que voy a pedir otro *gin-tonic*...

—La escritora que firmó con Agua ediciones es Lara Díaz...

—La conozco. He leído alguna novela suya, pero no me va mucho... —dije sin entusiasmo.

—¿Sabes quién es su agente literario?

Negué con la cabeza y me temí lo peor.

—Nacho García.

¡Mi Nacho! ¡El amor de mi vida! O, mejor dicho, ¡el cabrón de mi vida! El impresentable que me había abandonado hacía cuatro años, me rompió el corazón y... ¿ahora me hacía esto? Sentí rabia, decepción, tristeza, que me habían utilizado. Por eso Nacho estaba en la puerta de la editorial el día que me rechazaron. No fue por casualidad, sino ¡porque iba al mismo sitio del que a mí me habían echado! ¡Y él era el responsable!

—¡Qué cabrón!

—Lara y Nacho son pareja desde hace más de cuatro años...

—¡¿Qué?!

—Sé que vosotros dos estuvisteis juntos... Me han puesto al corriente de todo y tenía que contártelo. Nacho se fue a Barcelona para comenzar un idilio con Lara Díaz.

—¿Cómo sabes que Nacho y yo...? —pregunté.

—En todas las editoriales hay un departamento de Edición, otro de *Marketing*... y otro de Chismes. Me informaron de la vida amorosa de Lara y de Nacho. El cotilleo me llevó a saber que tú y él estuvisteis saliendo. Además, he leído tu libro y el protagonista abandona a la chica para irse a Barcelona a cumplir sus sueños. No hace falta ser muy lista para saber que Nacho es el protagonista de tu libro. Aunque con una pequeña diferencia, no se marcha a otra ciudad para alcanzar sus sueños, sino para...

—Ponerme los cuernos —terminé la frase. Me eché a llorar—. Soy idiota, ¡hace unos días me acosté con él!

Miriam intentó tranquilizarme y, después de aguantar varios de mis berrinches, me miró a los ojos y sonrió.

—Ahora sabes toda la verdad y puedes mover ficha. Y lo mejor de todo es que el cerdo de tu ex no tiene ni idea de que estás al corriente de todo.

Sonreí al ser consciente de que jugaba con ventaja. Me sentía como una mierda por lo mal que

me había tratado Nacho, pero por otra parte podía rehacer mi vida sin él y ya de paso darle una lección. ¡Venganza!

Uno menos

—¡P or favor, ahórrate los reproches! —supliqué a Javi al ponerle al corriente a él y a Oli de todo lo que me había contado Miriam.

Nuestra comida duró hasta las cinco de la tarde. Me sorprendí de que fuese capaz de probar bocado después de tanto sobresalto con la información confidencial que me había dado mi exeditora. Alegría, euforia, tristeza, decepción, sed de venganza... Fue una auténtica montaña rusa de emociones y el apetito también hizo acto de presencia. De verdad que no era normal, cualquier persona en mi situación no hubiese comido nada ante tanta revolución interna. A mí casi me faltó repetir el postre y pedir otro risotto de algas para llevar. No lo hice, pero solo para que Miriam no pesara que era prima hermana del Monstruo de las galletas.

Al salir del restaurante abracé a Miriam y le agradecí todo lo que había hecho por mí. Me facilitó el contacto de Alicia, la editora de Random House interesada en mi libro, para que la llamara y concertara una reunión. Acto seguido escribí un wasap al grupo que tenemos Javi, Oli y yo.

Reunión urgente. Quedamos en mi casa en media hora. Javi... trae palmeras de chocolate, son imprescindibles.

No me juzguéis, estaba muy ansiosa. Llamé a mi madre para contarle la buena noticia y las dos lloramos de felicidad. Fue un momento precioso que nunca olvidaré. Mi madre, mejor que nadie, sabía las horas que me había pasado en mi cuarto, cuando era una adolescente, leyendo libros de la editorial que quería ficharme. No pude abrazarla porque estábamos hablando por teléfono, pero noté su amor y su felicidad. Me dijo que llamaría a mis tías y en cuanto llegara mi padre de trabajar sería el siguiente en enterarse del *notición*. Mi madre hablaba con la voz entrecortada. Eso solo significaba una cosa: estaba maquinando algo. No quise ni preguntarle o la conversación se prolongaría hasta el infinito y más allá.

Treinta minutos después, Oli, Javi y yo estábamos en mi salón sentados en el suelo, devorando palmeras de chocolate y Lolo suplicando que le diéramos un trozo. Les conté que Random quería publicarme y enloquecieron. Oli me abrazó y gritó feliz. La segunda parte de mi historia fue la que les hizo alucinar, aquella en la que Nacho quedaba como un miserable y confirmaba que nunca me había amado.

—¡Lo sabía! Jamás me cayó bien ese traidor —Javi ignoró mi petición de no fustigarme.

—Vamos a recapitular para que me quede claro —dijo Oli en un esfuerzo por no perderse en mi culebrón de desamor y deslealtades—. Tú y Nacho estuvisteis saliendo hasta hace cuatro años, cuando él se fue a Barcelona porque le habían ofrecido un puesto de trabajo importante...

—¡Pero en realidad se marchó para follarse a Lara Díaz! —exclamó Javi.

—¿Podías ser un poco delicado? Odio a Nacho, pero aún duele escuchar según qué cosas —le pedí.

—¡Javi, no me interrumpas! —protestó Oli—. Te mintió. Nacho no rompió contigo para ir a buscarse un porvenir, sino para comenzar un idilio con otra mujer..., otra escritora. Cuatro años después, cuando tú vas a publicar tu primer libro con una editorial, el tío aparece justo cuando dicha editorial te rechaza y es tu paño de lágrimas.

Asiento con la cabeza.

—Entonces Alba cae de nuevo en sus redes y tienen una noche de sexo salvaje y pasional —matiza Javi.

—Y resulta que Nacho ha sido el responsable de colocar a su novia en la editorial donde iban a publicar tu manuscrito y, por lo tanto, gracias a él, se olvidan de ti —concluye Olivia.

—Joder... ¡He sido una pringada! —Suspiré agotada.

—¿Cómo nos vengamos? —preguntó Javi.

—Creo que lo mejor es que pase de ellos... —Resoplé—. Tengo que centrarme en la nueva oportunidad que se me ha presentado.

—¿Pasar? ¡Y una mierda! —exclamó Olivia con los ojos bien abiertos—. Nacho es un cerdo y un sinvergüenza y vamos a vengarnos.

—Típico de ti. Siempre te dejas humillar por los tíos —espetó Javi.

—¡No es cierto! —me defendí. Aunque no lo dije con mucha seguridad.

—Claro que es cierto. Mira lo que te ha hecho Nacho. Y Pedro también abusó de tu confianza. ¿No me digas que no te dio un poco de *gustirrinín* cuando le pusimos de patitas en la calle?

—Un poco sí... —sonreí traviesa.

—Pues Nacho lo va a flipar —aseguró Oli—. No solo te puso los cuernos cuando rompió contigo hace cuatro años. El muy cobarde fue incapaz de decirte la verdad y tú te torturaste pensando que eras la culpable de que se marchara. Y ahora te echa de la editorial que te había contratado porque su novia tiene una novela similar a la tuya y, no contento con ello, te seduce y se acuesta contigo. Alba, ¡nos vengamos!

Javi se volvió hacia mí y puso cara de *profesor Javier*.

—¿Le contaste a Nacho algo sobre tu novela?

Sentí una punzada en el estómago que me recorrió todo el cuerpo. ¡Mierda!

—Puede... —dije avergonzada.

—¿Si o no? —insistió mi amigo.

—Sí, cuando estábamos saliendo nos contábamos todo. El *protá* de mi novela se marchaba a

Galicia para buscarse la vida. Pero cuando Nacho se fue a Barcelona, lo cambié. El resto de la historia se la conté antes de romper —aseguré.

—Es obvio que él a ti no te contaba todo y puede que se inspirara en tu libro para inventarse la excusa de vuestra ruptura. Te dijo que se fue a Barcelona por trabajo cuando en realidad era por amor. Seguramente, después, cuando Lara no tuviera ninguna idea para su nuevo libro, Nacho le contó tu idea. ¡Qué caradura! —dijo por hecho Javi.

—No imaginé que tenía una novia escritora y con poca imaginación a la que le iba a contar mi idea. Joder, ¡odio a Nacho!

—No tiene escrúpulos. Te ha usado como un títere para conseguir lo que quería: sexo, cariño y hasta una idea cojonuda para un libro... —señaló Javi.

Me encogí de hombros y me sentí ridícula y desnuda. Pero no iba a permitir que Nacho me lastimara más. Seguramente, después de charlar con mis amigos y quedar con Guille, abriría una botella de vino y me emborracharía para llorar las penas. Es más, puede que me pusiera la canción de Bisbal y llorara mientras bailaba y canturreaba: «Lloraré las penas de mi corazón enamorado. Sufriré el lamento de este corazón ilusionado. Pero no te voy a perdonar... Esas viejas trampas ya no funcionarán». Joder, esa canción era una oda a mi gilipollez de enamoradiza confiada.

—Lo bueno de todo esto es que ya no tengo que decidir entre Nacho y Guille. Hoy voy a cenar con Guille y será toda suya, sin restricciones.

—¡Uno menos! —gritó Olivia. Estaba eufórica. Parecía que la traición de Nacho le hubiese dolido más que a mí.

Sonó el teléfono de Oli. Llamaba Violeta, ¡otra vez! Javi y yo la miramos y esta no respondió. Sentí cierta intriga por saber qué había sucedido entre las hermanas.

—¡Tenemos que hacernos respetar! —dijo en voz alta sin pensar. Estaba claro que se lo había tomado como algo personal y su familia tenía algo que ver.

—¿Tenemos? —preguntó Javi confuso.

—Tienes. Tienes que hacerte respetar —corrigió.

—¡Pues va a ser que sí! El capullo de Nacho se va a llevar una buena... Pero antes pienso disfrutar de una noche maravillosa con Guille. Así que si me disculpáis voy a ducharme y arreglarme para mi cita.

Un torrente de emociones me inundaba, y eso que todavía no había abierto el grifo de la ducha. Solté un suspiro y evité derrumbarme. No quería asustar a Oli y Javi, que estaban en el salón, con mis llantos pasados por agua. Nacho nunca me había amado. Jamás pensó en mí. Entonces, ¿por qué nos acostamos?, ¿solo me quería para un polvo?, ¿había sido capaz de contarle la idea de mi libro a Lara? Tenía que frenar el remolino de preguntas que azotaba mi mente. Eso ya era agua pasada y no conseguía nada buceando en ellas. Lo único que tenía claro era que mi primer amor fue el más cruel y que yo le importaba un carajo. Abrí el grifo y lloré sin hacer mucho ruido. Pero me juré a mí misma que serían las últimas lágrimas que derramaba por culpa de Nacho. Sentí

cómo el agua cálida se las llevaba a la vez que el recuerdo idílico y falso de mi ex.

Necesitaba verme guapa aquella tarde, así que opté por ponerme uno de mis vestidos favoritos. Siempre me subía la moral y la autoestima mi vestido azul marino de Zara. La parte superior se ajustaba a mi cuerpo y realzaba mis pechos. La falda bailaba y armonizaba mis piernas. Me lo puse y me sentí mejor. Es curioso cómo una prenda puede potenciar no solo tu físico, sino también tu estado de ánimo. Dejé mi melena rubia suelta y pensé que Guille iba a caer rendido a mí. Salí al salón dispuesta a escuchar los cumplidos de mis amigos.

—¡Estás guapísima! —exclamó Olivia.

—Nena, tienes que ponerte más ese vestido. Te queda genial —me animó Javi.

Sonreí como si fuera una adolescente que va a su fiesta de graduación, como si fuese la reina de la fiesta, la novia de la boda o la mismísima presidenta del Gobierno... Necesitaba una tila porque mi sed de venganza y odio hacia Nacho me había proporcionado una falsa seguridad en mí misma y estaba desenfrenada... o que alguien me diera una bofetada.

«¡iiii¡RIIIIIIIING!!!!!».

Sonó el timbre de mi casa. Miré el reloj, pasaban de las ocho y media y hasta dentro de veinte minutos no había quedado con Guille. ¿Quién podía llamar? ¡Ah, sí..., la bofetada que me hacía falta! Abrí la puerta.

—¡No me jodas! —pronuncié completamente alucinada.

Fiesta sorpresa

Anonadada contemplé a mis padres y mis tías en la puerta de mi casa, con una tarta, gorros, tirando confeti y gritando: «¡FELICIDADES!». Quise morir. ¡Sabía que mi madre tramaba algo! Pero no imaginé que ejecutara su plan de festejo con tanta rapidez y aún menos que estropearan mi cita con Guille.

Me volví hacia mis amigos y puse cara de apuro. Javi al ver a mi familia dio un brinco del sofá y se acercó para abrazar a todos. Arrancó un gorro de las manos de mi padre y se lo puso. Oli se echó a reír e hizo lo mismo que nuestro amigo. Entraron todos y cerré la puerta. No sabía si echarme a llorar o sumarme a la fiesta. Mi madre puso la tarta sobre la mesa del salón y nos indicó que nos sentáramos en el sofá mientras ella daba un discursito que seguramente llevaba ensayando toda la tarde.

—No puedo estar más feliz al saber que mi hija va a firmar un contrato millonario con una gran editorial... —comenzó.

—Mamá, no creo que sea un contrato millonario y aún no sé las condiciones ni nada...

—¡Hija, no seas aguafiestas! —exclamó—. Me da igual cómo sea el contrato. Lo importante es lo feliz que me has llamado para contármelo y que tu trabajo se está reconociendo. Por no hablar de que estás cumpliendo tu sueño y aquí estamos tu familia para apoyarte y celebrarlo contigo. Eres lo más importante en nuestras vidas y te queremos mucho.

¡Mierda, ya no podía escaparme de aquella fiesta de celebración improvisada! Las palabras de mi madre fueron muy emotivas y no era de recibo comer un trozo de tarta, sonreír y marcharme. Además, quería celebrar mi posible publicación con mi familia. Siempre me ayudaban de una forma incondicional y yo también los quería sin medida. Me levanté y sonreí.

—¡Gracias por vuestro apoyo y cariño! Sin vosotros no hubiese sido posible intentar alcanzar este sueño. Sin vuestros consejos, sin vuestra ayuda económica para poder escribir... —Me emocioné al contemplar a mis amigos y familiares y ser consciente de lo afortunada que era al tenerlos en mi vida.

Mi madre me abrazó. Todos aplaudieron. Se esfumó el deseo de venganza, de quedar con Guille y quise quedarme la noche con ellos celebrando mi posible triunfo.

—Así que anulo mi cita y montamos una buena fiesta —dije sin pensar.

—¿Qué cita? —preguntó Mari Cruz.

—No es nada... —mentí.

—Alba ha quedado con un chico muy interesante y guapo —soltó Javi—. Bueno... yo no lo conozco, pero eso me han dicho. —Javi dio un codazo a Oli para que corroborara sus palabras.

—Sí, sí es muy guapo... —Oli se calló cuando le lancé una mirada asesina.

—¿Es tu novio? —insistió Mari Cruz.

—No..., nos estamos conociendo. No es nada serio —expliqué de mala gana.

—Pues como no es nada serio, supongo que no le importará al muchacho que se venga y se sume a la celebración. Como un amigo más... —propuso María.

—Claro, hija. Llámalo y dile que venga a comer un trozo de tarta —dijo mi madre.

—¡Sí, llámalo! Y así lo conocemos —señaló Javi. Solo le faltó sonreír en plan villano.

Tenía dos opciones: o anulaba la cita o lo invitaba a venir. Las dos me daban pánico, pero, ante la insistencia de mi familia y Javi, le mandé un wasap a Guille explicando lo que había pasado y le propuse que viniera. En cuanto le di a *Enviar* me arrepentí. Seguro que pensaba que estaba loca y era precipitado conocer a mi entorno más cercano. ¡Claro que era precipitado! Fui a borrar el mensaje y entonces me llamo al móvil. Me asusté y dudé si descolgar o no. Me encerré en la cocina para tener un poco de privacidad. Respondí.

—Perdona...

—¿Por qué? —preguntó Guille.

—¿No piensas que se me ha ido la pinza por invitarte a una fiesta con mi familia y amigos? —Contuve el aliento esperando su respuesta.

—Un poco sí..., pero eso es lo que me gusta de ti. —Se echó a reír y lo acompañé para calmar mis nervios.

—Se han empeñado en que te invitara y te he escrito sin pensar... Estaba a punto de borrarlo.

—Entonces, ¿me invitas o no? —su tono de voz era divertido, como si estuviese jugando.

—Depende...

—¿De qué? —quiso saber.

—De si te apetece venir...

—Me encantaría —confesó feliz.

Di unos cuantos saltos de alegría aprovechando que nadie me veía. Tenía muchas ganas de verlo y de contarle lo de mi libro.

—Estás invitado.

Así es mi familia

Los veinte minutos que tardó Guille en llegar a casa desde que le invité a la fiesta improvisada de mi familia se me hicieron eternos. Me daba pánico que Javi dijera algo fuera de tono o que se le escapara información confidencial sobre Nacho. Así que llevé a mi amigo a la cocina y lo amenacé con revelar a Joss detalles sobre su pasado más ridículo. No me olvidaría de cuando se le abrasó el culo utilizando una crema depilatoria que había comprado en un chino. Tampoco de sus escandalosos orgasmos que escuchaba desde mi dormitorio y la forma tan graciosa de pedir más y más. Javi tragó saliva y prometió no decir nada de nada.

—Más te vale... —susurré.

—Eres peor que Al Capone —señaló.

—Pues no lo olvides antes de abrir la boca. —E hice un ridículo gesto con la mano intentando imitar a un mafioso que me restó credibilidad.

—¿Qué haces? —preguntó sorprendido.

—Nada. Tú calladito o yo también rajaré cuando vea a tu novio.

Solucionado el asunto con la verborrea de Javi, el siguiente tema por resolver eran las preguntas acosadoras de las Maris, podían ser muy persuasivas e intimidadoras cuando querían saber algo. Me acerqué a ellas y sonreí.

—¡Uy, Alba quiere algo! —exclamó Mari Cruz.

—No seáis muy pelmas con mi amigo —les pedí.

—¿Pelmas? —repitió ofendida Mari Cruz.

—¿Con Javi? —preguntó María.

—No, con Guille. Lo conozco desde hace unos días y no quiero que salga huyendo si lo bombardeáis a preguntas íntimas.

—No somos pelmas —se defendió Mari Cruz.

—No te preocupes, cariño. Sabemos comportarnos —señaló María.

Supe desde ese momento que mi intento de frenar sus ansias de atosigar a Guille se había ido al garete. Es más, lo había alimentado al querer mitigarlo. Tenía que alejarlas del vino. Aunque ya iban servidas y Guille estaba a punto de llegar. Entonces caí en la cuenta, ¡Lolo no estaba en el salón! Lo llamé en voz alta, pero no vino.

—¿Quién es Lolo? —preguntó María—. ¿Te has cambiado el nombre? —preguntó a Javi.

—Ha adoptado un perro —aclaró mi madre. Se lo conté por teléfono.

—No lo veo —dije preocupada—. ¿La puerta de la calle está cerrada?

Javi fue a asegurarse y confirmó que estaba cerrada. Le pedí a todos que se callaran. Reinó el silencio y entonces escuché el llanto de un perro. ¡Era Lolo! Fui hasta el baño y abrí la puerta. Lolo salió a la velocidad de la luz para colmarme de besos, después se dirigió al salón y repartió lametazos para todos. ¡Qué susto me di!

—Lo habías dejado encerrado en el baño —me acusó Javi.

—No estoy acostumbrada a tener perro... —me defendí encogiéndome de hombros.

—¡Es muy guapo! —dijo mi padre mientras acariciaba al dalmata.

Sonó el timbre. Lolo ladró para avisarme, ¡era la primera vez que lo hacía! Miré al perro y pensé: «Gracias, Lolo. Ya me he enterado de que han llamado... ¡yo también estoy cardíaca!». Descolgué el telefonillo y Guille me indicó que ya había llegado. Le abrí la puerta del portal. Suspiré. Me di la vuelta y todos esperaban expectantes. Así era mi familia. Escuché los pasos de Guille acercándose a la puerta de casa, Lolo también y movió el rabo de alegría. Se acordaba de Guille y por lo visto le había dejado una buena impresión. Sonreí, el comportamiento del perro me animó. Si a un ser tan puro le agradaba Guille, seguro que a mi familia también, ¿no?

Al verlo aparecer el corazón me dio un vuelvo. ¡Cómo me gustaba! Sin darme cuenta me mordí el labio. No sabía cómo actuar, ¿le daba un beso? ¿un abrazo? Dudé, hasta que se acercó a mí y me besó en los labios. Lo cogí de la mano y lo presenté a mi familia. Todos lo saludaron y le invitaron a que se sentara y comiera un trozo de tarta de chocolate con nata que, por cierto, estaba buenísima.

La situación no fue incómoda, al revés, lo recibieron como uno más de la familia y Guille demostró ser una persona bastante sociable. Reía las gracias, aportaba en las conversaciones y siempre me dedicaba una preciosa y cómplice sonrisa. ¿Qué me pasaba? Yo no era de las que se enamoraban sin conocer bien a la persona. Podía ser apasionada, impulsiva o salvaje si me lo proponía, pero intentaba dejar los sentimientos a un lado si no había intimado lo suficiente. Después de que Nacho se fuera a Barcelona, aprendí a no entregarme o, mejor dicho, a no emocionarme con una relación antes de hora, porque si no después la hostia podía ser descomunal. Y supe hacerlo; cuando conocí a Pedro tardé semanas en comenzar a sentir algo por él. Al principio solo fue sexo y charlas. Poco a poco, cuando lo conocí mejor, me permití sentir y querer. Él fue muy listo, porque las primeras semanas mostró una faceta que poco tenía que ver con cómo era en realidad. Parecía un tipo ordenado, trabajador, con inquietudes... Y, cuando nuestra relación se formalizó, fue olvidando todas esas cualidades que tanto me gustaban de él.

—Tengo que confesar algo, ahora que estamos en confianza —anunció Mari Cruz.

—¿Yo lo sé? —preguntó María.

—¡Claro que lo sabes, no seas tonta! A ti te cuento todo —protestó Mari Cruz—. Hace unas semanas vi en la tele un reportaje y me convenció.

—¿Un reportaje sobre qué? —preguntó Javi con interés.

—Sobre hidratación vaginal con láser.

Oli escupió el vino que estaba tomando. Miré a Guille asustada y sonrió. Estábamos todos sentados en el sofá *cheslong* escuchando con interés la historia de mi tía. Yo, como era habitual en este tipo de reuniones numerosas, me senté en el suelo y Lolo apoyó su cabeza sobre mi pierna.

—Al principio me daba un poco de reparo hacérmelo, pero lo probé —dijo Mari Cruz feliz.

—¿Te dolió? —quiso saber mi madre.

—¡No! Y hace unos días quedé con un amigo que viene a clases de baile y después nos fuimos a su casa. ¡El sexo fue maravilloso! Sentí más placer que nunca.

Todos comenzamos a reír. Mari Cruz reivindicó que los cincuenta era una edad excelente para practicar sexo y tenían que derrumbarse ciertos tabúes absurdos y ridículos. Guille la apoyó y mi tía se levantó y le dio un beso en la mejilla.

—Este chico me cae muy bien. No lo dejes escapar —señaló Mari Cruz—. No es como Nacho.

Javi me miró y se encogió de hombros. Mi tía acababa de fastidiarme el plan de no hablarle nunca a Guille de mi primer amor. Aunque llegados a este punto, lo mejor era ponerle al día a Guille de mi vida laboral y sentimental. Nada de mentiras, ¡Ah! Y nada de parejas. Tenía que hacerme respetar y si decidíamos salir juntos no podíamos ser un trio. Solo él y yo. Ni Nacho, ni novias...

Confesándonos

—¿Sientes algo por Nacho? —me preguntó Guille después de contarle todo lo que había pasado.

Guille y yo estábamos en el salón de mi casa recogiendo platos, vasos y cubiertos. La fiesta había concluido sobre las once de la noche y mis amigos y familia se habían marchado ya. Guille se quedó conmigo. Mientras poníamos un poco de orden y llevábamos toda la vajilla al fregadero de la cocina, sentí el deseo irrefrenable de informarle de mi situación con Nacho y de todas sus deslealtades hacia mí. A Guille le costó creer que mi ex fuera tan frío y calculador, pero finalmente me lanzó la pregunta del millón.

—Claro que siento algo hacia Nacho —dije sin pensar—. Indiferencia. Quiero que se vaya de mi vida y no vuelva más. Javi y Oli me animan a vengarme de él, pero yo quiero desterrarlo de mi mente.

Guillé se acercó a mí, se puso detrás y me abrazó mientras me daba un beso en la mejilla.

—Me gusta tu respuesta. Imaginaba que no lo amabas, pero si me hubieses dicho que lo odiabas me hubiese preocupado.

—¿Por qué?

—Significaría que aún sigues sintiendo algo hacia él. Si hay odio, hay deseo... y ya sabes lo que dicen «del odio al amor hay un paso»...

—Creo que el dicho es al revés... —maticé entre risas.

—Se le puede aplicar la propiedad conmutativa; da igual el orden de los factores, el resultado es lo mismo...: hay deseo.

—Me han dolido tanto sus traiciones que lo que sentía hacía él, fuera amor, deseo, amistad o cariño... se ha disipado. Pensaba que lo conocía, que le importaba... aunque fuera como una amiga. Pero al descubrir la verdad, sé que solo piensa en él y en Lara. Es una persona tóxica y por lo tanto lo quiero lejos de mí —aseguré.

—Te prometo que yo no soy tóxico —bromeó levantado la mano como si jurara ante la Constitución.

Me di la vuelta y miré a Guille a los ojos, sonrió y me enamoré un poco de él. ¡Mierda! Me gustaba de verdad y si seguía viéndolo me iba a enamorar hasta las trancas. Tenía que ser sincera del todo.

—Tengo que contarte algo más sobre Nacho... —dije seria.

—¿Compraste un boleto de lotería, te tocó y te lo robó? —dijo en tono guasón. Me encantaba como usaba el humor para restar importancia a las cosas.

—¡No! —puse cara de sorpresa y me eché a reír—. Unos días antes de conocerte, quedé a cenar con Nacho y nos acostamos. Me siento utilizada... Bueno, yo también quería hacerlo, pero si llego a saber cómo se había portado conmigo jamás me hubiese ido a la cama con él.

—Te agradezco que me lo hayas contado —dijo en tono cariñoso—. Pero eso fue antes de conocerme. No tienes que darme ninguna explicación de lo que hayas hecho en el pasado. Además, yo no soy el más indicado para pedir explicaciones... Tengo novia.

Mi corazón dio un vuelco al escuchar su última frase. Teníamos que aclarar ese tema y comunicarle que no estaba dispuesta a compartirlo con nadie.

—De eso quería hablar...

—Déjame contarte una cosa —me cortó—. Creo que desde hace varios meses se ve con otro hombre...

—Lo siento...

¿Lo siento? Ni de broma, ¡era perfecto! ¡Gracias, karma! Por fin sentía que no me odiaba. No es que me alegrara porque Guille tuviera unos cuernos más grandes que el minotauro del laberinto de Creta, pero tenía que reconocer que la infidelidad de su novia facilitaba las cosas entre Guille y yo y, además, me ayudaba a no sentirme tan culpable por su romance conmigo.

—Siempre está pendiente de los mensajes que recibe por wasap y se alegra sobremanera cada vez que los lee. Por no hablar de las horas en que se los mandan; la una o las dos de la mañana. No coincidimos nunca en casa, solo para dormir y de vez en cuando echar un pol...

—Vó —terminé la palabra por él—. No pasa nada, sois pareja y no te puedo pedir explicaciones. Te conozco desde hace una semana... Mejor dicho, desde hace unos días.

—Lo curioso es que nos llevamos mejor que nunca —señaló y me preocupé.

—No te entiendo.

—Antes discutíamos y nos peleábamos como cualquier otra pareja... Ahora nos ayudamos en todo lo que podemos, nos facilitamos la convivencia, me hace el desayuno, la ayudo en sus decisiones de trabajo... Quizás nos sentimos mal porque hemos dejado de querernos y lo intentamos compensar siendo amables y serviciales.

—Joder, pero si se acaba el amor llevarse así de bien es una maravilla. Al fin de cuentas ha sido o es una persona importante para ti y lo ideal es que podáis compartir otra parcela de vuestras vidas, como la amistad —dijo la parte menos celosa de mí y casi me arrepentí de ser tan comprensiva. Aunque puede que sintiera envidia porque con mis dos ex la relación era inexistente o me habían traicionado cruelmente.

—Tengo que hablar con...

—No digas el nombre, por favor... Me haría sentir culpable —le pedí de nuevo.

—Tengo que hablar con mi novia para romper la relación. —Acercó sus labios a los míos y me

besó despacio.

—¿Crees que vamos muy deprisa?

—Me importa una mierda la velocidad... ¿Qué es deprisa o despacio? Prefiero sentir el ahora —dijo mirándome como aviso previo a desnudarme y hacerme el amor.

—¿Qué sientes ahora?

—Que me vuelves loco.

Me sentó sobre la encimera de la cocina y me besó. Recorrió con su lengua mi cuello. Suspiré, me estremecí y sentí un microorgasmo cuando me quitó el tanga para comerme mi sexo. Pero algo no me dejaba disfrutar del todo.

—Voy a quitarme el vestido muy despacio y lo dejas bien apoyado en la silla para que no se manche. Es mi vestido favorito y no quiero que se estropee.

Guille soltó una carcajada y, después de hacer lo que le pedí, se centró en darme placer. Acarició con sus dedos todo mi cuerpo, se quitó la camiseta, los pantalones y el bóxer. Quise bajar al suelo para hacerle una felación, pero me lo impidió. Me dio mucho morbo su comportamiento. Sacó un preservativo del bolsillo del pantalón que se había quitado y se lo puso en el pene. Poco a poco, mientras devoraba mi cuello con pasión, me penetró. Deje escapar un gemido de placer. Agarré su espalda al notar sus embestidas que nada tenían que ver con la suavidad del principio. Me cogió del trasero y aceleró su movimiento. Apoyé mi muñeca al lado de la suya, nuestros tatuajes se juntaron y casi formaron un corazón completo. Estaba disfrutando como nunca y sus ojos clavados en los míos me encendían más que cualquier sacudida. Acaricié sus pectorales y llegué al clímax antes de lo esperado. Me sorprendí. Nunca había gozado de esa forma. Guille me anunció que estaba a punto de correrse y noté su miembro aún más duro hasta que gimí de placer. Apoyo su frente con la mía y jadeamos exhaustos.

—¿Qué ha sido esto? —dije bromeando.

—¿Te ha gustado?

—Me ha encantado...

—Este va a ser el peor polvo de tu vida si decides darme una oportunidad.

—¿El peor? Pero si ha sido maravilloso... —dije confusa.

—Pues imagínate los siguientes.

No me desea

Oli salió de mi casa bastante animada. Seguramente las cuatro cervezas que se había tomado en mi fiesta tenían algo que ver con su excitado estado de ánimo. Sin pensárselo dos veces, llamó a un taxi y pidió que la llevara a casa de Fabio. Conocía la dirección porque, el día que casi se rompe la nariz el italiano, Olivia lo había acompañado hasta su piso. Mi amiga estaba emocionada, con ganas de untar en nata a su novio, quitársela a lengüetazos y hacer el amor por primera vez con él. Quería sorprenderlo, aparecer en la puerta de su casa con una postura *sexy* y sugerente y entregarse al placer.

Tardó veinte minutos en llegar, pagó al taxista y bajó del vehículo. El coche se marchó y entonces le dio vueltas a su precipitado plan. ¿Podía ser que Fabio no estuviese solo? ¿Quizás había salido y no había nadie en su casa? Contó hasta diez mentalmente y con paso decidido quiso ejecutar su plan de seducción. Llamó al telefonillo.

—¿Quién es? —respondió Fabio.

—Olivia, tu novia.

—Oli, cariño. ¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendido, pero con alegría.

—He venido a verte...

Se abrió la puerta. Oli avanzó con rapidez. Obvió el ascensor y aceleró sus pasos por las escaleras para no demorar su encuentro. Lo deseaba. Estaba ansiosa. Al llegar al segundo piso, la puerta estaba entreabierta y Fabio la esperaba con el torso al descubierto, tan solo llevaba un pantalón corto, que poco dejaba a la imaginación. Oli se agarró a la barandilla al contemplar el fuerte cuello de su novio, sus pectorales marcados, con un poco de bello oscuro y sus fuertes brazos.

—¿Qué maravilla que hayas venido! —exclamó feliz.

—¡Cállate y fóllame! —le ordenó Olivia entrando a su piso y saltando sobre él.

Cerraron la puerta. Fabio sujetó por el culo a su novia, que rodeó con sus piernas el cuerpo del italiano. Él sonrió y la llevó hasta el sofá del salón. La tendió y se puso encima de ella. Oli suspiró y le mordió el labio. Aquel macho moreno de rostro duro y que nunca dejaba de sonreír sabía cómo encenderla. Notó su polla sobre su vientre, otro suspiro. Se quitó la camiseta, Fabio le comió los pechos antes de que ella pudiera quitarse el sujetador. Oli intentó quitarle el pantalón con los pies, pero Fabio no se lo puso fácil. Parecía que no quería desnudarse del todo, aunque

pensó que estaba concentrado en lamerle los pezones.

—Me pones muy cachonda. —Oli era así de fina y delicada cuando sus hormonas entraban en ebullición.

—Y tú a mí también —susurró Fabio.

—Quiero que me la metas y me folles con pasión —pidió con tono juguetón.

Fabio cambio la expresión de su rostro y se incorporó. Se sentó al lado de ella y le dijo que no podía seguir.

—¿Por qué no? —preguntó Oli sin entender lo que pasaba.

—Me he masturbado hace un rato y no soy tan joven como tú. —La miró y sonrió. Oli sabía que Fabio no le estaba diciendo la verdad. Pero fue incapaz de decírselo—. No creo que pueda hacerlo. Estoy agotado y no quiero dejarte a medias.

«¡¿A medias?! ¡Voy a explotar!», pensó mi amiga. Hizo un esfuerzo por intentar no parecer desesperada y ser comprensiva.

—Si quieres podemos probar y si no puedes lo dejamos... —propuso Oli.

—No, me sentiría fatal si no me empalmo...

Oli se desinfló. Aquel hombre que tanto la atraía y del que se estaba enamorando, no la deseaba. Quiso gritar, llorar, insultarlo y marcharse a su casa. Pero...

—Que yo me haya dado placer antes no significa que tú tengas que privarte —dijo Fabio y arqueó una ceja de forma sugerente.

Olivia sonrió y besó a su chico. Él abrió las piernas de Oli, le quitó el tanga y jugó con su lengua para hacer delirar de gusto a su novia. Oli se limitó a disfrutar y mientras acariciaba los hombros de Fabio, notó cómo este sacudía su brazo derecho como si se estuviese masturbando. Cosa que no entendió, pero la excitó aún más. Cuando Olivia gimió al llegar al orgasmo, Fabio la acompañó con otro grito placentero. Se levantó y la besó en la boca. Se disculpó y fue un momento al baño. Oli vio un gran bulto en su entrepierna y parecía un tanto húmeda. Algo no encajaba, estaba convencida de que Fabio se había tocado y también había eyaculado. Pero ¿por qué no la penetró? ¿Era eyaculador precoz? Si fuese así, no le importaba. Lo quería y, además, Fabio sabía comerle de maravilla sus partes íntimas, acababa de demostrarlo. Puede que no la deseara lo suficiente como para entregarse a ella por completo... Aunque un hombre puede ser muy básico cuando tiene delante a una mujer desnuda y atractiva. Quizás Fabio escondiese algún secreto. Oli se mordió el labio y se tumbó de nuevo sobre el sofá. Sonrió porque había disfrutado mucho. Fabio regresó del baño.

—¿Te quedas a dormir? —le propuso.

Olivia asintió y fantaseó con la idea de pasar la noche abrazada a su novio. Decidió no tocar el tema de por qué evitaba hacer el amor y de si Fabio había eyaculado o no. Estaba a gusto y eso era lo que importaba. No habían follado, pero él se preocupó por no herir sus sentimientos y por regalarle un momento de placer memorable. Fabio no tenía nada que ver con su pasado secreto. Ni con Mario. Y eso la hacía muy feliz, follaran o no.

Llamadas

La mañana del jueves telefoneé a Alicia, la editora de Random House que se había interesado por mi manuscrito, al número que me facilitó Miriam. No descolgó. Miré el móvil, eran las once de la mañana. Estaba un poco nerviosa por conocer cuál era la propuesta que tenían preparada para mí y cómo querían enfocar el libro. Dudaba en si debía de solicitarles una cláusula que exigiera y blindara la publicación de la novela con ellos. Aunque supuse que un sello tan importante no hacía esas jugarretas. Fui a la cocina y me preparé un cortado con hielo. ¡Perfecto! Más cafeína para estimular mi ansiedad. Trasteé un rato con el móvil para entretenerme. Es lo que suele pasar cuando estás en paro, tienes todo el tiempo del mundo para repasar y repasar tus redes sociales. Primero buceé en Instagram, después en Facebook y por último revisé los mensajes de wasap. El último que había recibido era de Guille y me decía que me echaba en falta a los pocos minutos de haberse ido de casa aquella mañana calurosa. Sonreí. Me hizo ilusión que celebrara con mis amigos y familiares la futura publicación de mi libro. Me encantó cómo, después de hacer el amor en la cocina, me propuso ideas en algunas de las tramas y hasta se ofreció para diseñarme la portada del libro. Esto sí que era un novio en condiciones y no los neandertales de Pedro y Nacho. Amplié su foto de wasap y me mordí el labio.

El teléfono sonó. Me di tal susto que resbaló de mis manos mientras maldecía, pronunciaba palabrotas y me cagaba en todo. Imploré que no se hubiese roto al chocar contra el suelo, pero la funda y el cristal protector hicieron su trabajo y no se dañó. Me quedé muda al ver que quién llamaba era Alicia, la editora de Random House, y que había descolgado desde que se deslizó de mis dedos. Por lo tanto, me había oído maldecir, pronunciar palabrotas y cagarme en todo.

—¿Alba Conde? ¿Hola? —escuché desde el otro lado de la línea.

—Hola, soy yo. Se me ha caído el teléfono... —No quise mentir. ¿Para qué?

—No te preocupes... Soy Alicia Gutiérrez, editora de Penguin Random House. Miriam me pasó tu manuscrito y tu número. He visto que me habías llamado.

—Sí. Encantada, Alicia —sentía que hubiese escuchado a la barriobajera que había en mí como presentación, así que sería más cortés que una princesa. Y odiaba a las princesas—. Miriam me dijo que estabais interesados en mi manuscrito.

—Alba, tu libro es muy bueno. Lo he leído de un tirón. Es fresco, divertido, innovador y no trata a los protagonistas como simples clichés. Hacía tiempo que no me topaba con una obra tan

original.

—¡Muchas gracias, Alicia! Necesitaba escuchar algo así después de lo que pasó con Agua Ediciones... —Resoplé feliz.

—Ya me contó Miriam. Quiero comentarte varias cosas sobre el libro antes de firmar nada. Pásame un wasap con tu correo electrónico y te hago llegar el contrato, pero no lo firmes hasta que nos reunamos.

—¡Claro! Me parece perfecto, en cuanto colguemos te lo mando.

—¿Puedes quedar hoy?

—Sí. —Si quieres me pongo la capa se *Supergirl* y voy volando donde estés.

—Perfecto. Tengo una reunión a las doce y media en un hotel de Gran Vía. Si quieres nos vemos sobre la una. ¿Te viene bien venir a Gran Vía?

¿Bien? Era mi segundo hogar, así que ¡sí! me iba de maravilla. Pero fui más comedida.

—Me paso sin problemas. ¿Te espero en la puerta de Fnac?

—Muy bien, llegaré sobre la una. Pásame tu correo para enviarte el contrato.

—Ok, nos vemos.

En cuanto colgué, guardé el número de Alicia en la agenda de contactos y le mandé un wasap con mi dirección de correo electrónico. Parecía amable y agradable, seguro que nos íbamos a llevar fenomenal. Me dejé llevar por la emoción. Estaba pletórica e irradiaba felicidad. ¡Iba a publicar con Random House! Llamé a Javi para contarle mi conversación con la editora, pero no respondió. ¿Qué estaría haciendo?

Calor

Javi fue a la cafetería-librería de la calle cercana a nuestro piso. Desayunó mientras leía un libro y, además, observó el lugar para ver si se encontraba con el chico guapo que lo había piropeado días antes. Por el momento no había aparecido. Decidió sumergirse en la lectura y pedirse otro café con leche. No lograba concentrarse. Pensaba en su apuesto pretendiente y, aunque no se arrepentía de haberlo rechazado, no le hubiese importado coquetear un poco más con él. Quizás por ese motivo había ido a desayunar a la cafetería, aunque solía ir con frecuencia porque le encantaba el sitio.

—Javi, concéntrate en el libro. Tienes novio —se dijo en voz baja.

Notó cómo alguien se acercaba a él, pero no se atrevió a levantar la vista para ver quién era.

—¿Es interesante? —preguntó una voz masculina.

Javi reconoció la voz y saludó a Juan, el atractivo adúlador que buscaba, aunque se lo negara a él mismo.

—La verdad es que sí —respondió con aires de suficiencia—. ¿Te gusta leer?

—No mucho —dijo animado y se sentó al lado de mi amigo—. Prefiero hacer deporte...

—Leer y practicar ejercicio no es incompatible —señaló Javi.

—Me aburre. Los libros no son para mí. Yo soy más de la vida real, de conocer gente y pasar a la acción.

Javi no dudaba eso. El tipo no se andaba con rodeos. Ni tampoco era de los que se rendía con facilidad. Le resultó morboso el encuentro, pero no se olvidó de su novio.

—¿Quieres un café? —le ofreció Javi.

—No estaría mal. ¿Te pido otro a ti?

—No, gracias. Acaban de servirme uno.

Juan fue a pedir su bebida. Javi le miró el culo y fantaseó con darle un azote. Juan se giró y le dedicó una bonita sonrisa. Javi saludó con disimulo, cerró el libro y se permitió jugar un poco con aquel grandullón, teniendo claro que nunca pasaría la línea de la infidelidad. Juan regresó con su café.

—Bueno y ¿qué haces? —preguntó.

—Leer... —respondió mi amigo desconcertado por la obviedad.

—No, tonto... ¿A qué te dedicas?

—¡Ah! —rio—. Soy profesor de Filosofía. ¿Y tú?

—Yo también soy profesor, pero de yoga.

—Nunca he practicado yoga —dijo Javi.

—Si quieres puedo darte unas clases para que ganes flexibilidad... —Estaba claro que las clases no eran de yoga.

Javi decidió que ya no podía seguir con el flirteo o sería difícil controlarlo.

—Juan. Estás muy bueno, eres un tío atractivo e interesante. No sé por qué, pero me caes bien, seguramente sea porque soy bastante superficial y los hombres guapos me suelen caer bien en una primera impresión. Pero ya te dije que tengo novio y estoy muy feliz con él. No somos una pareja abierta ni busco sexo. Me atraes, no puedo evitarlo. Pero entre tú y yo no va a pasar nada más íntimo que esta conversación sobre yoga y filosofía.

—Tranquila, cariño. No saques las uñas de leona —bromeó Juan—. Me quedó claro el primer día, pero solo quería comprobar que no te estabas haciendo de rogar... Parece que te gusta mirarme el culo. —Estalló en risas y le dio un golpe con la mano en el hombro a mi amigo.

Javi también soltó una carcajada. Aquel tipo tan descarado le resultaba simpático, además de atraerle físicamente, le parecía majo. Zanjado el tema de la fidelidad de Javi, conversaron sobre el *mariconeo* en *Grindr* y en los *pubs* de Chueca. Compartieron anécdotas y risas. Javi estaba a gusto y le agradó conocer mejor a Juan. Él respetó su decisión y se limitó a charlar y reír. ¡Toda una proeza en estos tiempos de encuentros casuales y fugaces! Después Javi le habló sobre Joss y lo bien que le hacía sentir.

—Es más joven que yo, pero me trata con cariño y admiración —confesó.

—No le hagas daño entonces. Una persona que te quiere y respeta hay que cuidarla.

—Lo sé, por eso no me acuesto contigo —bromeó Javi—. Sinceramente, es un chico encantador y nos entendemos muy bien fuera y dentro de la cama.

—Me estás dando envidia... —dijo Juan en tono guasón.

—Seguro que tú te puedes ligar a quién quieras —afirmó Javi.

—Ligar sí. Otra cosa es tener una relación. Los chicos buenos ya estáis cogidos—se lamentó—. Aquí, la gente busca sexo sin compromiso y en las *apps* también. Es complicado encontrar a alguien interesante.

En ese instante, Javi valoró su relación más que nunca. Joss era un chaval noble y cariñoso. Era consciente de lo afortunado que había sido al conocerlo. Pero, al escuchar las palabras de Juan, supo que había hecho lo correcto al no sucumbir a sus necesidades más primarias y no engañar a su chico. Javi invitó a otro café a Juan, que ya no lo veía con deseo, sino como un posible amigo.

Karma

Para los y las que pensáis aún que soy una exagerada asegurando que el karma me odia, os relataré lo que me pasó antes de mi reunión con Alicia. Me hubiese encantado omitir esta historia, pero es crucial para que entendáis que el dichoso karma me tiene un asco descomunal.

Después de hablar por teléfono con la editora de Random House, llamé a Javi para contarle mi conversación y mi inminente cita con Alicia. Como no respondió, decidí ir a su piso y aporrear la puerta hasta que me abriera. Salí de casa con un pantalón corto y una camiseta básica. No llevaba sujetador y mis pechos bailaban con mis movimientos. Me había levantado hacía un rato y mi siguiente parada, después de charlar con Javi, era la ducha. Así que decidí ir cómoda ya que a mi amigo no le molestaba que no llevara nada debajo de la camiseta. Lolo me acompañó. Subí por las escaleras hasta el segundo piso y llamé a la puerta de Javi con mi puño. No abrió ni se escuchaban indicios de que estuviese dentro. Volví a llamar y en el tercer intento desistí y bajé por las escaleras para regresar a mi casa.

Primera prueba de que el karma me odia: Al bajar por las escaleras me topé con el señor Pons, un encantador hombre de sesenta y cinco años que vive en el segundo y que, de vez en cuando, me acorraba en el portal para contarme historias de cuando era más joven. Su primer amor, la mili, sus romances con unas trillizas (esa parte no era tan encantadora)..., pero el señor Pons siempre te saludaba con una sonrisa y te daba los buenos días. Bajé tan rápido debido a mi enfado porque Javi no estuviese en su casa y fuese imposible desahogarme con él que mis movimientos fueron tan bruscos que, justo cuando el señor Pons comenzaba a darme los buenos días, se me salió un pecho de la camiseta. El hombre no pudo terminar su saludo y empezó a tartamudear. Yo metí con rapidez mi pecho y saludé con dignidad, como si no hubiese pasado nada.

—Hola, señor Pons. Tenga usted un buen día —dije sin que se me notara la vergüenza que recorría por mis venas.

—Parece ser que sí que lo serán. Buenos días para ti, también —dijo sonriendo.

Llegué a casa y comencé a reír. La situación no pudo ser más humillante. De repente alguien llamó a la puerta.

—¿Quién es? —pregunté.

—Soy el señor Pons. Creo que te has dejado algo afuera —dijo de una forma sugerente.

Segunda prueba de que el karma me odia: Pensé que mi vecino, hipnotizado por el movimiento de mi pecho, había llamado para pedirme que le enseñara el otro.

—Señor Pons..., no voy a enseñarle mi otra teta —dije medio molesta, medio riendo.

—No voy a decir que me disgustara verla, pero te llamo porque te has olvidado al dálmata en el rellano.

Mierda. ¡Qué ridículo! Abrí la puerta avergonzada, cogí al perro de los brazos del señor Pons y le agradecí que hubiese bajado para entregármelo. Él sonrió y subió hasta su piso. Después de hacer tanto el payaso, decidí darme una ducha relajante y encender unas cuantas velas para propiciar un ambiente agradable y nada perturbador. Fui hasta la cocina a buscar mi vestido azul marino, que seguía en la silla donde le pedí a Guille que lo dejara la noche anterior, y lo llevé al baño. La ducha me sentó de maravilla. Me relajó. Encendí una barrita de incienso para continuar con mi estado de paz y calma. Me puse un tanga y un sujetador negro a juego y cogí el vestido. Lo miré, pensé que sería perfecto para mi reunión con Alicia.

Tercera prueba de que el karma me odia: Apoyé el vestido sobre el armario del baño mientras comenzaba a maquillarme y a canturrear en voz baja. De repente, Lolo comenzó a ladrar. Me giré hacia el animal, lo contemplé ladrando con ahínco a la par que no dejaba de mirarme. ¿Qué quería decirme? Entonces noté un olor peculiar, como a tela quemada. ¡No! No podía ser. ¡Sí! Claro que podía ser: ¡mi vestido azul marino se estaba quemando! Fui tan anormal de posarlo en el armario donde había encendidas dos velas. Sin pensar, cogí el vestido y lo metí en la ducha. Abrí el grifo y sofiqué el fuego. Estaba deshecho. Comencé a llorar. ¿Por qué todo tenía que ser tan complicado? ¿Por qué nada me salía bien a la primera? No tenía suerte en el amor; Pedro y Nacho me habían destrozado el corazón. En el trabajo, mejor ni hablar... Me había fichado una gran editorial, pero antes tuve que pasar por un rechazo cruel y la traición de mi ex. Y ahora... ¡se quemaba mi vestido favorito! Tenía que haber sido muy mala en mi anterior vida para que el karma se cebara conmigo. Me derrumbé y me senté en el suelo sin dejar de llorar.

Lolo se sentó a mi lado y me regaló un beso. Lo miré y volvió a darme un lengüetazo en la cara. Me hizo reír. Tampoco era todo tan malo, ¿no? Mis amigos eran fabulosos y mi familia un amor. Estaba conociendo a Guille, parecía un chico serio y que me quería. No era el momento para andarme con tontadas y lamentos, tenía una reunión importante y debía dar lo mejor de mí.

Llamé a Oli y le conté que mi vestido favorito se había incendiado. Olivia estaba trabajando en la tienda, pero si no tenía gente podía coger el teléfono.

—No pasa nada. Tú estás mona con cualquier cosa que te pongas —me animó.

—¡Gracias, cariño! Eso es porque me ves con buenos ojos. Pero no quiero estar mona, quiero parecer profesional.

—Pues ponte tu falda azul de tubo y tu camisa de manga larga blanca —propuso.

—¡Me gusta! —exclamé feliz al imaginar la combinación—. Muchas gracias, Oli. Te debo una...

—¡Oye! —dijo antes de que colgara—. Creo que a Fabio no le excito.

—¡No digas tonterías! A Fabio le encantas.

—Es que me ha dado esquinazo varias veces cuando le propongo hacer el amor... Ayer dijo que no podía hacérmelo porque se había masturbado y cuando se puso a comerme el coño —escuché el suspiro de asombro de una clienta— se masturbó. No tiene sentido.

—No sé, Oli. Puede que le dé vergüenza quedarse desnudo delante de ti. A muchas tías les da corte desnudarse delante de alguien que les gusta y conocen desde hace poco, seguro que a los chicos también les pasa. Además, si no le gustaras no te habría comido lo de abajo, ¿no crees?

—Tienes razón...

No la tenía. Pero tiempo al tiempo.

—Claro que sí. No te agobies y háblalo con él.

—Gracias, Alba.

—A ti, cariño.

Colgué y fui a mi dormitorio para ponerme el *look* que me había propuesto mi amiga. Cuando me vestí y me contemplé en el espejo, estaba tan guapa que recobré la seguridad en mí misma. Incluso, pensé que era mejor carta de presentación que mi vestido azul marino. Quién sabe, quizás el karma no me tuviese tanta tirria.

La reunión

Fue un encuentro muy sencillo, sin dobleces ni falsas apariencias. Alicia me sonrió al verme desde lejos y yo supuse que la mujer alta, estilizada, guapa, morena con unas gafas de sol de Gucci enormes y que se acercaba hacía mí era la editora que quería publicar mi libro.

—Encantada de conocerte, ¡por fin! —exclamó entusiasmada—. Tengo magníficas referencias sobre ti y de varias fuentes. Que sepas que no solo Miriam es tu única fan... ¡A partir de ahora, también lo soy yo!

Me sorprendí al escuchar que varias personas le habían hablado muy bien de mí. Eso quiso decir, ¿no? No le di importancia a cuáles podían ser *sus fuentes* y me centré en que estaba fascinada por conocerme.

—El placer es mío, Alicia. Miriam me ha dicho que eres una gran editora y que tengo mucha suerte de que te hayas fijado en mi manuscrito...

—Y no le falta razón. Soy la mejor. —Levantó sus preciosas y gigantescas gafas de sol y me guiñó un ojo—. Y vamos a convertir a tu libro en un *best seller*.

Casi me mareo al escuchar sus intenciones. Fuimos a una cafetería cercana para hablar con más tranquilidad. Accedimos al interior del local para disfrutar del aire acondicionado, que al rato me resultó muy fuerte e incluso tuve un poco de frío aun llevando camisa de manga larga. Era una cafetería ambientada en los años ochenta y la movida madrileña. Tenía instrumentos musicales colgados en las paredes y fotos de grupos de música de la época..., entre ellos reconocí a una joven Alaska. El sitio resultó ser bastante barroco y tanta decoración musical me agobió. Pero no había ido allí a criticar el diseño del bar, sino a hablar de mi libro.

—¿Podemos modificar el título de la novela? —me preguntó Alicia, antes de dar un sorbo a su refresco—. *Amor a primer latido* es un tópico y no se identifica mucho con la historia.

—Sí. No tengo problemas —dije feliz—. De hecho, es lo único que no es de mi propia cosecha. Lo sugirió mi ex y lo puse provisional, pero después no lo cambié.

—¿Tu ex? ¿Nacho García?

Asentí avergonzada. Las noticias corrían como la pólvora y parecía que mi vida sentimental se publicara en las revistas sensacionalistas. Me sentí un tanto desnuda.

—Ya me ha contado Miriam lo capullo que es Nacho y cómo te ha traicionado. Puede que hablemos con el departamento legal para demandarle por plagio.

—No..., no hace falta. —Después de todo lo que me había hecho seguía defendiéndolo.

—Claro que hace falta. Nos hemos documentado y sabemos que ese cerdo te robó una buena idea. Además, te puso los cuernos con una escritora que no te llega ni a la altura del zapato. Hemos comprobado que tú registraste tu manuscrito antes que Lara Díaz su copia barata. Tienes todas las de ganar. Aunque eso puede esperar, ya lo debatiremos.

Sonreí. Me sentí comprendida y arropada por mi nueva editora.

—Yo siempre quise titularla *Tú y yo nunca fuimos una cuestión de suerte, sino de amor...*

—Un poco largo, pero ¡me encanta! Ahora se llevan mucho los títulos extensos. ¿Te ha llegado el contrato? —preguntó.

—Sí. Ya lo he recibido y leído —sonreí.

—El título provisional del manuscrito será el primero, el hortera que puso tu ex. Después lo modificaremos —aseguró.

—Muy bien. —Estaba disfrutando de lo lindo con lo que Alicia me proponía.

—Estamos casi en agosto. Una correctora se pone desde ya a revisar el manuscrito y te pasará por correo las posibles modificaciones y correcciones. El diseñador se pone con la portada y te pasarán varias pruebas. Si todo va bien, la idea es que se publique a principios de noviembre para la campaña de Navidad.

—¿Puedo besarte? —bromeé—. Me cuesta creerlo, ¡qué maravilla! Muchas gracias, Alicia.

—Esta semana no tendrás mucho trabajo, pero cuando la correctora te pase los cambios necesitaremos que te entregues al cien por cien.

—No hay problema.

—¿Tienes alguna pregunta?

—No. Supongo que a medida que vayamos trabajando me irán surgiendo.

—Claro, es lo normal. No te agobies y puedes llamarme siempre que quieras. En horario laboral, ¿entendido? —bromeó y soltó una carcajada.

Reímos las dos. Hubo química entre nosotras y estaba segura de que nos íbamos a entender sin ningún problema. Alicia había editado más de cincuenta novelas, a pesar de parecer muy joven. No tendría más de treinta y cuatro años. Inspiraba confianza. Mi corazón se aceleró y por primera vez creí de verdad que mi libro iba a publicarse.

Nos vamos... ¿de viaje?

Por la noche quedamos en el piso de Javi para picar algo y beber vino mientras nos contábamos cómo había ido el día. Estaban las dos parejitas y yo, pero no me sentí en ningún momento fuera de lugar.

—¡Por fin tienes un novio que me cae bien! —exclamó Javi. Quise besarle por su comentario. Ignoré mi comportamiento recatado y lo besé.

—A mí, Guille también me cae fenomenal. Se le nota que está coladito por ti —añadió Oli.

—Ayer por la noche quedamos en que vamos a darnos una oportunidad y va a dejar a su novia. No me siento culpable de que se rompa la relación porque Guille me aseguró que su chica se ve con otro. —Me encogí de hombros y me hice con un trozo de jamón que Javi había servido en un plato y estaba delicioso.

Al degustar semejante manjar me acordé de que Lolo estaba en casa y no había cenado. Me puse en pie y les dije que ahora regresaba.

—¿Dónde vas? —preguntó Oli.

—A buscar a Lolo, está solo —expliqué.

Javi me miró de mala gana. No le gustaban los animales en casa.

—Oye, cosas peores has metido tú en mi casa. Así que ni rechistes —dije con contundencia.

—Pero si Lolo se porta superbién —señaló Joss y se levantó del sofá—. Te acompaño.

Javi sonrió y nos dio su beneplácito para traer al animal. Mientras bajábamos por las escaleras para ir a mi piso, Joss quiso resolver unas dudas que tenía respecto a Javi.

—Alba, la semana que viene es el cumple de Javi, ¿verdad?

—Sí, el dos de agosto. Es leo y cabezón como él solo. —Suspiré y abrí la puerta de casa. Lolo salió a la velocidad de la luz y comenzó con su desfile de lametazos.

Cerré la puerta y nos dirigimos al piso de Javi. Joss me cogió de la mano y me detuvo, Lolo siguió su camino escaleras arriba.

—He comprado por Amazon un ejemplar antiguo de *La leyenda de Sleepy Hollow*. ¿Crees que le gustará? Me ha costado una pasta.

—¡Se va a volver loco! —le aseguré con excesiva sinceridad—. Le encanta ese libro y hace tiempo se lo dejó a no sé quién y no se lo devolvió.

—Lo sé..., me lo dijo. Por eso he buscado por internet una edición más selecta y antigua.

—Joss, eres un amor. Es un detalle que Javi no olvidará.

Abracé al joven enamorado y deseé que alguien me quisiera de la manera tan pura e inocente que Joss amaba a Javi. Supuse que su corta edad le otorgaba ímpetu y entusiasmo, aunque he de reconocer que también había mucho *yogurín* egoísta y vanidoso suelo por la calle. Joss era un chaval maravilloso. Regresamos a casa de mi amigo. Lolo no nos había esperado. Cuando entramos, Oli y Fabio acariciaban al perro y este se alegró al vernos de nuevo. Seguimos con el picoteo, el vino y nuestras charlas.

—He reservado un *camping* para irnos este fin de semana. Bueno, para salir mañana viernes y estar hasta el domingo —nos informó Javi.

—¡Perfecto! Mi editora me ha dicho que estos días puedo tomármelos libres. ¿El *camping* admite mascotas?

—Sí, ya lo comprobé.

—Por nosotros no hay problema —dijo Oli—. Nos apetece sol, piscina y relax...

—No has dicho dónde vamos... —quise saber.

—A las afueras de Madrid. A una especie de *camping* rural con chalets y *bungalows*... Un retiro espiritual con piscina, clases de pilates, *spa*, zona de masajes, bar... en medio de la naturaleza. He reservado un *bungalow* precioso para seis personas y que admite mascotas.

—¿A las afueras de Madrid? ¿No íbamos a ir a la playa? —pregunté sorprendida.

—Alba, dijiste que como te había fichado la editorial nueva quizás no tenías mucho tiempo para viajar. Así que he buscado algo cercano para que pudieras venir. Yo no sabía que tu editora te había dado unos días de fiesta —Javi se puso a la defensiva.

—Además, lo importante no es el lugar, sino con quién vas —añadió Oli.

Tenían razón. Javi se había molestado en buscar y reservar unos días de vacaciones a gusto y acorde a las necesidades de todos, no podía quejarme ni reprocharle nada.

—Me parece fantástico. Disculpa, Javi. Ha sido la sorpresa inicial, pero creo que es una idea maravillosa.

—Más te vale porque ya he pagado la reserva y me debéis cada uno cien euros —bromeó.

Todos soltamos una carcajada.

—No os riais, cabrones. Que lo digo en serio.

Haz la mochila

En un primer arrebato, me tentó llevarme una maleta grande para meter todo lo que se me antojara: vestidos, bañadores, pantalones, libros..., pero después pensé que nos íbamos tres días y a tan solo unos kilómetros de casa. Con una mochila podía arreglármelas de sobra y así ganaba en comodidad. No esperé al día siguiente, en cuanto bajamos Lolo y yo del piso de Javi hice la mochila. ¿Se decía así? ¿Hacer la mochila? Metí una toalla para la piscina, dos bikinis con su parte de abajo, cuatro camisetas, dos *shorts*, ropa interior a puñados, una chaqueta por si refrescaba y un vestido ibicenco. En la bolsa (gigante) de mano puse el neceser con todo lo que necesitaba para acicalarme, un libro, cargador de móvil y poco más.

Dejé la mochila y la bolsa en una silla del dormitorio y opté por meter a la mañana siguiente las cosas que me faltaban. Como el cepillo de dientes, más maquillaje y tampones, nunca se sabía. Suspiré sin querer... y pensé en Guille. No sabía nada del viaje, ¿se lo contaba?, ¿lo invitaba? Javi había dicho que el *bungalow* era para seis personas e íbamos cinco. Cogí el teléfono y di una patada a todas mis dudas para que no me impidieran hacer lo que estaba deseando; proponerle a Guille que viniera conmigo al *camping*. Le mandé el siguiente mensaje:

Guille, mis amigos y yo hemos organizado un viaje sorpresa y fugaz a un camping – retiro espiritual – spa – zona de masajes – piscina. Nos vamos mañana por la mañana hasta el domingo. Si te apetece venir te mando la ubicación y nos vemos... a mí me gustaría.

Estaba en línea, lo había leído y respondió:

Me encantaría. Mañana trabajo, pero puedo ir el sábado y el domingo ¿Qué te parece? Dime cuánto tengo que pagarte.

Sonreí. Salté sobre la cama. Me senté bruscamente y contesté:

¡Qué alegría! Claro, te esperamos el sábado allí. Y por el dinero no te preocupes. Voy a tirar la casa por la ventana e invito yo.

Mi corazón latió deprisa mientras esperaba su respuesta, que fue la siguiente:

Como quieras, cariño. Ya te compensaré regalándote un buen masaje. Tengo ganas de verte... y de besarte. Buenas noches.

Me sonrojé. Hacía tanto tiempo que alguien no me decía palabras tan bonitas que casi no recordaba cómo sonaban.

Yo también tengo muchas ganas de besarte. Buenas noches.

Fui al baño, me desmaquillé y me lavé la cara. Lolo estaba durmiendo en el suelo, no había tocado su cuna desde que la compré. Seguro que allí estaba más fresquito. Me tumbé sobre la cama y, cuando estaba a punto de cerrar los ojos para abrazar a Morfeo, me llegó un mensaje de Guille. Desbloqué el teléfono para leerlo y casi me meo encima.

Hola, soy la novia de Guille. Me parece perfecto que hagas planes con mi novio y que tengáis tantas ganas de besaros... podría reprocharte mil cosas y llamarte guarra y rompe parejas... pero sería una hipócrita. Solo quiero decirte que Guille es un tío fabuloso y que, si vais en serio, te pido que lo trates con amor y respeto. ¡Ah! No soy tonta, sé que desde hace unos días que ha conocido a alguien y que se está enamorando, ¡hasta se ha hecho un tatuaje! Voy a borrar este mensaje en cuanto lo leas. No le digas nada a Guille.

Me acojoné. Lo primero que pensé fue en mi foto de perfil de wasap. Por suerte tenía puesta una imagen con una frase divertida y su novia no pudo saber quién y cómo era yo. No entendí muy bien cuál era su intención, ¿asustarme?, ¿pedirme que mimara a su novio? Tragué saliva y respondí:

Mi intención no era meterme en medio de una relación. Guille me dijo que... Guille fue sincero desde el principio y lo nuestro ha sido casi un flechazo. Si tengo que luchar por él, lo haré.

Su novia contestó:

Lo mío con Guille ya no es una relación de amor, es de amistad. Solo quería asegurarme de que su nueva... conquista es una mujer con ovarios y que le quisiera... he comprobado que sí. No te escribiré más desde su wasap y borro los mensajes.

Sonreí, creo que de incredulidad. O lo había entendido mal, o su novia me estaba dando el visto bueno para intimar con Guille. Volví a sonreír y sentí curiosidad por saber quién era aquella chica que, sin lugar a dudas y aunque fuera de forma fraternal, tanto quería a Guille.

¿Quién soy?

Javi había alquilado una furgoneta preciosa, pintada la parte superior de blanco y la inferior de azul, para ir hasta el *camping*. Javi conducía y Joss era el copiloto. Oli y Fabio estaban sentados delante de mí y yo iba con Lolo en el asiento en forma de banco o sofá, no sabía cómo catalogarlo, de la parte posterior. El perro estaba tranquilo y dormía desde hacía un rato. Llevábamos más de veinte minutos de viaje y no podía dejar de pensar en los mensajes de la novia de Guille. ¿Me estaba sirviendo en bandeja a su novio? Al principio su tono era amenazador, pero después fue más comprensiva e incluso amable. Estaba hecha un mar de dudas. Toque a Oli por el hombro y le pedí que se sentara a mi lado. Tenía espacio suficiente entre Lolo y yo. Le dije a Fabio que se la robaba un rato. Él sonrió y miró por la ventana.

—Ayer por la noche me escribió la novia de Guille —dije en voz baja para que nadie más se enterara.

—¿Qué?! —exclamó Oli.

Todos se asustaron del grito de nuestra amiga.

—¿Qué pasa? —preguntó Javi.

—Nada, nada... —mentí.

—No me mola nada que cuando soy el conductor me excluyáis de los marujeos—gruñó.

—Ayer le escribió la novia de Guille a Alba —vomité Oli.

—Hala, bonita..., ya puedes volver a tu sitio —protesté ofendida.

—¿Qué te dijo? —Joss se volvió desde el asiento y me miró luciendo una gran sonrisa de alcahuete.

—Pues no sé... Me dio a entender que estaba al corriente de mi relación con Guille, que no era tonta y que sabía que se estaba enamorando de alguien y que le había visto el tatuaje del medio corazón...

—¡Normal! Viven juntos —dijo Joss.

—Esa tía quiere camorra, seguro que te pega... —añadió el *profesor* (ordinario) *Javier*.

—No. Después de la amenaza, me dijo que su relación con Guille era más de amistad y que esperaba que me portara bien con él —aclaré—. Borró los mensajes y se fue.

—Bueno, cariño. Pues tú contenta, te ha solucionado la papeleta, ¿no? —comentó Oli mirándome a los ojos.

—Fabio, tú eres la voz de la razón aquí. Eres el más sensato de los cinco, ¿qué opinas? —le pregunté desesperada.

—Que las cosas son más sencillas de lo que parecen. Creo que su novia solo se está asegurando de que Guille conoce a alguien que merezca la pena. Si es verdad que ella se está viendo con otro, tal y como dijiste ayer, querrá calmar sus remordimientos preocupándose por Guille y confirmando que ella no le rompe el corazón al dejarlo por otro hombre. Como aún lo quiere, solo se está cerciorando de que tú seas digna para él.

—Tiene sentido —me sentí aliviada. Su explicación era convincente y tenía lógica—. Entonces, ¿quién soy yo?, ¿la otra?, ¿la amante no secreta?, ¿la nueva novia?...

—Alba, disfruta de tu relación con Guille y olvídate de las etiquetas —me aconsejó Fabio y le pidió a Oli con un gesto que se sentara de nuevo a su lado.

Resoplé. Me apoyé en el respaldo del asiento y comencé a reír.

—Es gracioso que la novia de mi amante me escriba para desearme suerte con él —dije entre risas—. Tengo que contárselo a Guille. Mañana vendrá al *camping*...

—¿Qué?! —gritó Javi—. No nos habías dicho que Guille venía...

—Se lo propuse ayer por la noche, antes de que su novia se pusiera en contacto conmigo. ¿Hay algún problema? Yo pagaré su parte. Son unas minivacaciones con pareja, ¿no? Pues que venga también mi chico.

Javi se disponía a rebatirme, odiaba que le avisáramos a última hora de según qué cambios. Pero era entendible que invitara a Guille si estábamos juntos. Oli le cortó y salió en mi defensa.

—No pasa nada, ¿verdad, Javi? Nosotros seguimos con nuestro plan.

—¿Qué plan? —preguntamos Fabio y yo al unísono.

—El de pasarlo de puta madre —dijo Joss.

—¡Sí! —exclamó Oli un tanto sobreactuada—. ¡Vamos a pasarlo teta!

La miré con asombro y pensé que la pobre necesitaba unas vacaciones con urgencia. Nunca se me pasó por la cabeza la locura que tenían preparada.

Viernes de vacaciones

Al llegar al *camping* quedé maravillada. El lugar era precioso, parecía un *resort* de lujo con vegetación, varias piscinas, chalets y *bungalows* apilados de forma armoniosa y rodeando el recinto. Felicitamos a Javi por su elección. Pasamos a una caseta de madera que era la recepción. Oli y Javi nos dijeron que ellos se encargaban del *check-in* y que los esperáramos fuera. Observé el lugar. Era perfecto para pasar unos días desconectada de la ciudad y de los malos rollos. Respiré profundo para llenar mis pulmones de aire puro.

Nuestros amigos salieron con las llaves del *bungalow*. Era el número diez. Pasamos por al lado de una piscina grande y bien cuidada, rodeada de hamacas y sombrillas. Ya me veía en un rato tomando el sol y, después, sumergiéndome en el agua. Pasamos por el bar-discoteca-sala de presentaciones. Estaba cerrada, pero parecía muy moderna. Era de madera y con grandes cristalerías en el frontal. Había un cartel colgado que parecía ser de un evento. Se me cambió la cara en cuanto leí la información y quise ahogar a Javi y a Oli en la piscina.

—¡Os odio! —exclamé furiosa—. Este es el motivo de que hayamos venido aquí, ¿verdad? — señalé el cartel.

—No te enfades —dijo Oli.

—¡Vamos, Alba! Será divertido —sonrió Javi.

—¿Divertido?! —repetí cabreada—. Yo me voy

—¿Qué pasa? —preguntó Fabio sin entender nada.

—¡Que la lunática de tu novia y el gilipollas de Javi me han traído a un *camping* de lujo donde la anormal de Lara Díaz va a firmar libros esta tarde!

Fabio se volvió hacia Oli y la desaprobó con la mirada. Apresuré mi paso y acompañada de Lolo me dispuse a marcharme de aquel sitio. Fabio me cogió por la mano y me paró.

—Puede que tengan alguna explicación lógica —dijo con voz serena.

—¡Queremos vengarnos de Nacho y Lara! —aclaró Javi—. Vi en el Instagram de Lara que hoy firmaba libros aquí y dimos por hecho que vendría con su agente, es decir, con Nacho. Pensamos que era el lugar perfecto para vengarnos.

—¿Tú sabías algo de esto? —preguntó Fabio a Olivia.

—Yo ayudé a tramar el plan —dijo orgullosa—. Nacho es un cerdo y si no ayudamos a Alba seguirá puteándola.

—¿Podíais habérmelo consultado? —propuse irónicamente.

—Te hubieses negado —señaló Javi—. Vamos a hacer una cosa. Te contamos nuestro plan de venganza. Si te gusta, lo hacemos...

—¿Y si no me convence?

—Diseñamos otro. Pero Nacho recibe su merecido.

Equipo vengador

No daba crédito a la cantidad de sandeces y locuras que salían por la boca de mis amigos. El plan de venganza era absurdo y descabellado. Habían pensado sabotear la firma de Lara Díaz disfrazados con monos rojos y máscaras de Dalí, tipo *La casa de papel*, y bombardearla con globos de agua. Después con un megáfono explicarían a la gente que hubiese en la sala cómo Nacho me engañó con Lara y el robo de mi idea. Grabarían todo y lo subirían a las redes sociales.

—Ese plan falla por todos los lados —aseguré molesta.

Habíamos dejado nuestro equipaje en el *bongalow* y estábamos debatiendo nuestra, perdón, su venganza.

—¿Fallos? Dinos cuáles —exigió Javi.

—Primero, si bombardeáis a Lara con agua mojaréis sus libros y tendréis que pagarlos. Segundo, si contáis mi historia con Nacho, por muchas máscaras que llevéis os relacionarán conmigo y nos echarán del *camping*. —Puse los ojos en blanco—. Y tercero, si lo subís a vuestras redes, sabrán que sois los autores del acto y seguramente os demandarán. No quiero que Nacho se entere de nada de mi vida. Ni que sé que me ha traicionado, ni mucho menos de que voy a publicar mi novela con Random House. ¿Entendido?

—Pero es muy injusto que Lara venga a firmar un libro que el hilo argumental es tuyo —protestó Javi.

—¡Melón! Ese libro aún no se ha publicado... ¡No les ha dado tiempo a echarme de la editorial y publicarle la novela al mismo tiempo!

Javi enmudeció. Se puso rojo, miró al suelo y se sintió avergonzado.

—No había caído en que su novela no se había publicado. Estaba tan enfado al ver que firmaba aquí que no pensé que lo hiciera con libros anteriores —dijo abatido.

—¡No habéis pensado en nada! —protesté con más seguridad al ver que Javi se desinflaba.

—¡Sois los peores vengadores de la historia! —exclamó Joss ofendido—. ¿Para ejecutar ese plan de mierda me habéis hecho venir sin decir ni una palabra?

—¿Tú lo sabías? —pregunté sorprendida.

—Sabía que Lara estaría firmando, pero no la forma de vengarse de ellos. —Se volvió hacia su novio—. Estoy decepcionado. Dejadme pensar.

Salió del *bungalow* y cerró la puerta disgustado. Fue todo muy surrealista: el plan de mis

amigos, que no hubiesen contemplado los daños colaterales y el comportamiento de Joss.

—No estoy muy seguro de lo que acaba de pasar... —dijo Fabio sin dar crédito—. ¿Todas vuestras escapadas son así?

—No, hijo. Solo cuando quieren amargarme la vida. —Me hice la víctima.

—Lo hemos hecho por ti —señaló Oli.

—Pues la próxima vez me preguntáis, si no es mucha molestia —ironicé.

—Vamos a calmarnos todos —propuso Fabio—. ¿Por qué no pasamos de la venganza y disfrutamos de unos días de descanso? Esta tarde, cuando se celebre la firma, nos vamos a hacer una excursión y evitamos encuentros desagradables e innecesarios para Alba.

—Creo que el guapo italiano tiene razón —dijo Javi—. Alba, cariño. Te pido disculpas, no queríamos que te disgustaras. Pensamos que una vez que estuvieses aquí te gustaría nuestro plan.

—Lo siento —se sumó Oli.

Los miré con los ojos medio llorosos e hice un esfuerzo por empatizar con ellos. Eran mis amigos y querían ayudarme, aunque la forma no fuera la idónea.

—Bueno..., no pasa nada. Vamos a la piscina y nos olvidamos de...

¡¡¡¡PLAAAAAAAAS!!!! Joss abrió la puerta de golpe y sonrió con cara de malo de película. Tenía un plan y quería llevarlo a cabo.

—¡Vale! Esto es lo que vamos a hacer. No acepto un no por respuesta. No es arriesgado. Es muy divertido y nos vamos a vengar de una forma tan placentera que puede que nos corramos del gusto. Alba, vas a tener que sacar a la actriz que llevas dentro y los demás también. Esta es una misión para el equipo *Vengador*.

—El nombre es muy cutre —señaló Javi.

—Más cutre era tu ridículo plan. —Y así calló a su novio.

Esta firma es una guerra

La firma era a las seis de la tarde. Después de escuchar el convincente plan de Joss, fuimos a la cafetería a comer y dar las últimas pinceladas a todo lo que teníamos que hacer. Después tomamos el sol, nos dimos un corto pero refrescante chapuzón y a las seis menos diez Oli y yo entramos en la sala de eventos para asistir a la firma de la palurda de Lara. Disculpad los calificativos negativos, pero comprenderéis que mucha simpatía no tenía a la muchacha roba novios e ideas.

La primera parte del plan consistía en que Oli y yo nos hiciéramos pasar por fans de la escritora y nos escondiéramos entre las seguidoras reales. La sala estaba llena, habría unas treinta personas. Pensé en el poder de convocatoria que tenía Lara a pesar de no ser una gran autora, pero era una líder en ventas y eso movía mucho a la gente. Javi, Joss y Fabio esperarían fuera de la sala. Estaba nerviosa por si veía a Nacho o a Lara y me reconocían antes de tiempo. Oli se sentó en la primera fila y yo en la cuarta. Lara Díaz hizo acto de presencia, acompañada de su novio-representante. Estaba impresionante la jodida. Iba subida a unos taconazos de vértigo que estilizaban sus piernas. Llevaba un vestido azul claro muy justado que marcaban su cuerpo de gimnasio y sus pechos operados. El pelo lo llevaba suelto y se había teñido de ¡rubia! Cómo yo. ¿Pero esta mujer no era castaña? Intenté no fijarme en Nacho para no sentir nada, ni que me tentara a abortar el plan. Estaba muy guapo con un vaquero ajustado y una camisa de rayas azules. ¡Qué horteras, iban conjuntados! Lara se apoyó en la mesa y Nacho se sentó en una silla. ¡Comenzaba el espectáculo!

Al fondo de la sala había una gran mesa con un micrófono y decenas de libros de Lara. El resto del lugar estaba ocupado por filas de sillas en frente de la mesa, en las que estaban sentadas las seguidoras de la escritora. Lara agarró el micrófono y saludó a su ejército de súbditas lectoras. El audio viajaba por los ocho altavoces que se distribuían alrededor de la sala. Lara dijo una retahíla de estupideces, lo clásico. No era original ni en sus eventos. Agradeció a la gente que hubiese venido y abrió ronda de preguntas. En ese momento, Oli entraba en acción.

—Yo tengo una duda —Olivia se puso en pie.

—Claro, dinos —dijo Lara sonriendo.

—Me gustó mucho tu primera novela *Éxtasis de medianoche...*

—Millones de gracias —agradeció de forma repipi.

—Pero las siguientes me han parecido una copia de tu debut.

Lara se atragantó con su propia saliva. Ese era el primer objetivo del plan de Joss, desestabilizar a la pareja.

—No... no te entiendo... —dijo Lara con la voz entrecortada.

—No es difícil de comprender... Te digo que todas tus novelas me parecen iguales. Chica conoce a chico y ya está... No hay sobresaltos ni situaciones graciosas... Son aburridas.

—¿Sueles leer romántica? —Lara preguntó intentado defenderse.

—Me encanta.

—Entonces sabrás que suele ser así... La trama gira en torno a una historia de amor.

—Solo en tus libros, Lara. Otras autoras sacan más jugo a sus historias.

La sala enmudeció. Nadie dijo nada, no supimos muy bien si fue por el *shock* que causó Oli con lo que dijo o porque todas opinaban como ella.

—Si tan poco te gustan mis libros, no sé por qué has venido a esta firma —sentenció dolida.

—¡Calma, fiera! —exclamó Oli con tono irónico—. Solo quería hacerte una crítica constructiva.

Nacho observó que Lara estaba a punto de un microinfarto y se levantó para apoyarla.

—La ronda de preguntas ha terminado —dijo Nacho luciendo una bonita pero falsa sonrisa—. Pasamos directamente a la firma.

La gente protestó por la brevedad de la parte que más gustaba a las lectoras: el contacto y las anécdotas de su autora favorita. Lara se dio cuenta del malestar y anunció:

—Os atenderé una a una y escucharé todo lo que me queráis decir mientras os firmo mis libros. Nos haremos fotos.

Se formó una única cola para esperar de forma cívica el turno en el que Lara Díaz firmara uno o varios ejemplares a cada asistente y charlaran de forma más íntima. Yo me sumé a la fila. Oli salió del recinto para avisar a Fabio que era el momento de su aparición. Estaba nerviosa, en unos minutos me enfrentaría a la mujer que había participado junto a mi ex en el sabotaje de mi vida sentimental y laboral. Conté hasta diez e hice unas respiraciones para calmarme.

—Yo también estoy nerviosa —me dijo una fan que sujetaba varios libros de Lara—. Tengo muchas ganas de conocerla, siempre que ha venido a Madrid para firmas me ha sido imposible asistir. Ahora que he leído que se viene a vivir a la ciudad seguro que coincidimos más con ella.

¡Venían a Madrid los dos! ¿Cómo no había pensado en esa posibilidad? Era la más lógica. Sentí rabia, ira y unas ganas tremendas de vengarme. Quise salir de la sala para morrear a Joss como gesto de agradecimiento por su retorcido plan, pero tenía que ceñirme a las indicaciones para que todo fuese perfecto. Fabio entró en la sala. Imponía respeto con su presencia. Llevaba a un vaquero largo, una camisa blanca y gafas de sol. Alzó la voz simulando ser uno de los responsables del *camping* y preguntó por el propietario de un Mercedes Clase A color negro con la matrícula del coche de mi ex. Nacho se puso en pie y se identificó como el dueño del vehículo, se abrió paso hasta llegar a Fabio. El italiano le pidió que lo acompañara porque tenía que retirar el Mercedes.

—¿Qué sucede? —preguntó extrañado.

—Ha aparcado en una plaza reservada —le explicó Fabio—. La suya está en otro lugar y ha llegado el propietario de la plaza que usted está invadiendo.

Nacho se disculpó. Le comunicó a su novia que iba a mover el coche y regresaba. Siguió a Fabio y abandonó el lugar. Observé cómo salían los dos de la sala de eventos y sonreí al comprobar que el plan de Joss salía a las mil maravillas. Ahora me tocaba a mí. Esperé menos de diez minutos hasta que solo quedaba una persona por delante mío para poder acercarme a Lara y *pedirle que me firmara un libro*. Mi corazón se aceleró. Tenía que rebajar mi nerviosismo. La fan a la que había atendido le dio un beso a la escritora y se hicieron una foto juntas. Lara, sin mirar quién era la siguiente en pasar, me pidió que me acercara y que le entregara el libro que llevaba entre mis manos para que plasmara su dedicatoria. Le entregué la carta de tapas y raciones del bar. Lara lo miró extrañada y antes de levantar la vista dijo:

—Esto no es uno de mis libros...

—Lo sé, tiene pinta de ser más interesante. Pero seguro que puede servirte de inspiración para algunas de tus futuras novelas, ya que te gusta hacerte con ideas que no son tuyas... —dije una por una las palabras que Joss me indicó que debía pronunciar.

Lara me miró con cara de pánico al comprobar quién era la mujer que le había entregado una carta de bar para que se la firmara. Buscó a Nacho con la mirada, pero no lo encontró.

—Será mejor que te marches o llamo a seguridad —dijo en voz baja.

—Hazlo y, mientras me llevan, grito a todas tus seguidoras cómo mi novio me engañaba contigo y que tu nuevo libro es una copia barata del mío.

Lara tragó saliva. Sonrió disimulando para evitar levantar sospechas de lo que estaba pasando. Se acercó a mí.

—¿Qué quieres? —susurró.

—Simplemente que sepas que no soy idiota. Sé que Nacho se fue a vivir a Barcelona porque estabais saliendo juntos mientras yo era su pareja. Sé que por vuestra culpa Agua Ediciones rompió mi contrato y que el libro que les has colocado está inspirado en mi libro, ese que le conté a Nacho y tú no has tenido reparos para plagiarlo.

—Parece que sabes muchas cosas. —Puso una mueca de superioridad.

Lara era una mujer altiva y no iba a permitir que fuera un paso o varios por delante de ellos sin que disparara su artillería.

—Sé lo necesario para que no me fastidiéis más. No quiero que Nacho se ponga en contacto conmigo nunca más. Te lo digo a ti porque creo que eres mucho más inteligente que él, aunque para eso no hace falta ser muy listo —aseguré.

—Seguro que no sabes que estamos prometidos y que vamos a casarnos.

Sentí como si me rasgara el corazón con un cuchillo. Me mordí la lengua para no confesarle que su futuro marido y yo nos habíamos acostado hacía unos días. No era el momento de soltar esa información, si lo hacía estropearía el plan. Contuve las lágrimas, la ira..., pero no la sed de

venganza. Le di un abrazo, besé su mejilla y sonreí. Lara me miró desconcertada por mi actitud. No le revelaría mi *affair* con Nacho en ese momento, pero la iba a fastidiar de lo lindo.

—¿Cómo dices, Lara?! —dije en voz alta mientras me alejaba de ella—. ¿Que regalas los libros que te quedan en la mesa a las primeras personas que los cojan?! ¡Eres maravillosa!

Pude leer en los labios de Lara como decía «hija de puta» mientras una horda de lectoras sedientas de libros gratis se abalanzó sobre la mesa en la que estaba firmando para hacerse con un ejemplar o los que pudieran coger.

A pesar de lo jodida que me había dejado la noticia de la boda entre Lara y mi ex, salí sonriendo de la sala de eventos porque le había arruinado la firma. Eso no estaba en el plan de Joss, pero improvisé al sentirme atacada. Fui corriendo hasta el *parking* porque, si todo había salido como estaba previsto, me esperarían mis amigos junto al coche de Nacho y él retenido dentro.

Me vas a escuchar

Llegué hasta el Mercedes Clase A, ¡qué bonito que era! Fuera me esperaban Fabio, Oli y Joss.

—¿Dónde está Javi? —pregunté.

—En el coche con tu ex —me informó Joss.

Javi bajó la ventanilla, me saludó con especial simpatía, seguramente para fastidiar a Nacho, y me preguntó si quería ocupar su lugar. Estaba sentado en el asiento del piloto y Nacho en el del copiloto. Mi amigo abrió la puerta y salió del vehículo. Me dio un beso, me miró fijamente y me susurró que no tuviese piedad. Me temblaban las manos, no estaba segura de si podría decirle todo lo que quería decir. Entré, cerré la puerta, subí la ventanilla y puse el aire acondicionado a tope.

—¡Estáis locos! ¡Os voy a denunciar! —me gritó enfadado.

—Nacho, no vas a denunciar a nadie. Creo que esto es lo mínimo que podía hacer después de enterarme de que gracias a ti me echaron de la editorial con la que iba a publicar..., además de quedarte con la idea de mi libro y regalársela a tu novia...

—¿Cómo has sabido...?

—No importa cómo me haya enterado. ¡Me has utilizado desde siempre! ¡Nunca, repito, nunca te he importado una mierda! Y, no contento con eso, apareces hace unos días y me llevas a un hotel para que echemos un polvo —dije seria y sin derramar una sola lágrima. Me costó, pero lo conseguí. No le iba a dar el privilegio de verme llorar.

Nacho abrió la puerta para salir del coche, pero Fabio la cerró.

—¡Joder! Os voy a denunciar... Javi me ha estado insultando mientras llegabas. Me estáis reteniendo en contra de mi voluntad.

—¿Sabes cuántas cosas has hecho tú en contra de mi voluntad? Me rompiste el corazón hace cuatro años. Te fuiste y me hiciste creer que yo era la responsable cuando en realidad te acostabas con otra. Ahora vuelves y me consuelas por algo de lo que tú eres responsable y yo ignoraba. Te acuestas conmigo siendo que te vas a casar.

—¿Cómo sabes que voy a casarme? —abrió los ojos como platos—. ¡Has hablado con Lara! Por eso me habéis secuestrado en mi coche.

Justo en ese instante fui consciente de que jamás le había importado un bledo a Nacho. Ni siquiera se dignó a pedirme perdón, solo se preocupó por Lara. Aunque en realidad pensaba en

salvar su trasero.

—¿Le has contado que nos acostamos? —preguntó acongojado

No dije nada. Sonreí.

—Zorra... —susurró—. ¡Dejadme salir! —exclamó nervioso.

Nacho había picado el anzuelo. Él solo le iba a confesar a su prometida que habíamos tenido una aventura. Le hice un gesto a Fabio para que le permitiera escapar a Nacho. Mi ex abrió la puerta y salió corriendo. Antes de que se alejara, salí del coche y lo llamé. Se detuvo.

—No te atrevas a denunciarnos... O si no yo también te demandaré por plagio. Mi novela está registrada antes que la vuestra y no tenéis nada que hacer.

—¡Zorra! —volvió a gritar. Era poco original hasta para insultar.

—Aunque no te prometo nada. Mi editorial está al corriente de todo y quiere demandaros —sonreí y me encogí de hombros.

Nacho continuó su camino. Mis amigos aplaudieron y me felicitaron. Estaba eufórica. El plan había salido mejor de lo esperado, aunque el detalle de la futura boda lo hubiese enturbiado un poco.

—Se van a casar —Resoplé—. Lara y Nacho están prometidos.

—¡Mejor! Así te olvidarás de una puñetera vez de ese imbécil —dijo Javi.

—Aunque con la noticia que le va a soltar Nacho a su novia no sé yo si seguirá la boda en pie —añadió Joss.

Todos comenzamos a reír. Me sentí liberada, como si hubiese roto una cadena pesada que me ataba a mi pasado más doloroso. Me había atrevido a plantarle cara a Nacho y estaba orgullosa. Ya no volvería a saquearme emocionalmente, estaba segura de que poco a poco sanaría las heridas que me había causado, algunas aún escocían. Pero después de demostrarme a mí misma que podía y sabía hacerme respetar me sentía más segura. Nos dimos un abrazo colectivo y les agradecí su ayuda.

—Sabía que este viaje iba a ser una buena idea —apuntó Joss.

Vacaciones

Antes de anochecer, Lara y Nacho salieron del *camping* discutiendo e insultándose. Todos presenciaron la monumental bronca que protagonizaron los tortolitos. Ella lo acusaba de infiel. Él aseguraba que se había expresado mal al comprobar que yo no le había dicho nada a Lara sobre nuestra aventura en el hotel. La escritora se dirigió a buen paso al *parking* para huir de aquel lugar que tantos sofocones le había regalado. Nacho la siguió con desespero; antes de salir por la puerta, me miró. Lo saludé y sonreí con picardía. Él se quedó perplejo por mi comportamiento, seguro que se le habían quitado las ganas de volver a fustigarme. Escuchamos arrancar al coche y el acelerón que los alejó del *resort* de vacaciones.

Fabio propuso preparar una barbacoa en la terraza de la entrada de nuestro *bungalow*. Tanto ajeteo había despertado nuestro apetito y habíamos comprado verduras y chuletas para hacer a la brasa. Celebramos la idea del italiano. Les dije que iba al bar para comprar unas cuantas botellas de ron y así preparar mojitos. El resto de los ingredientes los habíamos traído. Oli insistió en acompañarme. Me cogió del brazo y caminamos en dirección a nuestro proveedor de alcohol.

—¿Cómo estás, cariño? —me preguntó.

—Sorprendida... Me ha dolido cuando Lara ha dicho que estaban prometidos, pero después de soltar todo lo que quería decir a Nacho, el dolor se ha disipado —confesé.

—Tu ajuste de cuentas ha llegado tarde... —Se calló un segundo—. O quizás no. Puede que haya llegado justo en el momento oportuno y por ese motivo te sientes así de liberada.

—Sí. Es como si me hubiese quitado un peso de encima. Os agradezco que me hayáis ayudado.

—Yo he disfrutado diciéndole delante de todas sus seguidoras que era una escritora de mierda —recordó entre risas.

—¡La cara que ha puesto ha sido apoteósica! No sabía dónde meterse mientras la llamabas sosa y predecible —continué con la broma.

Abracé a Oli. Sentí su cariño. Seguimos con la guasa hasta llegar al bar. Entonces lo vi. Al escuchar mi voz se dio la vuelta y sonrió.

—¿Qué haces aquí? —pregunté sorprendida.

—He podido escaparme un día antes —Guille se acercó a nosotras—. Quería darte una sorpresa.

No dije nada. Nunca..., qué drástico suena, pero era así. Nunca, ninguna pareja mía se había

tomado la molestia en intentar sorprenderme, de forma positiva, claro está. Las sorpresas desagradables y que me otorgaban una bonita cornamenta eran las más familiares para mí. Con Guille era diferente. Siempre conseguía sacarme una sonrisa y sus sorpresas eran muy agradables.

—He traído alcohol... —añadió mientras levantaba una bolsa de papel con botellas, esperando una respuesta por mi parte o por la de Olivia.

—Eres un sol —dije.

La bolsa de papel se rasgó al no poder contener el peso, se estamparon contra el suelo. Una, dos y tres botellas de *whisky* irlandés que se fueron a la mierda. Guille maldijo en voz alta, pero de una forma refinada. Nada de palabrotas y varios «¡caray!» y «¡qué mala pata!». Oli y yo no pudimos aguantar la risa, porque ya íbamos servidas en carcajadas y reímos con intensidad. Guille nos miró ofuscado y sin entender lo que pasaba.

—No sé si reír con vosotras o echarme a llorar —dijo pasándose la mano por la nuca.

—No pasa nada, cariño. Me alegra mucho que hayas venido antes de lo acordado para sorprenderme... Por las botellas no te preocupes. Ahora avisamos a alguien de limpieza para que vengan a recogerlas. —Le cogí de la mano.

—Además, nos hace falta ron y no *whisky*. —Oli se agachó para ver qué contenían las botellas y miró a Guille mientras se incorporaba—. Así que te perdonamos por haberlas destrozado —bromeó.

—Vaya entrada menos... triunfal —se lamentó.

—A mí me dan igual las entradas triunfales —aseguré y lo abracé—. Lo que importa es que hayas venido y estemos juntos.

Nos fundimos en un apasionado beso que borró mis malos recuerdos y me centró en el momento presente. Ese que tenía tan buen sabor, el de los deliciosos labios de Guille.

—La pasión dejadla para después... Tenemos una misión: aprovisionarnos de ron —aclaró Olivia.

—¡Tienes razón! —exclamé—. Llegas justo en el momento adecuado. Vamos a preparar una barbacoa —informé a Guille—. Hemos venido al bar para comprar ron y preparar mojitos. Así que vamos a por las bebidas y regresamos al *bungalow*. Pero tú ni las toques que eres capaz de rompernos todas —bromeé.

—Eres muy graciosa —dijo Guille siguiéndome la corriente—. No sabía yo de tus dotes como humorista...

—Pues después de que te cuente lo que hemos hecho esta tarde, vas a descubrir muchas más cosas sobre Alba —añadió Oli.

Compramos el alcohol y fuimos con nuestros amigos. Ya habían encendido la barbacoa y estaban asando pimientos rojos y tomates. Presenté a Guille a Fabio y a Joss. Javi lo saludó con un abrazo. Mientras cenábamos le contamos a Guille nuestra gesta con Lara y Nacho. Él me miraba con orgullo, como si le hubiese gustado mi atrevimiento y que le plantara cara a mi ex. Pasó su mano por mi cintura y me acercó a él. Habíamos preparado un picoteo de pimientos,

tomates, calabazas y chuletas de pechuga de pollo. Todo estaba servido en platos de cartón sobre una mesa plegable. Joss, Javi y Fabio estaban sentados en taburetes de metal. Oli, Guille y yo, de pie devorando las verduras y preparando los combinados de ron.

—Menos mal que me acordé de traer el azúcar moreno —suspiró Oli.

—Sí, menos mal..., de lo contrario no tendría sentido beber mojito... ¡Cambia tanto el sabor! —ironizó Javi.

—Por listo te quedas sin el tuyo —le riñó Olivia.

—Me lo pido yo —levantó la mano Joss.

—Mejor que hayas traído tú el azúcar, porque si se lo encargamos a Guille es capaz de tirarlo a la piscina —bromeé para integrarlo en el grupo.

—Oye, guapa, que se me hayan caído las botellas de *whisky* una vez, no me convierte en un torpe —se defendió.

—No. Torpe no es... Os lo aseguro. En la cama es una fiera —sonreí.

Guille soltó por la boca la bebida que estaba tomando. Le di un beso en la mejilla. Él sonrió y me devolvió el beso. Javi puso música en su móvil. Sonaba el nuevo tema de *Sia*, después de cenar nos apetecía tomar mojitos y bailar. Primero me acerqué a Oli y las dos nos soltamos la melena. Javi me secuestró para berrear nuestra canción favorita de *P!nk*, *Try*. Más tarde sonó *Chantaje* de Shakira y Maluma. Me tentó mover mis caderas pegadas a las de Guille. No lo dudé, me arrimé a él y me dejé llevar. La canción era bastante mala, pero su ritmillo invitaba a bailar bien pegado. Mis pulsaciones fueron subiendo a medida que nuestros movimientos se acompañaban y su cuerpo se aproximaba más al mío. Apoyé mis brazos en sus hombros. Le miré a los ojos y me clavó los suyos. Suspiré. Le besé. Acercó su boca a mi oído.

—Tenemos que hablar —susurró.

—¿Sobre qué? —pregunté *sexy*, pensando que era un juego.

—Sobre mi novia...

Tragué saliva. ¿Sabía que su chica me había enviado mensajes?

—¿Es porque me ha escrito?

—¿Te ha escrito?!

—Sí, ayer por la noche. Pero si no es por eso, ¿qué pasa? —pregunté asustada.

—Quiere conocerte.

Haciendo nuevos amigos

Dimos un paseo por las afueras del *camping*. Dejamos a nuestros amigos bailando en la terraza y Guille y yo buscamos un poco de intimidad para debatir un tema tan delicado como el de conocer a su novia. Pasó su brazo por encima de mi hombro mientras caminábamos despacio y alejándonos del ruido y la luz.

—No le encuentro ningún sentido a que tu chica quiera conocerme... A no ser que pretenda darme una paliza —rechisté.

—Antes de salir de casa para venir contigo, me pidió unos minutos para conversar. Evidentemente, se los otorgué. No imaginé que su intención era proponerme una cena para que os conozcáis. No lo ha dicho con rabia ni con odio. Creo que lo que pretende es que nos llevemos bien. Demostrarme que siente cariño hacía mí y que me desea que sea feliz con alguien que merezca la pena.

—¿No te parece raro?

—No. La conozco desde hace tiempo y le gusta controlar todo. En el buen sentido... Quiere asegurarse antes de romper que yo esté bien.

—Guille, tú me gustas mucho, pero creo que no voy a aceptar esa cena. Es violento.

—Lo entiendo —me miró y sonrió—. No tienes por qué responder ahora. Puedes pensártelo si quieres. A mí no me parece una idea tan descabellada; si voy a tener una relación de amistad con mi ex, prefiero que conozca a la chica que me gusta.

Sonreí. Me encantaba su forma de ser. Siempre tan complaciente y comprendiendo las necesidades de los demás. Sentía curiosidad, desde la noche anterior que me escribió, por saber quién era su exnovia. Era su ex, ¿no? Así acababa de llamarla. Pero no quería anticiparme y conocerla sin que yo estuviera preparada o sin asegurarme de que no era una encerrona. Y menos aún sin consultarlo con Oli y Javi.

Es obvio que, antes de regresar al *bungalow*, hicimos el amor en medio de la naturaleza. Os ahorraré los detalles porque no es tan *sexy* y morboso como pueda parecer en vuestra imaginación. Si te tumbas en el suelo te llenas de hiervas y polvo. Si te pones de rodillas, se te clavan pequeñas piedrecitas que hacen un daño atroz. Por no comentar que era incapaz de concentrarme al pensar que pudiese aparecer una serpiente, araña o insecto viscoso. Estaba muy oscuro y no se veía nada. El gesto fue muy romántico, pero he de reconocer que soy más de ciudad

que de campo.

Al día siguiente, dormimos hasta cerca del mediodía. Cuando me levanté y salí al salón del *bungalow*, Joss y Javi estaban sentados en el sofá viendo la tele. Me saludaron contentos. Javi había preparado café, el olor que desprendía a recién hecho me llamaba como canto de sirena. Antes de prepararme una taza con leche y azúcar, aparecieron Oli y Fabio con cara de sueño. Preparé tres tazas más, una para Guille y dos para los recién levantados. Debatimos sobre el plan del día. Podíamos hacer una excursión a caballo, tirolina, piragüismo... Al final optamos por ir a la piscina del *resort* y pasar la tarde tomando el sol, comiendo y bañándonos. Javi y yo nos quedamos preparando un capazo para llenarlo de bolsas de patatas, bocadillos con embutido y cartas, mientras los demás iban a coger sitio a las tumbonas y darse un chapuzón. Le estaba contando a mi amigo nuestro polvo nocturno en el descampado cuando sonó un teléfono móvil. Buscamos de dónde procedía el sonido. Era el móvil de Olivia y la llamaba ¡¡¡¡Violeta!!!!

Me puse nerviosa, me tentó salir a buscar a mi amiga para avisarle de que su hermana la estaba llamando. Pero pronto se esfumó la idea porque Oli nunca descolgaba cuando la que telefoneaba era Violeta. Javi me miró con su mirada de «no me juzgues» y, antes de que pudiera impedirselo, descolgó. Sufrí un microinfarto del susto. Me repuse al segundo y en parte me sedujo la emoción de saber más sobre la hermana de nuestra amiga. ¡Vamos, que era una maruja en potencia!

—¿Diga? —respondió Javi.

—¡Por fin me coges el teléfono! —exclamó Violeta—. ¿Cómo estás, Olivia?

—No soy Olivia..., soy Javi, un amigo. Se ha dejado el teléfono en el salón y está en la piscina bañándose.

—¿Eres su novio?

—No. Repito que soy un amigo... Disculpa, he cogido el teléfono pensando que era el mío, tenemos el mismo modelo... —mintió.

—Encantada de saludarte, Javi. Soy Violeta, la hermana de Olivia...

—Es un placer... —le devolvió el cumplido y me sonrió.

Le di un golpe en el hombro y le pedí que colgara.

—Oli está muy enfadada con Violeta y no sabemos por qué. Quién sabe lo que le habrá hecho —susurré.

Javi no me hizo caso y siguió con la conversación como si estuviera haciendo nuevos amigos.

—¿Puedes decirle algo a mi hermana?

—Claro —Javi dio unos pasos y se alejó de mí para que dejara de sacudirle. No pude escuchar nada de lo que decía Violeta.

Mi amigo, que estaba a unos metros y de espaldas a mí, se dio la vuelta con cara de asombro y tragó saliva. Lo conocía muy bien y estaba segura de que se arrepentía de haber cogido el teléfono por lo que le acababa de contar Violeta. Javi asintió y le aseguró que hablaría con Olivia. Colgó.

Dejó el móvil sobre la mesa y se acercó a mí.

—¿Por qué no me has impedido que descolgara? —me acusó.

—¡Ah, no! No tengas morro. No voy a permitir que me eches la culpa de tus locuras —me defendí.

—¡Caray con Oli! ¡Vas a flipar! —me aseguró nervioso y acto seguido sonrió con picardía.

—¿Qué pasa? —pregunté y me arrepentí—. No. No me lo cuentes...

—¿Quieres saberlo o no? —Javi sabía que estaba deseando que me lo contara.

—Dispara...

—Resulta que Violeta no le hizo nada a Oli, fue al revés. Olivia se acostó con el marido de su hermana.

—No me jodas...

—Y parecía tan modosita. Violeta llama a Olivia porque quiere decirle que la ha perdonado.

—¿Qué más pasó? —pregunté sedienta de información.

—No lo sé. Violeta no me ha contado nada más... Solo que ha perdonado a Oli por haberse acostado con su marido —aseguró Javi—. ¿Qué hacemos?

—¿A qué refieres?

—¿Se lo decimos a Oli o nos hacemos los locos? —preguntó con cobardía.

—¡Javi! —protesté—. Tenemos que hablar con Oli y contárselo.

—¿Ahora?

—Sí, claro. Ahora mismo delante Fabio —ironicé—. No. Lo mejor será esperar a que estemos los tres solos.

Preparamos el capazo con la comida y las cartas para ir a la piscina. Antes de salir del *bungalow* cogí a Javi del brazo.

—Si algo es seguro es que tú eres un *bocas* y que vas a meter la pata con la información que tienes sobre Oli y su hermana —dije seria.

—No te entiendo...

—No voy a arriesgarme a que te vayas de la lengua y nos arruines las vacaciones...

—Muy bonito. Gracias por tu confianza ciega en mí —protestó y puso sus brazos en asa.

—Ve a buscar a Oli, dile que la necesito para preparar unos bocadillos o lo que se te ocurra y vienes con ella.

—¿Y si no se me ocurre nada?

—Pues habértelo pensado antes de descolgar el puto móvil —le reñí disgustada por sus continuos repliques—. Así que ve a buscar a nuestra amiga y venís los dos cagando leches de una vez.

Javi salió corriendo y yo imploré al cielo para que no la liara otra vez.

Fue un error

Javi fue con paso decidido en busca de Oli. A medida que se aproximaba a nuestros amigos, las dudas sobre qué excusa poner para convencer a Olivia y así viniera con él al *bungalow* eran más espesas. ¿Y si descubrían que estaba mintiendo? Javi respiró hondo antes de llegar al borde de la piscina en la que todos se estaban bañando.

—Oli, ¿puedes venir un momento? —preguntó risueño—. Alba te necesita.

—¿Pasa algo? —se interesó Guille.

—No..., no es nada... —Suspiró.

—Entonces, ¿para qué me necesita? —añadió Olivia chapoteando con las manos.

Joss le salpicó y le animó a tirarse. Javi lo miró suplicándole que le echara un cable y que después le explicaría todo. Su novio no fue tan perspicaz como para captar el mensaje secreto que ocultaban sus ojos.

—¡Quítate la camiseta y tírate al agua! —le pidió Joss.

—¿Qué no, coño! Oli, ¿puedes salir y venir conmigo? —insistió molesto.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó de nuevo Guille.

—Cosas de mujeres... —Javi se estaba poniendo nervioso.

—¡No puede ser! Ya ha estado con el periodo este mes —dijo Olivia.

Javi maldijo en voz baja. Se sintió acorralado y sin ninguna idea válida. Entonces, sonrió levemente y dijo sin pensar lo que se le acababa de ocurrir.

—Alba se ha echado un pedo y se ha cagado en el bañador. Necesita que le prestes uno tuyo porque no ha traído más. Creo que la cena de ayer le sentó mal —dijo orgulloso de su mentira—. Que sepáis que no quería contarle, pero me habéis obligado.

Oli saltó al borde de la piscina y acompañó a Javi hasta el *bungalow*. Se escucharon risas desde el agua, Javi volvió a sonreír. Al entrar, Olivia se sorprendió al verme vestida.

—¿Ya te has duchado? —me preguntó Oli.

—¿Yo? ¿Por qué? —dije sin entender su pregunta.

—Si te has zurrado encima es lo más normal, ¿no?

Miré a Javi con rabia. Él se encogió de hombros.

—No paraban de hacerme preguntas, así que opté por el método más escatológico para cerrarles la boca —se defendió.

—¿Les has dicho que me he cagado en los pantalones?! —exclamé malhumorada.

—En el bañador... —me corrigió.

—¿Javi! ¿Qué va a pensar Guille de mí? —protesté.

—Pues como mínimo que necesitas pañales —bromeó mi amigo.

—¡Te odio! —dije furiosa.

Oli frunció el ceño. Se secó con una toalla que estaba apoyada en una silla. Al comprobar que no me había hecho mis necesidades encima y que no necesitaba un bañador suyo, preguntó por qué la habíamos hecho ir al *bungalow*.

—No te enfades... —le pidió Javi.

—Empezamos mal... —susurró.

—No sé cómo decírtelo... sin que te vuelvas loca... —Javi divagaba para pasarme a mí todo el peso de la conversación.

—Me estáis preocupando... —añadió Oli.

—Ha llamado tu hermana —comencé—. El tonto de Javi no ha podido estarse quieto y ha respondido...

—¿Qué?!—exclamó Olivia. Ya éramos dos personas las que odiábamos a Javi en aquel *bungalow*.

Nuestro amigo susurró un «lo siento» y se encogió de hombros.

—Tu hermana le ha contado que te acostaste con su marido y le ha pedido que te dijera que te ha perdonado.

Oli cambió su rostro de enfado por uno más triste. Sus ojos se volvieron vidriosos y derramó unas cuantas lágrimas. Abracé a mi amiga. Javi se acercó con cautela y se unió al abrazo. Oli agarró a Javi de la oreja y le dio un pequeño tirón. Nos separamos.

—No le cogía el teléfono a mi hermana por vergüenza... Me fui de Zaragoza porque había decepcionado a mi hermana y a mi familia. Violeta se casó con Mario hace tres años, se conocieron y a los dos meses se prometieron. A mí siempre me había atraído. Es un hombre alto, apuesto, tiene siete años más que yo..., pero jamás hice nada para que él supiera que me gustaba. Un día, Mario vino a mi casa con la excusa de recoger una chaqueta que se había dejado el día anterior. Celebré una comida con mis padres, mi hermana y mi cuñado por mi cumpleaños. Me dijo que le resultaba muy atractiva y sin saber cómo... nos acostamos.

Oli se derrumbó y volvió a llorar. Le dolía recordar su error. Le pasé mi mano por su espalda.

—Fui una imbécil. Quise llamar a mi hermana para contarle lo que había sucedido, pero Mario me dijo que si lo hacía Violeta jamás me perdonaría y no volvería a hablarme. Me aseguró que mi familia me acusaría de traidora. No volví a acostarme con Mario, aunque él insistió en varias ocasiones. Pasaban los días y la culpa me torturaba. Cada vez que hablaba o quedaba con Violeta, sentía cientos de patadas en el estómago y quería confesarle lo que había sucedido —dijo entre llantos—. Así que un día decidí escribirle una carta, meterla en su buzón y cambiar de ciudad. La tienda en la que trabajaba en Zaragoza es una franquicia con muchos locales en el resto de España,

pedí un traslado a Madrid y a las dos semanas me lo concedieron. Sin decir nada a nadie me marché. Dejé la carta en el buzón de mi hermana y me fui. La culpa y la vergüenza no me daban otra salida. Quizás fui cobarde, pero tenía que contarle la verdad y alejarme de Mario.

—Cariño, ¿estás bien? —le pregunté con delicadeza.

—No..., está claro que no. Pensé que la distancia apaciguaría mi sentimiento de culpa, pero me siento igual de traidora. Violeta lleva llamándome desde hace meses. Nunca he descolgado por miedo a su reacción. La engañé con su marido, tiene derecho a odiarme.

—Tienes que hablar con ella. —Por fin Javi decía algo sensato—. Por su tono de voz y cómo ha hablado, tiene ganas de charlar contigo.

Oli se secó las lágrimas y miró a Javi. Lo abrazó durante varios segundos. Después volvió a mirarle a los ojos.

—¿Te ha dicho que me perdonaba? —quiso asegurarse.

Javi asintió.

—Quizás ha descubierto que Mario no es tan bueno como Violeta pensaba. Si la ha engañado contigo, imagínate con cuántas más desde hace un año, que es el tiempo que llevas en Madrid —le expliqué.

—La llamaré el lunes. Necesito coger fuerzas antes de enfrentarme a mi pasado —dijo con convicción.

—Seguro que te comprende —la tranquilizó Javi—. Aunque una disculpa por tu parte sería adecuada.

—En la carta ya me disculpé. Pero tienes razón, tiene que oírme decirlo.

Cuando se tranquilizó Oli, salimos del *bungalow* para ir a la piscina. Me detuve y fruncí el ceño.

—No pienso ir con todos los demás si piensan que me he cagado encima —protesté.

—Venga, Alba. A todo el mundo le ha pasado que se ha echado un pedo y se ha encontrado con una sorpresa —dijo Javi como si nada.

—¡Me niego! Seguro que Guille no quiere ni acercarse a mí...

—Alba, diremos la verdad. No pretendo que nadie más salga lastimado por lo que hice en el pasado. Os agradezco vuestra ayuda y discreción, pero tengo que decirle la verdad a Fabio y a los demás.

Respiré aliviada al saber que no iba a quedar como una cagona ante Guille. Le di una colleja a Javi por su soez ocurrencia y, sobre todo, por querer mantenerla. Los chicos estaban tomando el sol en las tumbonas. Guille se levantó y me preguntó cómo estaba. Olivia se puso seria y les explicó lo que pasaba en realidad. Todos la apoyaron y en especial Fabio fue cariñoso y comprensivo con su novia. Le propuso viajar la semana siguiente a Zaragoza para arreglar las cosas con su familia. Él se ofreció a acompañarla. Oli se sintió feliz y aceptó la propuesta de Fabio. Acordaron salir el lunes hacia la ciudad aragonesa y así resolver de una vez todos los asuntos pendientes con su hermana.

—Pero ¿el jueves estaréis en Madrid? —preguntó Javi—. Es mi cumpleaños.

Claro, bombón —respondió Oli sonriendo—. No nos lo vamos a perder. Gracias a tu intromisión puede que solucione mis problemas familiares.

Entonces, si todo sale bien, me compráis un buen regalo —dijo el muy caradura.

Un no parar

La mañana del lunes desperté en la cama de mi dormitorio acompañada de Guille. ¡Qué bien olía su piel tan temprano! ¡Qué gilipollas te vuelve el amor! ¿Estaba enamorada de él? Me temía que sí. Aunque llevábamos poco tiempo conociéndonos, Guille me había demostrado mucho más que mis anteriores *amores* en solo unos días. Miré su tatuaje y junté mi muñeca a la suya para unir las dos partes del corazón.

—Queda perfecto —me susurró.

—Estamos locos... ¿Cómo pudimos tatuarnos un corazón a medias la primera noche que nos conocimos?

—Seguramente por el alcohol que tomamos —bromeó y me besó en los labios.

—No bebo más —aseguré con poca convicción.

Sonó mi móvil. Alicia era la que me telefoneaba. Le dije a Guille que tenía que responder porque llamaba mi editora.

—Buenos días, Alicia. ¿Qué tal estás?

—Buenos días, Alba. Muy bien, ¿y tú?

Miré a Guille y casi se me cae la baba al contemplarlo medio desnudo, cubierto únicamente con mi sábana y sonriéndome. Casi se me escapa un gemido.

—¡Fenomenal! Creo que me ha llegado un *email* de la correctora...

—Sí, por eso te llamaba. Sandra te ha mandado las correcciones de tu manuscrito. Necesitamos que las corrijas durante esta semana y nos envíes la versión final como muy tarde el sábado.

—Claro, no hay problema —aseguré—. Hoy mismo me pongo con ello.

—Así me gusta —me felicitó Alicia—. Alba, estoy encantada con tu fichaje.

Quise llorar al escuchar las palabras de mi editora. No pude evitarlo y se me escapó una lágrima de pura felicidad.

—Muchas gracias, Alicia.

—Si necesitas cualquier cosa me llamas, ¿ok?

—Claro. No te preocupes.

—Un beso

—¡Un beso!

Cuando me di la vuelta para contarle a Guille mi conversación con Alicia, se estaba vistiendo.

—¿Te vas? —pregunté sobresaltada.

—Son casi las diez de la mañana. Tengo que ir a trabajar —aclaró con una sonrisa diferente a las habituales en él. Era... forzada.

—¿Va todo bien?

—Sí, cariño. Es que llego tarde... Me tomo un café y salgo corriendo.

Su despedida fue más sosegada. Lo noté nervioso, pero que llegara dos horas tarde a su trabajo podía justificar su crispado estado de ánimo. Me dio un apasionado beso antes de marcharse y me dijo que se pasaría por mi piso por la tarde.

Me preparé otro café y llevé el portátil hasta la mesa del salón. Abrí el correo de Sandra, la correctora, y casi me mareo al comprobar la cantidad de correcciones que me había marcado. Suspiré. «Esto va a ser un no parar», pensé. Pero sabía que iba a disfrutar y aprender de lo lindo. A los pocos segundos recibí un mensaje en el móvil. Lo abrí, era de Oli:

Cariño, voy camino a Zaragoza con Fabio. Te llamo cuando llegué... ¡Ainsss! ¡Deséame suerte!

Sonreí. Me alegré por mi amiga. Iba a reencontrarse con su familia y, aunque estaba asustada por cómo pudiesen reaccionar, volver a verlos iba a hacerla muy feliz.

Buenos amigos

Javi tenía mucho tiempo libre. Entre sus lecturas, pasar las horas con Joss y con nosotras... también sacaba tiempo para quedar con Juan, su nuevo y atractivo amigo. Solían verse en la cafetería donde se conocieron y conversaban de cientos de temas variopintos. El más recurrente era sus desventuras en los locales de ambiente. En esta ocasión habían pedido unos refrescos bien fresquitos para recordar anécdotas divertidas.

—¡No te lo vas a creer! —aseguró Juan mientras le daba un golpe en la pierna—. Una noche quedé con un tío guapísimo que estaba en una relación abierta. Presumía de ser una persona liberal y sin prejuicios. Me propuso ir a un garito con cuarto oscuro para conocernos mucho más a fondo.

—Es decir, para que le comieras el rabo... —bromeó Javi.

—Entre otras cosas... —Juan soltó una carcajada—. Fuimos al antro que dijo y, cuanto entramos al cuarto oscuro, se pilló un rebote de mil pares de narices.

—¿Por qué? ¿No estaba lo suficientemente oscuro?

—¡No! Porque vio a su marido follando con dos hombres y le dio un arrebato de celos. ¡Montó un *show* que no te lo puedes ni imaginar! Yo me fui antes de que nos echaran del lugar y allí dejé a mi supuesto ligue. Que no era tan liberal como presumía y me temo que tampoco estaba en una relación abierta, sino que ambos se ponían los cuernos.

Estallaron en risas. Javi se sentía muy cómodo conversando con su amigo. Sus quedadas cada vez eran más frecuentes y simpatizaba con el hombre rudo que al principio quiso intimar con él. No le había comentado nada a Joss sobre sus citas con él, quizás se sentía culpable o simplemente no quería que su novio se pusiera celoso. Javi sacó un libro de su mochila y se lo dio a Juan.

—Toma. Te he traído este libro. Sé que no te gusta leer, pero si haces un pequeño esfuerzo, te aseguro que no podrás parar hasta llegar al final. —Le pasó un ejemplar de *Las hijas del agua* de Sandra Barneda—. Yo suelo leer género negro e intriga, pero este libro me encantó. Lo he leído dos veces.

Juan cogió el libro, acarició la portada y sonrió.

—Si es tan especial para ti, voy a hacer el esfuerzo —dijo feliz—. Pero no te prometo leerlo completo.

—Ya verás cómo te encanta. Eso sí, cuando te lo hayas leído, devuélvemelo —dijo entre risas.

—¡Claro! Ahora que tú me has prestado un libro, tienes que probar una clase mía de yoga, ¿no?

—Será un placer.

Juan miró la hora en su *smartwatch*. Le preguntó a Javi si tenía algo que hacer. Mi amigo negó con la cabeza. Le invitó a una clase colectiva de yoga que impartía en una hora en el gimnasio donde trabajaba. Javi aceptó su propuesta y fueron paseando mientras charlaban. Le gustó que la clase no fuera privada, fue un bonito gesto para afianzar su recién estrenada amistad y comprobar que no buscaba sexo ocasional. Javi se desenvolvió con torpeza durante la clase, pero no le dio importancia. Jamás había practicado yoga y sabía que la primera vez solo era una toma de contacto. Le encantó ver a Juan cómo impartía la sesión de casi una hora de duración y pensó que aquel hombre espiritual, amable, divertido y sensible podía ser un buen amigo.

Bienvenida

Oli estaba nerviosa. Había avisado a su hermana por mensaje de su regreso, pero el corazón parecía que se le iba a salir del pecho en cuanto golpeó con el puño la puerta de casa de sus padres. Fabio la cogió de la mano para transmitirle seguridad. Su madre abrió y la abrazó entre lágrimas. Oli no pudo aguantar las suyas y la acompañó en su llanto de felicidad al volver a estar juntas. Su padre salió, abrazó a su hija y los invitó a pasar. Olivia dio unos pasos y antes de llegar al salón vio a Violeta de pie, esperándola. Oli suspiró y abrazó a su hermana mientras le pedía perdón. Violeta besó su mejilla. Fabio se sintió fuera de lugar, aunque durante el trayecto a Zaragoza, se imaginó que al principio sucedería de aquel modo. Lo importante es que Olivia estuviese bien y la bienvenida fuera la deseada.

—Hija, ¿por qué te fuiste sin decir nada? —preguntó su padre.

—Me sentía muy mal por lo que había hecho. No sabía cómo ibais a reaccionar... Pensé que lo mejor era alejarme de vosotros y facilitaros la vida sin mi presencia —se justificó entre llantos—. Mario me dijo que no os lo contara porque nunca me perdonaríais. Yo me lo creí. Lo siento.

—Cuando leí tu carta quise abofetearte —dijo Violeta—. Fue muy duro leer tus palabras en las que me confesabas que te habías acostado con mi marido. Pero eres mi hermana y sabía que estabas arrepentida. Con el tiempo lo hubiéramos superado juntas. Además, me hubiese venido de maravilla tu apoyo al descubrir el resto de las infidelidades de Mario. Me he separado de él.

Oli se sintió fatal al escuchar a su hermana y, sobre todo, al no haber estado a su lado cuando más la necesitaba.

—Cariño, somos una familia unida y siempre hemos estado juntos. Tu actitud nos sorprendió... —se quejó su madre.

—Sé que me he equivocado, que no debí marcharme sin decir nada ni despedirme. Pero necesitaba cambiar de aires, aquí me ahogaba... me sentía sucia —se justificó.

—No me importa lo que hicieras en el pasado. Sé que te arrepentiste y que la culpa te torturaba, por eso te marchaste. Lo que no quiero es que te vuelvas a ir o sentir que ya no tengo una hermana —sollozó Violeta.

Se fundieron en un abrazo de nuevo. Oli le aseguró a su hermana que jamás volvería a abandonarlos. Se sentía afortunada ante la comprensión de su familia y quería aprender de sus propios errores. Una vez aclarado el asunto de la huida de la menor de la familia, Olivia presentó

a Fabio.

—He rehecho mi vida en Madrid. Tengo un trabajo que me encanta, incluso más que en Zaragoza aun siendo la misma tienda. Ahora soy encargada. Tengo unos amigos maravillosos y he conocido a Fabio, es mi novio.

Fabio saluda con energía. Oli contó a su familia lo feliz que era desde que se había mudado a la capital. Todos la apoyaron y asimilaron que en un par de días regresaría a la ciudad donde residía en aquel momento.

—Te envidio —señaló Violeta—. Yo aquí me agobio. Todo me recuerda a Mario y a sus deslealtades. El trabajo me resulta pesado, no tengo vida social y he vuelto a vivir con mis papás.

Oli miró a Fabio. Él sonrió y asintió. Sabía lo que su novia le quería decir y, como no podía ser de otra forma, el italiano la apoyó.

—Violeta, cariño. Si quieres puedes venirte a probar suerte a Madrid. Mi piso tiene dos habitaciones y puedes instalarte conmigo unos meses hasta que encuentres trabajo y algo decente que puedas alquilar.

—¿En serio?! —preguntó su hermana emocionada.

—Te lo debo...

—No me debes nada. Lo que pasó con Mario ya lo he olvidado...

—Te lo debo porque eres mi hermana y te quiero. De hecho, eres la mejor hermana del mundo. Vente a Madrid, comienza de nuevo. Date otra oportunidad.

El cumpleaños de Javi

La semana había sido intensa. Buceé en mi manuscrito durante horas y horas corrigiendo todas las expresiones erróneas, faltas de ortografía y palabras repetidas que había plasmado en la primera versión del libro. Fue agotador estar sentada tanto tiempo delante del portátil repasando las más de doscientas páginas del documento de Word. Pero, al mismo tiempo, fue apasionante aprender de las anotaciones y apuntes que Sandra, la correctora, había adjuntado para que yo pudiese mejorar el manuscrito. Era jueves y ya tenía casi todo el libro corregido. Apenas había visto a Guille durante la semana, tenía fecha de entrega y debía cumplirla. Así que sus visitas fueron breves y espaciadas. No quería retrasarme y Guille lo comprendía. Oli regresaba ese mismo día de Zaragoza para asistir al cumple de Javi y nos aseguró que tenía preparada una sorpresa. Nos adelantó que todo había salido de maravilla con su familia y que tenía muchas ganas de vernos. Del cumpleaños no sabía nada. Había estado bastante ausente, después me enteré de que, entre Joss y sus nuevas clases de yoga, apenas tenía tiempo para hacer más cosas. Lo había llamado para felicitarlo y me recordó unos cincuenta millones de veces que no me olvidara de subir a su piso a las ocho de la tarde para celebrar su cumpleaños. Me dijo que Guille también estaba invitado, ¡hasta Lolo! Tenía ganas reunirme con toda la tropa y desconectar de tanta corrección.

A las siete de la tarde, estaba maquillándome delante del espejo del baño con una toalla enroscada en el cuerpo húmedo. Acababa de ducharme. Alguien llamó a la puerta. Supuse que era Guille y fui sin vestirme, únicamente con la toalla como vestido. Abrí la y adopté una pose *sexy*. Mi sexto sentido volvió a fallar. A estas alturas de la historia, pensaba que el karma me lo había secuestrado. Era el señor Pons, que abrió los ojos como platos al verme tan ligera de ropa. «Voy a matar a este hombre de un infarto si sigo mostrándole más partes de mi cuerpo», pensé. Me miró de arriba abajo y me indicó que me había dejado las llaves en la cerradura de afuera. Las cogí, puse los ojos en blanco y resoplé. Le di las gracias al señor Pons por ser tan amable de avisarme de mi descuido y cerré la puerta avergonzada. Se me escapó una pequeña carcajada. Sonó el timbre. Lolo se puso muy contento y comenzó a ladrar. No había duda, ahora el que llamaba era Guille. Abrí y mi novio sonrió.

—¡Qué *sexy* estás! —exclamó.

—Díselo al señor Pons. He abierto así vestida pensando que eras tú y el hombre a alucinado

pepinillos al verme con la toalla y chorreando.

—No me extraña. Tengo la novia más guapa y atractiva del mundo —me besó en el cuello y entró.

Guille se sirvió una cerveza mientras yo me vestía. Él llevaba un *short* vaquero y una camisa azul. Yo me puse una falda corta vaquera y una camiseta de tirantes naranja. Me recogí el pelo y me hice una coleta. Guille me preguntó qué le había comprado a Javi.

—Una colección de discos de Cher —le expliqué—. Si quieres se los regalamos de parte de los dos.

—Yo le he cogido dos botellas de vino rosado.

—Le va a encantar. Javi es fan del vino —aseguré.

—Por eso las compré. Dudaba entre tinto o rosado...

—El rosado le apasiona. Aunque mi regalo le va a gustar mucho más —me reí.

—¡Pues se lo damos conjuntamente! —siguió con la broma.

Guille vino hasta el cuarto y se apoyó en el marco de la puerta para observarme. Ladeó la cabeza y sonrió... ¡Uffffff! ¡Cómo me gustaba aquella sonrisa!

—¿Qué miras? —jugué.

—Estás radiante... Podría devorarte ahora mismo.

—No tenemos tiempo, tenemos que subir en cinco minutos a casa de Javi.

—Puedo apañarme con cinco minutos —aclaró.

—Entonces no me interesa... —solté una risotada.

Guille se acercó a mí, me rodeó con sus brazos y me mordió el labio inferior. Me miró a los ojos y fastidió el momento romántico con la siguiente pregunta.

—¿Te has pensado lo de cenar con mi ex y conmigo?

—Por ahora no tengo muchas ganas —dije con excesiva sinceridad.

—Sabes que convivo con ella y si os presento las cosas estarán aún más claras, ¿no?

—Guille... Me agobia mucho este tema. Dame un poco más de tiempo, por favor.

—Tampoco creo que pida tanto... —me echó en cara.

Me molestó su respuesta. Me parecía una completa locura cenar con su ex y con él en la misma mesa. Es más, ¡era una locura cenar con ellos dos en el mismo piso, restaurante o local! Sabía que estaban en proceso de separarse y habían optado por llevarse bien y hacerlo de forma amistosa, pero era algo entre ellos dos. Yo no pintaba nada allí. Quizás sí que pintaba algo... ya que era la novia de su exnovio... ¡Qué lío! Ya me estaba saturando el dichoso asunto de la cena.

—No quiero sentirme la otra, Guille...

—¡No eres la otra! Joder, Alba. Por ese motivo quiero que os conozcáis, para que mi ex vea con sus propios ojos que ya he rehecho mi vida y que no le guardo rencor porque ella haya conocido a otro hombre.

—Déjame pensármelo...

—¿Sabes lo que creo?

¡Mierda! Se avecinaba una retahíla de verdades que me iban a escocer sobremanera. Tragué saliva y medio cerré los ojos esperando que sus palabras no me azotaran con mucha fuerza.

—Qué no quieres involucrate del todo en esta relación —me acusó.

—No es cierto.

—Ni siquiera puedo pronunciar el nombre de mi ex porque te da pánico pensar que eres partícipe de mi ruptura con ella. Tú me ocultaste que te veías con Nacho, estoy de acuerdo en que apenas nos conocíamos y no te lo estoy echando en cara, pero te cubriste las espaldas. Yo he sido sincero desde el principio diciéndote que tenía pareja, pero no he dudado en romper con ella para estar contigo. Y, ahora, lo único que te pido es una cena los tres para facilitar mi relación con mi ex y eres incapaz de hacerlo. Quizás estés acostumbrada a salir con cerdos egoístas, pero yo no soy uno de ellos ni tampoco busco a alguien así.

—Es increíble que cinco minutos antes de la fiesta de cumpleaños de mi amigo me montes este numerito... Rompiste con tu novia porque la relación ya estaba deteriorada, ¡tú me lo dijiste! —levanté la voz.

—Claro que sí. De lo contrario no te hubiese conocido. Alba, yo no busco un pasatiempo. Quiero una relación seria y que la persona con la que estoy se moje por mí. No vengas a la cena. No lo hagas por mí, tú piensa solo en ti. Te dejo el regalo de Javi para que se lo des de mi parte. A mí se me han quitado las ganas de ir de fiesta.

Sabía que Guille tenía razón. Él se había comportado conmigo como un caballero y para una cosa importante que me pedía yo me negaba. Cerré los ojos y apreté los puños. Mi orgullo me nublababa para que le pidiera disculpas y acceder a su propuesta. Pero ¿cuántas veces había salido mal parada por culpa del orgullo? Tenía que aprender de los errores que había cometido en el pasado. Tenía que valorar todo lo que hacía Guille por mí, lo comprensivo que había sido con el tema de Nacho, el vernos menos aquella semana para que yo pudiese trabajar, el venir al *camping* sin poner ninguna pega...

—¡Iré a la dichosa cena! —exclamé desde el dormitorio.

Escuché sus pasos apresurados y se asomó sonriendo por la puerta.

—¿De verdad? —preguntó satisfecho.

—Si es tan importante para ti, iré. Pero si tu ex tiene intención de envenenarme o algo así, caerá sobre tu conciencia —dije irónicamente.

—Te lo agradezco, cariño. —Volvió a rodearme con sus brazos.

—La semana que viene estaré más libre..., así que cuando quieras. —Resoplé.

—Este fin de semana está liada. Se lo diré el lunes y lo cerramos.

—¡Te odio! —protesté.

—Yo más. —Y me besó.

Subimos al piso de Javi. Aún estaba un poco sobresaltada por la bronca con Guille, pero tenía que reconocer que era bastante sencillo discutir con él. No gritaba, ni insultaba, ni tiraba platos contra el suelo. Además de ser bastante coherente en su forma de pensar. Lolo llegó antes que

nosotros. Le pedí disculpas por mi comportamiento. Guille me dijo que estaba todo olvidado. Nos recibió Joss y al momento Javi nos mostró el ejemplar edición limitada de *La Leyenda de Sleepy Hollow* que le había regalado su novio.

—Ya lo sabía —anuncié con aires de suficiencia—. Joss me lo había contado. Felicidades, cariño. —Le di un abrazo a mi amigo.

Guille felicitó a Javi y le entregó nuestros regalos. Flipó con la colección de Cher y agradeció las dos botellas de vino. Nos preguntó qué queríamos tomar.

—Dame una cerveza. Me hace falta después de discutir con este galán —les informé.

Guille me miró anonadado. Casi se me escapa una carcajada al contemplar su cara, pero me contuve.

—Lo siento mucho, principito —añadió Javi—. En este club nos lo contamos todo.

—Tienes suerte de que lo haya dicho delante tuyo, seguro que a mí me ponen verde a mis espaldas —resopló Joss.

—No vas por mal camino —bromeó su novio—. ¿Qué te ha hecho?

—Tengo que admitir que la que ha metido la pata he sido yo —me sinceré—. Me ha pedido que vaya a una cena que quiere preparar su ex para que nos conozcamos y me he negado cuando él siempre está apoyándose.

—¡Qué pesada la tía con que os conozcáis! Igual quiere ligar contigo —dijo Javi.

Guille escupió la cerveza que estaba tomando. Antes de que pudiera decir nada, añadí:

—Creo que debería ir. Para Guille es importante y al fin y al cabo viven juntos.

—Yo también lo creo —me apoyó Joss—. Si quieren acabar como amigos está genial que os presente. Así marcas el terreno.

—Chicos, estoy aquí. Ya veo que Alba os ha puesto al corriente de nuestra vida sentimental —Guille nos saludó, le miramos y seguimos con nuestro debate.

—Iré —cogí a Guille de la mano—. Espero que no sea una encerrona por parte de tu ex.

—Alba, la conozco muy bien. Sé que lo único que quiere es verme bien con mi nuevo amor.

—¡No se hable más! Tú iras a la puta cena. —Javi me señaló—. Y ahora vamos a pasárnoslo teta.

Busqué al resto de los invitados. Por ahora solo estábamos nosotros cuatro y Lolo. Javi había preparado unas cuantas chuches para el perro y se las estaba dando. Menos mal que no le gustaban los animales...

—¿Quién falta por venir? —pregunté.

—Tus padres, las Maris, Oli y Fabio —respondió.

—Mi madre me va a canear... Hace días que no la llamo.

—Si quieres échame la culpa a mí. Ya me has puesto fino nada más llegar —ironizó Guille.

—Solo estaba bromeando para contarles a mis amigos lo pava que soy a veces.

Sonó el timbre. Joss abrió la puerta y se escuchó un gigantesco «¡¡¡¡FELICIDADES!!!!». Mi familia hizo acto de presencia. Saludos, besos, gritos y todo muy efusivo. Mi madre me riñó por

no haberla llamado. Mis tías abrazaron a Guille y lo piropearon. Después le dieron los regalos a Javi. Joss comenzó a servir entrantes salados, bocaditos con sobrasada, platos con jamón y queso, patés y tostadas... Volvieron a llamar a la puerta. Desde el salón escuché a Oli. Solté a Guille de la mano para ir a abrazar a mi amiga. Me detuve al ver a una chica que no reconocía, de unos cuarenta años, castaña, con gafas y delgada. ¿Quién era aquella mujer? Vi a Fabio detrás de la extraña y después a Olivia.

—¡Tropa! Quiero presentaros a Violeta, mi hermana.

La recena

Eran las dos de la mañana, Javi sirvió en unos platos trozos de tortilla de patatas, salchichas cortadas y longaniza. Además de tostadas con tomate untado.

—Si como algo más reviento —señalé al borde del empacho—. Anda, Guille, cariño, pásame una tostada y un poco de tortilla.

Llevábamos más de seis horas de celebración. La visita sorpresa de la hermana de Olivia dio para mucho. Nos relataron lo emocionante que fue su reencuentro y la intención de Violeta de venirse a vivir a Madrid. Después, nos pusimos al día sobre lo que nos había pasado durante la semana y más tarde berreamos como locos en el karaoke que tenía Javi. Mis padres se fueron sobre la una de la mañana, pero mis tías se quedaron.

—Javi, si Joss y tú no montáis mucho escándalo esta noche, nos quedamos a dormir María y yo en la habitación de invitados —dijo Mari Cruz.

—Podéis quedaros en mi casa —apunté.

—Ya lo sé, Alba. Pero es que Javi prepara unos desayunos deliciosos con huevos, repostería, café y zumo...

Javi me miró y sonrió orgulloso, como si se anotara un tanto a su favor. Siempre habíamos rivalizado por ver quién era el mejor sobrino. Y, aunque Javi no era de la familia, mis tías lo querían como si lo fuese. Y yo también. Le saqué la lengua y cogí otro trozo de tortilla.

—Javi, bombón. Quiero que me dejes el libro de *Las hijas del agua* para que lo lea mi hermana. Seguro que le gusta y así se entretiene un poco. Como nos das tanto la lata con esa novela se la he recomendado —dijo Oli.

—Se la he dejado a un amigo —le informé.

—¿A quién? —preguntó Joss de forma perspicaz.

—No lo conoces...

—¿Al guapo de la cafetería que te tiró los tejos? —pregunté sin pensar debido a las cuatro (o más) cervezas que había tomado. Me arrepentí al momento.

—¿A quién?! —Joss también iba un poco bebido.

—Es un amigo nuevo que he conocido y le he prestado un libro —se defendió Javi.

—No me habías dicho que te habías echado un amigo que está buenísimo y que quiere acostarse contigo, tal y como ha dicho Alba —exageró Joss.

—¡Yo no he dicho eso! —me volví hacia Oli—. ¿Verdad que yo no he dicho eso?

—No sabía que podíamos ligar con otros tíos —Joss se estaba enfadando y no escuchaba lo que le decían. Quizás su corta edad era la culpable de sus arrebatos.

—Joss, cálmate. No he ligado con nadie. Solo le he prestado un libro a un amigo y he ido a unas clases de yoga que imparte él.

El joven se puso en pie y derramó una lágrima.

—¿Es el profesor de yoga del que me hablaste el otro día? Se te olvidó decirme que está como un tren y que quiere follar contigo.

—Niño, creo que estás montando un drama de algo que no es tan grave —intentó tranquilizarlo mi tía María.

—No has cambiado, Javi. ¿Sabes cuántos tíos me han entrado desde que estamos juntos? ¡Un montón! Pero yo he pasado de todos y por lo visto tú no.

Intenté levantarme para coger a Joss del brazo, pero tropecé y caí sobre Fabio que estaba sentado en el suelo al lado de Oli. Joss comenzó a llorar y sin decir nada más se fue. Reinó el silencio mientras escuchábamos cómo bajaba a toda prisa las escaleras para salir a la calle. Javi me miró enfadado.

—Podías haberte callado —me recriminó.

—No pensé que se fuera a poner así —me defendí y le pedí disculpas a Fabio por mi caída.

—Voy a llamarle al móvil —dijo Javi serio.

Se fue al dormitorio para hablar con su novio por teléfono. Nosotros comentamos alucinados el impulsivo comportamiento de Joss.

—Hay un dicho que dice que, si te acuestas con niños, te levantas meado... —aclaró Mari Cruz.

—No seas cruel, el chaval es muy majo —añadió María—. Puede que sea un poco celoso y la edad no ha jugado a su favor.

—Se le ve tan sensato que no imaginé que se volviera tan loco por el comentario que he hecho. —Me sentía mal.

—Tampoco ha sido para tanto y Javi le ha explicado que no ha pasado nada —dijo Guille—. La culpa no es de vuestro amigo, sino de Joss por no confiar en su novio.

—Javi no miente y si dice que no ha hecho nada es porque es así —comentó Oli.

—No pasa nada. Todos podemos ofuscarnos... A mí me ha pasado esta tarde —señalé.

—Es que tú tienes mucho genio —me reprochó Mari Cruz.

Javi volvió al salón. Tenía mejor cara y nos informó que lo había solucionado con su chico. Le explicó que Juan solo era un amigo y que no tenía nada que temer. Nosotros aplaudimos como si se tratase del final feliz de una obra de teatro. Sonó el timbre.

—Bueno, son las dos y media de la mañana. Me voy a dormir antes de que meta de nuevo la pata, porque llevo un día... —Miré a Guille con ojos de cordero.

—Y yo contigo para que me compenses tu falta de tacto —añadió mi chico.

—Tías, ¿dónde dormirás en mi casa o en la de Javi?

—¡En la de Javi! —gritaron a unísono.

Estoy convencida de que Javi sintió un pequeño orgasmo. Su cara de gusto lo decía todo.

Listo para enviar

El sábado por la mañana terminé agotada de corregir mi manuscrito. Nunca imaginé que algo que había leído decenas de veces pudiera tener tantos errores. En realidad, eran pequeños descuidos como olvidarme alguna letra o repetir palabras. Pero sabía casi de memoria el libro y para mí era bastante complicado distinguir esos diminutos fallos que emborronaban mi novela. Sonreí satisfecha al llegar a la última página y comprobar que mi obra estaba lista para enviar a Alicia. Abrí el correo electrónico, adjunté el documento y redacté un pequeño texto informando a mi editora de lo feliz que estaba de poder entregar a tiempo el trabajo. Le di a enviar y solté un suspiro de orgullo.

Fui a la cocina y me preparé una taza de café con la leche bien fría. Llamé a Guille, el sábado le tocaba trabajar.

—Buenos días, cariño —respondió. Seguro que estaba sonriendo.

—Buenos días. ¡Ya he entregado el libro con las correcciones! ¡Soy libre! —bromeé y levanté un brazo en señal de victoria. Lolo se excitó al verme tan contenta y ladró.

—¡Felicidades! En cuanto pueda le echo un vistazo —siempre era tan atento y encantador.

—Muchas gracias. ¿Cómo vas tú?

—A tope. Hoy tenemos mucho trabajo porque estamos cambiando algunas portadas de libros que saldrán en septiembre y vamos un poco justos de tiempo. Creo que este fin de semana no vamos a vernos. Mañana, mi ex me ha pedido que le ayude con la mudanza y he accedido.

—¿Se va de tu piso?! —pregunté sorprendida. Lolo volvió a ladrar.

—Sí. Me ha mandado un wasap informándome y pidiéndome ayuda...

—Ayúdala, ayúdala —le animé con una pizca de maldad.

—Perfecto, cariño. Mañana le diré que te parece bien cenar la semana que viene los tres juntos.

—Ahora sí. La verdad, es que si se muda parece que ha rehecho su vida y acepta que tú también lo hagas.

—Ya te lo dije, pero eres tan tozuda...

Alguien llamó a Guille para hacerle una consulta.

—Lo siento, cariño. Tengo que volver al trabajo. Te llamo más tarde. Te quiero.

Se me paró el corazón al escuchar por primera vez un «te quiero» de Guille. Respiré hondo y volvió a latir. Puse cara de tonta.

—Yo... también... —alcancé a pronunciar.

—¿Tú también qué? —ironizó.

—Yo también te quiero, bobo...

—Luego te llamo, guapa.

Colgó y solté un grito que sobresaltó a Lolo. Estaba eufórica. Había entregado mi manuscrito y Guille acababa de confesarme su amor. No iba a ver a mi novio en todo el fin de semana, pero tampoco me desagradaba la idea de tener dos días para mí. Podía ir de compras, pasear con Lolo, ver una película romántica de las que me gustan en el cine, darme un masaje... En medio de mi divagación de planes que me encantaban, recibí el *email* de respuesta de Alicia.

Buenos días, Alba:

¡Perfecto! Ya veo que cumples tu palabra (emoticono sonriendo). Le paso el manuscrito a Sandra para que lo revise. Si quieres, mañana tengo el día libre y podemos comer juntas. Así hablamos de la promoción del libro, la portada, solapas y cómo quieres enfocarlo. Mira, se me acaba de ocurrir. Preparo un picoteo en mi casa y charlamos tranquilamente, ¿te parece?

¿Qué si me apetecía? ¡Claro que sí! No veía mejor plan que pasarme el domingo hablando sobre mi libro, literatura y un sinfín de temas que me apasionaban. Además, Alicia me caía genial y tampoco quería negarme..., hubiese sido poco profesional. Había visto en redes sociales que muchos escritores se llevan fenomenal con sus editores y en parte me hacía ilusión que nosotras tuviésemos una relación maravillosa. Respondí.

¡Me apunto! Tengo varias ideas que quiero comentarte y mucha curiosidad por saber cómo es el piso de mi editora (emoticono con la lengua sacada). Dime la hora y la dirección y allí estaré.

Muchas gracias, Alicia.

Un abrazo.

A los pocos segundos.

Ven sobre la una y preparo un aperitivo con vino y algo de marisco. Te paso la dirección por wasap.
¡Gracias a ti! Un abrazo.

Pasé de estar ilusionada a eufórica. ¡Tenía que hacer algo para calmar mis nervios! Aquel día estaba resultado ser alucinante y solo eran las once y media de la mañana. Miré a Lolo, le puse el collar y adopté pose de *Wonder Woman*.

—¡Lolo, nos vamos de compras!

Te vi

Aquel mismo día, Javi había pasado la tarde con Mari Cruz. Joss trabajaba hasta las doce de la noche en el restaurante. Javi y mi tía fueron al cine a ver la última película de Woody Allen. Me llamaron para invitarme a ir con ellos, pero yo estaba muy ocupada fundiendo cientos de euros en libros y ropa, así que rechacé la propuesta. Después, cenaron en un Burger mientras comentaban el *film*.

—Este hombre hace todas las películas iguales. No puede tener mucha imaginación cuando estrena una película por año. Ya no me gusta tanto como antes —criticó Mari Cruz y dio un bocado a su hamburguesa.

—¡No digas eso! Allen es un genio. A mí me ha encantado... —lo defendió Javi.

—Tú te conformas con muy poco. —Mi tía graznó una sonora risotada—. ¿Qué tal vas con Joss? La otra noche se puso un poco histérico.

—Supongo que es lo que pasa cuando conoces a alguien desde hace poco tiempo. Hay cosas que te pillan por sorpresa... —Javi lo dijo con cierta pena—. Lo bueno es que después se tranquilizó y reflexionó. Al día siguiente me pidió disculpas.

—Lo sé, cariño. Pero menudo numerito te montó delante de tus amigos...

—Creo que mi pasado de *latin lover* no ayudó mucho.

—Javi, no te culpes a ti. Tú no has hecho nada malo, el que se puso como un loco fue él —le invitó a reflexionar Mari Cruz.

Javi se sintió mal. Miró al suelo y después a los ojos de mi tía.

—El profesor de yoga me atrajo desde un primer momento, así que en parte no le faltaba razón a Joss —confesó avergonzado.

—¡Joder! Y tú a mí también me pareces mono y no ligo contigo. Si nos tuviésemos que acostar con todas las personas que nos atraen esto sería Sodoma y Gomorra.

—No te entiendo...

—Pues que no te sientas mal por tener un amigo guapo e interesante. Lo importante es que hayas respetado a tu novio. ¿Lo has hecho? —le preguntó Mari Cruz.

—Claro, no le he engañado.

—Pues cómete la hamburguesa, me acompañas a buscar un taxi y te vas a buscar a tu chico a la salida del trabajo. Le das una agradable sorpresa y después hacéis el amor durante toda la noche.

Javi casi se atraganta con su refresco al escuchar la respuesta de mi tía. Le hizo sentirse mejor. Se despojó del sentimiento de culpa por hacer nuevos amigos. Joss era celoso, pero no tenía motivos reales para acusar a Javi de ser infiel. Javi se sintió mal durante un par de días por la bronca de su novio e incluso pensó en dejar de ver a Juan. Pero Mari Cruz le abrió los ojos y supo que, mientras respetara a su pareja, él podía tener más vida fuera de su relación sentimental. Caminaron juntos por la calle hasta que Mari Cruz vio un taxi libre y lo llamó. Antes de desaparecer montada en el vehículo, dio un beso a mi amigo y le recordó que era un muchacho extraordinario.

—Yo no voy al cine y a comer comida basura con cualquiera. Solo con la gente más top de la ciudad —dijo antes de que arrancara el taxi. Le lanzó un beso y se fue.

Javi sonrió. Las citas con mis tías eran terapéuticas para él..., bueno para cualquiera. Siempre sabían qué decir y cómo alimentar tu autoestima. Eran maravillosas. Decidió hacer caso al consejo de Mari Cruz y fue a buscar a Joss al trabajo. No le avisó, quería que fuese una sorpresa. Durante el trayecto, fantaseó con su novio en la cama y llegó a empalmarse. Aquel jovencito lo tenía completamente loco. Salvo el incidente de la noche de su cumpleaños, lo demás era perfecto. Su dulce forma de ser, lo ardiente que se volvía en los momentos de pasión, cómo miraba y admiraba a mi amigo, su elocuencia... ¡Todo! Le gustaba todo de Joss. Incluso, si le forzabas, le gustó su arrebato de celos. Eso significaba que lo quería. Aunque yo no compartía esa opinión con Javi. Los celos nunca son una muestra de amor, lo son más de posesión.

Llegó al restaurante donde trabajaba su novio, miró la hora en el móvil. Eran las doce menos cuarto. Pensó en esperarlo dentro. El restaurante estaba casi vacío, solo había tres parejas en mesas diferentes, tomando cafés y postres. Buscó a Joss con la mirada y no lo encontró. Quizás ya había terminado su turno. Se dispuso a salir del local, pero escuchó la voz de su novio. Se dio la vuelta y lo vio salir del baño con otro chico en actitud cariñosa. Javi supuso que se habían enrollado en el aseo. Se le aceleró el pulso y, antes que dolor, sintió rabia. Había sido un ignorante al aguantar su ataque de celos y descubrir que Joss tenía una aventura en el trabajo. Javi llamó a Joss en voz alta.

—Javi..., cariño, ¿qué haces aquí? —preguntó al verlo en medio del local.

—He venido para sorprenderte. Pero ya veo que la sorpresa me la has dado tú a mí.

—¿Yo? —Y entonces se dio cuenta de que Javi lo había visto salir del baño acompañado—. No es lo que piensas.

—Ya. Eso dicen todos —Javi se dio la vuelta e ignoró a Joss.

Salió corriendo del restaurante, sin poder evitar que varias lágrimas resbalaran por sus mejillas. No sabía a dónde ir. El móvil no dejaba de sonar. Joss le llamaba, pero Javi no descolgó. No quería escuchar excusas. No podía soportar otra traición. Se maldijo por haber comenzado una relación con el camarero de joven edad que tanto le gustaba. Le iba mejor cuando solo tenían encuentros ocasionales para disfrutar de momentos de placer sin sentimientos de por medio. Recibió un mensaje de Joss que le pedía que regresara al restaurante para poder explicarle

lo que había sucedido. Javi quiso gritar. Estaba seguro de lo que había visto en aquel lugar. Su novio jugueteando con otro tío mientras salían del cuarto de baño del restaurante a las doce de la noche. No tenía que ser muy listo para averiguar lo que había pasado en aquel aseo. Sintió la necesidad de desahogarse. Era muy tarde para llamar a Mari Cruz y contarle lo que había presenciado. Estaba furioso. Quería vengarse de Joss y olvidarlo. Supo a quién escribir.

¿Puedes quedar? Necesito verte.

Espero nervioso unos segundos a que Juan se conectara y respondiera. Así lo hizo. Leyó el mensaje de mi amigo y contestó.

Claro, estoy en casa viendo una serie. Vente y hablemos. Javi, ¿estás bien?

Mi amigo tecleó.

No, pero verte me ayudará a estar mucho mejor.

El secreto de Fabio

El sábado por la noche fue bastante ajetreado. Oli estaba a punto de descubrir aquello por lo que Fabio no era capaz de entregarse del todo a su novia. Habían cenado en casa del italiano y después se sentaron en el sofá para ver una película. Fabio solo llevaba un pantalón corto. Oli un *short* y un top. Mi amiga miró a su novio de reojo y se mordió el labio. Se puso juguetona y acarició con su pie la entrepierna de Fabio. Él la miró, sonrió y siguió viendo la tele. Oli frunció el ceño. No cesó en su intento de provocarle. Pasó su pie por los pectorales del italiano y bajó de nuevo a sus partes íntimas. Notó como su pene endurecía. La pelirroja saltó encima de su chico y comenzó a besarle por el cuello. Fabio dejó libre un suspiro. Después, Olivia se quitó el top y el sujetador y fundió sus pechos con los de su novio. Se echó para atrás y le mordió un pezón. Fabio se estaba excitando y ella lo notaba en su trasero. Olivia se puso en pie, tiró al suelo su *short* y el tanga, estaba desnuda delante de su macho y ardía en deseos porque él la penetrara. Se acercó al pantalón de Fabio para quitárselo. Él se puso en pie y la esquivó. Oli lo miró confundida.

—¿No te atraigo lo suficiente? —preguntó dolida.

—¡No! ¿Cómo puedes pensar esa locura?

—Porque nunca te desnudas delante de mí. No hemos follado... ¿Te da vergüenza que te vea sin ropa? No tienes por qué avergonzarte..., estás muy bueno.

—No me da vergüenza... —Fabio bajó la cabeza—. Me da miedo.

—¿Miedo? ¿De qué? —Oli no entendía nada.

—De que salgas corriendo... No es la primera vez que me pasa —protestó—. Cuando intimo con una mujer que me gusta y descubre mi secreto, sale despavorida... No quiero que me pase contigo. Siento algo muy bonito por ti.

—No voy a salir corriendo, Fabio. ¿Cuál es tu secreto?

Fabio se puso delante de Oli y se bajó el pantalón y el bóxer. Resulta que el italiano tenía un pedazo de pollón tamaño XXL. «JODER», suspiró mi amiga sin dar crédito a lo que estaba viendo. Le pareció gigante, pero nada que no entrara con un poco de paciencia y lubricante. Se acercó a su novio y lo besó en los labios.

—Te aseguro que no me voy a ir a ninguna parte. Me da igual que nunca me penetres, eres mucho más que un pene gigante... Me respetas, me quieres, me cuidas y te preocupas por mí. Tendría que estar loca si te abandonara porque tienes la polla más grande que la media.

Fabio la abrazó. Oli notó el miembro duro sobre su vientre y se excitó.

—¿Tienes lubricante?

—Cantidades industriales.

—Pues hazme el amor como a mí me gusta... —le susurró.

—¿Cómo? —quiso saber Fabio.

—Primero con delicadeza y después con pasión.

Aquella noche disfrutaron de cuatro descomunales y apasionados polvos. Lo sé porque Olivia no dejó de presumir durante semanas. Con un poco de amor, complicidad y mucho lubricante consiguieron disfrutar del gran secreto de Fabio.

Malos pensamientos

Javi se dejó llevar por la rabia, la ira, su ego dolido y los malos pensamientos. Caminó con decisión hasta el piso de Juan. No quería ser el tonto al que siempre engañaban y quería cobrarse su particular venganza. Llamó al timbre, Juan respondió y abrió. Javi subió hasta el cuarto piso por las escaleras, estaba tan ofuscado que no vio el ascensor. Llegó agotado hasta la planta en la que vivía su amigo, que lo esperaba en la puerta.

—¿Qué ha pasado? —se interesó Juan.

—¿Tienes una birra? —preguntó Javi haciendo caso omiso al interés de Juan por saber cómo estaba y entró a su piso.

—Lo siento, no bebo alcohol. ¿Quieres un té o agua? —le ofreció.

Javi le pidió un poco de agua y lo acompañó hasta la cocina. Juan le dio el vaso y Javi aspiró la bebida en un momento.

—¿Vas a contarme por qué has venido? —dijo Juan preocupado.

—He ido a buscar a Joss al trabajo y lo he visto saliendo del baño con otro tío...

—Pero eso no significa nada —Juan intentó tranquilizarlo.

—¡Vamos! Tú y yo sabemos que en el mundillo gay eso solo puede significar una cosa: ¡se han liado!

—No saques conclusiones precipitadas...

Javi se acercó a Juan y le besó en los labios antes de que él pudiera terminar la frase. Juan le pasó las manos por la cara y le acompañó con la lengua en su apasionado beso. Javi le quitó la camiseta a Juan, acarició con sus manos los trabajados pectorales del profesor de yoga y volvieron a fundir sus bocas. Javi no pensaba en lo que estaba haciendo, se dejó llevar por el sentimiento de rabia y dolor que le había provocado ver a Joss saliendo del baño con otro chico. Juan se apartó y le pidió a Javi que echara el freno.

—¿Qué pasa? —preguntó Javi molesto.

—Esto no está bien... Tienes novio —le reprochó Juan.

—Pero él no me respeta... Puedo hacer lo que me dé la gana.

—Javi, eso no lo sabes. Estás haciendo suposiciones de algo que no conoces cómo ha sucedido. ¿Y si luego descubres que no ha pasado nada entre Joss y el otro chico? Te sentirás fatal. ¿Puedes asegurar que tu novio te ha sido infiel?

—No... —respondió avergonzado.

—Pues no sigas. Créeme cuando afirmo que me gustas mucho y yo soy el primero que quiero que pase esto —confesó sonriendo—. Pero lo que tienes con Joss no lo tiene cualquiera y debes cuidarlo. Habla con él antes de mandar a la mierda tu relación. Me importas más como amigo que como un polvo pasajero y no permitiré que engañes a tu pareja conmigo.

Javi se apoyó en la encimera de la cocina. Miró a Juan y derramó varias lágrimas. Estaba dolido por lo que había visto en el restaurante, pero quizás Juan tuviese razón y debía hablar con Joss antes de hacer algo de lo que pudiese arrepentirse. Eso era lo más justo si Joss le importaba.

—Juan..., he sido un tonto al intentar... —No sabía cómo expresar lo mucho que lamentaba haberle besado.

—No tienes que disculparte. Todos podemos equivocarnos, ¿no crees? —le restó importancia—. Ve a llamar a tu chico y solucionad vuestros ridículos problemas, seguro que son menos trascendentales de lo que os pensáis. Y, por favor, aprended a comunicaros mejor —bromeó y se cruzó de brazos.

—Eres un buen amigo —Javi le dio un beso en la mejilla.

—Tú también, aunque un poco básico...

Javi salió del piso de Juan. Mientras caminaba hasta su casa llamó a Joss, pero no respondió. Se temía lo peor. Quizás Joss se sintió herido por la indiferencia de su novio y fue a buscar comprensión en brazos de otro hombre y que este fuera menos noble que Juan. Notó un nudo en su estómago y se maldijo por no haber respondido antes a su pareja cuando le estaba llamando. Llegó hasta nuestro bloque y allí vio a Joss, apoyado en la pared, al lado del portal. Javi sonrió y corrió a besar a su novio. Se unieron en un apasionado abrazo mientras se besaban.

—Lo siento —se disculpó Javi—. Perdóname, me he puesto celoso.

—¡Menudo susto me has dado! Pero no pasa nada, Javi. Me viste con Adri, es uno de mis mejores amigos y solemos mariconear. Tenemos mucha confianza —aclaró—. Mañana, si quieres, te lo presento.

—Me parece bien, pero antes de entrar a mi piso, demos un paseo. Hay algo que quiero contarte.

Fueron caminando hasta la Gran Vía. Javi cogió del brazo a Joss. Se armó de valor.

—Tenemos que ser sinceros para que esto funcione. En el pasado he tenido varias relaciones tormentosas y me acojona que me hagan daño. Eso no justifica mi ataque de celos, ni tu pasado justifica el tuyo. Esta noche cuando te he visto con otro chico...

—Mi amigo Adri...

—Con tu amigo Adri salir del baño, me he vuelto loco. He ido a casa de Juan dispuesto a enrollarme con él para vengarme de ti, pero él me ha detenido. Me ha recordado que nuestra relación es lo más importante y que tenemos que respetarnos y olvidar los celos y los miedos.

—¿Habéis follado? —Joss tragó saliva.

—¿Me estás escuchando? No, no nos hemos acostado. Le he besado y antes de que pasara nada

más, Juan me ha frenado...

—¿Por qué?

—Porque eso es lo que hacen los amigos de verdad, preocuparse y recordarte que tu novio es maravilloso y que no metas la pata haciendo algo de lo que después te arrepientas.

—Me cae bien Juan... —susurró Joss feliz.

—Yo confío en ti y ¿tú en mí?

—Sí, claro.

—Pues, por favor, dejémonos de gilipolleces.

La comida en casa de Alicia

Caminaba feliz para acudir a la comida laboral, y suponía que también de marujeo, en casa de mi editora. Me moría de ganas por saber cuáles eran las ideas que tenían para el diseño de la portada y las solapas, por charlar con Alicia sobre la distribución y promoción del libro y que me contara cotilleos sobre el mundo editorial. Llevaba una botella de vino rosado para no ir con las manos vacías. Estaba a una manzana de su piso, cuando Guille me envió un mensaje de buenos días al móvil. La noche anterior apenas habíamos hablado porque terminó muy tarde de trabajar y hoy tenía que ayudar a su ex con la mudanza. Le respondí.

¿Buenos días? Son casi las doce y media. Así que nada de buenos días. Ja, ja, ja. ¿Qué tal estás has descansado?

Mensaje de Guille:

Sí, he dormido como un bebé. Me ha despertado mi ex porque ha preparado algo de picar y supongo que después comenzaremos con la mudanza. Aunque ya hay alguna caja por aquí...

Miré Google Maps para cerciorarme de que el edificio enorme que tenía delante era la dirección correcta donde vivía mi editora. Me aseguré del número del portal y el piso. Todo estaba en orden. La puerta de la calle estaba abierta y fui hasta el ascensor para marcar el séptimo piso. Antes de que se cerraran las puertas, recibí otro mensaje de Guille.

¿Tú cómo estás? ¿Qué planes tienes para hoy?

Sonreí y contesté.

Ayer no te lo dije porque apenas pudimos hablar. Estoy llegando a casa de Alicia para comer con ella y comentar cosas sobre mi libro. ¡Estoy emocionada!

Tardé en recibir la respuesta de mi novio porque en el ascensor no había cobertura. Salí y busqué la puerta de Alicia.

Mensaje de Guille.

¿Qué Alicia? ¿Tu editora?

Me sorprendió el interés. Tecleé:

No, la del País de las Maravillas... ¡Pues claro que mi editora!

Toqué el timbre de casa de Alicia y añadí un último mensaje.

¿Por qué?

Y entonces casi me mareo al ver que quien abría la puerta no era Alicia, sino Guille. ¡Mi Guille! Tragué saliva, Guille me saludó con timidez y susurró: «Tierra, trágame». Alicia era la ex de mi novio.

El loro

Quise salir corriendo. ¿Por qué siempre me pasaban estas cosas a mí? La ex de mi novio tenía que ser mi editora. La persona que me había dado una oportunidad en un gran sello editorial. No podía ser su hermana, su prima o su mejor amiga, ¡tenía que ser su exnovia! Sí, la que dejó cuando me conoció. ¿Aún seguís pensando que el karma no me tenía un *ascazo* descomunal? La pregunta del millón era; ¿Alicia sabía que yo era la nueva novia de Guille? Por la cara que puso él, todo indicaba que ella ignoraba esa información. Alicia salió a la puerta y me preguntó por qué no entraba. Al momento, me cogió del brazo y me invitó a pasar. Me sentí mal, como una traidora. Se me estaba bien empleado por decirle a Guille que no me contara nada sobre su ex para eludir responsabilidades. ¡No quise saber ni su nombre! Nota mental: en el futuro no seas tan cobarde.

El piso era precioso, una perfecta combinación de tonos blancos y grises en las paredes y en los muebles. Se respiraba un aire minimalista. Alicia me dio un abrazo al llegar al salón y me presentó a Guille. Por suerte, parecía que no tenía ni idea de que lo conocía a fondo.

—Alba, te presento a Guillermo. Es un buen amigo que me está ayudando a hacer la mudanza —dijo sonriendo—. En realidad, es un viejo amor con el que me llevo de maravilla y estoy abusando de él para que cargue y empaquete cajas. —Soltó una risotada.

—¿Te vas de este piso? ¡Pero si es precioso! —dije sin pensar.

Guille me lanzó una mirada asesina. Esquivé sus ojos y sonreí nerviosa.

—Necesito más espacio. Guille y yo vivíamos juntos, pero necesito nuevas ilusiones y mudarme es el primer paso. En solo un minuto te he contado más cosas de mi vida íntima que a muchos de mis amigos. Tengo que hacer una llamada y en seguida estoy con vosotros. —Se volvió hacia Guille—. Anda, cariño, sirve a nuestra invitada una copa de vino.

Pegué un grito al ver revolotear un pájaro por la habitación. Parecía un loro, aterrizó en el hombro de Guille.

—No te asustes, Alba —dijo Alicia—. Es Mufasa, nuestro loro. Ya verás cómo te cae fenomenal —añadió antes de desaparecer por el pasillo.

—¡Fenomenal! ¡Fenomenal! —repitió el pajarraco.

Guille me pidió que lo siguiera a la cocina. El loro no se le despegó del hombro. Obedecí y sentí que me temblaban las piernas. Abrió la nevera y me preguntó qué quería tomar.

—¿Estás loco? ¿Alicia, mi editora, es tu exnovia? —pregunté acongojada.

—¡Tranquila! Ali no sabe nada... —susurró—. Yo le pasé tu manuscrito para que lo leyera y se lo recomendé con especial insistencia...

—Pensaba que había sido Miriam la que se lo había hecho llegar...

—También..., pero fue por mí por lo que sacó tiempo para echarle un vistazo. Alicia es una reputada editora, ¿sabes cuántos manuscritos recibe al día para leer? Estaba convencido de que el tuyo le iba a interesar y por eso se lo recomendé.

—¿Por qué no me dijiste nada? —pregunté sabiendo la respuesta.

—Quise hacerlo, pero tú te negabas a que te hablara sobre mi ex...

—¡Mierda! ¿Qué vamos a hacer? —Estaba muy nerviosa. Temía que al descubrir el pastel se echara atrás y no me publicaran el libro ¡otra vez!

—Durante la comida le diremos la verdad —dijo con convicción.

—Claro, le diremos a mi editora que gracias a mí es una ¡puta cornuda! —entré en pánico.

Alicia volvió. Tragó saliva.

—Ya estoy con vosotros —nos informó sin dejar de sonreír.

—¡Puta cornuda! ¡Puta cornuda! —gritó el puto loro y quise morir.

—¿Qué cosas dice Mufasa! —añadió Guille y apartó al loro de su hombro para que echara a volar.

—Vamos al salón —nos propuso Alicia—. En cuanto llegue una amiga, comenzamos con la comida. Trae la botella de vino, Guillermo. La vamos a necesitar.

El corazón me dio un vuelco. ¿Por qué íbamos a necesitar beber? Aquella casa estaba resultando ser una auténtica pesadilla, entre el loro chivato, las mentiras y los pasillos me resultaba más incómodo y agobiante que un *Escape Room*. Alguien llamó a la puerta. Alicia fue a recibir a su invitada. Abrió y reconocí la voz. No podía ser, ¿qué pintaba Miriam, mi anterior editora, en esta comida? Miriam se alegró al verme y me abrazó.

—¡Alba, cariño! ¿Cómo estás?

—Bien... —alcancé a pronunciar sin entender qué sucedía.

—¿No estás emocionada? —preguntó Miriam sorprendida.

—¿Por qué?

—¡Voy a ser tu editora! —Levantó los brazos con excesiva felicidad.

Del susto tragó una bocanada de aire y eructó. Me tapé la boca con las manos avergonzada. Miriam y Alicia rieron y se sentaron en las sillas que rodeaban la mesa central del salón. Alicia nos invitó a Guille y a mí a sentarnos. Estaba a punto de echarme a llorar y lo más grave es que no sabía ni por qué.

—No te asustes Alba —dijo Alicia mientras se servía ensalada de una fuente repleta de lechuga, zanahoria, tomate, cebolla y queso de cabra—. Miriam ha dejado Agua Ediciones y la hemos fichado en Random House.

Respiré aliviada. Era la primera noticia agradable que escuchaba en aquel piso de los horrores.

—¡Fichado! ¡Fichado! —El loro se posó sobre la mesa.

Alicia me pasó la fuente con la ensalada y me eché un poco.

—¡Felicidades, Miriam! —exclamé.

—Muchas gracias, cariño —respondió jovial—. Y ahora, soy yo la que debo felicitaros a vosotros, ¿no?

—¿A quién? —pregunté desorientada.

—A mi ex y a ti, tonta... —señaló Alicia y puso su mano sobre la de Miriam—. Como no accedías a mis continuas propuestas para cenar y presentarnos como es debido, he tenido que preparar esta comida con un falso pretexto laboral.

Casi me atraganto con la lechuga. Bebí vino para que pasara mejor por mi garganta y para intentar anestesiarme con el alcohol. Alicia sabía de mi romance con su ex y Miriam la apoyaba, pero ¿en qué? ¿Por qué le puso la mano encima?

—¿Sabías que Alba era mi novia? —preguntó Guille sorprendido.

—¡Ay, Guille! Eres un libro abierto... En cuanto me entregaste el manuscrito de Alba supe que ella era especial para ti. Después, quedé con Alba y, aunque llevaba una camisa de manga larga, era fina y distinguí un tatuaje muy parecido al tuyo. Así que no pude evitarlo, buceé en tu móvil, lo reconozco, y contrasté su número con el que tenía yo. ¡Sorpresa! Coincidían. Entonces fue cuando te escribí. —Me señaló. Me sentía como en el final de una película de misterio cuando el detective resuelve el caso. Alicia era la inspectora y yo la ladrona—. Estuve a punto de contarte quién era y que Guille y yo habíamos sido novios, pero preferí hacerlo cara a cara.

—Yo no sabía que tú eras su ex... —afirmé—. Ha sido hasta hace unos minutos cuando me he enterado...

—¡No tienes que darme explicaciones! —alzó la voz. No estaba enfadada, su intención fue cortarme—. Lo sé. Sé que serías incapaz de hacerme algo así. Aunque nos conozcamos poco, estoy convencida de que, si hubieses sabido que yo era la novia de Guille cuando lo conociste, hubieses roto con él. No podía permitir eso, sobre todo cuando nuestra relación sentimental estaba muerta. Lo más lógico y fácil para mí hubiera sido dejarlo pasar. Que no me importara con quién se acostaba él o de quién se enamoraba, pero al ser tú su nuevo amor, tenía que hacer las cosas bien porque nos une una prospera relación laboral.

—Creo que voy a llorar —anuncié—. He pasado unas semanas de mierda. Repleta de traiciones, altibajos y humillaciones... Lo único bueno que me ha pasado en este tiempo ha sido conocer a Guille y que tú te interesaras por mi libro... Y por un momento he creído que iba a perder una de las dos cosas o las dos. —Rompí a llorar. Guille intentó tranquilizarme. Sequé mis lágrimas—. Tu comprensión y generosidad es admirable y lamento si en algún momento te he lastimado.

Miriam pasó su brazo por el hombro de Alicia. Se miraron y sonrieron.

—Alba, me caes bien. Estás un poco loca, pero eres buena tía. No quiero perder a una escritora tan brillante como tú, así que en parte esta comida de reconciliación la hago también por mí... Por sentar las bases de una brillante relación de trabajo y amistad.

—Y, además, antes de que conocieras a Guille, Alicia y yo nos enamoramos —añadió Miriam y se besaron.

Eso sí que no me lo esperaba. Miré a Guille que tenía la cara desencajada y solté una carcajada.

—Guille pensaba que te veías con otro hombre. —Reí señalándolo.

El loro imitó mi risa.

—Nunca ha sido muy avisado... —bromeó Alicia.

—A mí no me importa con quién estés si eres feliz. —Intentó disimular su asombro.

—Lo mismo digo —Alicia levantó su copa y propuso un brindis—. ¡Por el amor!

—¡Por el amor! —repetimos.

—¡Por el amor! —gritó Mufasa sin saber qué significaba lo que pronunciaba.

La velada se fue relajando a medida que Miriam y Alicia nos contaban su historia de amor. Se conocían desde hacía años porque coincidían en distintos eventos de literatura romántica, aquellos donde las escritoras y escritores se citan con sus seguidores para charlar sobre sus libros y el género. Las editoras suelen acompañar a los autores y ellas se veían con frecuencia. Un día se dieron los números de teléfono, otro día quedaron para tomar algo y discutir sobre qué escritor era más pedante o engreído y así, poco a poco, fueron afianzando su relación y se enamoraron. Guille sonreía al escuchar relatar a su ex cómo se había enamorado de Miriam. Se sentía feliz por ella y supe que ese era el verdadero amor; alegrarse del bien de la persona que quieres, aunque eso signifique que no esté a tu lado, que ya no sea tu cómplice, tu pareja. Guille la quería como a una amiga, como la persona que había compartido parte de su vida y ocupaba un lugar especial en su corazón. Me dio envidia su forma de amar, de querer... Era más sana que vengarse o desear que el otro fuera infeliz o desdichado. Respiré profundo y perdoné a Nacho o, al menos, deseé hacerlo. Él no se había portado bien conmigo, pero aun así habíamos compartido momentos de risas y felicidad. De una forma u otra, Nacho formaba parte de mí. Intenté resetear mi mente para borrar lo malo y quedarme con algún recuerdo agradable, por leve que fuera. Sabía que me iba a costar llevar a cabo ese ejercicio de salud mental. Pero observando lo alegres y afortunados que se sentían Guille y Alicia por celebrar su mutua felicidad, decidí que era lo mejor que podía hacer. Echar lo malo de mi vida y quedarme con lo bueno. Al decir *echar*, me refería a aprender de mis errores y reconciliarme con mi ¿amigo? Karma.

Cuatro meses después

Jamás imaginé que un libro pudiera implicar tantas horas de trabajo. Después de la corrección de la novela, pasamos a las galeradas y diseño del interior de la obra. Luego al de la portada, contraportada y solapas, que lo hizo Guille y el resultado no pudo ser mejor. Más tarde, hicimos el *planning* de lanzamiento y promoción. Tarea ardua en la que me acompañó Miriam para trazar la agenda de medios, entrevistas y preparar de forma correcta mis redes sociales para encararla a la publicidad del libro. Y, por fin, la primera presentación de la novela, que la bautizamos con mi primera idea *Tú y yo nunca fuimos una cuestión de suerte, sino de amor...* Ahí estaba yo, delante de decenas de personas, las piernas me temblaban, el pulso me iba a mil por hora, no estaba segura de si los nervios me dejarían articular palabra alguna... El lugar elegido fue la Casa del libro de Gran Vía, mi segundo hogar, y además Lolo podía acompañarme en un día tan especial para mí. En las primeras filas estaban sentados mis amigos, mi familia y Guille acompañado de Lolo. Miriam y Alicia estaban sentadas a mi lado en la mesa donde en apenas unos minutos firmarían todos los ejemplares que se vendieran aquella tarde de otoño. La verdad es que había mucha expectación por el lanzamiento de mi novela porque se había corrido el rumor de que la escritora Lara Díaz había plagiado mi obra en su nuevo libro que había salido al mercado semanas antes de que se publicara el mío. Nunca supe cómo se enteró la prensa y los *influencers* de aquella noticia, aunque supuse que Miriam tuvo algo que ver. Alicia, se acercó al micrófono y comenzó la presentación, la sala estaba llena y la gente miraba expectante.

—¡Buenas tardes y gracias a todos por venir! Estoy muy feliz de presentaros a una escritora que seguramente hará las delicias de los lectores más exigentes y amantes del género romántico. Desde un primer momento supimos que era una gran autora y vimos todo su potencial. Así que, sin más preámbulos, ¡Alba Conde!

Mi corazón se aceleró, sentí ilusión, pánico, ansiedad y unas ganas tremendas de contar a todos los asistentes los secretos que escondía mi libro.

—¡Buenas tardes! ¡Uffffff! Esto es nuevo para mí, estoy acostumbrada a estar delante de un teclado y no de tanta gente —bromeé. El público rio y aplaudió—. Gracias por acercaros a la presentación de mi libro —miré la obra, después a mis editoras y por último a mis amigos, familiares a Guille y a Lolo. Sonreí—. No ha sido fácil llegar hasta aquí. ¡Os lo juro! En más de una ocasión creí que el karma me odiaba y tenía un peliagudo complot para joderme en todo

momento. —Los asistentes volvieron a reír—. Pero después comprendí que la vida me mandaba señales y mensajes que yo era incapaz de descifrar por mi miedo a meter la pata, a que me dañaran o a equivocarme. Aunque lo que más miedo me daba era atreverme a vivir de verdad. ¡Tuve miedo a ser feliz! Estaba tan acostumbrada a que me putearan en el amor o a que rechazaran mi libro, ¡incluso cuando ya lo habían seleccionado!, que sentí que no era merecedora de que me sucedieran cosas buenas y hasta creí que el karma me odiaba. Pero no es así, tú decides si apuestas por tus sueños o si los dejas pasar. Tú decides si te arriesgas a enamorarte o te limitas a polvos de una noche. —Miré a Javi con complicidad. Después guiñé un ojo a Oli—. O si te sientes tan mal por los errores del pasado que no disfrutas de tu presente. Los sueños se cumplen, doy fe de ello. Pero no se cumplen si los dejas de la mano del karma o de la suerte. Hay que trabajarlos, ser valiente y constante. El camino ha sido duro, pero también divertido. He disfrutado mucho con la gente que me quiere y he aprendido a valorar lo que tengo.

Hice una pausa para beber un poco de agua. Intenté contener las lágrimas de emoción y me dispuse a decir algo que consideraba un tabú hasta el momento.

—Mucha gente me ha preguntado por redes sociales si Lara Díaz se basó en una idea mía para escribir su nuevo libro, concretamente si se inspiró en la historia de esta novela. —La levanté con la mano—. No diré si es cierto o no... No le guardo rencor... Prefiero que leáis los dos libros y vosotros mismos juzguéis si os apetece. Para mí, este mal entendido forma parte ya del pasado y si quiero escribir más historias, prefiero olvidarlo y desearle suerte a Lara.

La gente aplaudió, se levantó una chica e hizo una pregunta.

—Alba, ¿todavía piensas que el karma te odia?

—Sinceramente —sonreí—, no tengo ni idea.

Celebrando

Después de la exitosa presentación en la que estuve más de dos horas firmando ejemplares, fuimos a celebrar a un restaurante la buena acogida de mi libro. Me sentía de maravilla al dedicar tantos libros y apreciar que la gente estaba deseosa por leer mi obra. Fuimos al restaurante italiano donde me cité en verano con Miriam para que me contara que Alicia estaba interesada en publicar mi libro. Nos ubicaron en una mesa redonda y me sentí feliz de poder celebrar algo tan especial con mis seres queridos. Estaban mis padres, mis tías, Miriam, Alicia, Violeta, Fabio, Oli, Joss, Javi y Guille. Lolo se había quedado en casa mordisqueando un hueso que le habíamos regalado. Brindamos para desear buen camino a mi libro.

—Cariño, me ha encantado el discurso que has dicho en la presentación —afirmó Mari Cruz—. Es muy importante animar a la gente a que se atreva a vivir de verdad y a probar cosas nuevas. Me ha recordado a cuando yo era una joven veinteañera y me fui de mochilera por Europa. Como teníamos poco dinero nos alimentábamos a base de latas de *foie gras*, que eran baratas y estaban riquísimas. Al cabo de unos días, cuando llegamos a Alemania y fuimos a comprar más latas nos dimos cuenta de que no era *foie gras*, sino ¡comida para gatos!

Todos estallamos en risas. Mari Cruz se secó las lágrimas que no pudo contener al reír por culpa de su anécdota.

—Chica, ¿a qué viene eso ahora? —quiso saber María.

—Pues no lo sé...

Volvimos a reír. Alicia se giró hacia mí y me felicitó porque la presentación había sido perfecta. Las ventas acompañaron y la gente parecía satisfecha. Miriam, que había estado pendiente de las redes sociales durante y después del evento, afirmó que la repercusión estaba siendo bastante buena. Aplaudimos felices. Después, Alicia golpeó una copa con una cucharilla para llamar nuestra atención.

—En esta noche tan especial nos gustaría comunicaros algo muy importante para nosotras —Alicia cogió a Miriam de la mano.

—¡Ay, madre! —exclamó Violeta.

—¡Nos vamos a casar! —anunció Miriam.

Nos levantamos para abrazar a las prometidas y las felicitamos. Guille abrazó con cariño a Alicia y le dio un beso en la mejilla. Sonreí al contemplar la escena. Desde la noche en que nos

confesaron su amor y que sabían de nuestro romance, nos habíamos hecho aún más amigos. Fluyó de forma natural, al igual que mi enamoramiento hacia Guille. Cada vez lo quería más y él me correspondía sin condiciones. Todo era natural. Oli y Fabio también continuaban con su idilio y en Navidades iban viajar a Italia para conocer a la familia de Fabio. Javi y Joss seguían con sus ataques de celos, pero se querían y se reconciliaban a las pocas horas. Eran tal para cual. La sorpresa fue con Violeta, que se soltó la melena en Madrid y, después de encontrar trabajo como camarera en un *pub* de ambiente, se dedicó a experimentar su sexualidad y disfruta de la noche con hombres, mujeres y, sobre todo, con ella misma. Además de ser una mujer divertida y encantadora. Mi familia sigue como siempre, es decir, apoyándome y haciéndome la vida mucho más fácil y divertida, ¡que no es poco! Espero que estén tan orgullosos de mí como yo lo estoy de ellos.

Y si me preguntáis, como la chica de la presentación, que si aún pienso que el karma me odia, ¿qué os puedo decir? A veces creo que me detesta, otras que me ama y, la mayoría de las veces, opino que me observa y me anima a que me tropiece, porque sabe que al final descifraré sus mensajes y me dedicaré a vivir la vida. A ser feliz.

FIN

Agradecimientos

¡Vamos allá! A todo el mundo que se ha involucrado en este proyecto. A Luis (sabes lo que es el amor natural), a mis familiares (en especial a mi madre Margarita, a mis tías Mari y Mari Cruz (Shhhh, no digáis nada) y a mi hermano. A Gema e Isra (gracias por escucharme), a Reyes (por ser siempre mi primera lectora), a Patri (por tu pasión por la romántica), a Cris (por ser tan fan), a Mapy (por tu vitalidad), a Marta (porque vives cada historia y me das tu opinión), a Mariajo (por tu calor), a Fabiola (por tu talento), a Kike (por tu interés) y, como no quiero dejarme a nadie, ¡a todo el mundo! Además de dar las gracias a mi bombón, a Zara y su amor.

Gracias a todo el equipo de Selecta, a Lola (qué suerte aprender de ti y contagiarme de tu vitalidad), a Sandra (¡qué casualidad lo del nombre! He aprendido mucho). Y a todas las escritoras y escritores de Selecta. ¡Sois maravillosas!

Gracias a la vida.

Gracias a ti que estás leyendo este libro. ¡Muchas gracias!

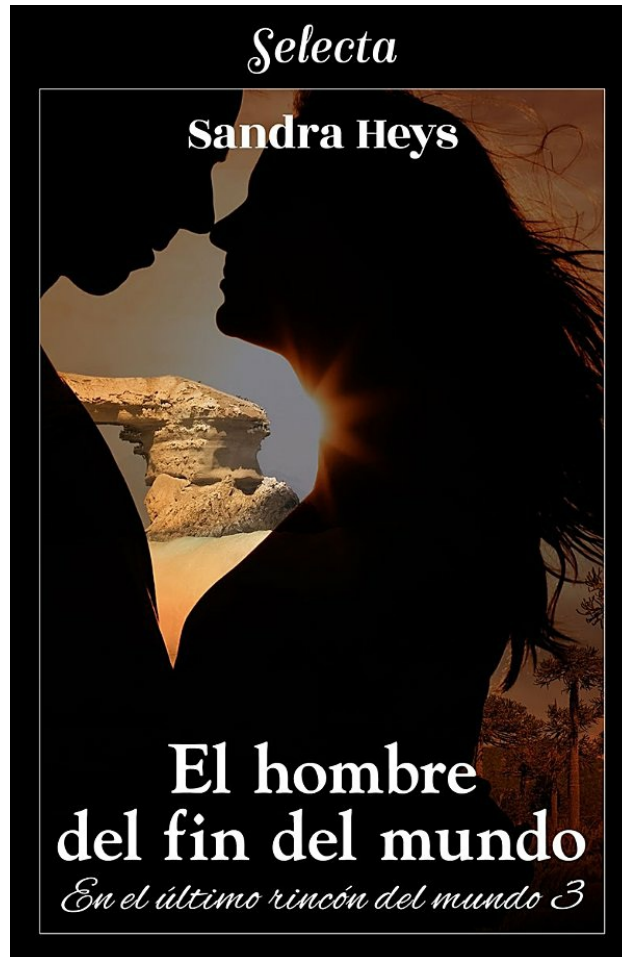
Si te ha gustado

Karma, por qué me odias?

te recomendamos comenzar a leer

El hombre del fin del mundo

de *Sandra Heys*



Capítulo uno

Enrique respiró profundo y elevó su rostro para recibir los tímidos rayos de sol que rompían la monotonía de las nubes de un tenue color gris. Sonrió.

Nunca creyó que se adaptaría tan fácil y rápidamente a un lugar donde los inviernos eran tan poco... invernales. Pero ahí estaba, usando una chaqueta ligera solo por consideración a los antofagastinos que se paseaban con botas y bufandas.

Cuando recién había llegado a la nortina ciudad, en pleno verano, tuvo que adaptarse a un sol abrasador. El calor no lo había asustado. Pese a la creencia popular, en el sur del país también hacía calor. Pero el sol..., en Antofagasta había que tenerle respeto.

Eso lo había aprendido de la manera dura. En plena faena, en mitad del desierto de Atacama, el desierto no polar más árido del mundo. Ni siquiera él, con su piel oscura y curtida por haber trabajado a la intemperie desde la más tierna infancia, se había salvado de una insolación. Cierta día, incluso, se había quemado la planta de los pies en la playa. Nunca más anduvo descalzo por la arena.

Así fue como había adquirido la sana costumbre de salir a caminar de noche. De esa manera, descubrió la enorme actividad que se desarrollaba en el paseo costero. Enrique se había sentido fascinado por lo que veía. Las luces rojas que decoraban las palmeras, las guirnaldas que colgaban entre las luminarias callejeras; algunas eran solo flores de papel, otras incluían ampolletas. Los carritos de comida (cenaba en ellos todas las noches). Jóvenes, y no tan jóvenes, practicando los más diversos deportes, desde rápidas caminatas hasta hockey sobre césped. Niños en patines, parejas de la mano. Perros (vagos y de los otros) corriendo y jugando por todo el lugar.

Lo que más le gustaba de esos días era observar el atardecer desde el agua.

Llegaba del trabajo, se ponía su traje de baño, agarraba una mochila con todo lo necesario y partía hacia el Balneario Municipal. Nadaba alejándose de las boyas que limitaban la zona segura para los bañistas sin ningún remordimiento. Tenía un punto favorito para ver cómo el sol caía sobre el horizonte y se quedaba ahí hasta que el astro rey desaparecía. La vuelta era iluminada por luces artificiales, que una autoridad muy previsora había hecho poner a lo largo del rompeolas.

Cuando volvía a la playa, recogía su mochila e iba hacia las duchas públicas al aire libre. Segundo punto a favor de la autoridad. Muchos, como él, se bañaban sin ningún pudor, lavando el cabello y dejando que el champú escurriera por su cuerpo. Luego, buscaba un lugar apartado donde ponerse la ropa seca y caminaba hasta encontrar un carrito de comida.

Cierta día descubrió la «Actividad del Café». La primera vez que se había quedado fue por casualidad. Actuaba un humorista y había querido verlo. Cuando concluía su presentación, había pasado una muchacha con acento colombiano y le había ofrecido un vasito con café. A los pocos minutos, una señora repartía galletas. Él no iba a ser quien despreciara esos ofrecimientos, así que había aceptado y se había quedado. La señora de las galletas le había indicado donde podía encontrar una silla y, así, había trabajado un poco como voluntario, entregando sillas a la

conurrencia.

A partir de ese momento iba cada viernes y sábado. Había visto de todo un poco: algunos músicos tan buenos que no entendía por qué ningún sello los contrataba. Le había gustado, particularmente, una pareja. Él era un excelente guitarrista; ella tenía una voz preciosa, emotiva. Humoristas, poetas, artistas plásticos exponiendo sus trabajos en la parte más alejada del escenario.

Una noche vio un grupo de bailarines pascuenses. Bueno, no eran pascuenses de verdad, solo se vestían así (sin ningún tapujo, mostrando músculos nada esculpidos y hasta algún que otro rollito por ahí) y bailaban tradicionales danzas polinésicas. Quedó fascinado.

Había entendido que la actividad era para promover artistas locales, pero Enrique se preguntaba si él, siendo un mapuche auténtico, tendría cabida en ella. Tal vez, después de que viviera un par de años en Antofagasta, alguien sería tan amable de considerarlo «local». Usaría su nombre mapuche, Nehuén Minchequeo, dejando de lado el nombre y apellido chileno. Tocaría la *trutruka* y tal vez hasta podía convencer a sus primos de acompañarlo. Llevaban varios años haciendo música juntos y hasta agregando alguna letra a las canciones. En el estricto rigor no cantaban, sino que recitaban, ya que ninguno había sido dotado de una buena voz. Camilo podría exponer el magnífico trabajo en plata.

Claro que Enrique no era ningún tonto y sabía perfectamente que sus planes eran una locura total. Lo cierto era que nadie en su sano juicio les permitiría tocar en público. Incluso su hermana Alicia les había ofrecido dinero en una ocasión... para que dejaran de lado los instrumentos. Y solo Mailen, su madre, sonreía beatífica cuando escuchaba la pésima poesía que él escribía.

El único con talento era Camilo.

Una vez que el verano había terminado, Enrique había pensado que la actividad disminuiría, y en cierto sentido lo había hecho, pero nunca llegó a cero. Así que él, que había retomado sus estudios en la universidad para obtener su segundo título, siguió saliendo a caminar, no tanto por las noches, pero sí el fin de semana, por las tardes.

La verdad era que le gustaba la vida que tenía, le gustaba mucho. Siempre había tenido la capacidad de adaptarse a sus circunstancias, cualesquiera fueran, pero en esos momentos, ese día, se sentía pleno, confiado en su futuro, aunque sin olvidar jamás de dónde venía.

El sol se ocultó tras un nubarrón, por lo que la temperatura bajó un poco y la oscuridad ganó terreno. Decidió que era hora de volver a casa. En el camino compraría algo para comer. Pasaría por un supermercado, para abastecerse de todo, porque tanto la despensa como el refrigerador estaban casi vacíos. Cocinaría algo y luego dedicaría varias horas a los estudios.

Otra entretenida noche de sábado, pensó con ironía. A veces hasta extrañaba el bar donde había trabajado por años.

El viento le trajo el grito de una muchacha, desesperado y perfectamente distinguible entre las conversaciones, risas y música del resto de los paseantes.

Preocupado, miró alrededor para descubrir la fuente. Al comienzo, no pudo decir ni en qué

dirección estaba la persona que gritaba, nadie más parecía notarlo. Luego, un feliz y fuerte ladrido lo hizo mirar a unos diez metros adelante.

Corriendo en zigzag en medio de la gente, botando a una niña que patinaba y con una correa siendo arrastrada entre sus patas delanteras, un enorme y lanudo perro blanco y gris huía de la muchacha que gritaba hasta quedar roja.

—¡Para ya, maldita bola de pelo con patas! ¡Bestia del infierno! Apenas te pille, te trasquilo. ¿Me escuchaste?

Sí, el perro la había escuchado, concluyó Enrique. Probablemente era por qué no se detenía. Por un minuto, se concentró en el errático andar del animal hasta que pudo determinar el punto más o menos exacto por el que pasaría cuando llegara junto a él. Dos rápidos movimientos: primero su pie sobre la correa, que luego sujetó con una mano, y pudo detener a la feroz bestia, que se tiró a sus pies sonriendo y respirando muy rápido después de la carrera.

—¡Oh... gracias... a... Dios! —exclamó la pequeña muchacha agitada cuando llegó junto al hombre—. Gracias, mil gracias. ¡Jeor, hoy te toca menos comida y un largo baño con doble champú y mucho peine!

Estiró la mano para que le devolviera la correa, pero él no quiso hacerlo de inmediato. Era evidente que la jovencita no podría controlar al perro.

—De nada —replicó Enrique con voz profunda y calmada—. Respire y recupérese primero, después le devuelvo a esta bestia del infierno.

—No es necesario. —Con la mano aún estirada, la muchacha miraba fijamente al animal.

—Yo creo que sí lo es. —Enrique siguió hablando con la misma calma, sin permitir que nada lo alterara, ni siquiera la jovencísima dueña del perro, con los ojos lanzando dardos y su actitud beligerante. No se lo tomó como algo personal. Era evidente que toda la energía negativa que destilaba iba dirigida a la criatura que ahora lamía la mano que ella estiraba—. Con todo lo que corrió, este muchacho llega al otro extremo de la ciudad antes de que lo atrape.

—Está dando por hecho que volverá a huir.

—Perdóneme que se lo diga, pero es que...

—No es necesario. Esta bestia es mucho para mí. —La muchacha suspiró resignada—. Esperaba que mi tía quisiera un chihuahua o un yorkshire. Pero no, quería un pastor inglés.

—Con la actitud adecuada, podría controlar cualquier perro. ¿Está sola o sus tíos están por aquí?

—Tía, no hay ningún tío. Y, en todo caso, tampoco ella está cerca. Solo yo y la bestia del infierno.

—No le diga eso, que probablemente se lo va a creer —repuso Enrique, inclinándose para acariciar la cabeza del can—. ¿Eres un buen chico, verdad, amigo? Solo necesitas una mano firme que te guíe y gastar toda esa energía que tienes, ¿no, muchacho? Eso, chico, así se hace.

Mientras le hablaba, Enrique le rascó el cuello, el lomo y hasta las patas traseras, consiguiendo que se sentara sobre ellas. Luego volvió al cuello y pecho, con lo que logró que el perro se tirara

de espaldas, con las patas recogidas, exponiendo su vientre para ser rascado y acariciado.

—Maldita rata traidora —masculló la muchacha.

—Lo primero que debe hacer es dejar de llamarlo cosas feas —repuso Enrique. Se puso de pie y comenzó a caminar. Fue seguido inmediatamente por su nuevo amigo de cuatro patas—. Permítame que la acompañe un momento.

—Considerando que ya lleva a esta best... a Jeor, no me queda mucho más que hacer.

—Ese nombre... Jeor... ¿De dónde salió?

—Mi tía es fanática de *Game of Thrones*. Jeor parecía un oso cuando era cachorro y como es blanco y gris, pensó en el Lord Comandante.

—De acuerdo, eso no significa nada para mí.

—Es una serie de televisión.

—Por eso, entonces. No veo mucha televisión.

—Pero... en fin. —La muchacha suspiró—. ¿Cómo rayos hace eso? Por una vez en su vida, esta best... Jeor no tira la correa ni trata de sacarme el brazo.

—Bueno, eh... ¿Cuál es su nombre?

—Ema. Y, por favor, no me trates de usted, que me hace sentir vieja.

—Bueno, Ema. —Enrique miró de reojo a la niña. ¿Si ella se sentía vieja, qué le quedaría a él? En todo caso, no se sentía para nada mayor de sus veintiséis—. ¿Has escuchado alguna vez que los niños son pésimos haciendo lo que uno les dice, pero unos genios si se trata de imitar nuestra actitud?

—No.

—Si una madre le dice a su hijo que no puede comer un dulce, digamos un chocolate, pero ve al padre engullendo uno. ¿Qué va a hacer el niño?

—Comerse el dulce, claro.

—Es lo mismo con los perros. Si te ve alterada, nerviosa o enojada, el perro va a hacer lo mismo. Y en ellos se manifiesta así, corriendo como alma que lleva el diablo para huir de ti, porque no estableces tu autoridad frente a él. Es el lobo que todo perro lleva dentro, incluso los chihuahuas. Necesitan un líder y, si no hay uno, ellos se toman las atribuciones que creen poseer. Y no ganas nada persiguiéndolo. La palabra te lo dice: per... —dijo Enrique e hizo una pausa —... seguir. Eres tú quien lo sigue a él.

—Si no lo sigo, es capaz de llegar hasta Coloso corriendo.

—Por eso, debes aprender a que Jeor te siga a ti. ¿Ves? —Lo señaló con la cabeza—. Camino adelante porque yo soy el líder y él va atrás.

—Para ti es fácil decirlo. Con tu fuerza podrías controlar hasta un caballo salvaje.

—Nunca he tenido un caballo salvaje, solo viejos animales con el alma vencida de tanto trabajar.

—Eso sonó... no sé a qué sonó. Gracias otra vez si pudieras ayudarme a subirlo.

—¿Subirlo dónde?

—Al jeep—señaló un vehículo estacionado a pocos pasos de su posición—. Por tonto, se le acabó el paseo. Y a casa no lo llevo caminando ni aunque estuviera loca.

—¿Y puedes manejar?

—Es un poco grande para mí, lo sé... —Ema suspiró—. Mi tía otra vez. Apenas llego a los pedales, pero me las arreglo. Al menos es automático, así que nada de embriague, gracias.

—Pero...

—Oh, soy mucho mayor de lo que aparento. —Ema abrió la puerta trasera del jeep—. Quizás hasta más que tú... esto...

—Enrique —completó él, indicándole con una mano a Jeor que subiera.

—Saqué mi licencia apenas cumplí los dieciocho hace seis años atrás.

—Entonces no eres mayor que yo, Ema.

—Ni tan buena con los perros. ¿Quieres que te lleve a algún lado?

—No, gracias, voy al supermercado que está cerca.

—De acuerdo, Enrique, muchas gracias por tu ayuda.

Cuando Ema se subió al vehículo, Enrique la miró bien por primera vez. Cualquiera se podía confundir con ella. Era baja y delgada. Vestía ropa deportiva. Con su cabellera castaña oscura amarrada en una coleta y la piel blanca sin nada de maquillaje, parecía una adolescente en sus quince, no una mujer que ya hubiese llegado a los veinticuatro años.

Un bocinazo fue la despedida final de la pequeña Ema, por lo que Enrique elevó una mano y la vio incorporarse al tránsito sin mayores problemas.

Después de ese paréntesis, siguió con los planes que había trazado para el resto del día.

Poco menos de las seis de la tarde del lunes, Enrique cogió la mochila llena de libros y salió de la biblioteca con unos compañeros. Ese día le correspondían tres horas de clases, así que había comido un sándwich mientras manejaba desde la oficina hasta la universidad. Solo le faltaba un café y podría con lo que le quedaba de jornada.

No era fácil tener un trabajo a tiempo completo, especialmente uno que requería subirse a la camioneta y manejar varias horas para visitar una faena en cualquier momento, y estudiar.

Desde que tenía memoria había compaginado estudio y trabajo, ya fuera en su casa, ayudando con los animales o el campo; en Santiago, como guardia de seguridad, ocasionalmente como cargador para una empresa de mudanzas o cualquier otro trabajo que apareciera por ahí.

También había trabajado los veranos mientras estaba en la universidad. Como era solo jornada nocturna, había aprovechado para estudiar y presentar exámenes. Así era como estaba a más de la mitad del camino de conseguir el segundo título profesional, esta vez en Geofísica. Tal vez después se daría el tiempo para estudiar Astronomía, Vulcanología o algo en el estilo. Quizás hasta se saliera de la línea de las Ciencias de la tierra para estudiar Veterinaria, su primer amor.

—Oye, parece que te están saludando —le dijo Andrés, uno de sus compañeros, lo que lo sacó de sus pensamientos.

Miró hacia donde le apuntaban para encontrarse con una linda señorita, muy bien vestida, que sonreía en su dirección y saludaba con la mano. Enrique no tenía idea de quién podría ser. En Antofagasta solo conocía a sus compañeros de trabajo, a los de la universidad y a las familias que vivían en el mismo edificio que él. Casi todos hombres, con la excepción de la mujer que vivía en el tercer piso y, ciertamente, no era ella.

Por no dejar a la persona con el saludo en la boca, levantó una dubitativa mano en su dirección.

—Bonita la moza, preséntamela —insistió Andrés, con una sonrisa ladina.

—A ti no te presentaría ni a la exmadrastra de mi cuñado —repuso Enrique, aún sin saber quién lo saludaba.

En ese momento, la mujer apoyó las manos sobre sus caderas y frunció el ceño. Enrique no pudo más que concluir que estaba muy molesta por su falta de reacción. De pronto, sonrió, levantó la mano y fingió que corría como loca detrás de alguien. Un alguien lanudo, bonito, de cuatro patas y muy desobediente.

Ema.

El nombre de la muchacha burbujeó en su mente por unos segundos.

Enrique llevó una mano a la frente y la golpeó, dando a entender que su olvido era una tontería absoluta. Pero claro, vestida tan formal, la muchacha no se parecía a ninguna quinceañera. La saludó con más entusiasmo, preguntándole con un gesto por el perro. Ella hizo una mueca medio desesperada y luego sonrió. Enrique se despidió y siguió a sus compañeros que se alejaban.

El miércoles volvió a divisarla. Se saludaron a lo lejos y cada uno siguió caminando, no sin que antes Roberto insistiera en ser presentado o que, al menos, le contara cómo la había conocido.

—El sábado pasado, en el parque, mientras ella paseaba al perro de su tía.

—Mmmm... en esas caminatas largas que tanto te gustan —concluyó Roberto, otro compañero.

—Este sábado te acompaño —propuso Andrés, feliz con su conclusión.

—No —replicó Enrique sin dar más explicaciones.

—Bueno, si la quieres para ti...

—Es una mujer, no un juguete. Respétala —exigió Enrique, manteniendo su sempiterno tono calmado.

—Oh, no lo decía con mala intención. Solo que tú la conociste primero. Pero si no te interesa...

—No.

—¿No qué? ¿No te interesa, no la conociste primero...?

—No voy a estar el sábado. Se casa mi hermana y viajo a Santiago mañana a primera hora y vuelvo el domingo.

—Por favor, dime que no es Alicia la que se casa —gimoteó Andrés.

—¡Imbécil! —masculló Roberto—. Así pretendes que te presenten a esta muchacha o que alguien te tome en serio. Y es la hermana mayor la que se casa.

—Exacto. Es Antu, no Milla.

—Si no les cambiaras los nombres, sería más fácil recordar cuál es cuál. —Andrés encogió los hombros con indiferencia.

—No los cambio. Es una costumbre familiar. Y si no dejas de parlotear, vamos a llegar tarde a clases. —Enrique aceleró su caminar y dio por terminada la conversación.

Fue un fin de semana perfecto. Elizabeth, familiarmente llamada Antu —por su segundo nombre—, estaba más que hermosa: radiante, tranquila, con la felicidad saliéndole por los poros. Cristóbal, el novio, temblaba de pies a cabeza.

Enrique y Matías, el marido de la mejor amiga de Cristóbal, se encargaron de bromear con él para tranquilizarlo, aunque Matías declaró que solo le devolvía la mano por sus funestas palabras el día que él se había casado con «mi Mili», como llamaba a su mujer.

La ceremonia civil fue tranquila. La celebraron en la casa del futuro matrimonio, arreglada hacía tan poco tiempo que aún se olía la pintura, y solo invitaron a los más cercanos. La ceremonia religiosa contó con más asistentes, pero fue igualmente apacible, pasando por alto el hecho de que en ambas hubo momentos poco comunes, como el cambio en la partida de nacimiento de Cristian, el hijo de los novios, y su bautizo.

Enrique aprovechó hasta el último minuto que tuvo con la familia, feliz de ver a Óscar, su padre, evolucionando tan bien de la seria enfermedad que lo había aquejado el año anterior. Bailó con sus hermanas y su madre, jugó con Cristian, conversó con Óscar y Cristóbal.

Por fin conoció a Agustín, el abogado, socio y colega de Cristóbal, con quien había tratado por teléfono temas tan absurdos como el testamento de este, donde lo nombraban administrador de los bienes para Cristian. Todo, claro, mientras los recién casados se peleaban como dos perros por el mismo hueso.

Volvió el domingo a media tarde, feliz y satisfecho por todo lo vivido.

El lunes se encontró por tercera vez con Ema en la universidad. La gran diferencia en esa ocasión fue que la muchacha no se conformó con saludarlo de lejos, sino que se acercó con paso muy decidido hasta donde estaban él y sus compañeros.

—Hola, Ema.

—Hola. Jeor y yo te estuvimos buscando el sábado. La verdad, no me habría venido mal la

ayuda.

—Yo podría...

—Lo siento —Enrique interrumpió el comentario de Andrés, le dio la espalda, cogió a Ema por un brazo y se alejó un par de metros—. El sábado no estuve en la ciudad.

—Ah... —Ema suspiró—. En fin. Al menos, Jeor no se arrancó, aunque no me sale del todo bien eso de «Yo soy el líder».

—Por algo hay que partir.

—Claro. Bueno, tal vez nos veamos otro día.

—¿Siempre estacionas en el mismo lugar?

—Normalmente. —Hubo algo en el gesto de Ema que a Enrique le resultó conocido. No en verdad familiar, pero sí activó su memoria. Enseguida se dijo que era imposible, ya que era solo la segunda vez que hablaba con ella.

—¿Cinco de la tarde?

—Sería genial. Nos vemos. —Sonriente y con una mano levantada, Ema volvió a ser la misma chica que había visto el sábado anterior, por lo que Enrique intentó olvidar esa curiosa sensación de haberla visto antes.

—Nos vemos, Ema.

Volvió hasta donde sus compañeros lo esperaban y siguió caminando sin detenerse. No vio la morisqueta de Andrés ni el encogimiento de hombros de Roberto. Solo pensaba en ese gesto de Ema que le había resultado extrañamente familiar, rogando por no obsesionarse hasta descubrir el misterio. Tampoco escuchó el comentario de Andrés.

—Por supuesto, a nuestro Kikín no le interesa para nada la futura señorita abogada.

Enrique se preguntaba si a todos les pasaba como a él que, mientras más esperaba no obsesionarse con algo, menos podía sacárselo de la cabeza.

Así fue como el miércoles esperó encontrarse con Ema para ver si volvía a hacer el gesto que tantas molestias le estaba causando. Pero la suerte no estuvo de su parte y solo pudo seguir dándole mil vueltas en sus pensamientos.

El sábado almorzó, estudió un par de horas y salió para encontrarse con la muchacha y el perro. Como no había ni rastro de Ema o de Jeor cuando llegó al lugar donde ella había estacionado la semana anterior, se sentó en el borde de un muro bajo, cerró los ojos y se concentró en una imagen que le rehuía, por mucho que trataba de fijarla.

—¡Enrique! —escuchó unos minutos después.

Se acercó al jeep, abrió la puerta y ayudó a Ema a bajar. Con mucha calma y mostrándole a la muchacha paso a paso cómo lo hacía, ajustó la correa de Jeor y comenzaron a caminar.

Al comienzo, ninguno parecía saber qué decir, hasta que el silencio fue tan incómodo que

Enrique intentó dar con algún tema cualquiera para conversar. Los recientes eventos familiares lo salvaron, especialmente porque sentía que Ema esperaba alguna explicación de su ausencia el sábado anterior. Ni siquiera se le ocurrió que en realidad no le debía ninguna.

—Mi hermana se casó la semana pasada. Fui a Santiago para la ceremonia.

—Por eso no estabas acá... Estás perdonado —concluyó Ema jocosa.

—Gracias.

—Me resulta tan extraño que la gente se case en medio del invierno.

—Bueno, mi cuñado no iba a esperar a que el sol se hiciera presente. De hecho, mi hermana aceptó casarse hace un mes y él quiso hacerlo antes de que ella cambiara de opinión.

—Claro, por supuesto. Mi jefe estuvo enfurruñado toda la semana porque un gran señor abogado se casó y no lo invitó.

—¿Un gran señor abogado? —Enrique se detuvo de golpe antes de soltar la pregunta.

—Sí. Es algo así como del *jet set* criollo, con más contactos que el mismísimo presidente. A veces, cuando tiene casos por acá, usa los servicios de mi jefe y como...

—¡Ahá! ¡Lo sabía! —exclamó Enrique jubiloso.

—¿Sabías qué?

—Que te había visto en alguna parte. Tú eres la asistente del estudio donde fui a firmar los papeles que me mandó Cris, por su testamento y no sé qué más. Una cosa del banco, ni idea. Murmuraste algo así como: «Normalmente, se lee un documento antes de firmarlo».

—¡Rayos y centellas! Tu cuñado es Cristóbal Gumucio. Espera que se lo diga a mi jefe. Espera que se lo diga a mi tía. ¡No! Espera que lo sepa mi querida prima. Me encantaría verle la cara. — Ema sonaba tan burlona y feliz que Enrique quedó muy confundido.

—De acuerdo, ahora sí que me perdiste.

—Mi querida prima es «Luisa de Mackenna». Así dice ella. Ni que fuera tan importante. Bueno, es la secretaria de la ayudante de la presidenta del Grupo Mackenna, así que me imagino que de vez en cuando le pedirán que le sirva el café a tu cuñado, que es el mejor amigo de la jefa de la jefa y el amor de su vida. ¡Ja! Lloró como María Magdalena cuando supo que se iba a casar. Odia a tu hermana. ¿Puedo decirle que somos muy buenos amigos? Es decir, sé que te conozco apenas, pero ella siempre se da aires de superioridad y, chico, es que en verdad quiero hacerla que se pique. Le tengo guardados como un millón de rencores. Sé que está muy mal, pero, es que...

—Ema.

—¿Ah?

—Pásame la correa —pidió Enrique con sencillez. Solo entonces, Ema pareció darse cuenta de que hablaba hasta por los codos y muy rápido, consiguiendo que Jeor comenzara a tironear para liberarse de su agarre.

—Oh... supongo que mi estado de ánimo influyó en él. De acuerdo. —Ema movió los hombros y cabeza, aflojando músculos para calmarse—. Lo siento, es que siempre es bueno encontrar motivos para burlarme de mis primos. Ellos me odian. Especialmente, Luisa, todo porque soy la

favorita de mi tía.

—Me imagino que todas las familias tienen complicaciones. —Enrique retomó la caminata, con su andar pausado y tranquilo, como si nada hubiera pasado—. De hecho, me consta que mi papá no ha hablado con su hermano en unos treinta años o algo así. Yo ni siquiera conozco a mis primos por ese lado.

—Es extraño, ¿no?

—¿Los enredos familiares? Mmm... no lo creo, la verdad.

—No, el que, teniendo tantas conexiones, nos hayamos conocido a través de este perro tontón. Es casi como si hubiésemos estado destinados a conocernos y como no hicimos mucho caso la primera... ni la segunda vez, porque fuiste al menos dos veces a la oficina..., finalmente, pasó en el lugar más improbable.

—Yo creo que eso se debe a que nos creemos muy cosmopolitas y al final el mundo es solo una aldea grande.

—¿Cómo es eso? —Ema giró su cabeza para mirarlo con las cejas levemente fruncidas.

—Mira, yo viví mis primeros años en un pueblo muy pequeño al sur del país. De hecho, ni siquiera vivíamos ahí, sino que en unos terrenos cerca de la carretera. —Enrique cerró los ojos, respiró profundo y sonrió con mucha ternura, dejando que los recuerdos inundaran su mente—. Al tiempo, nos cambiamos a una casa que se la consideraba parte del pueblo, aunque era una de las últimas. Un año después, Antu tenía que empezar la Enseñanza Media, y como mi padre era transportista y viajaba todos los días a Temuco, decidieron llevarnos a los tres a una escuela en la ciudad. Me pareció enorme, gigantesca. Hasta que fui a Santiago a estudiar en la Universidad. ¿Sabes lo más gracioso? Allá me encontré con un joven que había sido mi amigo de la infancia, allá en el pueblito. Se mudaron cuando éramos niños y nunca volví a saber de él hasta que de la Universidad me enviaron a esta pensión, con la que existía un acuerdo, para que ellos recibieran a los alumnos que teníamos becas de vivienda.

—Entonces, en verdad, el mundo es un pañuelo —aceptó Ema, moviendo la cabeza de arriba abajo—. Solo me queda una duda. ¿Quiénes son Milla y Antu?

—Mis hermanas.

—¿Son cuatro? ¿Tu hermana no se llama Elizabeth?

—Ah... —Enrique volvió a sonreír con gran ternura—. Elizabeth Antumalen y Alicia Millaray. Mi abuela insistía en llamarnos por el segundo nombre y mi madre sigue haciéndolo, solo que en diminutivo.

—¿Y tú eres...?

—Nehu.

—¿New? ¿Como «nuevo» en inglés?

—No «niu». Nehu, como Nehuén. La hache tiene un sonido suave, no totalmente muda como en español.

—¿Qué significan?

—Antumalen, niña del sol. Millaray, flor de oro y Nehuén, fuerte.

—Ya. ¿Entonces son tres? —Enrique la miró interrogante—. Debo tener muchos datos de tu familia si pretendo hacerme pasar por amiga íntima al burlarme de Luisa.

—Está bien, eres de ideas fijas; me queda claro. Tu pobre prima va a ser molestada, incluso en su penuria. Somos tres. Mamá, Mailen; papá, Óscar. Cuñado, Cristóbal y sobrino, Cristian. Tengo como un millón de primos por el lado materno. Curiosamente, hay solo dos o tres mujeres más en la familia, además de mis hermanas y tías. O sea, tías que se han casado con tíos, me refiero.

—De acuerdo, vamos a sacar el gran elefante blanco de la habitación. ¿Eres mapuche por parte de madre, entonces? Es decir, ellos se llaman...

—Sí. —Enrique la interrumpió, porque dedujo a donde quería llegar—. Y, antes de que lo preguntes, no, Mailen no significa nada. Es un error. Mi abuelo decía que era una broma, pero en realidad es un error. Es decir, yo elijo escuchar a mi abuela. Él decía que mamá era su *malen*, o sea, niña. Después de tener cinco hijos, es comprensible. Y como insistía en decirle así frente a la oficial del civil y ella no tenía muchas luces, mi madre carga con un nombre mapuche que no lo es, en verdad. El verdadero problema es que todos nuestros nombres están algo castellanizados.

—¿Por qué?

—Primero, porque hubo un tiempo en que no nos permitían usar nuestros nombres. Segundo, porque nos mezclamos. Mis hermanas y yo somos un excelente ejemplo de eso. Y, tercero, porque nuestra lengua, y en general nuestra cultura, es de tradición oral y, aunque lo llevaron a la escritura, nunca hubo un verdadero acuerdo de la correcta manera de hacerlo. Los hispanoparlantes intentan escribirlo con el alfabeto latino. Hay quien apoya el uso de la W y características de cualquier otra lengua, mientras el sonido se interprete mejor.

—¿Y tú qué opinas?

—Creo que hay algunas cosas por las que vale la pena luchar y otras que no. Si mi nombre se escribe: N-E-H-U-E-N o N-E-W-E-N, no. No hace mucha diferencia, siempre que yo sepa quién soy y de dónde vengo.

—Gracias, es genial saber todo eso. Ahora...

—Ahora, préstale atención a tu perro, Gema.

—¿Cómo? Mi nombre...

—Ahá... solo te estaba probando.

—¿A ver si soy tan brillante como esa pobre mujer a la que tu abuelo confundió con el nombre de tu madre?

—Algo así.

—¿Has escuchado alguna vez que Dios nos puso dos orejas y solo una boca para que escuchemos el doble de lo que hablamos?

—Ah...

—Pues, imagínate todo lo que escucho.

Enrique no pudo más que reír.

Si te traicionan en el trabajo, pensarás que tienes mala suerte. Si tus desengaños amorosos son constantes y suelen regalarte una bonita cornamenta, sentirás que no pasas por tu mejor momento. Pero si una noche conoces a un hombre atractivo y misterioso con el que te tatúas un corazón a medias y descubres que guarda un gran secreto, asegurarás que el Karma te odia. Eso mismo cree Alba Conde, la protagonista de esta divertida comedia romántica.



Alba Conde es una chica de treinta años que sueña con convertirse en una gran escritora de romántica. Está convencida que el Karma la odia y, en parte, no le falta razón para que piense eso...

¿Perdona? ¿Te importa si cuento yo misma mi historia? No soporto las voces en *off* que se creen que lo saben todo. Pues sí, como ha dicho la voz, me llamo Alba, soy aspirante a escritora y no creo que el Karma me odie. Lo aseguro. ¿Por qué?

Porque mi vida siempre ha sido una completa locura... Yo soy de las antes de cumplir un sueño se lleva más leches que un boxeador, y todas en la cara. No sufro los desengaños amorosos de uno en uno, no. Soy tan chula que me los llevo de par en par ¡bien servidita en desamores!... Aunque mi suerte cambió una noche de fiesta con mis amigos cuando conocí a Lolo, un dálmata adicto a repartir besos, y a Guille, un hombre apuesto, simpático y misterioso, con algún que otro secreto inconfesable. Como comprobarás no tengo tiempo para aburrirme. De lo que sí que puedo presumir es de tener a los mejores amigos del mundo y a la familia más surrealista y cariñosa de todas... Quizás el Karma no me odie tanto como pienso y lo que pasa es que soy incapaz de descifrar los mensajes que me manda.

Una apasionante historia rebotante de amor, humor, amistad y nuevas oportunidades. Con personajes tan divertidos e inolvidables como a Las Maris, Olivia y Javier que harán que la vida de Alba no se desmorone en los momentos más complicados y aprenda que lo más importante de todo es disfrutar, sobre todo, del amor.

¡Qué pesadita la voz en *off*! Estoy segura que cuando a él le ponen los cuernos no es tan elocuente ni positivo... Si alguna vez has pensado que el Karma también te odia, esta es tu historia. Si no lo has pensado nunca... ¡estás mintiendo!

Daniel de la Peña. Zaragoza (1983). Escritor y productor de audiovisuales. Desde joven siempre ha sentido curiosidad por el mundo de la comunicación. Autor de *Triunfadoras*, *Un regalo prodigioso* y *Triunfadoras 2.0*. Ha firmado entrevistas de portada para la revista Mujer del periódico *El Mundo Cantabria* y para *Divinity*. Defensor de la igualdad, apasionado de las entrevistas y de las comedias. Actualmente es uno de los influencers más reconocidos de Aragón y compagina la escritura, con entrevistas y su trabajo en redes sociales.

Edición en formato digital: febrero de 2020

© 2020, Daniel de la Peña

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17616-96-0

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Karma, ¿por qué me odias?

Prólogo

Cotilleos

Buena suerte

La reunión

Removiendo el pasado

Reunión de urgencia

¿Probamos un juego nuevo?

El italiano de la bicicleta

Estamos muy orgullosas de ti

El portal

Una mañana sin igual

Mosquito que va hacia la luz

Te debo cien disculpas

No pares

Me vuelves loca, loquita

No te merece

Vete, olvida mi nombre...

Conclusiones

Bésame

Descuelga

Miradas que hablan

Conociendo a Guille

Y ¿y ahora qué?

Paz

Encantada de conocerte

Eres tío

¿Puedes quedar?

Una comida muy ilustrativa

Uno menos

Fiesta sorpresa

Así es mi familia

Confesándonos

No me desea
Llamadas
Calor
Karma
La reunión
Nos vamos... ¿de viaje?
Haz la mochila
¿Quién soy?
Viernes de vacaciones
Equipo vengador
Esta firma es una guerra
Me vas a escuchar
Vacaciones
Haciendo nuevos amigos
Fue un error
Un no parar
Buenos amigos
Bienvenida
El cumpleaños de Javi
La recena
Listo para enviar
Te vi
El secreto de Fabio
Malos pensamientos
La comida en casa de Alicia
El loro
Cuatro meses después
Celebrando
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Daniel de la Peña
Créditos